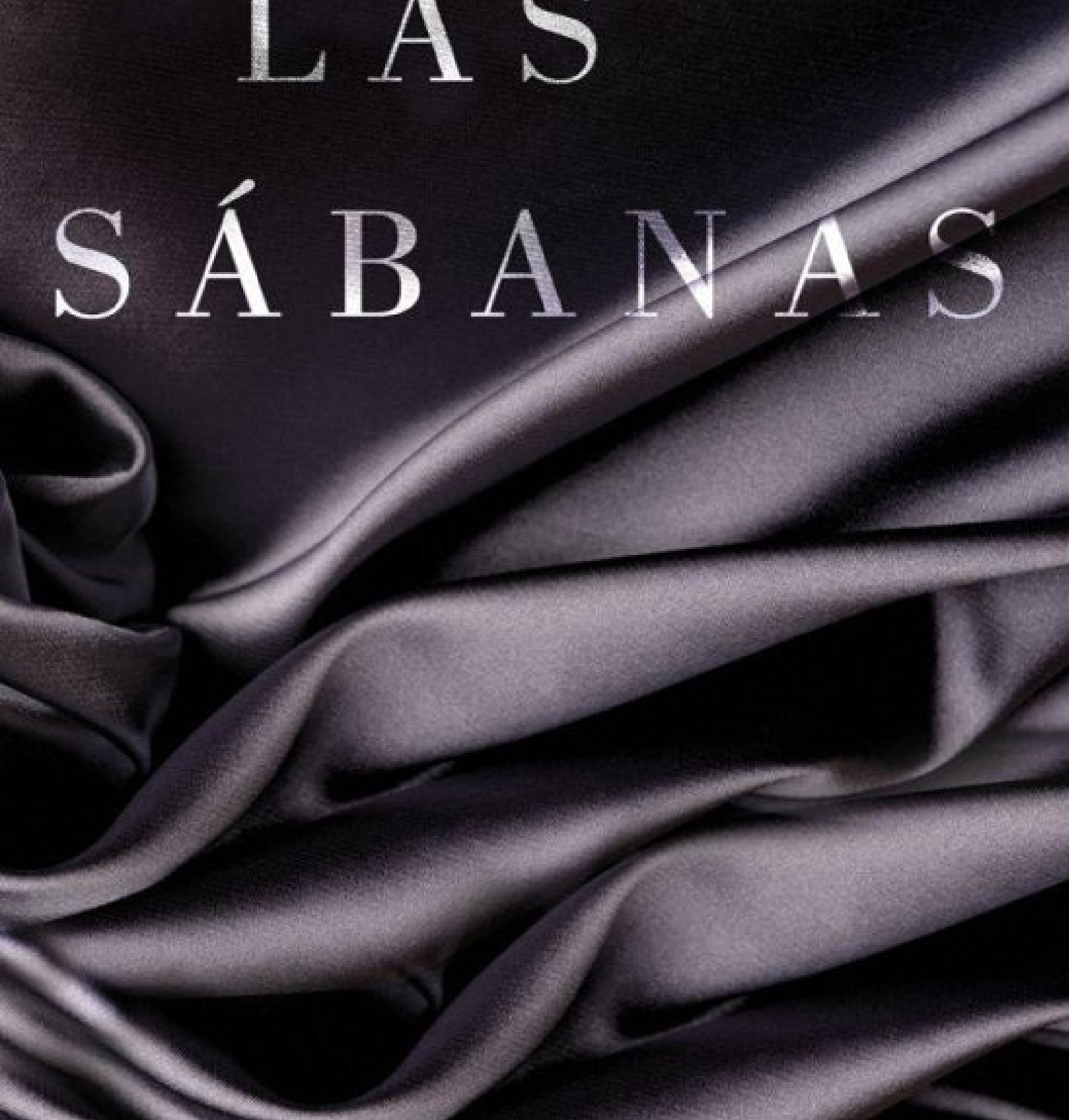


BAJO

KRISTINA WRIGHT

LAS

SÁBANAS



Annotation

El erotismo destila do en cada una de esta s historias une íntimamente las emociones más profundas con el sexo más ardiente. Son historias románticas y eróticas, de pasionales encuentros sexuales, vividos por unos personajes con los que el lector puede identificarse. El componente sexual es clave en el desarrollo de todas las relaciones que aparecen en el libro. Cada uno de estos relatos contiene en esencia grandes dosis de sexo, apasionadas historias de amor y un final feliz. Kristina Wright y las 16 coautoras han creado 17 historias que llegarán directas al corazón de las lectoras.

La antología incluye un relato suyo y otros 16 de las más prestigiosas autoras del género erótico y romántico: Sylvia Day, Donna George Storey, Heidi Champa, Delilah Devlin, Saskia Walker, Justine Elyot, Angela Caperton, Andrea Dale, Kate Dominic, Craig J. Sorensen, Shanna Germain, Emerald, Kate Pearce, Rachel Kramer Bussel, Erobinica y Nikki Magennis.

Parejas que acaban de conocerse, parejas que deciden llevar a cabo sus fantasías más atrevidas, parejas que rehúyen de la monotonía o que buscan la complicidad de una tercera persona... Estas diecisiete historias de romance erótico nos abren la puerta de sus dormitorios invitándonos a compartir su intimidad, esos momentos de placer que se desatan bajo las sábanas, al menos algunas veces...Sensualidad, erotismo de alto voltaje, sentimientos profundos, pasiones inconfesadas y deseos por cumplir se dan cita en esta colección de relatos de la pluma de los mejores autores del género y en los que el amor y el erotismo siempre triunfan.

«Esta ardiente antología de historias románticas y eróticas nos ofrece diecisiete relatos llenos de pasión».Publishers Weekly

-

- -
- -
- -

Kristina Wright
y otras 16 autoras

BAJO LAS SÁBANAS

Traducción de Ana Alcaina Pérez

PRÓLOGO

Romances eróticos. El concepto ya evoca en sí mismo un mundo lleno de sensaciones placenteras y de toda clase de diabluras. Trae a la mente imágenes pobladas de sábanas de seda, jadeos, noches tórridas, piel húmeda y mucho más goce del que se pueda imaginar. Pero más allá de eso, el género del romance erótico dice algo sobre el ser humano a un nivel más profundo. No es solo sexo. La mezcla de romanticismo y erotismo une con el mismo lazo nuestras esperanzas y fantasías, nuestros sueños y deseos. El género del romance erótico abre una puerta a conexiones más profundas con otras personas a través de la expresión más física de nuestros cuerpos.

Las historias románticas y eróticas conectan nuestra parte más sexual con la esencia romántica que llevamos dentro. Desde la perspectiva de un escritor, es la unión de dos géneros de larga tradición: la novela romántica y la erótica. La novela romántica es una forma literaria llena de esperanza y plenitud. Devoramos sus páginas con la esperanza de encontrar a nuestra pareja perfecta, el mejor de nuestros futuros posibles y las vidas emocionales y plenas que nos gustaría alcanzar. La novela romántica es un viaje de personas en busca de otras personas. Es una fantasía que nos enseña que, por terribles que sean las circunstancias, el amor verdadero siempre triunfa. Es el camino que lleva al lector a creer que el destino siempre nos tiene a alguien reservado y que nadie está solo para siempre.

El erotismo clásico es el viaje de una persona hacia la realización personal a través de la expresión sexual y la exploración. Probar cosas nuevas con nuevas personas para crear nuevos límites y nuevas normas es lo que hace de lo erótico algo tan irresistiblemente atractivo. Cada escenario está abierto a la interpretación, a la expresión emocional. El cielo, y la experiencia humana (con espacio para las florituras de la fantasía), es el nuevo límite.

Cuando fusionamos ambos géneros, se crea una experiencia lectora que aúna esperanza eterna y profunda sensualidad. Es la máxima expresión del cuerpo y el alma. Es un viaje que nos conduce tanto al deseo que anida en nuestro corazón como a la mejor versión más íntima y personal de nosotros mismos, precisamente porque nos expresamos con nuestro yo sexual más profundo ante la persona amada y formamos un vínculo destinado a perdurar, ya sea durante un encuentro cargado de significado o para el resto de nuestra vida.

El romance erótico nos lleva a lo más recóndito de nosotros mismos, nos obliga a profundizar y a reclamar lo que queremos realmente. ¿Qué barreras estamos dispuestos a vencer por el sexo? ¿Y por amor? ¿Y por algo que siempre hemos deseado? Nos permite explorar nuestros anhelos más íntimos, los conflictos más hondos e incluso a cruzar límites que no cruzaríamos en la vida real. Nos permite olvidarnos de nuestra rutinaria vida cotidiana.

Te invitamos a que acompañes a nuestros autores en su viaje. Sumérgete en estas historias por lo que son: un espejo de nuestras necesidades más íntimas, nuestro anhelo de fusionar las almas, de descubrir nuestro verdadero yo. Explora. Fantasea. Imagina. El romance erótico nos abre ventanas a otros mundos. Nos enseña cómo alcanzar lo que parece estar muy lejos. Disfruta de la lucha, del conflicto interno, de la evolución de estos personajes. Muchas veces se dice que la literatura romántica es el vuelo de la imaginación, un género en el que perderse, pero el género romántico entraña una verdad que sirve al bien común. Necesitamos escapar de nuestro día a día. Necesitamos finales felices. Necesitamos creer que podemos ser seres completos. Acompáñanos en este viaje y deja que tus fantasías alimenten una verdad más profunda. No estamos solos. Únicamente nos sentimos completos cuando nos amamos de verdad a nosotros mismos y a otro ser humano.

Y el viaje no termina nunca... Que lo disfrutes.

SHAYLA BLACK

INTRODUCCIÓN: SIMPLEMENTE LOS MEJORES

¿Qué se necesita para ser el mejor? Esa es la pregunta que he tenido presente todo el tiempo en mi labor como editora de Bajo las sábanas, así que cuando me senté a realizar la selección entre los relatos recibidos, me sorprendí leyendo muchos de ellos dos o tres veces. Tratar de determinar qué hace que una historia en particular sea la mejor en su género es un proceso complicado. Obviamente, tanto la estructura como el estilo son fundamentales, pero también buscaba historias con personajes que me resultaran verosímiles y en los que poder apoyarme. Personajes de los que pudiera enamorarme, igual que ellos estaban enamorándose o buscando el modo de seguir enamorados.

Es para mí un placer presentar Bajo las sábanas. Estas son las historias que me llegaron al corazón y despertaron mi libido, que me hicieron pensar en la naturaleza del deseo y en lo imprevisible de las razones del corazón humano. Cada uno de estos diecisiete relatos entreteje el amor y la pasión con tanta fuerza que es imposible separarlos. ¿Y no es eso precisamente en lo que se basa una relación duradera? La necesidad de conexión y compromiso, de los recuerdos y la historia en común... también en el ámbito del sexo salvaje y tórrido, sin inhibiciones de ninguna clase, con una pareja que nos conoce mejor que nosotros mismos.

Desde los cuentos de amor (y deseo) a primera vista, como los relatos Como un tren, de Delilah Devlin, y Los coros del amanecer, de Nikki Magennis, hasta las historias de parejas que llevan muchos años juntas y que todavía sienten la llama de la pasión, como Recuerdos en venta, de Andrea de Dale, y Una cana al aire, de Kate Pearce, las historias de esta colección demuestran que el amor verdadero perdura, que la pasión real nunca se extingue y que los amantes cuyo destino es estar juntos siempre hallarán la manera de encontrarse. Son amantes que no tienen miedo de perseguir lo que desean, ya sea recuperar un viejo amor (Échale la culpa a facebook, de Kate Dominic), o bien experimentar un tórrido trío entre un matrimonio y una amiga, por ejemplo (Hasta que pase la tormenta, de EroBintica).

Los autores de estos relatos saben que el hecho de abrir nuestro corazón conlleva muchos riesgos y, a menudo, recompensas aún mayores, y que la comunicación abierta y el espíritu de aventura pueden aportar su granito de arena a una vida sexual plena y ardiente. Han creado unos personajes que creen que en el amor y en la guerra todo vale y que no toman prisioneros en su búsqueda de la satisfacción emocional y sexual. En estas páginas encontrarás amantes explorando su deseo en el dormitorio, calentando el ambiente en la cocina, chapoteando en la bañera, experimentando con juguetes sexuales, bebiendo champán, montándose en habitaciones de hotel, entrando en calor en cabañas de montaña, coqueteando en camiones y en bares, gozando al aire libre y haciendo el amor al amanecer y a medianoche, todo en nombre del más grande de los deseos humanos: el

amor verdadero.

Así que, querido lector, te invito a explorar esta deliciosa antología de relatos románticos eróticos seleccionados especialmente para ti. Creo que descubrirás que lo que convierte una historia en la mejor de su género es el mismo elemento intangible que hace que la gente se enamore. Es la magia, en mi opinión. Y cuando se trata del amor y la guerra, solo hay una cosa que sé con certeza: gana el amor. El amor siempre gana.

KRISTINA WRIGHT Enamorada en Chesapeake, Virginia

LO QUE PASÓ EN LAS VEGAS... Sylvia Day

El termómetro marcaba cuarenta y seis grados en Las Vegas, pero ante la frialdad de la mirada de su ex amante, Paul Laurens habría jurado que la temperatura había bajado.

Robin Turner entró en el bar del hotel Mondego como una ráfaga procedente del Ártico. Llevaba su larga melena rubia recogida en un elegante moño y su voluptuoso cuerpo encorsetado en un vestido azul pálido que envolvía sus curvas y se ceñía a su cintura. Los zapatos de tacón de color carne daban la sensación de que iba descalza, y un grueso collar de aguamarinas le rodeaba la garganta cual cubitos de hielo.

Paul agarró con más fuerza la botella de cerveza y notó que la polla se le ponía dura bajo los vaqueros. Cómo habían terminado juntos en la cama seguía siendo un misterio para él. En cierto momento montaron en el mismo ascensor y un momento después él la montaba a ella. Había sido una atracción tan feroz e inmediata que ni siquiera recordaba cómo habían llegado a su habitación ni cuándo se habían quitado la ropa.

Tomó un trago largo de cerveza, su mirada siguió el avance de Robin mientras cruzaba el bar. La vio acercarse a una mesa, donde un hombre vestido con traje se levantó para saludarla. El hombre le dio dos besos y luego se sentaron. Paul sabía que no podía estar en la misma sala que ella y no poseerla, así que le hizo una seña al camarero y pidió que sirvieran a Robin un dirty martini bien cargado.

—Sus cervezas gustan mucho...—le dijo una de las camareras mientras recogía la botella vacía y la colocaba en la bandeja. Su sonrisa era una invitación. Su manera de mirarlo, una forma de asegurarse de que captaba el mensaje.

—Me alegra oír eso —respondió él interrumpiendo el contacto visual para dejar clara su falta de interés.

Convencer al Mondego para que sirviese sus cervezas había sido su puerta de entrada en Las Vegas. El contrato con el complejo hotelero financiaba sus viajes quincenales para lanzar su producto en otros establecimientos de la zona, lo que a su vez había facilitado los encuentros con Robin durante un año. Los fines de semana con ella habían sido los momentos más valiosos y apreciados de su vida.

Hasta hacía cuatro meses, cuando lo había estropeado todo y la había perdido.

Dejando unos billetes sobre la barra, Paul se levantó del taburete y salió con la cerveza hacia los ascensores. Había dejado flores para Robin en la recepción, junto con su número de habitación en una nota. Sabía que ella debía de haber llegado el día anterior, pero no se había puesto en contacto con él. Había intentado convencerse a sí mismo de que estaba ocupada preparándose para la feria de joyería que se inauguraba ese día en el hotel, pero la mirada con la que acababa de fulminarlo lo sacó de su engaño. Su único consuelo era que ella no se comportaba con indiferencia. Solo podía esperar que eso significase que no lo había borrado del todo. En esos momentos él habría soportado lo que

fuera..., una bronca, una bofetada..., cualquier cosa. Siempre y cuando eso le diera la oportunidad de decirle lo que tenía que decir.

Estaba entrando en el ascensor cuando percibió su olor. Inhalando profundamente, Paul se llenó los pulmones con la fragancia de vainilla y el perfume floral. La cercanía de su presencia le provocó un hormigueo en la espalda y una contracción en la entrepierna; su deseo sexual despertaba después de meses sin ella. Pulsó el botón de su piso, avanzó hasta el fondo del ascensor y se volvió. Cuando Robin se situó a su lado, la expectación ante lo que iba a ocurrir hizo que empezasen a palpitarse las venas. Por un instante se preguntó qué excusa le habría puesto a su acompañante, pero abandonó ese pensamiento inmediatamente. Le importaba una mierda; lo único que le importaba era que ella lo había seguido.

Una pareja de ancianos y tres ejecutivos trajeados entraron en el ascensor y se colocaron mirando a las puertas. Cuando empezaron a subir, Robin se mantuvo en equilibrio sobre un zapato de tacón y atrajo la mirada de Paul. Este la observó mientras se quitaba las bragas, primero una pierna y luego la otra.

«Dios...» La polla le palpitaba de deseo, solo podía pensar en colocarse detrás de ella, levantarle el vestido y penetrarla ahí mismo.

Un suave tintineo señaló la primera parada. Los ejecutivos se bajaron y entraron cuatro adolescentes en bañador. Sin dejar de mirar hacia delante, Paul se acercó y deslizó la mano dentro del vestido cruzado de Robin. Ella se acercó más a él, colocándolo ligeramente por delante, invitándolo a que la acariciara. Él apoyó la mano en su suave coño rasurado, sus dedos serpentearon entre sus piernas y la descubrió caliente y húmeda. Su polla se hinchó aún más y Paul apuró la cerveza de un trago para evitar un gemido delator.

El ascensor se detuvo de nuevo y esta vez salió la pareja de ancianos. Cuando los adolescentes se apartaron para dejarles pasar, la única chica del grupo miró a Paul. Un destello de interés iluminó sus ojos negros perfilados con kohl. Lo repasó de arriba abajo, se fijó en el logo de la cerveza estampado en su camiseta y examinó el tatuaje que le asomaba por debajo de la manga. Estaba siguiendo hacia abajo la línea de su brazo, a punto de llegar a donde los dedos de Paul separaban los labios del coño de Robin, cuando los dos chicos que la acompañaban ocuparon el espacio que habían dejado los ancianos y le taparon la vista.

Robin contuvo un jadeo cuando él le metió el dedo medio. Su sexo prieto y afelpado lo succionó con avidez, y Paul entornó los ojos con el peso de una lujuria desenfrenada. Presionándole el clítoris con la palma de la mano, empezó a masajearla lentamente, preparándola para los envites palpitantes de su polla. Él hubiera querido hablar primero, pero ella estaba caliente y sabe Dios que él estaba listo para darle cuanto quisiera... Seguir adelante sin ella había sido una tortura. A veces creía que iba a volverse loco de tanto como necesitaba oír su voz y sentir su cuerpo pegado al suyo.

Los chicos se bajaron en la siguiente planta. El ascensor continuó subiendo hasta el piso cuarenta y cinco solo con ellos dos a bordo.

—Te he echado de menos —dijo él con voz ronca.

Como respuesta, ella empujó su coño ardiente de deseo contra su mano.

—Lo que has echado de menos es esto.

Su voz era fría y cortante, pero su cuerpo la traicionaba. Estaba cachonda y deliciosamente húmeda. Mientras introducía el dedo una y otra vez en su jugoso coño, el sonido de un suave chapoteo inundó el ascensor. Abandonándose por completo, Robin se agarró a la barandilla de bronce y gimió, con las piernas desvergonzadamente separadas.

En cuanto el ascensor llegó a su piso, Paul sacó los dedos, la levantó en volandas, se la echó al hombro y tiró la botella vacía de cerveza a la papelera, situada muy oportunamente a las puertas del ascensor. Antes de llegar a su suite ya llevaba un condón entre los dientes y la llave en la mano. Dio una patada a la puerta abierta y, una vez dentro, apoyó a Robin contra la parte fija de la puerta doble. Aún no había echado el pestillo y ya se había abierto la bragueta.

Los vaqueros cayeron en las baldosas de la entrada, y la cartera con cadena golpeó el suelo con un ruido sordo. Al instante siguiente, la ropa interior de encaje de Robin resbalaba de sus dedos y caía suavemente. Mientras él se enfundaba la polla en látex, Robin se levantó el vestido para recibirlo. Paul hizo una pausa para mirarla y sintió una opresión en el pecho. Ella era la viva imagen de la elegancia imperturbable por encima de la cintura y un sueño húmedo andante por debajo. Sus piernas eran largas y ágiles; su sexo, provocador y brillante.

Él estaba muerto cuando ella entró en su vida, paralizado de dolor por la muerte de su hijo y la posterior disolución de su ya roto matrimonio. Aquel primer trayecto en ascensor con Robin había sido como una especie de interruptor de vuelta a la vida, lo había despertado con una sacudida eléctrica de su estado de coma. Ella le había devuelto el aire a los pulmones y la sangre a las venas. Había empezado a vivir para los fines de semana que pasaba con ella, ansiando su risa y sus sonrisas, su tacto y su olor.

Pero cuando Robin le había propuesto que llevaran su relación un poco más lejos, a él le había entrado el pánico y ella se había ido con la cabeza bien alta y el corazón de Paul en sus manos.

Recordándose lo muy afortunado que era por volver a tenerla para él, preparada y dispuesta de nuevo, Paul empujó su esbelto cuerpo contra la puerta y se apoderó de su boca con un tórrido y apasionado beso. Con sus labios sobre los de ella, deslizó la lengua por la curva inferior antes de introducirla por completo. Robin lo recibió fría al principio, ofreciendo resistencia, lo que lo hizo ponerse en guardia. En el tema del sexo nunca habían levantado barreras entre ellos.

Mientras él le acariciaba la lengua con la suya, Robin buscó a tientas su polla y le pasó una pierna alrededor de la cintura. Se la sacudió con ambas manos y se la puso tan dura y gruesa que Paul gimió en su boca. Robin lo utilizó para ponerse a tono masajeándose el pequeño montículo de su clítoris con la punta de su polla. Impaciente, Paul le apartó las manos y le metió el glande en la raja. Estaba tan dispuesta, tan a punto, que resbaló en su humedad y se hundió dentro de ella un par de centímetros. Cuando su coño lo recibió gustoso, Paul jadeó e intentó no perder el control. Lo que él quería era clavarla contra la puerta embistiéndola una y otra vez; lo que ella necesitaba era saber que él se comprometía a hacer que su relación funcionase.

—Date prisa —dijo ella entre dientes.

Antes de que Paul pudiera refrenarse, Robin le agarró del culo y lo atrajo hacia sí. El inesperado envite lo hundió en lo más profundo de su cueva. Paul golpeó la puerta, con las palmas a ambos lados de la cabeza de ella, y soltó un exabrupto.

—Robin, nena... —gruñó—. Dame un minuto, joder...

Pero ella ya se estaba corriendo. Echó la cabeza atrás, contra la puerta, soltó un erótico gemido de puro placer, y su coño encajó aquella polla palpitante como un suave puñetazo. Cuando los delicados músculos empezaron a apretarle la verga entre increíbles espasmos, le llegó el turno a él.

—Ah, mierda... —jadeó; sentía que se le contraían los cojones y que el semen ascendía a la punta de la polla.

Sujetándola de las nalgas con ambas manos, Paul se folló su coño palpitante como un poseso, con embestidas furiosas. El violento orgasmo fue el más salvaje de su vida, un placer tan puro y caliente que le era imposible acallar los gruñidos que le arrancaba de la garganta. Ni las palabras.

—Robin..., joder... Te quiero, nena. Te quiero...

Temblando y empapado en sudor, se hundió en ella mientras el éxtasis iba cediendo, moviendo las caderas al tiempo que se vaciaba dentro de ella.

Robin se estremeció en sus brazos y se le escapó un suave sollozo.

—Dios... Eres un cerdo, Paul, ¿lo sabías?

«Menudo idiota.» Cuando por fin le decía cómo se sentía, lo hacía sin ninguna gracia ni romanticismo. Ella se había alejado de él porque creía que lo único que quería era acostarse con ella, y él reparaba su error gritando sus sentimientos en pleno polvo salvaje y sin preliminares que a buen seguro habían oído todos los huéspedes de aquella planta.

Apoyó su frente en la de ella.

Robin dejó caer los brazos, su respiración le acarició la piel húmeda del cuello.

—Tengo que irme.

A Paul se le hizo un nudo en la garganta. No podía dejar que se marchase de nuevo. No sobreviviría a una segunda vez. Agarrándola por detrás de los muslos, la levantó en el aire y se quitó las botas y los anchos vaqueros. Vestido solo con calcetines y camiseta, con la polla aún dura y hundida en el coño más dulce del mundo, se la llevó al dormitorio con piernas temblorosas.

—No te irás hasta que oigas lo que tengo que decirte.

—Ya te oí alto y claro la última vez.

Apretando los dientes, la soltó y la dejó caer sobre la cama. Antes de que pudiera escabullirse, la sujetó de los tobillos, le levantó las piernas y se las separó hasta dejarla bien expuesta. Bajó la mirada hacia su succulento coño rosado; los carnosos pliegues relucían de deseo.

—No había acabado. No he acabado.

—Bueno, pues yo sí he acabado.

Paul se humedeció los labios, hambriento por saborearla.

—Ahora lo veremos.

Leyendo las intenciones de Paul en sus ojos color avellana, Robin trató de escapar antes de que él volviera a dejarla destrozada. Amaba a un hombre herido. Ella estaba dispuesta a aceptarlo si Paul quería curarse, pero no quería. Cuando ella le había sugerido una cita en la ciudad donde él vivía, en Portland, la expresión de su cara le había dicho todo lo que necesitaba saber: ella era el polvo de cada dos semanas, su pasatiempo en Las Vegas. Y todo el mundo sabía que lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas.

Esa noche Robin se había marchado de la habitación de Paul con la intención de no volver la vista atrás. Se había dicho que Paul Laurens era solo una locura pasajera en su vida. Pero verlo salir del bar de aquella manera había sido demasiado para ella. Había dejado a su hermano en la mesa sin ninguna explicación y había echado a correr tras un hombre al que no podía olvidar. «El último polvo», se había dicho. Y entonces todo habría terminado.

Idiota... Lo necesitaba como una yonqui, y una sola dosis nunca era suficiente.

Paul hincó las rodillas entre sus piernas y su útero se estremeció con impaciencia. Su coño anhelaba que lo cubriera aquella boca; su clítoris ansiaba las caricias de su lengua. Le mantenía las piernas abiertas agarrándole los muslos por atrás; su mirada absorta en su carne más íntima.

—Me moría de ganas de comerte —dijo bruscamente—. Me he hecho mil pajas pensando en eso. Ponte cómoda, nena. Tenemos para un buen rato...

—¡Tengo cosas que hacer! —protestó ella—. No puedo... ¡oh, Dios!

La primera caricia de su lengua le hizo perder el sentido. Fue un beso suave y lento que encendió todas sus terminaciones nerviosas. La siguiente fue más pausada, y le acarició el clítoris con la bola de su piercing. La vibración de los gemidos de su garganta reverberó dentro de ella, y su coño estalló en un espasmo tras otro, deseoso de que lo llenara con su polla.

Robin agarró con fuerza el edredón.

—Qué bien sabes... —la elogió con voz ronca, deslizando las manos hasta la parte interior de los muslos—. Tienes el coñito tan suave...

Robin gimió.

Paul le rodeó el clítoris con la boca, trazando círculos ardientes y aleteando con el piercing de la lengua sobre el duro montículo con suaves golpes. Robin movía las caderas descontroladamente, empujándolas y meciéndolas mientras se estremecía con otro orgasmo. Antes de conocer a Paul, tenía suerte si se corría una vez con su compañero sexual de turno. Con Paul, en cambio, cuanto más la tocaba, más sensible se volvía a su tacto. Alcanzaba el orgasmo cada vez más deprisa, hasta correrse en oleadas de placer que parecían no tener principio ni fin.

—Fóllame con la lengua —jadeó al tiempo que pasaba una pierna por encima de su poderoso hombro para que se acercara.

En cuanto él la obedeció, lamiéndole la temblorosa raja con golpes suaves y breves, Robin arqueó la espalda. Agarrando su largo pelo, le cabalgó la boca sin pudor, tan grande era su necesidad de él.

Había visto a gente que despreciaba a Paul a causa de su aspecto. Los esclavos de los estereotipos, cuando lo miraban, veían una autocaravana y una pandilla de motociclistas. Eran incapaces de ver nada más aparte de la barba de tres días y los llamativos tatuajes. Sin embargo, debajo de los piercings, la tinta y la descuidada melena había un rostro magnífico de líneas y rasgos clásicos. Podía haber aparecido en una moneda antigua o servido de inspiración para la estatua de un templo, y tenía mucho más dinero de lo que la gente deducía por su estilo desenfadado.

Agarrándola de las nalgas, Paul le levantó las caderas e inclinó la cabeza. Empujó la lengua aún más adentro y su coño se ciñó irremediabilmente alrededor de los rítmicos embates.

Robin se apretó los doloridos pechos bajo el sujetador y se pellizcó los pezones para aliviar la tensión.

—Haz que me corra —suplicó sin dejar de agitar las caderas.

Aferrándose a ella, le besó el coño y luego se retiró suavemente con una leve succión mientras le frotaba el clítoris con la lengua. Robin gritó y se derrumbó bajo su boca ávida y tierna, con el cuerpo deshecho en un charco de abandono, entrecortado y sudoroso en la cama.

—Te quiero. —Paul se levantó y tiró el condón a la basura.

—Lo que tú quieres es follar conmigo —susurró ella; sabía que una vez saciada la pasión, en cuanto la realidad se impusiese, él huiría de nuevo, como lo había hecho antes.

Paul se inclinó sobre ella, apoyando las manos en el colchón, a ambos lados de su cintura.

—Estoy aquí para quedarme.

—¿A ti te parece que a la misma hora en el mismo lugar dentro de dos semanas es un compromiso? —Odiaba oír aquel dejo de amargura en su propia voz. Él nunca le había hecho ninguna promesa, nunca había hecho alusión a algo más que lo que tenían durante sus encuentros en Las Vegas. No era justo que se enfadase con él por no darle más, pero no podía evitar sentirse así.

—No tengo bastante con eso. —Paul se incorporó y se quitó la camiseta.

Los ojos de ella recorrieron ávidamente su torso, admirando el prieto entramado de sus músculos abdominales, que se flexionaban cada vez que se movía. Era tan viril... Un hombre impresionante. Preciosos tatuajes de media manga le recorrían los dos brazos desde el hombro hasta el codo. Tenía el pecho ancho, bronceado y sin tatuajes..., salvo por el nombre de Robin, que le atravesaba el pectoral justo a la altura del corazón.

—Nunca tendría bastante.

Temblando, Robin contuvo el aliento, impresionada por aquellas letras de tinta que veía por primera vez. Su mirada se posó en el nuevo tatuaje, las lágrimas le nublaban la vista.

—Paul...

—Aunque también es verdad que quiero follarte. —Sacó otro condón del cajón de la mesita de noche y se lo puso—. Cuando no estoy dentro de ti, estoy pensando en estarlo.

Apoyando las manos en la parte interna de sus muslos, se abrió paso dentro de ella. Robin gimió, su tierno coño estaba prieto por los recientes orgasmos.

—Dios, qué bien se está dentro de ti... —susurró—. Te he necesitado tanto...

El tamaño de su miembro, largo y grueso, era perfecto. Como hecho a medida para ella. Apoyándose en los codos, Robin vio cómo su reluciente polla salía de ella. El entramado de venas que la recorría era tan digno de ver como todo en él. Aquella imagen la excitaba. La hacía sentirse poderosamente femenina, como una diosa del sexo capaz de incitar la lujuria salvaje de un hombre tan masculino y primitivo en su sexualidad.

Robin paseó la lengua por la curva del labio inferior de Paul.

—Por favor... —susurró; se sentía vacía sin él. Se había sentido vacía desde la vez en que había decidido dejarlo; física y emocionalmente vacía.

Él volvió a penetrarla con un gemido de placer.

—Eres tan sexy, nena... Tan perfecta y hermosa... Joder, no tengo ni idea de qué haces con un tipo como yo, pero doy gracias por ello. Todos los malditos días de mi vida...

Que Dios la ayudara. Lo amaba tanto...

Paul tiró del lazo que ella llevaba a la cintura y le abrió el vestido. Le desabrochó el sujetador por delante y liberó sus pechos, que cayeron en sus palmas expectantes. Su coño se apretaba alrededor de él con cada pellizco de sus pezones entre sus dedos expertos.

—Lo siento muchísimo... —Tenía el rostro enrojecido y brillante de sudor, sus hermosos ojos color avellana tan rojos como los de ella—. Joder, siento tanto haber dejado que creyeras, incluso por un momento, que no eras más que un apetitoso pedazo de carne para mí. Me enamoré de ti desde el instante en que te vi. Debería habértelo dicho...

—Yo necesito cosas de ti. —Le cogió las muñecas, un punto de anclaje mientras el placer amenazaba con arrastrarla.

—Lo sé. —Sus caderas se mecían a un ritmo pausado y regular—. Yo también necesito cosas de ti.

Sus palabras captaron toda la atención de Robin. Ella quería que él la necesitara, quería ser valiosa para él, cumplir un propósito en su vida. Compartir su vida.

—¿Como por ejemplo?

—Necesito tu calendario de viajes. —Sus labios dibujaron una sonrisa cuando ella frunció el ceño—. Para poder planificar mis viajes de manera que coincidan con los tuyos. Y necesito que te vengas a vivir conmigo. Tu empresa de joyería eres tú misma, ¿verdad?

Puedes diseñar tus piezas en cualquier parte, ¿no?

Robin asintió, incapaz de hablar mientras él pronunciaba precisamente las palabras que tanto había deseado oír y, al mismo tiempo, se la follaba de una forma tan perfecta. Las embestidas fluidas y rítmicas de su polla la estaban volviendo loca. Se le tensaba todo el cuerpo con la urgencia de correrse, de necesidad pura y dura, levantando las caderas para acudir al encuentro de sus envites. Estaba tan empalmado y era tan maravilloso volver a estar con él... Oler su piel y sentir su carne bajo sus manos...

—Por ahora no tengo más remedio que seguir con la fábrica de cerveza en Portland. —Arrastraba ligeramente las palabras mientras el placer iba apoderándose también de él—. Pero si no te gusta la ciudad o la casa o cualquier otra cosa, iré allí donde te sientas feliz. Solo necesito tiempo, tiempo que no quiero pasar sin ti.

—Más fuerte... —imploró ella agarrando su culo prieto y perfecto con las dos manos. Arqueó el cuello al tiempo que presionaba la cabeza contra las sábanas mientras su clímax alcanzaba cotas inimaginables—. Fóllame fuerte...

Sujetándola por la cintura, Paul le dio lo que necesitaba. Sus violentas acometidas la hicieron correrse de inmediato.

—Yo también voy... —gimió él penetrándola con fuerza. Emitió ese ruidito sexy que tan caliente la ponía, una mezcla entre gruñido y jadeo prolongado que decía más que cualquier palabra sobre el placer que ella le daba—. Ahora, ahora... ¡Ahora...!

La miró a los ojos mientras se corría y compartieron la fiebre del placer embriagador.

—Te quiero —dijo él con voz ronca, temblando con la fuerza de su propio orgasmo.

Ella no podía apartar la mirada, no se atrevía a creérselo.

Paul la desnudó. Sumida en la sensación de irrealidad de la euforia poscoital, Robin ni se enteró de cómo lo había hecho, pero agradeció el resultado. Yacía acurrucada a su lado, con las piernas enredadas con las de él, la cabeza sobre su pecho y los dedos siguiendo el dibujo de su nombre impreso en su piel.

—Pensaba echar un polvo y desaparecer —confesó.

—Ya me he dado cuenta. —Paul apretó los labios contra su frente—. No habría dejado que te fueras. Si hubiese sido necesario, te habría seguido con el rabo fuera y te habría traído de vuelta a rastras.

Robin levantó la cabeza.

—Como que iba a dejar que otras mujeres te vieses en pelotas...

Paul sonrió.

—Soy todo tuyo, nena. Con mis defectos, con todo lo que llevo auestas... Con todo.

Robin dejó de mover la mano y la apoyó encima de su corazón.

—No estás preparado, Paul. Ojalá lo estuvieras...

—El psicólogo al que he estado yendo no opina lo mismo.

A Robin se le aceleró el corazón.

—¿El psicólogo?

Paul asintió con la cabeza.

—Tendré que seguir yendo durante un tiempo, pero sé demasiado bien lo que supuso para mí perder a Curt y quiero volver a tener la cabeza en su sitio.

Robin sentía en el alma la tragedia que había sufrido; no podía ni imaginar lo que era perder a un hijo.

Paul entrelazó los dedos con los de ella.

—Debería haber hablado con alguien mucho antes, sobre todo después de conocerte. No fue justo para ti que no lo hiciera.

—No te echas toda la culpa —repuso ella en voz baja—. Cuando empezamos a vernos, lo nuestro también era perfecto para mí: sin ataduras, sexo salvaje, y un hombre que me escuchaba parlotear sobre mis joyas. Las cosas fueron bien hasta que mis expectativas cambiaron.

Paul extendió la mano que le quedaba libre y abrió el cajón de la mesita de noche. Ella pensó que iba a sacar otro condón y se le aceleró el pulso. Entonces vio una cajita de terciopelo azul y se le paró el corazón.

Paul dejó la cajita sobre sus marcados abdominales y respiró hondo.

—¿Tienes idea de lo difícil que es comprar un anillo de compromiso para una diseñadora de joyas que te ha dado una patada en el culo?

Sin poder contenerse, Robin cogió la caja.

—Espera —le dijo él, deteniéndola—. Volviendo a la lista de cosas que necesito de ti... Necesito que te cases conmigo, Robin. Cuando salgamos de esta habitación, quiero que volvamos a ella como marido y mujer. Te prometo que tendrás la boda de tus sueños, con amigos y familiares y palomas y cisnes y toda la parafernalia que quieras, pero de verdad que me gustaría pronunciar los votos ahora, hoy, y me parece que casarnos en Las Vegas encaja perfectamente con nosotros.

«Nosotros.» Robin lo miró con los ojos muy abiertos mientras la voz de su conciencia le decía la locura que era aquello. Sería saltarse todos los pasos. Lo que habían compartido en su año juntos —sin contar los cuatro meses desquiciantes que habían estado separados— se limitaba a correos electrónicos, llamadas telefónicas, seis días al mes del sexo más caliente e increíble de su vida...

... y una clara sensación de absoluta conexión que los había golpeado a ambos como un rayo desde el instante en que habían puesto los ojos el uno en el otro.

—Ya sé que es una locura —dijo él, leyéndole el pensamiento, como hacía tantas veces—, pero es que hemos estado locos el uno por el otro desde el principio. Estoy enamorado de ti, nena. Te juro que nunca te arrepentirás de darme esta oportunidad. Voy a hacerte más feliz de lo que lo has sido en toda tu vida.

Robin tragó saliva y abrió la caja.

—Oh, Paul... —susurró; le temblaban los dedos.

—¿Te gusta? —Su voz ronca y rotunda estaba impregnada de un raro dejo de ansiedad—. Si no, podemos cambiarlo. Puedes elegir el que tú quieras. Algo más tradicional, tal vez...

—Cállate. —El anillo era perfecto. Era raro, casi extravagante, con un diamante enorme, de unos cuatro quilates según su ojo experto, rodeado de círculos irregulares de rubíes de distintos tamaños.

—Cuando lo miro —dijo él en voz baja—, me recuerda lo que siento por ti.

Robin también veía eso mismo en el anillo. Aquel diseño inusual transmitía una sensación de caos apasionado, y el hecho de que él también lo hubiese captado reafirmó su convicción de que era el hombre perfecto para ella.

Se puso encima de él, se sentó a horcajadas sobre sus caderas y le tendió la mano.

—Pónmelo.

La sensación del frío metal de la sortija al deslizarse por su dedo era tan sublime que se le puso la carne de gallina. Deseaba eso desesperadamente; lo deseaba a él. Su maestro cervecero con barba de tres días, manos suaves y hambre insaciable de su cuerpo... El hombre que la escuchaba hablar de la luminosidad de las joyas y de teoría del diseño y que le explicaba con paciencia la diferencia entre una cerveza lager y una ale.

—Sí, quiero —dijo ella poniéndole la mano en el pecho, junto a su nombre, justo encima del corazón.

Paul le puso las manos en los costados y le acarició con los pulgares la curva inferior de los pechos.

—¿Y qué necesitas de mí?

—Necesitaba esto. —Hizo un gesto que los abarcó a ambos—. Un compromiso por tu parte. También necesitaré un cuarto para mí sola, un taller con mucha luz y espacio.

—Hecho.

—Y necesito que me prometas que no vas a cambiar tu estilo por mí.

Paul arqueó las cejas.

—¿Es que tengo un estilo?

—Te quiero tal y como eres. No te cortes el pelo ni...

De pronto Paul rodó sobre la cama y se puso encima de Robin.

—Dilo otra vez.

Riéndose, Robin levantó la mirada hacia aquel rostro increíblemente atractivo.

—¿Que no te cortes el pelo?

Él resopló.

—Antes de eso.

—¿Que no cambies tu estilo por mí?

Paul bajó la cabeza y le atrapó un pezón entre los dientes. Ella emitió un quejido suave ante el inesperado mordisco y luego arqueó la espalda mientras la lengua de él le aliviaba el escozor. Paul contrajo las mejillas para succionar con más fuerza y entonces ella gimió su nombre y le dio lo que quería.

—Te quiero, Paul. Lo eres todo para mí.

Cuando él levantó la cabeza, la expresión arrebatadoramente tierna de su rostro era una imagen que Robin recordaría el resto de su vida.

Aunque también podía provocarla más veces. Tenía toda una vida para intentarlo.

LA PRIMERA NOCHE Donna George Storey

Era un error.

Sophie miró el rostro dormido de Justin, tan pálido contra la almohada bajo la luz del amanecer... Sintió una opresión en el pecho. Cuando podía admirarlo a su antojo, contemplar sus espesas pestañas, la elegante inclinación de su nariz, el sensual meandro de su hombro, aún le parecía más guapo.

Sí, era guapísimo, pero era un error de todos modos.

Sophie miró el despertador, que señalaba las seis y ocho minutos de la mañana con un brillo azul acerado. Se suponía que al cabo de unas seis horas ella y aquel hombre iban a unirse en matrimonio.

Sin embargo, ella no podía seguir adelante con aquello.

Repasó mentalmente la ya conocida lista: vestido, flores, fotógrafo, ceremonia, banquete, asignación de asientos, orquesta, tarta nupcial. Esta vez no lo hizo para tranquilizarse porque todo estaba en orden, sino para calcular los daños, las caras de estupor y el dinero desperdiciado cuando la novia lo suspendiera todo la mañana de la boda.

Justo en ese momento, Justin suspiró, rodó en la cama hacia ella y su erección le rozó el muslo.

Sophie se acercó a él e inhaló profundamente el olor de su carne: nata y tierra mezclada con un toque de comino. Las insistentes punzadas en sus entrañas eran su propia versión de la erección matutina de Justin, puntual cada mañana con la salida del sol. Sintió la tentación de bajar la mano y acariciarlo; había sido ella quien había sugerido que guardaran abstinencia durante una semana antes de la boda, pero ahora se moría de ganas de sentir aquella polla dura dentro de ella.

El problema no tenía nada que ver con Justin; lo que lo estropearía todo era ese estúpido pedazo de papel.

De pronto, una sonrisa asomó a los labios de Sophie. Estaba algo espesa, pues apenas había pegado ojo en toda la noche, pero después de todo tal vez hubiera encontrado la solución al problema. Tal como estaba previsto, se vestiría con su vestido de gasa blanca e impoluta y se deslizaría hasta la maravillosa e histórica mansión para ser fotografiada y admirada. Se desplazaría flotando por el jardín en flor con sus damas de honor hasta llegar a la glorieta de la boda y tomaría a Justin del brazo. Y entonces se daría media vuelta y se dirigiría a los invitados con la mayor dignidad:

«Quiero darles las gracias a todos por haber venido hoy aquí. Sé que la invitación apuntaba que iban a ser testigos de una ceremonia de boda entre el señor Justin Trevor Phillips y yo misma, pero lo cierto es que tengo otra razón para convocarlos a todos

ustedes aquí. Quiero anunciar que disfruto de un sexo con Justin realmente fabuloso. Tan maravilloso que me autoengañé pensando que tenía que casarme con él para poder seguir teniendo estos orgasmos alucinantes durante el resto de mi vida. Ahora me doy cuenta de que no solo podemos seguir follando como animales sin necesidad de que haya un estúpido pedazo de papel de por medio, sino que las estadísticas indican que tendremos mejores relaciones sexuales sin ese papel. Pero créanme si les digo que el tipo de polvos que Justin y yo echamos normalmente son dignos de una celebración por todo lo alto con amigos y familiares. Así que, por favor, disfruten del fabuloso salmón a la parrilla y de la sesión de baile de salsa, tal vez hasta puedan echarse una placentera siestecita en el cobertizo del jardinero o en el bosque de bambú».

Sophie se rió en voz baja. Ojalá pudiera ser tan sincera. La sinceridad era algo bueno. Excepto el tipo de sinceridad que había encontrado en sus amigas durante su despedida de soltera, dos noches antes.

Las chicas ya iban por su segunda jarra de sangría cuando su compañera de la universidad, Ashlyn, empezó a hablar del tema del sexo dentro del matrimonio.

—Desde luego, la noche de bodas ya no es lo que era. Sean y yo estábamos tan cansados después de la celebración, que casi no podía llevarme en brazos para traspasar el umbral de la suite nupcial, y luego los dos nos quedamos dormidos en aquella cama tan grande y elegante. Por supuesto, a la mañana siguiente la cosa fue mucho mejor, porque habíamos descansado. Me encanta el sexo durante el día, pero a veces me pregunto si la siesta que te echas después no es la mejor parte.

Las otras mujeres, salvo Sophie, se rieron; sabían de qué estaba hablando.

Nina, su mejor amiga del instituto, se acercó.

—Está claro que el sexo pierde gran parte de su encanto en cuanto se pasa por la vicaría, pero Jasper y yo procuramos escaparnos algún fin de semana una vez al mes o así. Entonces yo hago como que estamos teniendo una aventura, y no salimos de la cama hasta que la empleada de la limpieza nos echa de la habitación.

Las otras mujeres intercambiaron miradas maliciosas y emitieron un murmullo de aprobación.

—Cuesta mantener la chispa —añadió su amiga Megan—, pero me gusta mucho la intimidad que tenemos. El matrimonio ha cambiado realmente las cosas con Brian. Tiene gracia, pero ahora, por ejemplo, nos pone a tono estar en la cama abrazados y planear reformas en la casa...

—Cuando de verdad cambia todo es cuando llegan los niños. Nosotros ahora no lo hacemos tan a menudo, ni mucho menos, y no podemos hacer ruido, pero estamos mucho más unidos, y nuestra relación es más profunda, más espiritual... —agregó su otra amiga de la universidad, Jenny.

La hermana mayor de Sophie, Elena, asintió con la cabeza y sonrió.

Sophie se había puesto a tono con el vino, pero el efecto se le pasó de golpe y se desplomó en la silla.

—Decidme la verdad. ¿Estoy renunciando al sexo salvaje para siempre al casarme

con Justin?

—Justin es un gran tipo, Sophie; quieres echarle el guante y conseguir un compromiso para que no se te escape —dijo Ashlyn con expresión solemne—. Hay otras cosas además del sexo en vuestra relación, ¿verdad?

Sophie asintió con la cabeza. Por supuesto que había otras cosas: se hacían reír el uno al otro, Justin preparaba una pasta primavera deliciosa, y después de un día duro en la oficina no había mejor sitio donde estar que en los brazos de él. Pero ¿tendría cualquiera de esas cosas el mismo peso en su vida sin las frecuentes sesiones de sexo salvaje, húmedo y extremadamente satisfactorio?

Todos esos pensamientos todavía la martirizaban mientras permanecía acostada junto a su novio, a apenas unas horas del fin de su maravillosa vida sexual.

Como si, de algún modo, hubiese intuido sus dudas, Justin abrió los ojos. Sonrió y le pasó un brazo alrededor del cuerpo. Ella se acurrucó contra él, apoyando la cabeza en su hombro, con las piernas de ambos tan enredadas como sus lingue, su especialidad. Ella había bautizado aquella posición con un nombre que solo ella conocía, «Estar en paz con el mundo», porque cuando estaban así, juntos y solos, no deseaba otra cosa. Sobre todo después de una buena maratón de sexo en la que se quedaban roncos de tanto gritar.

Sin embargo, después de casarse y de que dejaran de mantener relaciones sexuales, ¿se contentarían con aquella sensación de paz y satisfacción? ¿Sería bastante para los dos? Quiso preguntárselo a Justin, compartir con él sus temores, pero ahora respiraba a un ritmo lento y regular, y ella no quería interrumpir su descanso. Iba a necesitar hacer acopio de todas sus fuerzas más tarde...

Cuando le dijese que había que suspender la boda.

Porque de todos modos, ¿de qué servía un estúpido trozo de papel en los tiempos que corren?

Tal vez eso fuese parte del problema. En el fondo de su alma, ella quería una noche de bodas tradicional, lo que significaba que se tocarían el uno al otro de forma distinta, como nunca antes se habían tocado. La pega era que en los dos años que llevaban juntos ya se habían lamido, succionado y penetrado el uno al otro de todas las formas imaginables. ¿Cómo iban a arreglárselas para descubrir algo nuevo o sorprendente esa noche?

Todo habría sido muy diferente si se hubiesen enamorado ciento cincuenta años antes, en el apogeo del reinado de la reina Victoria. Como el atento caballero que era, Justin la habría cortejado durante incontables domingos después de misa antes de pedirle su mano a su padre. Y sí, la habría llevado al compás de la música por todo el salón de baile hasta dejarla sin aliento y la habría ayudado a bajarse de los carruajes rodeando con sus fuertes manos su cintura diminuta y encorsetada. No habría podido verbalizar ni expresar ninguna de las sensaciones que experimentaba «allí abajo», bajo sus voluminosas enaguas, más que con un rubor sutil, dando un respingo cada vez que le rozase con los labios el dorso de la mano.

Y luego, en su noche de bodas, el ansia del contacto físico se transformaría de repente en un frenético festín para los sentidos. La lengua de Justin le tantearía la boca,

sus manos le acariciarían los tiernos pechos y su virilidad se hundiría en la parte más íntima de su carne por vez primera, todo al mismo tiempo.

Eso sí debía de ser intenso...

En lugar de arrastrarla a un bar de tapas y a una discoteca, sus queridas amigas la ayudarían con todos los preparativos en la cámara nupcial. La guiarían hasta la cama con dosel, le cepillarían el pelo, que le caería en cascada sobre los hombros, y le colocarían un capullo de rosa en el escote de su vaporoso camisón blanco para que Justin se lo arrancase —para que la desflorase, literalmente— cuando llegase para reclamar su derecho a disponer de ella como su legítimo marido. En aquellos tiempos un hombre era el dueño y señor del cuerpo de su esposa, y la poseía tan completamente como poseía sus campos o sus caballos.

Sophie se preguntó qué habría sentido cuando Justin, su primer y único amante, explorase todos los tesoros de su nueva posesión, cuando le acariciase sus sensibles pezones con los dedos y le deslizase la mano entre sus labios inferiores. ¿Se mostraría delicado su flamante marido o, por el contrario, se transformaría en una bestia por obra y gracia de la lujuria? ¿Lloraría ella ante el sometimiento y la entrega total de su corazón, de su cuerpo, de su nombre? ¿Gritaría cuando él la penetrase, estremeciéndose ante un dolor que era la obligación de la mujer y, al mismo tiempo, también un placer secreto?

Sophie lanzó un suspiro. Justin había sido su octavo amante, aunque había sido el primero con el que había probado algunas de las prácticas sexuales menos convencionales que experimentaban de vez en cuando las parejas un poco más audaces: el sexo por la puerta de atrás, sado light, algún que otro collar de perlas de vez en cuando... Sin embargo, la experiencia única que tanto anhelaba, disfrutar de una primera noche de profunda transformación erótica en brazos del hombre al que amaba, era un placer que nunca llegaría a conocer.

—Hola.

Despertándose de su ensoñación de la era victoriana, levantó la vista y se encontró con los chispeantes ojos azules de su prometido.

—Buenos días, señor Phillips. Pareces contento.

—Y lo estoy. Hoy es el día más feliz de mi vida.

—¿Por qué? —le preguntó Sophie. Medio ensimismada todavía en sus ensoñaciones, su respuesta le había sorprendido realmente.

—Tonta. Pues porque me voy a casar con la mujer más bonita y maravillosa del mundo entero.

«Ah, sí..., por cierto, hablando de la boda...»

—¡Tía Sophie! —Madison, la hija de cuatro años de Elena, irrumpió en la habitación y corrió hacia la cama—. Hoy os vais a casar...

—Así es. Y tú vas a ser la mejor dama de honor que ha habido... —dijo Justin en un tono paternal perfecto, cálido pero no condescendiente. Sería un gran padre, pensó Sophie con una punzada de remordimiento.

—Mi vestido es muy bonito. Me muero de ganas de ver el tuyo. —La niña se disponía a encaramarse en la cama con ellos cuando Elena apareció y se llevó a su hija de vuelta a la habitación de invitados.

Lanzó a su hermana una mirada cómplice.

—Espero que no os haya interrumpido. Por cierto, mamá y papá han dicho que vendrán del hotel a las ocho. Tenías hora con el peluquero a las nueve, ¿verdad?

—Sí —contestó Sophie con voz débil, pues el temor ya familiar le atenazaba el torso como un corsé. No era una novia victoriana, pero por lo visto su vida sexual todavía tenía que regirse por fuerzas que escapaban a su control.

Si estaba cometiendo un terrible error, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

El día pasó tan rápido que a Sophie casi se le olvidó que estaba cometiendo un error. La ceremonia en el jardín hizo que se le saltasen las lágrimas, pero no porque se deprimiese al pensar en la sequía que se le avecinaba en el dormitorio. Había algo extrañamente conmovedor en el hecho de declarar su amor a Justin delante de tantas personas radiantes y vestidas de punta en blanco que de veras parecían desearles lo mejor en su nueva vida juntos. Con el jaleo del banquete y la última parte de la fiesta en casa, el día avanzó hacia la tarde. Habían pasado de las seis para cuando consiguieron escaparse en coche al encantador bed and breakfast que habían reservado para la primera noche de su luna de miel.

Y en ese momento, cuando Justin la cogió en brazos y cruzó el umbral de aquella preciosa casita en el campo, Sophie se acordó de que aquella noche señalaba el principio del fin de su vida erótica.

Sin embargo, lejos de estar cansado o farto de interés, Justin la depositó de inmediato, con un elocuente guiño, en el centro de la cama con dosel. A continuación se tendió junto a ella y la atrajo hacia sí.

—Me he pasado el día deseando que llegara este momento...

—¿Estás seguro de que no quieres dormir? Tenemos el resto de nuestra vida para cumplir con nuestros deberes conyugales.

—Joder, no, ni hablar... Y menos después de haberme hecho esperar una semana entera... —le espetó, aunque acto seguido se acordó de sus buenos modales—. Lo siento, cariño, ya sé que anoche no dormiste muy bien. Si quieres acostarte temprano, lo entiendo —le mintió cortésmente.

Aunque en las últimas veinticuatro horas apenas había dormido, comido o bebido, Sophie sentía un cosquilleo por todo el cuerpo; era presa de una extraña excitación.

—Bueno, se supone que para que el matrimonio sea legal debemos consumarlo lo antes posible...

Justin frunció el ceño.

—Hablando de formalidades..., quería comentarte una cosa.

El corazón le dio un vuelco. La tinta del certificado de matrimonio apenas se había secado y las cosas ya se estaban torciendo.

—¿Qué pasa, cariño?

—Esta mañana he estado repasando esa lista de tu guía para novias y he visto que se suponía que tenía que comprarte un regalo de bodas. Perlas o algo así. No te he comprado nada, pero si hay algo que te haga ilusión...

—Yo tampoco te he comprado nada. Recomendaban unos gemelos o un reloj para el novio. Muy años cincuenta. —Se volvió hacia él y envolvió con la mano la erección que apuntalaba sus pantalones—. Pero esto es algo que no me importaría recibir envuelto con papel de regalo y un lazo enorme.

—Es todo tuyo. Si me regalas tú esto... —Le metió la mano por debajo de la falda y le dio unas palmaditas en el pubis—. Te prometo que lo cuidaré mucho.

Ella se echó a reír.

—Trato hecho.

Justin empezó a acariciarla con los dedos por debajo de las bragas.

—Por supuesto, antiguamente, ahora te habrías convertido en mi dueño y señor absoluto —murmuró ella, abriéndose de piernas—. Y yo habría llegado a ti virgen. Esta sería la primera vez que haríamos algo más que cogernos de la mano.

—Si esta fuera la primera vez que te tocase, probablemente solo de hacer esto ya me habría corrido en los pantalones... —dijo Justin en voz baja. Con la mano que le quedaba libre, se inclinó y empezó a desabrocharle la blusa.

—Pero tú no serías virgen. Tu tío te habría llevado a una casa de mala reputación para desvirgarte, y así luego me desvirgarías a mí.

—No sabía que fueses una chica tan chapada a la antigua... —Justin terminó con los botones y le deslizó la blusa por los hombros.

¿Eran imaginaciones tuyas o ahora la tocaba con una actitud más posesiva?

—Me alegro de no ser virgen —continuó Sophie—, pero eso de que tu noche de bodas sea tu primera vez me parece muy excitante.

Justin le colocó la mano en el hombro desnudo y la trajo hacia sí, induciéndola a que se sentara a horcajadas sobre su vientre. Le desabrochó el sujetador con movimiento experto y se lo quitó por los brazos. El brillo acerado en sus ojos cuando le miró los pechos desnudos era una novedad, definitivamente.

—Yo me alegro de que esta no sea nuestra primera vez —dijo él.

—¿Por qué?

Justin la miró a los ojos y por un instante Sophie sintió que le pertenecía, que era suya. Sin embargo, al mismo tiempo, era como si su cuerpo se sintiese extrañamente libre y alegre.

—Porque sé que lo vas a disfrutar —dijo él con firmeza—. Sé que voy a hacer que te corras.

—Ay, Dios mío... —susurró ella; una ola de ardiente excitación la recorrió desde el

coño hasta el pecho. Y entonces dijo—:Ay, Dios, lo siento...

—¿El qué?

—Nunca me había pasado algo así. Es que..., bueno, he empapado las bragas. Estoy tan... caliente... Me hablas de una forma...

Justin enterró el dedo bajo el elástico de sus bragas y lo sacó reluciente. Con una sonrisa maliciosa, le untó el pezón erecto con su propia humedad.

Ella se estremeció y se mordió el labio.

—Ya veo que te gusta que te diga cosas guarras mientras te froto las tetas con tus fluidos... —dijo él con voz ronca.

Sophie sintió otra descarga entre las piernas. Su excitación nunca había sido tan evidente... ni tan abundante.

—Lo siento, otra vez... —tartamudeó—. Creo que ahora los dos estamos empapados.

—Entonces vamos a quitarnos esta ropa mojada. De todos modos te quiero —repuso él. Definitivamente había un nuevo dejo de autoridad en su voz, como si esperara y exigiera obediencia de ella.

Por supuesto, Sophie también quería quedarse desnuda. Se desabrochó la falda rápidamente y luego se desprendió de las bragas empapadas. Justin se quitó los pantalones y los calzoncillos en un tiempo récord. Con una punzada de vergüenza, Sophie reparó en la mancha de humedad que le había dejado en la bragueta.

Su marido volvió a colocársela encima; su dura polla pugnaba con fuerza contra su culo.

—Ahora frótate ese coñito mojado contra mí. Córrete otra vez.

—No sé si podré.

—Ahora eres mi mujer, Sophie. Tienes que hacer lo que yo diga en la cama. Y no solo por ese trozo de papel. Tú misma me diste tu coño como regalo, así que quiero que me empapes la barriga como demostración de lo caliente que estás.

Sophie quería hacer lo que le decía, pero la extraña nueva respuesta de su cuerpo estaba fuera de su control. Sin embargo, era su deber satisfacer el apetito carnal de su marido, de manera que empezó a rozar sus labios hinchados contra su barriga, en el intento de provocar otra misteriosa descarga de deseo.

Justin le agarró el culo y se lo apretó con fuerza.

—Me gusta que estés tan cachonda que tengas que masturbarte encima en mí, pero no estoy seguro de que estés esforzándote al máximo. ¿Acaso voy a tener que pegarte para que obedezcas? Ahora que eres mía, puedo castigarte si no complaces mis deseos.

Sophie se puso tensa como si realmente la hubiese golpeado. Un instante después sus cálidos fluidos formaron un charco en la barriga de él.

Justin arqueó la espalda en el colchón.

—Joder, me encanta. ¿Cómo lo haces?

—Eres tú el que me lo está haciendo. Tú —confesó Sophie.

—Así que te gusta esto, ¿eh?

—Sí, pero me gusta aún más tenerte dentro. ¿Te importa si te monto ya?

Justin nunca había rechazado semejante proposición, pero esa noche se limitó a entrecerrar los ojos.

—¿No sabes que una esposa como Dios manda espera a que sea su marido el que decida estos asuntos? Además, cuando nos acostemos juntos por primera vez como marido y mujer, tú estarás debajo de mí, en tu lugar, ¿entendido?

Sophie abrió la boca para protestar —¿de dónde diablos había sacado ese discurso de machito que le estaba soltando?—, pero su queja se redujo a un gemido de impotencia cuando sintió una nueva descarga vaginal.

—Entendido —dijo bajando la mirada dócilmente.

—Entonces, tumbate boca arriba y levanta las rodillas hacia el pecho para que ese coñito mojado esté bien tirante y apretado.

Temblando, Sophie hizo lo que le decía. Se sentía tan desnuda y expuesta sujetándose las rodillas separadas para él, sin saber qué tipo de trato, dominante y a lo bruto, la aguardaba... Sin embargo, su cuerpo parecía confiar en él. Cada fibra de su ser se estremecía con deliciosa expectación.

Justin se arrodilló entre sus piernas y la miró fijamente.

—Ahora voy a consumir nuestro matrimonio. Entonces serás mía.

Su tono era más brusco que cariñoso, pero en ese momento Sophie sintió que una corriente eléctrica le atravesaba el pecho, como si él le hubiese metido la mano dentro y le hubiese apretado el corazón. Mientras esperaba sin aliento, su marido se cogió la polla y se inclinó hacia delante. Pero no se la metió. En vez de eso, presionó el glande contra su clítoris. Ella gimió. Justin siguió frotándola con su miembro, como si fuera un dedo gigante e hinchado, tomando posesión primero de esa parte de su cuerpo. Ella estaba tan mojada que su pene se deslizaba por la piel resbaladiza con un leve y lúbrico chapoteo.

—Por favor, tómame —imploró ella con voz entrecortada.

Al siguiente envite, Justin guió la polla hasta su agujero y la hundió hasta el fondo.

Los dos gimieron al unísono.

Justin empezó a moverse lentamente, embistiéndola con fuerza para darle la fricción que necesitaba.

—Ahora eres mía y voy a hacer que te corras —le susurró al oído.

Una nueva descarga húmeda le glaseó la raja del culo. Las pelotas de Justin golpeaban contra su hendidura cada vez que arremetía contra ella, estimulándole la tierna carne. Le atrapó el pezón en la boca y lo chupó con fuerza.

«El nudo del matrimonio», esas palabras la habían asustado y confundido, pero así era precisamente como Sophie se sentía en ese momento, atada y enredada como en un

nudo, con las piernas alrededor de él y sintiendo un arrebató de lujuria palpitante e incesante en su bajo vientre. Con cada embestida, Justin parecía empujar más hondo, conquistando un territorio desconocido. Porque nadie la había tocado así antes, ni siquiera el dulce Justin al que había contemplado durmiendo esa misma mañana. Nadie la había hecho abrirse tan completamente —su coño, su corazón, su cabeza..., todo a la vez—, para dejar al descubierto un ansia que hasta entonces había guardado en secreto incluso para sí misma.

—Córrete para mí, Sophie —jadeó él—. Te ordeno que te corras ahora mismo.

Como la esposa sumisa y complaciente que era, empezó a dar sacudidas contra él —una, dos y hasta tres veces—, y entonces se corrió, con unos espasmos brutales que le salieron de la garganta en forma de grito. Justin apoyó las manos sobre la cama, se irguió y la embistió con un movimiento de caderas propio de una estrella del porno mientras anunciaba su clímax con una sucesión de gruñidos graves.

Se desplomó hacia delante y se abrazaron, con los cuerpos todavía palpitantes. Estaban tan cerca que Sophie sentía los latidos del corazón de él en su propio pecho.

—No sé por qué me ha dado por ahí... —confesó Justin—. Espero que todo ese rollo del amo y señor no haya sido un error...

—Para nada. Creo que he dejado una mancha de humedad en la cama del tamaño de California. —Le acercó los labios al oído y susurró—: Cabrón autoritario... Me has puesto a cien...

—Tú sí que me pones a cien, nena. Dios, qué suerte tengo... Me he casado con la mujer más sexy del mundo. —Rodó sobre su espalda y ambos permanecieron acurrucados en la cama, con la cabeza de ella en el hombro de él y las piernas entrelazadas.

Sophie sonrió. Había cometido un terrible error: se había pasado todo el día preocupada porque un pedazo de papel fuese a acabar con su vida sexual. Sin embargo, esa noche había descubierto que el papel podía ser un pasaporte para nuevos territorios.

OTRO AS EN LA MANGA Heidi Champa

—¿Estás segura de que quieres hacerlo, Daisy?

—Sí, claro que estoy segura. ¿Por qué no iba a estarlo?

Él tenía los brazos atados al cabecero de la cama con dos corbatas viejas, y yo llevaba puesto el mono de vinilo que escogí pensando en lo que él me había dicho que le gustaría. Ahora que había llegado el momento de la verdad, él no parecía nada impresionado y yo empezaba a sudar con todo ese plástico negro tan ceñido. Puso los ojos en blanco y lanzó un suspiro; la espalda hundida en la cama, los músculos relajados. Estaba empezando a desanimarme. Sin embargo, insistí, golpeé mi fusta de cuero rosa contra la palma de mi mano. Blake no parecía asustado, y sus ojos no reflejaban ni pizca de deseo. Mi espalda, que había mantenido bien recta en el intento de parecer autoritaria y sexy, empezó a encorvarse. Aquello no iba a salir como había imaginado.

—Blake, creía que estabas por la labor, ¿qué te pasa ahora?

Se revolvió contra sus ataduras, pero no como yo había previsto.

Intentó sentarse, no pudo y adoptó una postura tan rara que casi se me escapa la risa.

—No sé, Daisy, esta noche no me apetece algo así.

Me senté en el borde de la cama y tiré al suelo la fusta, que tan bien me quedaba. Las botas de charol altas hasta la rodilla empezaban a hacerme daño en los pies y me sentía más ridícula que nunca.

—¡Es culpa tuya y lo sabes, Blake!

—Lo sé, nena. Lo sé.

Todo había empezado por un comentario que Blake hizo a la ligera tras una noche tontorrón en la que habíamos estado jugando al Yo nunca con unos amigos. No lo dijo con ánimo de molestar, o al menos eso explicó luego. No había mala intención en sus palabras; lo había soltado sin pensar cuando enfiló con el coche el camino de casa.

—Creo que nuestra vida sexual se ha vuelto aburrida.

Yo no estaba necesariamente en desacuerdo, pero me apresuré a recordarle todas las locuras que habíamos hecho en el pasado. Cuando empezamos, nuestras sesiones maratonianas de sexo eran algo legendario; prácticamente no podíamos vernos sin acabar manoseándonos. Yo estaba convencida de que nuestra vida sexual era cualquier cosa menos aburrida. Entonces fue Blake el que se apresuró a señalar que habían pasado años desde nuestro último revolcón realmente fuera de lo común. Pese a lo mucho que me molestaba admitirlo, lo triste era que tenía razón. No llegó a decir que hubiéramos caído en la rutina, pero yo lo leí entre líneas. La aventura y la lujuria habían sido sustituidas por la comodidad y por las obligaciones cotidianas, que, por desgracia, no dejaban mucho

espacio para el sexo. Siempre había creído que eso era algo inherente al hecho de llevar juntos muchos años. No quería reconocer que a mí tampoco me emocionaba en absoluto nuestra vida en la cama, pero en el fondo así era. Él no dijo nada más aquella noche, pero sus palabras me llevaron a asumir una misión. Y esa misión era no volver a aburrirnos jamás en la cama.

Blake no lo sabía, pero había liberado a la bestia. Me pasé por todas las tiendas de juguetes y vídeos para adultos en un radio de casi ochenta kilómetros a la redonda en busca del billete a la felicidad más concupiscente. Libros, DVD, juguetes; si lo tenían, lo compraba. Probamos más posturas del Kama Sutra de las que yo sabía que existían y acabamos con más de una contractura muscular. Con una de esas posturas, llamada «El par de pinzas», casi acabamos en urgencias.

Algunos de los juguetes que escogí asustaron a Blake, aunque disfrutó casi tanto como yo con el bonito consolador de cristal que compré. Alquilamos y vimos todo tipo de películas porno, y no solo las que tenían argumento e historias «de chicas». Al principio Blake las veía con ganas y disfrutaba muchísimo compartiendo conmigo cuánto le gustaban las escenas de sexo lésbico. Pero no tardó en descubrir que prefería verlas solo, como lo había hecho siempre hasta entonces. Los DVD quedaron apilados junto a la pequeña televisión de la cómoda de nuestra habitación; ninguno de los dos los veía.

Nuestra incursión en el jueguecito de la interpretación de personajes tardó más en llegar y no se consolidó hasta un momento realmente divertido durante una fiesta de Halloween. Hasta ese día, Drácula jamás me había parecido sexy, pero Blake me convenció para que me reuniera con él en la habitación de invitados de mi hermana y consiguió que pasara de gatita provocativa a gatita cachonda en cuestión de segundos. Después de esa noche compré más disfraces para hacer realidad todo tipo de fantasías. Escogí el de enfermera perversa; a Blake le ponían las mujeres policía, así que reprodujimos esa fantasía con ayuda de una porra de juguete y el asiento trasero de nuestro coche en una carretera secundaria por la que no pasaba nadie. Fue todo muy pasional y divertido, y yo creía que había valido realmente la pena. Pasaron meses sin que viviéramos una noche de sexo aburrido, y los dos parecíamos disfrutar de ello.

La fantasía de la dominatrix fue básicamente idea mía, pero Blake parecía más que interesado. El traje fue el más caro hasta la fecha, pero me gustó vérmelo puesto y el innegable poder que sentí con la fusta en la mano. Esperaba que Blake se comportase como un niño sumiso, pero su deliberada mirada de disgusto no me dejó más opción que agacharme y desatarlo.

—Lo siento, Blakey. Creí que esto podría ser divertido, pero si no quieres hacerlo, podemos dejarlo para otro momento.

Después de soltarlo, aún me sentí más ridícula que antes con el disfraz. Él se frotó las muñecas y yo me levanté de la cama para ir a quitarme el trajecito de marras. Blake sacudió la cabeza y me agarró del brazo para que volviera a sentarme a su lado.

—Daisy, lo siento. De verdad que lo siento. Pero es que..., no sé. ¿Crees que podríamos tener sexo y ya está por esta noche?

—Íbamos a tener sexo, Blake. Precisamente por eso habíamos montado toda esta historia.

Se quedó mirándome hasta que levanté la vista; tenía las mejillas coloradas por la vergüenza.

—No. Yo me refiero a sexo. Como lo hacíamos antes. Tú y yo solos, en nuestra cama. Ya me entiendes, sexo. Odio tener que usar la palabra «normal», pero ahora me parece adecuada.

—¿Te refieres a sexo aburrido?

—¡Joder! Ojalá nunca hubiera dicho eso. ¿Todo esto es por ese comentario? ¿Porque dije que éramos aburridos en la cama?

—No.

Blake no dijo nada, pero su mirada me dejó muy claro que sabía que estaba mintiendo.

—Bueno, está bien. De acuerdo. Sí. Estaba intentando que nuestra vida sexual fuera menos aburrida. Parecía que lo pasabas bien. ¿Qué ha cambiado?

—Nada. La mayoría de las cosas me han gustado. Pero echo de menos estar contigo. ¿Tan absurdo es que tenga ganas de sentirte, de estar contigo y de ver cómo te corres? Sin tanta parafernalia, sin látigos, sin nada. Solo tú y yo.

Secretamente, esas eran las palabras que yo deseaba oír desde que habíamos empezado nuestras locuras sexuales. Tenía miedo de pronunciarlas, pero escuchar cómo Blake lo confesaba hizo que mi determinación se fuera al traste.

—Si eso es lo que realmente quieres, ¿quién soy yo para decir que no a algo así?

Blake se levantó y me levantó con él. Empezó a bajarme la cremallera del traje; fue despojándome de mi piel de vinilo negro hasta que los pechos asomaron del top. Mientras seguía desnudándome, se metió uno de mis pezones en la boca, y empezó a trazar círculos con la lengua y a chuparme de una forma que me resultaba maravillosamente familiar. Me soltó demasiado rápido; yo le ayudé a quitarme el traje tirando de él por encima de las relucientes botas y lanzándolo a un lado. Él se puso de rodillas y empezó a desatarme las botas, despacio, con suavidad, besándome las piernas. Cuando terminó, se sentó en la cama y se recostó contra el cabecero, en el mismo lugar donde estaba antes de que yo lo desatara. Esperaba que yo hiciera algo y no dudé en complacerlo.

No intenté que se me ocurriese algo interesante; me limité a sentarme a horcajadas encima de él. Le rodeaba la cintura con las piernas, lo besé apasionadamente y empecé a menearme poco a poco sobre su regazo. Le acariciaba el torso desnudo con las manos y sentía las oleadas de calor que irradiaba su piel. Él se echó hacia delante, su lengua se paseó por mi clavícula y empezó a bajar hasta los pechos besándome en el recorrido. Sus dedos me excitaban hasta que los pezones se me pusieron duros como piedras y, en cuanto despegaba los labios de mi cuerpo, lo deseaba más y más. Arqueé la espalda, pero él siguió con su jueguito. Hasta que empecé a frotarme contra su polla, cada vez más dura. Entonces se volvió mucho más generoso con sus demostraciones de afecto. Masculló con la boca pegada a mi piel y la vibración de su voz me hizo cosquillas.

—Esto sí que sí, Daisy. ¿No te alegras de que por fin diga algo?

Volvió a por mis pechos sin esperar a que le respondiera. El calor de sus labios sobre mi pezón me derritió por dentro; el cuerpo se me iba tensando con cada beso y cada succión. Antes de que me diera cuenta, me había tendido de espaldas y volvía a torturar mis pezones erectos con los dedos y la boca. Yo estaba tumbada en la cama, indefensa, dejando que rodease lentamente las areolas de mis pechos con su lengua; me llevó al borde de la locura. Entonces fue descendiendo, haciéndome cosquillas con la boca, acariciándome suavemente el vientre, hasta que empecé a temblar bajo sus labios. Sus largos dedos describían dibujos sobre mi vello púbico, se movían sin rumbo fijo, evitaban lo que yo realmente deseaba que hiciera. La más mínima presión ejercida por sus yemas conseguía que ardiera por dentro, deshaciéndome al contacto de sus manos. Empecé a mover las caderas en círculos para disfrutar hasta de la más leve caricia. Pero quería más. Tiré de él para poder verle la cara, y sonreía como un niño dichoso.

—Blakey, por favor, no juegues más conmigo. Te necesito.

—Lo siento, pero llevo demasiado tiempo esperando hacer esto. Dame un poco de cancha, ¿vale?

Estaba casi encima de mí; me besó en la boca. Pasaba los dedos sobre mi pezón erecto sin apenas rozarlo. Sentí su enorme mano agarrándome de la cadera para atraerme hacia su cuerpo. Yo tenía su cara entre mis manos e intentaba alargar el momento cuanto podía. Le acaricié los labios con un dedo y él lo atrapó entre los suyos, se lo metió en la boca y empezó a chuparlo. Sentí una punzada en el estómago y una nueva oleada de calor. Su cara se apartó de mis manos y me besó el cuello. Hasta el último poro de mi piel prendió fuego; cada beso, cada lametón alimentaba una nueva llamarada. Le hundí los dedos en el pelo, instándole a que siguiera, empujándole hacia abajo.

Pero Blake no pensaba dejar que le metiera prisa. Volvió a posar la boca sobre mi pezón, succionándolo, lamiéndolo fuerte una y otra vez. Arquee la espalda para intentar conseguir algo más. Solo podía pensar en que necesitaba más. Más de cualquier cosa que Blake quisiera darme. El calor de su boca se sumó al lento movimiento de sus dedos sobre mi muslo. Noté un ligero temblor en la pierna a medida que sus caricias se acercaban a mi coño. Parecía que estuviera evitando a propósito la piel más sensible, excitándome con ligeros roces en otras partes de mi cuerpo. Me separó las piernas y sentí que sus dedos estaban cada vez más y más cerca de mi coño. Los gemidos empezaron a escapar de mi garganta: él movía los labios hacia delante y hacia atrás sobre mis pezones, lamiéndome primero uno y luego el otro, hasta que estuve a punto de gritar.

—Blake, no voy a aguantar mucho más.

—Solo un poquito más, te lo prometo.

Cubrió mi boca con la suya para impedir que siguiera hablando. Su dedo por fin había llegado a mi calor más resbaladizo y acariciaba con suavidad mi duro clítoris. Siguió jugueteando con él, rodeándolo con el dedo hasta que empecé a contonear las caderas en el intento de que imprimiera más velocidad al movimiento. Pero él seguía con una lentitud desquiciante, mirándome fijamente a la cara.

—Dios..., te pones guapísima cuando te excitas... ¿Lo sabías?

Lo único que conseguí fue negar con la cabeza, porque en ese momento era incapaz

de hablar. Sus palabras me ponían a cien y reavivaron el calor que sentía en el pecho. Su dedo resbaló sobre el clítoris, lo dejó atrás y me penetró; me abrió el coño por primera vez. Cada vez que metía y sacaba el dedo, la palma de su mano me golpeaba el clítoris.

—Abre los ojos. Por favor, Daisy, abre los ojos.

Apenas podía soportarlo, pero lo hice. Sus iris verdes me miraban con intensidad y pasión.

—Blake, por favor, te necesito.

Me besó; fuerte, provocativo, llenándome con su energía. Sin perder ni un segundo, su cara descendió, sembró de besos mis temblorosas caderas y siguió hacia mis muslos, separados por completo. Sentí su aliento entre las piernas, sus dedos me acariciaron los labios y bajaron por mi cuerpo... Él se limitaba a contemplarme embelesado mientras yo me retorcí de agonía, a la espera de que me tomara con su boca. Sentí la punta de su lengua acariciarme suavemente el clítoris y creí que iba a explotarme el cerebro. Sus caricias humedecían mi coño, excitándome de tal modo que empecé a temblar y a clavar las uñas en las sábanas. Los largos dedos de los que me había enamorado hacía tanto tiempo por fin estaban tocándome, llenando mi sexo en tensión, matándome de placer. La sensación era tan intensa, que no sabía si podría soportarla mucho más.

Él siguió excitándome despacio, saboreándome, haciendo que lo deseara cada vez más, acercándome al límite. Con la punta de un dedo empezó a describir círculos minúsculos sobre mi clítoris. Yo jadeaba con sus caricias expertas: la presión justa para que me excitara pero no me corriera. Su dedo se deslizó dentro de mí, las paredes de mi vagina lo apresaron y lo retuvieron bien adentro.

—Dios..., cuánto te echaba de menos así, Daisy... Cuánto...

Dejó de hablar y volvió a usar todas sus armas contra mí. Yo había aguantado tanto como había podido y quería darle algo a cambio. Lo agarré y tiré de él hasta tenerlo otra vez cara a cara. Su beso sabía a mí, sus labios estaban calientes y húmedos de mi coño. Era increíble.

—Yo también, Blake. Yo también.

Lo tumbé de espaldas y me puse encima a toda prisa.

Paseé las manos por su pecho palpando sus tensos músculos y el suave vello que le cubría el torso. Mis pulgares le rozaron los pezones erectos y sonreí con satisfacción al oír su respiración pesada. Me tumbé encima de él y le besé el pecho, inspiré su olor, lo saboreé con la lengua. Mientras le lamía un pezón, muy poco a poco, lo apreté ligeramente entre los dientes y él me puso una mano en la cabeza. Seguí torturándole los pezones, sus gemidos me ponían aún más cachonda. Su vientre plano me llamó y me deslicé hacia abajo. Le besé el ombligo y noté su polla dura entre mis tetas. Dejé que rozara mi suave piel y la sentí temblar y palpar por el contacto.

Me eché hacia delante e intenté concentrarme. Lo miré sonriendo y vi que tenía los ojos vidriosos, nublados por el deseo. Sosteniéndole la mirada, saqué la lengua abriendo la boca solo un poco y empecé a chuparle la punta de la polla.

La tomé entre mis labios húmedos y saboreé la suave y aterciopelada piel. Su gemido

ahogado fue un impacto directo en mi coño; una onda de calor me recorrió el cuerpo. La succioné con suavidad, hasta que él por fin cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Le lamí la polla lentamente hasta llegar a la base, donde jugueteé y chupé con cuidado el frenillo. Luego volví a lamerle la polla hacia arriba y me la metí entera en la boca, hasta la garganta.

—Oh, Dios, Daisy... Por favor, déjame follarte.

La vibración de la risita que se me escapó le hizo cosquillas y él soltó un profundo gemido. Me la metí todavía más al fondo, y él empezó a acariciarme el cuello con los dedos y a hundírmelos en el pelo. Mi succión persistente y constante estaba volviéndole loco. La maravillosa curva de sus caderas estaba bajo mis manos y percibí el mismo temblor que yo había sentido antes. No me dejó seguir mucho más. Tiró de mí con suavidad y me besó con tanta fuerza que pensé que iba a dejarme sin respiración. Cada vez que creía que había terminado, volvía a besarme. Nuestras lenguas se fundían, se perseguían, encontraban nuevos rincones a los que viajar. Estaba encima de él, su polla descansaba a tan solo unos milímetros de mi húmedo coño.

—Te quiero, Daisy.

—Yo también te quiero, Blake.

Apenas había pronunciado su nombre cuando sentí que su grueso glande se abría paso entre los anhelantes labios de mi coño. Me deslizó hacia abajo, cada vez un poco más cerca de su cuerpo. Cuando llegó bien dentro de mí, me quedé quieta sobre él, en su regazo, incapaz de moverme. Sentía que el cuerpo se me iba a partir en dos. Él me agarró las caderas y me meció suavemente adelante y atrás. Por fin volví en mí y empecé a deslizarme arriba y abajo sobre su polla; sentía sus dulces y profundos empujones con cada movimiento. No podía dejar de mirarle a los ojos. Él apartó las manos de mis caderas y empezó a acariciarme todo el cuerpo, provocándome descargas eléctricas con cada roce. Sentía una plenitud deliciosa; su polla me abría por completo y me penetraba con más fuerza en cada embate. Tiró de mí hacia delante para devorarme con sus dulces besos y se apoderó de mi boca. Mi clítoris se frotaba contra su cuerpo, y yo movía las caderas en círculos cuando él me empujaba para penetrarme aún más. Sentí que me tensaba; hasta el último músculo de mi ser se ponía cada vez más tenso de placer y expectación. Me acarició los pezones con los pulgares; la carne erecta ya no podría soportar mucho más. Me temblaba todo el cuerpo, sentía que el orgasmo se acercaba..., sería algo profundo e intenso. Blake fue bajando el pulgar, empezó a acariciarme el clítoris, húmedo y caliente, y estallé. Mi cuerpo gritó violentamente, reteniéndole la polla dentro de mí, toda mi anatomía envolviéndolo, aferrándolo. Llené el silencio de la habitación con mi voz, mi cuerpo liberaba ese placer que había estado anunciándose. Lo estaba montando, subía, bajaba, y el éxtasis llegaba en oleadas interminables. Las manos de Blake formaron profundos valles en mis caderas, sentí que su cuerpo se convertía en piedra bajo el mío, y su polla creció dentro de mí mientras gruñía por la descarga de su orgasmo justo cuando el mío finalizaba.

Caímos a la vez, agotados, exhaustos. Me tumbé junto a Blake, desfallecida. Me daba la sensación de que no podría moverme ni aunque quisiera. Blake me envolvió y tiró de mí hasta la seguridad de su abrazo.

—Ha sido increíble, Daisy. Justo lo que necesitábamos.

—Desde luego. Te prometo que en mucho tiempo no habrá DVD, juguetes ni látigos...

Blake se rió y tiró de mí hacia arriba para besarme; luego enarcó las cejas y dijo:

—Bueno, tampoco hay que pasarse. Quizá podríamos quedarnos el látigo.

COMO UN TREN Delilah Devlin

Verlo ahí de pie, de perfil, con los brazos cruzados sobre el musculoso pecho y aquel culo firme y redondo apoyado en el mostrador de envíos, bastó para acabar de convencerme. Vestido con unos vaqueros azules descoloridos, una camiseta negra marcando pectorales, y una gorra de béisbol roja de los Razorbacks vuelta del revés sobre su pelo negro, encarnaba la fantasía femenina del obrero musculoso. Al recorrer con la mirada aquel cuerpo alto y poderoso se me reseco la boca. Estaba como un tren. ¿Qué mujer en su sano juicio no querría pasar una tórrida noche con semejante pedazo de hombre?

Porque no podía ser más que eso, una noche. Había esperado hasta el último momento para tomar la iniciativa.

Durante el trayecto a medianoche hasta la oficina de envíos tuve tiempo suficiente para dar marcha atrás en lo que hasta entonces me había parecido un buen plan, cuando me di cuenta de que los planetas se habían alineado para darme esa última oportunidad de hacer realidad una fantasía con la que llevaba tanto tiempo soñando.

Nunca había sido el momento adecuado. Durante mucho tiempo fui una mujer casada. Cuando mi marido me dejó, Danny estaba viviendo con una mujer con dos hijos y parecía ir derecho al matrimonio.

Habíamos coqueteado; él me había hecho, entre bromas, alguna que otra insinuación inofensiva para que nos viéramos o echáramos un casquete rápido en el Motel 6, al cabo de la calle. Pero yo nunca detecté ni siquiera una pizca de interés real. Para que pasase algo, tendría que ser yo quien diese el primer paso. Ese día había sido mi última jornada de trabajo en Transportes Henderson. Era ahora o nunca.

A medida que iban desfilando por mi cerebro las razones por las que estaba loca por planteármelo siquiera, fui descartándolas una tras otra:

«Es demasiado joven. Pues mejor, porque así sabrá que no me hago ilusiones ni espero nada de él —me dije—. Bueno, aparte de pasar un buen rato.»

«Yo trabajo en administración y él es camionero.» El reloj acababa de señalar la medianoche, de manera que eso ya no era verdad. Éramos dos personas libres. Dos adultos que entendían perfectamente qué era el sexo consentido. Lo único que él tenía que hacer era decir que sí.

—No lo verás nunca más —murmuré en voz baja mientras me frotaba las manos frías—. Si te rechaza, no tendrás que vivir con su sonrisa de suficiencia.

Inspiré hondo para coger fuerzas, me ajusté el escote del top de lycra rojo para lucir mis pechos desde el mejor ángulo posible y empujé la puerta de cristal.

Él se volvió al oír el ruido, luego se irguió, separándose del mostrador, y dejó caer los

brazos.

—¿Vienes a darme la ruta para mañana, Angela?

Le lancé una sonrisa maliciosa.

—¿Crees que te he pedido que me esperes aquí a medianoche solo para eso?

Frunció el ceño, y en su mirada brilló un destello de curiosidad antes de posarse en mis tetas. Me había puesto un sujetador push up que me lo realzaba absolutamente todo. Se me marcaban los pezones en la tela elástica de mi top rojo, erectos porque les había dado unos leves pellizcos antes de bajar del coche.

Él arrugó aún más la frente.

—¿De qué va todo esto, Angela?

Me aclaré la garganta y traté de adoptar una actitud sugerente.

—Me parece que ya lo sabes...

Ladeó la cabeza y me repasó de arriba abajo otra vez. Muy despacio.

—Cielo, a ti no te hace falta birlarle las llaves a un hombre para llamar su atención.

Planté las manos sobre mis generosas caderas.

—Por lo visto sí me hace falta..., está claro que no has vuelto a insistir con tus insinuaciones.

Le temblaron los labios.

—Creía que coqueteabas así con todos...

—¿Es que me has visto coquetear con alguien? ¿Aunque solo sea una vez?

Apretó la mandíbula. La fatiga se percibía en las sombras que tenía bajo los ojos. Una barba incipiente asomaba a sus curtidas mejillas.

Sentí una punzada pasajera de remordimiento por estar escamoteándole horas de sueño, pero solo fue un momento. Era joven y estaba cañón; si tanto necesitaba dormir, que le dijera a su maldita novia de turno que fuese a verlo otro día. Esa noche era mío.

—Mis llaves no estaban en la caja de seguridad. Estoy seguro de que las dejé allí.

—Sí, las dejaste. —Asentí con la cabeza. Luego lo miré de arriba abajo para cerciorarme de que mis intenciones le quedaban claras—. El caso es que tengo una picazón y necesito que alguien me rasque para que me quite el ardor... y esperaba que ese alguien fueras tú.

Intenté transmitir más seguridad de la que sentía, pero perdí el valor en el camino de vuelta hacia arriba por su cuerpazo. Hice una pausa, tragué saliva, y luego tosí un poco para deshacer el nudo que sentía en la garganta. Cuando mi mirada llegó a su boca, estaba sonriendo.

«Mierda.»

—Angela, ¿quieres algo?

«A ti, a ser posible desnudo y atado de pies y manos en una cama para poder saborearte enterito sin que puedas impedírmelo...»

—¿Angela?

—¿Que si quiero algo? Oh, sí.

—Entonces dilo.

Pero no podía. Ya me sentía suficientemente idiota. Metí la mano en el bolso y saqué su llavero.

—Oye, lo siento. No debería haber llevado esto tan lejos.

—Me has hecho esperar aquí media hora..., ya podía estar en casa, duchado y en la cama. ¿Sabes cuánto tiempo he estado fuera esta vez?

—Sí. Yo misma supervisé la agenda.

Sin embargo, no cogió las llaves.

Di un paso hacia él y tuve que levantar la cabeza para no apartar la mirada de sus ojos grises.

Me colocó las manos en la cintura.

—¿Quieres algo, cielo? —repitió, bajando la voz con un murmullo sexy.

Cerré los ojos con fuerza y me concentré en armarme de valor y en que el rubor que me teñía las mejillas se desvaneciese.

—Te quiero a ti —dije, y luego abrí los ojos.

Sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, ¿ves como no era tan difícil?

—Sí, sí que lo era.

Se inclinó hacia mí, enfocando la mirada en mi boca, pero aparté la cara.

—Aquí no. En tu camión.

Él enarcó las cejas y me empujó con suavidad.

—Espérame allí. Sabes dónde está aparcado y tienes las llaves. Entra y ponte cómoda. Yo voy al vestuario a darme una ducha rápida. Apesto a diésel. —Giró sobre sus talones y me mostró otra vista de ese trasero por el que llevaba meses babeando.

Dejé escapar un gemido y lo oí reírse por lo bajo mientras empujaba la puerta y me dejaba con las rodillas de mantequilla.

Me hizo esperar veinte largos minutos hasta que la puerta de la cabina se abrió y se metió dentro. El aroma a pastilla de jabón inundó el reducido espacio, que ya olía a él: una mezcla muy masculina a diésel y almizcle. Pero como no fumaba, y por lo visto nunca comía allí dentro, olía bastante bien para ser la cabina de un camión. La luz de una farola del aparcamiento iluminaba el interior. Las cámaras de seguridad grabarían quién entraba y salía del camión, pero esperaba que no divulgaran lo que estábamos a punto de hacer allí dentro. Esa era otra de las razones por las que había esperado hasta esa noche. Al día

siguiente seríamos la comidilla de la empresa.

Me senté en el asiento de cuero del pasajero y aparté la mirada mientras él se encaramaba al asiento del conductor.

—¿Has cambiado de opinión? —me preguntó en voz baja.

—No —le contesté bruscamente, un poco molesta por la pregunta. Lo que yo quería era que él tomara la iniciativa, no que estuviese buscando mi aprobación a cada momento.

—Entonces, ¿por qué no estás en la parte de atrás?

—Oye, no te sientas obligado, ¿vale? —le dije, volviéndome para mirarlo directamente a aquellos ojos gris turbio—. Si prefieres dormir...

—Acabo de hacerme una paja en la ducha.

Me quedé con la boca abierta un momento, y luego la cerré de golpe.

—Ya, ¿y se puede saber por qué me dices eso?

—Porque quiero que sepas lo mucho que te deseo. Pensé que sería mejor que me desahogara un poco antes de venir. No quiero dejarte insatisfecha, cariño.

Tragué saliva, miré el borde afilado de su mandíbula y percibí un brillo de excitación en sus ojos. Quizá solo fuera lo que quería ver, pero lo cierto es que no me aparté cuando se dispuso a tocarme.

Se inclinó hacia mí. Deslizó las manos por mi espalda y luego desplazó una de ellas hacia arriba y me sujetó el pelo con fuerza. Me agarró la cabeza y me devoró la boca, frotando sus labios contra los míos, acariciándolos con la lengua para acudir al encuentro de la mía. Sabía a pasta de dientes de menta. Las manos que tiraban de mí eran fuertes y firmes. No me opuse cuando me alzó y se dispuso a colocarme a horcajadas sobre su regazo.

La falda se me subió por encima de las caderas y un aire frío me golpeó las nalgas desnudas, pero no me importó. Con el volante rozándome la espalda, me senté encima de él, agarrándolo de los hombros, sintiendo al fin cómo los músculos que había admirado durante tanto tiempo se tensaban bajo mis inquietas manos. Tanteé su corpulencia, recorrí con las uñas el profundo surco de sus vértebras y hundí las manos en su pelo.

Él interrumpió el beso y me apartó un poco. Luego metió los dedos por el borde superior de mi top rojo y empujó la tela elástica hacia abajo, hasta que traspasó la parte inferior de mis pechos.

—Qué sujetador tan curioso... —murmuró, arrastrando las palabras.

Miré hacia abajo. Mis pezones y mis carnosos pechos quedaban expuestos en una tupida trama de encajes y aros.

—Esperaba que te gustase —dije, mi voz chirrió como un gozne oxidado.

Me atenazó los pezones con el pulgar y el índice, pellizcándolos, retorciéndolos con delicadeza, y luego tiró de ellos con fuerza. El corazón me latía desbocado y la sangre se me agolpaba en la dolorida punta de mis pezones, anegándolos por completo.

Le puse las manos detrás de la cabeza y se la empujé hacia una de las puntas erectas. Gemí cuando atrapó el pezón en la boca. Lo mordisqueó, lo lamió, jugueteó con él.

Me restregué contra su pelvis, contra la protuberancia que se estaba hinchando dentro de sus vaqueros. Me froté hacia delante y hacia atrás, y la fricción de la áspera tela creó una ardiente llamarada de calor entre mis piernas.

Bajó una mano hasta mi culo y lanzó un gemido cuando sus largos dedos se hincaron en la piel que mi tanga dejaba al desnudo.

—Vamos a la parte de atrás.

Con la respiración agitada, miré hacia abajo. Tenía la boca borrosa y roja, las mejillas afiladas y una expresión salvaje. La dureza de su mirada habría podido cortar un diamante, y una vez más no lo dudé, no me importó que mi culo quedara delante de su cara cuando me encaramé entre los asientos para acceder a la litera.

La cama estaba deshecha, las sábanas arrugadas en una punta. Me tumbé de lado, me puse enseguida en un extremo y esperé hasta que él hubo franqueado los asientos y se tumbó a mi lado.

Solo que tenía las piernas demasiado largas y se acostó en diagonal, apretándome las rodillas. Deslicé un muslo entre sus piernas y me puse encima de él.

Me senté sobre sus caderas y él deslizó las palmas de las manos por mi torso enrollándome el top hacia arriba. Cuando el top voló sobre los asientos, me rodeó con los brazos y me desabrochó el sujetador con movimiento experto. Sin la sujeción de los aros temía que mis abundantes pechos colgaran demasiado, pero él los sostuvo en sus manos y su respiración se hizo más profunda.

—Llevo una eternidad deseando chuparte las tetas.

Solté una carcajada breve y entrecortada.

—No te habría dicho que no.

—Entonces, ¿por qué has esperado tanto?

—¿Por qué no diste tú el primer paso? ¿De verdad eres tan arrogante que tienen que ser las mujeres las que se te ofrezcan?

—No creía que me dirías que sí.

—¿En serio?

Soltó un gruñido, las lijas de sus pulgares seguían raspándome los pezones.

—Eres guapa. E inteligente. Y tienes a todos los camioneros babeando por ti.

—Pero tú eres muy guapo. No debe de haber muchas mujeres que te digan que no.

Arqueó una ceja.

—Bueno, no eres un guapo de cine, pero eres muy fuerte y tienes un cuerpazo. No creí que pudiese gustarte. Soy demasiado mayor para ti.

—Solo nos llevamos once años.

Alcé las cejas.

—¿Cómo sabes eso?

—Comí un trozo de tu tarta de cumpleaños y conté las velas.

Cuando me pellizcó los pezones, me puse tensa, mis párpados se cerraron.

—Supongo que once años no importan mucho... —jadeé— cuando de lo único de lo que se trata es de echar un polvo.

Pellizcó con más fuerza y luego, sosteniéndome la mirada, se aupó sobre los codos y hundió la cara en uno de mis pechos, succionándome la punta y más..., metiéndoselo todo en la boca. Lanzó un gemido ronco y grave que me reverberó hasta los dedos de los pies.

Sentí un hormigueo en el otro pecho, se me erizó la piel alrededor de la areola y el pezón se me puso aún más duro. Me lo cubrí con la palma de la mano para aliviar la quemazón, pero él me apartó la mano, negó con la cabeza y me masajeó la teta sin contemplaciones.

Solté una risa ahogada.

—No es muy sexy que digamos.

Me soltó el pecho.

—¿Tienes alguna queja sobre mi técnica?

—Sobre tu ritmo, tal vez. —Me restregué contra su erección—. Me estás matando aquí abajo.

—Quítate la ropa —gruñó.

—Tú primero.

—Ni hablar. Yo soy el hombre. Soy yo el que miro.

Tragué saliva, pero al fin y al cabo yo me lo había buscado. Quería que él estuviera al mando, y a juzgar por el férreo brillo de su mirada pensaba cumplir mis deseos con creces.

Me deslicé a su lado y me tumbé de espaldas, luego me quité los zapatos con torpeza, los arrojé entre los asientos de delante, y me bajé la falda con un par de sacudidas de las caderas y con cuidado de no llevarme también el trozo de encaje que protegía mi sexo de su mirada hambrienta.

Danny metió el dedo por debajo de la tira de encaje de mi cadera, tiró de ella y la soltó contra mi piel.

—Eso no ha estado bien.

—No te he dicho que te quedes quieta.

—¿Es que piensas darme órdenes toda la noche?

—Creo que sí —murmuró—. Viendo lo calentorra que te pones... —Recorrió el entramado de encaje con el dedo, justo entre mis pliegues. Sin duda se había percatado de la humedad que empapaba el satén.

Cuando se metió el dedo en la boca para probarlo, me bajé las bragas y luego esperé

mientras él me miraba.

Danny recorrió la orilla de mis labios mayores, sin rastro de vello.

—¿Lo has hecho por mí?

Negué con la cabeza.

—Lo prefiero así.

—Ábretelos para mí.

Bajé las manos, me separé los labios y permanecí así mientras él me recorría los delgados pliegues internos y me metía un dedo grueso y largo.

Mi coño lo atrapó con fuerza, luego lo soltó. Entonces lo apretó de nuevo. Un reguero de humedad acogió aquella invasión; él retiró rápidamente el dedo, se sentó en el pequeño espacio que quedaba a mi lado y se quitó la camiseta. Se desabrochó los vaqueros y se los bajó por debajo de las caderas, justo lo suficiente para sacarse la polla, que salió de golpe apuntando hacia el techo de la cabina.

No esperé a que me dijera lo que quería, estaba demasiado tenso, demasiado callado, con la respiración muy agitada. Pasé por encima de sus rodillas y me agaché para metérmela en la boca. Sus dedos me peinaron el pelo y luego me enmarcaron la cara.

Lo acogí hasta el fondo, succionando con los labios, anclándome al prepucio para mamársela con fuerza, girando la lengua una y otra vez alrededor de la piel fina y suave del glande. Encontré la hendidura y la tanteé con la punta de la lengua, antes de seguir el camino anterior, deslizándome hacia abajo por su polla para abarcar la máxima longitud posible, acariciando los lados de su grueso rabo con mis largos zigzagueos.

Me agarró del pelo y tiró de mí hacia arriba.

—Se suponía que esta iba a ser tu fantasía.

—¿Crees que no he fantaseado con hacer esto? ¿Con lo que sentiría? ¿Con lo grande y larga que la tendrías? Solo estoy familiarizándome con el terreno.

—Joder... Sube aquí.

Empecé a trepar por su cuerpo, deslizándolo el pecho sobre su vientre, pero él negó con la cabeza.

—No, sienta ese coñito pelado encima de mi boca.

Apreté los labios para contener la risa.

—¿Qué pasa? —soltó.

—Ha sonado un poco cursi.

—¿No lo he dicho con voz suficientemente ronca?

—Sería lo bastante ronca si fueras El Rey.

—¿Quién?

—Olvidalo —murmuré. «Baby.»

—Hablo en serio. Tú has sido muy directa y complaciente conmigo, es justo devolverte el mismo trato. Tráemelo aquí arriba, nena.

—No soy ninguna nena —le dije haciendo pucheros.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Quieres parar ya con lo de la edad? Quiero tu coño en mi boca.

Su forma de decir aquello, apretando la mandíbula como si fuese a darme unos azotes si no me movía lo bastante rápido, me hizo avanzar poco a poco hacia arriba, hasta que me puse en cuclillas sobre su rostro; alargué los brazos y me agarré con los dedos a los bordes de un armario alto para mantener el equilibrio.

Sus dedos me separaron las piernas. Inspiró hondo, me agarró el culo con las dos manos y me desplazó un poco, hasta que el coño entró en contacto con su boca. Se adhirió a mí con los labios, lamiendo primero un lado y luego el otro, dándome húmedos chupetones que me hacían soltar el aire con resoplidos breves y entrecortados con la boca fruncida en forma de «O». Era una sensación increíble, completamente nueva para mí. Como un sueño hecho realidad, porque hasta entonces había fantaseado sobre cómo sería y ahora estaba ocurriendo de verdad.

Danny Echo me estaba comiendo el coño.

Alternaba lametones largos y sosegantes con golpecitos suaves y repetidos que reverberaban entre mis húmedos pliegues. A continuación endureció la punta de la lengua y se dedicó por entero a mi clítoris.

Incapaz de quedarme quieta, empecé a mecarme en balanceos cortos, guiada por sus manos mientras me movía adelante y atrás. Lancé un gemido cuando su lengua frotó con más fuerza el botón hinchado, que asomaba por la parte superior de mis pliegues y se mantenía inmóvil mientras él lo lamía una y otra vez.

—Dios, Danny, qué gusto...

—Te gusta, ¿eh?

—Oh, sí...

Dio un sonoro beso a mi sexo, me pegó un cachete en el culo y me empujó hacia abajo por su cuerpo.

Oí el ruido de un desgarró, el sonido elástico del látex, y a continuación Danny rodó sobre un lado, me colocó debajo de él y, con las manos bajo mis rodillas, me levantó el culo.

—Ponme dentro de ti.

Le agarré el rabo con las dos manos y él se echó hacia delante. Le guíé directamente a la entrada de mi cuerpo, sentí la embestida de su glándula, ancho y redondo, y me entregué a él; apoyé una mano en la pared y me sujetaba al hueso de su cadera con la otra mientras me penetraba.

La tenía grande. Perfecta. Empujó con delicadeza hacia arriba, deslizándose por la textura húmeda e hinchada de mis entrañas, que hacía mucho tiempo que no sentían los

envites de una buena polla. El aire se me escapaba entre los dientes, y volví la cara.

—No —dijo en voz baja—. Querías esto. Tienes que mirar.

Levantó la mano y accionó un interruptor. La luz del techo se derramó sobre nosotros y nos dejó expuestos a una iluminación dura y brillante.

Me cubrí los pechos, pero no pude evitar mirar hacia el punto de unión de nuestros cuerpos. Él empujó hacia dentro, se detuvo, y luego se retiró. Su verga estaba reluciente por mis fluidos. Deslizó los dedos alrededor de la base de su polla y se la apretó.

—Sigue mirándome así y me correré.

Una sonrisa afloró a mis labios, y supe que debía de parecer una gata en celo relamiéndose. Era yo la que lo había puesto tan cachondo y tan empalmado que hasta le temblaba el vientre.

—Angela —gruñó—. Joder.

Alivió la presión, apuntó la polla en el ángulo correcto y arrambló contra mi coño.

Abrí la boca y un gemido prolongado y débil se sumó a los sucios sonidos que retumbaban por toda la cabina. Ruidos líquidos. Suaves gruñidos masculinos. Breves crujidos metálicos. Que se intensificaban con cada una de sus embestidas.

El orgasmo, cuando llegó, me recorrió todo el cuerpo. Se me agarrotaron los dedos de los pies, me abrí de piernas al máximo, arqueé la espalda y le clavé las uñas, trataba de aferrarme a aquel momento porque era increíblemente perfecto.

Cuando hube alcanzado el clímax, él arremetió con una sucesión de cortas y violentas embestidas. Luego, en el último momento, se hundió hasta el fondo. Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca con un gemido poderoso y lacerante.

Verlo así, en su estado de macho primigenio, con el pecho y el vientre temblorosos y la polla todavía dentro de mí, era tan gratificante...

A final dejó escapar un profundo suspiro y se desplomó encima de mí. Yo todavía tenía las piernas dobladas y en alto, con sus brazos atrapados en la curva de mis rodillas. No pude evitarlo. Me eché a reír.

Levantó la cabeza de golpe. Me miró a los ojos y vi que le temblaban los labios.

—¿Te crees que no lo he hecho a propósito?

—¿Todavía no se te ha cortado la circulación?

Se inclinó y aplastó sus labios contra los míos antes de incorporarse sobre las rodillas. Retiró los brazos de debajo de mis piernas y yo las bajé y las estiré a los lados de su cuerpo arrodillado.

—He oído por ahí que te vas.

—Vaya, veo que se ha corrido la voz.

—¿Te vas a vivir a otro sitio?

Asentí con la cabeza.

—A Prescott. Tengo otro trabajo. Pero ¿cómo lo sabes? Le pedí a Cooter que lo mantuviera en secreto.

Su boca dibujó una sonrisa.

—Tu nuevo trabajo... ¿Logística y transporte para Ragland?

Lo miré con recelo.

—Así es. ¿Cómo lo has adivinado?

Meneó la cabeza despacio, sin dejar de sonreír.

Una llamarada de calor se me agolpó en el pecho. Le acaricié el abdomen y le arañé con las uñas hacia abajo, hacia la ingle. Salió de mí y le quité la húmeda funda de látex muy despacio.

—A ver si lo adivino. También trabajas de camionero para ellos.

—Ajá. El dueño me dijo que acababan de contratar a una tía buena de Transportes Henderson y que si te conocía.

Le tiré con fuerza de la polla, solo para captar su atención.

—¿Y no podrías habérmelo dicho antes?

Se inclinó sobre mí, apoyándose sobre sus brazos; había un brillo perverso en sus ojos grises.

—¿Y que estropearas una despedida de puta madre?

CITA PARA CENAR Saskia Walker

Samuel depositó la fuente humeante encima de la mesa con una floritura, decidido a impresionar a su invitada.

—Tiene una pinta riquísima —dijo Cassie, mirando la comida con avidez.

Cuando Samuel estaba a punto de alejarse, ella alargó el brazo y le agarró la mano.

—¿Esto es una cita de las buenas? —Entrelazó los dedos con los de él al formular la pregunta.

Él se quedó mirando aquel rostro inquisitivo y por un momento no supo qué responder. El contacto físico era demasiado bueno y la pregunta era casi demasiado directa..., pero era exactamente hacia donde tenía planeado dirigir la conversación durante el segundo plato. Entonces ella le dedicó aquella preciosa sonrisa suya y la tensión en el estómago empezó a hacerse insoportable.

—Esa era mi intención —respondió.

Aprovechando el momento de súbita intimidad, se acercó los dedos de ella a los labios, se los besó, y luego se agachó para besarla en la boca. Ella separó los labios aterciopelados para acogerlo, invitándolo, y cuando le envolvió la mano libre alrededor de la nuca y lo atrajo aún más cerca, el deseo físico se apoderó rápidamente de todo su cuerpo y se le puso dura. Llevaba mucho tiempo esperando aquel momento, y ahora sabía que ella también lo deseaba.

—No dejes que se enfríe —le dijo ella con una mirada pícara cuando se separaron.

«Imposible», pensó él sentándose a la mesa, frente a ella. La deseaba demasiado, y tenerla tan cerca lo estaba volviendo loco. Era una mujer sensual y expresiva, con una personalidad cálida y alegre. Eso era lo que le había atraído desde el preciso instante en que se había mudado al piso de enfrente hacía unos seis meses. Lo suyo había sido atracción a primera vista, pero dada la diferencia de edad y su condición de recién divorciada, no creía que tuviese ninguna oportunidad. Él era un estudiante de posgrado de veintitantos años. Ella era una ejecutiva del mundillo de la publicidad de unos treinta y pocos. ¿Por qué narices iba a darle la hora siquiera? Pero lo cierto es que había aceptado su invitación, y allí estaban.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo hace que querías invitarme a cenar? —le preguntó ella mientras él le servía la comida de la fuente en el plato.

—Desde el día en que te mudaste aquí. —Le sonrió.

A ella le brillaron los ojos.

—Y yo que creía que solo te interesaba Kyle...

Samuel levantó un hombro.

—Oye, es un buen adversario en los videojuegos...

Eso era verdad, pero no toda la verdad. Hacía seis meses que cada mañana charlaba con ella y con su hijo de siete años delante de los buzones. Luego un lunes se empeñó en ayudarla con la basura. Ella se lo agradeció y estuvieron charlando animadamente. Al poco invitó a Kyle a jugar a un juego de ordenador, y Cassie lo acompañó como público entusiasta. Los tres empezaron a acudir juntos al parque del barrio, y mientras veían jugar a Kyle, ellos disfrutaban de largas conversaciones sobre la vida en general. La fascinación de Samuel por ella había ido aumentando sin prisa pero sin pausa, hasta que empezó a pasar las noches en vela y supo que había llegado el momento de arriesgarse y mover ficha.

Cuando el fin de semana que su compañero de piso estaba fuera coincidió con los dos días que Kyle debía pasar con su padre, Samuel aprovechó la oportunidad para invitarla a una cena informal en su casa. Cassie le respondió con una sonrisa radiante y rápidamente le confirmó que llevaría una botella de vino y bombones de menta para después de la cena. Y ahora ahí estaba ella, en su minúscula cocina, la cita más sexy que cualquier hombre podría desear. Cuando ella entró en la casa esa misma tarde, faltó poco para que a él se le cayera la sartén que llevaba en la mano. El vestido que se había puesto era sencillo pero elegante, con un escote pronunciado y el largo a la altura del muslo. Además, estaban los zapatos y las medias brillantes. Cuando se sentó, cruzó las piernas a la altura de los muslos. A él se le puso dura inmediatamente y tuvo que darse la vuelta y servirse un vaso de agua para ayudar a alejar la imagen de su cerebro.

—Perdón, me parece que no me he expresado bien —dijo él en un intento de no estropearlo—. No quería dar a entender que he estado utilizando a Kyle para acercarme a ti.

—No te preocupes, no se me ocurriría pensar eso. —Bebió un sorbo de vino y luego ensartó con el tenedor un trozo de pollo picante a la tailandesa y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos, impresionada, mientras saboreaba cada bocado.

A él aquello no le ayudaba a formular frases con sentido. Le estaba costando mucho expresarse, y eso era importante. Tenía que demostrarle que iba en serio, y necesitaba saber si ella se lo tomaría a él —un hombre más joven— en serio.

—Me gusta la compañía de Kyle, es un chico estupendo, pero tenía la esperanza de llegar a conocerte mejor a ti también.

—Y me conocerás... —Se limpió los labios con la servilleta.

Al oír la promesa que encerraban sus palabras le entraron ganas de acabar de cenar cuanto antes, o de pasar de la cena.

Ella señaló su plato con el tenedor y una expresión similar al placer orgásmico se apoderó de su rostro.

—Mmm... Me encanta la comida tailandesa.

—Ya lo veo. —Eso era quedarse muy, muy corto. Era un cumplido enorme para sus dotes como cocinero, pero la expresión de ella no le estaba ayudando a concentrarse. Y, si la vista no le engañaba, juraría que se le marcaban los pezones en la tela del vestido. Ya

nunca podría volver a oler el aroma de la citronela sin recordar el aspecto que tenía ella esa noche.

—Y dime, ¿por qué no me has invitado a cenar hasta ahora?

Samuel la miró; su tenedor se quedó suspendido a medio camino entre el plato y la boca.

—No estaba seguro de que me tomaras en serio, así que preferí esperar.

Ella asintió con la cabeza, mirándolo directamente a los ojos.

—Al principio preferí ir poco a poco contigo, tenía que estar segura de que no iba a actuar por despecho. Mi marido me dejó por una mujer más joven, así que quería asegurarme de que estaba aquí por las razones correctas.

Eso era lo que él había deducido, y ahora sabía que ella también había imaginado ese momento, con la misma ansia que él.

—A medida que fue pasando el tiempo —continuó—, estuve segura. No estoy aquí para vengarme de mi marido ni nada de eso. Estaba deseando que me invitaras a salir.

A Samuel le dieron ganas de levantarla en volandas y llevársela al dormitorio para celebrarlo.

Como si le hubiese adivinado el pensamiento, ella le dedicó una sonrisa traviesa.

—No te estaré avergonzando, ¿verdad? —le preguntó mientras él hacía todo lo posible por mantener la calma y seguir pinchando la comida con el tenedor como si tal cosa. Una expresión sensual y sugerente se apoderó del rostro de ella y le brillaron los labios.

¿Cómo iba a concentrarse en la comida cuando ella le estaba dando luz verde de forma tan obvia? La mujer con la que había soñado conseguir una cita en las semanas anteriores prácticamente le estaba confirmando que iban a irse a la cama esa misma noche.

—Me alegro de que seas tan directa.

Samuel soltó el tenedor. Se le había quitado esa clase de apetito. Quería deleitarse con su presencia.

—Y yo me alegro de que seas tan buen cocinero, entre otras cosas —respondió ella, y se echó a reír. El sonido de su risa era rotundo y sensual, como todo en ella.

—Me siento halagado. —Y era verdad.

Ella comía con verdadero deleite, como si fuera lo mejor que había probado en su vida y como si estuviera con el hombre con el que quería estar. ¿Sabría ella cómo le estaba afectando eso? Samuel así lo sospechaba. Había un brillo travieso en sus ojos, y en cierto sentido parecía estar evaluándolo. Eso hizo que le subiera la temperatura.

—Esta es la razón por la que en el trabajo siempre me dan las cuentas de los productos alimenticios —explicó ella—. Los sabores me estimulan la imaginación hasta límites insospechados... —Su mirada se posó en él.

La conversación estaba haciendo que la sangre se le agolpase entre las piernas, pero

no se quejaba.

—Tiene sentido —murmuró.

—Te voy a contar un secreto. —Cassie se inclinó hacia delante con actitud cómplice—. Creo que mis papilas gustativas son una de mis zonas erógenas más poderosas.

No había pie a malinterpretaciones en la expresión traviesa de sus ojos. Samuel alzó las cejas y dijo:

—Ah, ¿de verdad?

—Así es. Cuando como algo que me gusta mucho, y la comida picante me encanta, me pongo a cien.

Samuel la miró fijamente mientras las implicaciones exactas de sus palabras tomaban forma. Su mente curiosa empezó a indagar más hondo, preguntándose hasta qué punto se manifestaba esa excitación. ¿Estaba ya húmeda? ¿Quería, como consecuencia, llegar hasta el final? Las preguntas se disiparon cuando Cassie le sostuvo la mirada y cogió el tenedor para probar un nuevo bocado de curry verde tailandés. La observó mover sus brillantes labios mientras paladeaba los sabores con avidez. Siguió otro largo «Mmm». Samuel se fijó entonces en la forma en que se movía en la silla; era una respuesta realmente física. Sintió que su erección se intensificaba al preguntarse qué sentiría teniéndola sobre su regazo mientras comía... ¿y si era él mismo el que le daba de comer?

—Mi ex marido lo odiaba —añadió—. Es un milagro que estuviéramos juntos nueve años. —Se echó a reír de nuevo.

—¿En serio?

Samuel se sintió aliviado al ver que no parecía lamentar el fin de su matrimonio y, sobre todo, que no parecía haber ninguna reconciliación a la vista, una posibilidad que le rondó por la cabeza la primera vez que se planteó pedirle una cita. Lo más irónico era que, unas horas antes, mientras preparaba la cena, había estado repitiéndose que no debía hacerle preguntas incómodas sobre su divorcio. Sin embargo, cualquier pensamiento relacionado con ese tema se había desvanecido en cuanto aquella diosa absoluta apareció y se sentó a la mesa de la cocina con él, como si salir a cenar con un hombre más joven y hablar sobre sus zonas erógenas fuese algo de lo más cotidiano.

Le chispearon los ojos.

—Cuando una comida es tan deliciosa como esta, para mí equivale a unos buenos preliminares...

Para Samuel, aquello empezaba a ser insoportable.

—Tengo que admitir que la manera en que estás disfrutando de la comida me está poniendo malo, muy malo...

Ella hundió un dedo en la comisura de la boca y se limpió una gota de salsa que resbalaba sin rumbo.

—Me he dado cuenta de que has dejado de comer.

Cuando se lamió el dedo, Samuel tuvo que echarse hacia atrás en la silla. Tenía la

polla tiesa bajo la cremallera de los vaqueros, y en lo único en lo que podía pensar era en sexo.

—Estoy disfrutando demasiado viéndote comer como para preocuparme por mi plato.

Ella asintió con la cabeza, aparentemente complacida.

—Siento curiosidad por saber cuán profundamente te afecta —añadió él, y acto seguido se preguntó si se había pasado de la raya.

Ella no parecía escandalizada por el comentario, de hecho sonrió.

—¿Me lo preguntas como estudiante de investigación de biología o te mueve un interés más personal? —Hizo una pausa para tomar un sorbo de vino, lo que solo pareció enfatizar el significado de lo que estaba diciendo—. No seas tímido, Samuel. Soy nueve o diez años mayor que tú. Somos adultos y nos sentimos atraídos el uno por el otro. Yo sabía que no me habías invitado aquí solo para cenar...

Él suspiró y sacudió la cabeza con incredulidad. No estaba acostumbrado a tratar con mujeres tan generosas y directas. Sonrió de oreja a oreja.

—Ocho años, eres ocho años mayor que yo.

—No voy a preguntar cómo lo sabes.

—Se lo pregunté a nuestra casera.

Eso le hizo gracia.

—Has estado investigando...

Él asintió.

—Sí, desde luego. Ojalá mi tesis doctoral tratara sobre ti y tus erógenas papilas gustativas.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita.

—Sería un tema de investigación divertido, ¿verdad?

—Eso creo.

—¿Y qué crees que haría falta, en tu opinión experta como estudiante de posgrado de biología? —Sus dedos recorrieron el tirante del hombro de su vestido.

—Pruebas —respondió él—. Pruebas científicas.

—Bueno, pues en ese caso será mejor que vengas aquí y me examines... para buscar esas pruebas..., ¿no te parece? —Apartó el plato a un lado mientras hablaba, y luego retiró la silla hacia atrás, apoyando el respaldo en la cocina que había a su espalda.

Samuel no daba crédito a su suerte. Lo estaba invitando a tocarla, ahí mismo, en ese preciso momento.

Cassie vio a Samuel levantarse, la palpitación en su entrepierna latiéndole salvajemente. Era un chico atractivo y había mostrado interés desde el principio. La prudencia había ido retrasando aquel momento, pero era algo que tenía que pasar. Él la había conquistado con su personalidad intensa, sus ojos verdes y su robusta estructura

ósea. Por no hablar de lo macizo que estaba, alto y musculoso, con una vitalidad que se adivinaba en cada uno de sus movimientos.

—Cómo me alegro de haber hecho comida tailandesa... —comentó Samuel mientras se arrodillaba delante de ella y apoyaba una mano en su rodilla—. Esto es como un sueño hecho realidad.

—Para mí también. —Ella le cubrió la mano con la suya y luego separó las piernas—. Te deseo, Samuel. He pensado mucho en este momento.

—Yo también. —Bajó la mirada. Siguió con los dedos la blonda de sus medias y suspiró fuerte—. Eres muy guapa.

—Y se supone que tú tendrías que estar realizando tu investigación. —Cassie estaba desesperada por que la tocara; si no lo hacía pronto, no tendría más remedio que tomar cartas en el asunto y tomar ella la iniciativa.

Se subió la falda y dejó a la vista sus bragas. Sabía que estarían mojadas, y cuando bajó la mirada vio una mancha húmeda que seguía al triángulo de su coño.

Samuel soltó un taco en voz baja.

—¿Podrías considerar esto como prueba? —preguntó ella.

Como el joven sensato que era, meditó su respuesta con cuidado antes de formularla en voz alta. Era una de las cosas que le habían atraído de él. En el fondo era serenamente ambicioso, le gustaba el riesgo, pero consideraba con cuidado todos sus comentarios antes de arriesgarse.

—Necesito algo más sustancial —respondió al fin. Un destello de humor le iluminó el rostro.

—En ese caso, creo que deberías examinarlo más de cerca, ¿no?

Él asintió con la cabeza y sus ojos parecieron oscurecerse, su intensidad aumentaba por momentos. Cassie frunció los labios, la sangre palpitaba en sus venas mientras esperaba a que la tocara.

Samuel se movió entre sus muslos abiertos y recorrió con un dedo la tira de las bragas —tanteando la piel a lo largo de la costura entre su coño y su muslo—, luego metió el dedo por debajo de la tela y fue derecho a su raja.

La mano le tembló ligeramente mientras recorría con la parte posterior del nudillo la hendidura de su coño, entrando en un breve pero delicioso contacto con su clítoris. Cuando ella dio su aprobación con un murmullo, repitió el movimiento. Ella se inclinó hacia delante y lo besó en la boca, sujetándole con fuerza los hombros mientras lo hacía. Él le devolvió el beso y sus lenguas entrechocaron mientras exploraban ávidamente la boca del otro. Ella también podía saborearlo, y lo deseó con todo su cuerpo.

Con un movimiento ágil, rodeó con sus muslos abiertos las esbeltas caderas de él. El cambio de postura permitió a Samuel desplazar el dedo más abajo, y un momento después le había retirado las bragas a un lado y le había metido el dedo dentro.

—Oh, sí, qué gusto... —dijo Cassie entrecortadamente cuando su duro dedo se deslizó dentro de ella. Lo apretó con avidez y se recostó en la silla. Balanceó las caderas,

moviéndose contra su dedo, apoyando los hombros en los mandos de la cocina, a su espalda.

—Come algo —susurró él, señalando hacia la mesa.

Cassie pasó el dedo por el borde de su plato y luego se lo llevó a la boca y chupó la salsa picante sin dejar de mirarlo. Las especias le empaparon las papilas gustativas y sintió un hormigueo y chispazos. Tenía toda la piel en llamas, los pezones empujaban la tela de su vestido. Su interior se contraía rítmicamente y la dura presión de los dedos de él allí abajo era incluso mejor que antes.

—Oh..., qué bueno eres...

—Debo decir que me tomo mi labor de investigación muy en serio. —Soltó eso en voz alta y luego gimió y bajó la mirada hacia su coño, que le atenazaba los dedos—. Eres increíble —añadió.

Cassie sacudió las caderas a un lado y a otro, cabalgando sobre sus dedos. Lo que quería en realidad era su polla, y sabía con solo mirarlo que él estaba más que preparado y dispuesto a dársela.

—¿No dijiste que había postre?

—Sí, macedonia de frutas tropicales marinadas con amaretto.

Cassie ronroneó y siguió girando a un lado y a otro, cada vez más cachonda.

—¿Por qué no me lo das mientras estás dentro de mí...?

Dejó que aquella sugerencia flotara entre ambos.

Al cabo de un momento la comprensión iluminó la cara de Samuel. Retiró los dedos, echó mano a la puerta de la nevera y sacó un cuenco grande y cubierto. Mientras lo hacía, Cassie vio el bulto en sus vaqueros. No le cupo duda de lo dispuesto que estaba, así que se quitó rápidamente las bragas; estaba preparada —más que preparada— para todo lo que viniera.

Samuel sujetó el cuenco con una mano y puso la otra en su coño desnudo. Había una mirada posesiva en sus ojos. Apretó, como si examinara su madurez. Luego extrajo un jugoso pedazo de mango del cuenco y se lo acercó a la boca.

Ella aceptó la ofrenda, lamiéndole los dedos mientras lo hacía. Él asintió con la cabeza, sonriendo. La textura y el sabor eran como un baile sugerente sobre su lengua, y la jugosa fruta hizo fluir su propio néctar.

—Haces que me sienta hambrienta.

Samuel tenía los ojos entornados, y la sonrisa que le rondaba la boca le hacía aún más atractivo.

—Y tú haces que me sienta afortunado.

Sujetaba el cuenco como si tuviera miedo de lo que podría hacer si lo soltaba. Eso hizo reír a Cassie.

—Deja eso sobre la mesa y dame algo más duro.

Señaló con la cabeza su entrepierna.

No pareció que Samuel necesitase evaluar el riesgo de esa posible acción. En cuanto hubo dejado el cuenco, se bajó la bragueta y su polla salió de golpe, reclamando atención, larga, dura e impresionante en sus dimensiones.

Cassie se acomodó en la silla, separando aún más las piernas. Se pasó los dedos por los pliegues de su sexo para mantenerlos abiertos, invitándolo a entrar.

Samuel miró fijamente la ofrenda. Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y se sacó un condón. Rasgó el envoltorio rápidamente y se lo colocó.

Cassie entrelazó las piernas alrededor de sus caderas, él empujó la punta roma de su polla hacia su hendidura y ella soltó un gemido. Él vaciló un instante, pero ella lo instó a seguir dándole un golpe en el trasero con uno de sus talones.

—Samuel, te necesito, mucho. Me has puesto como una moto con tu deliciosa cocina. Mira cómo estoy... No me hagas sufrir más y hazme el amor.

Samuel no parecía capaz de responder verbalmente, pero su respuesta física fue perfecta. Le agarró las nalgas con las dos manos y se la metió entera, centímetro a centímetro, luego retrocedió y volvió a embestirla hasta el fondo.

Cassie expresó su gratitud de una forma muy audible y echando la cabeza hacia atrás mientras él la abría más aún, la llenaba más aún.

La besaba en el cuello a medida que iba encontrando su ritmo; las manos le agarraban el culo mientras la penetraba una y otra vez. Entre besos húmedos, él susurró su nombre y gimió.

—¡Dios, qué gusto! —exclamó ella.

—Te he deseado tanto...

Cuando levantó la cabeza para mirarla, ella sacó un lichi del cuenco de frutas, se lo metió a él en la boca, y luego lo besó y le quitó la fruta de la lengua con su propia lengua. Aquello puso a Samuel al borde del abismo, y siguió embistiéndola con las caderas una y otra vez.

Cuando Cassie mordió la succulenta fruta y el amaretto se le derramó por la lengua, alzó más las rodillas, lo que cambió el ángulo de su polla dentro de ella. La silla crujió, las patas delanteras quedaron levantadas en el aire, y dio gracias por estar apoyada contra el electrodoméstico.

—Oh, sí... —exclamó, jadeando, cuando Samuel empujó la polla contra la pared delantera de su vagina y la golpeó en todo el centro—. Prométeme que la próxima vez que hagamos esto nos comeremos así toda la cena.

Samuel dejó de moverse y le tomó la barbilla con fuerza con una mano mientras la miraba fijamente a los ojos y le impedía que mirase hacia otro lado.

—Solo si tú me prometes que habrá muchas próximas veces.

La emoción la desbordó, su cuerpo prolongó el éxtasis del momento... sus palabras y sus actos le habían causado una profunda impresión, justo lo que él obviamente pretendía.

Unas lágrimas espontáneas asomaron a sus ojos. Durante mucho tiempo había pensado que nunca volvería a sentirse así, que nunca volvería a desear a nadie de ese modo. Y entonces apareció Samuel e hizo saltar todo eso en pedazos. Cassie asintió con la cabeza y se aferró a él con más fuerza.

—Te lo prometo.

Él desplazó la mano y la extendió sobre su monte de Venus, moviendo en círculos el pulgar sobre su clítoris, y luego empujó de nuevo. Fuerte.

—Quiero darte siempre de comer, todo.

—¡Oh, Dios! ¡Sí!

Las caricias del pulgar sobre su clítoris en llamas le arrancaron un grito de la garganta. Balanceando las caderas de lado a lado, le sujetó los hombros con ambas manos. Alcanzó el clímax y una intensa oleada de placer inundó el valle entre sus piernas. Un río caliente de néctar se desbordó a su paso por el punto de unión entre ambos, empapándole el culo y la silla que tenía debajo.

Samuel no tardó en sumarse a ella, cubriéndola con las caderas una y otra vez mientras llegaba hasta el final y se vaciaba por completo en su interior. Antes de retirarse, cogió otro lichi y se lo puso a ella entre los labios. Cassie mordió la fruta y paladeó su sabor intenso. Se limpió un hilo de zumo de la comisura de la boca.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó—. Vas a conseguir que quiera empezar de nuevo.

—Esa era mi intención. —Su sonrisa era malévola.

Cassie no pudo resistir la tentación de provocarlo.

—¿Estás seguro de que podrías repetir?

—Segurísimo. Desde el día en que te conocí, me he empalmado todas las noches pensando en ti, así que tengo un montón de erecciones por compensar.

Cassie señaló el cuenco de la fruta.

—En ese caso, creo que ha llegado el momento de que nos traslademos a tu cama. Coge la fruta; yo llevo el vino.

Samuel sonrió.

—Perfecto.

Mientras se ponían de pie, con paso tambaleante y entre risas, ella se agarró a él.

—Me gustas, Samuel, me gustas mucho.

Él la tomó por la nuca y la besó durante largo rato.

—Tú también me gustas, mucho. De hecho creo que me enamoré de ti hace semanas. ¿Te preocupa eso...?

Su mirada era desafiante. Era un hombre muy intenso, y eso la hacía arder en llamas.

—Ya no. —Le recorrió la barbilla con los dedos y suspiró de felicidad—. Aunque

tengo que decir algo —añadió.

Una mirada de preocupación asomó a los ojos de Samuel.

—De vez en cuando tendrás que dejarme cocinar... De lo contrario nunca llegarás a saber cuál es la comida que más me excita.

La mirada de preocupación desapareció; Samuel sonrió.

—Eso aún lo hace más interesante...

Ella siguió recorriéndole el mentón con los dedos.

—Cuando algo me gusta mucho, siempre vuelvo a por más.

MI QUERIDO DOCTOR Justine Elyot

No le gusta nada que me ponga enferma.

Lo disimula muy bien reabasteciéndome de revistas y pañuelos de papel, bajando a la farmacia cada dos por tres, inventando nuevas recetas de tisanas calientes, pero sé que esta muestra de desorden en su mundo perturba su equilibrio. Porque el mundo de Matthew tiene que ser, por encima de todas las cosas, perfectamente ordenado.

No tenía prevista una faringitis en la agenda de este mes, así que todo es un caos y un auténtico desbarajuste. Para mí es peor, por supuesto. Para empezar, tuve que cancelar una serie de conciertos. Pero Matthew ha perdido el control del universo, lo que por regla general le obliga a demostrar que domina todos los aspectos de su vida más cerca de casa. En mi lecho de enferma.

Estoy acostumbrada a cómo reacciona Matthew cuando me pongo enferma, así que cuando llegué a casa una lluviosa noche invernal con las mejillas de un rojo más intenso del habitual y lo saludé con un gruñido, sabía lo que me esperaba.

Se levantó de su escritorio, apoyó su fría mano en mi frente, sacudió la cabeza y masculló en voz baja.

—Tienes fiebre —diagnosticó—. Métete en la cama. Ahora mismo.

Normalmente, esas palabras bastan para que mi mente calenturienta y pervertida se ponga contenta, pero cuando las entona sin ninguna connotación sexual, son aún más poderosas.

Le obedecí de buen grado, me metí a gatas bajo las sábanas y tirité allí dentro hasta que apareció a mi lado con un termómetro —no como el que usamos a veces en nuestros jueguecitos del médico y la enfermera, por suerte— y un vaso de agua caliente con miel, limón y un chorrito de coñac.

—¿Se puede saber qué has hecho para ponerte así? —me preguntó muy serio.

Siempre me echa la culpa cuando me pongo enferma, como si de alguna manera hubiera dejado la puerta abierta a la infección.

—¡Nada! —me defendí—. A los microbios les trae sin cuidado lo que uno haga. Si quieren ir a por ti, lo harán.

—¿Estás segura de que no has estado coqueteando con ellos? —dijo; su severidad dejaba traslucir un tono bastante más juguetón.

Me hizo abrir la boca y me puso el termómetro debajo de la lengua, silenciándome durante el medio minuto que tardó en obtener una lectura.

—Porque si sospechase siquiera que has estado insinuándote a esos estreptococos, Loveday, me enfadaría mucho. Y ya sabes lo que pasa cuando me enfado, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y me entraron ganas de mordirme el labio, pero el delgado tubo de vidrio que descansaba sobre él me lo impedía. Sabía lo que pasaba cuando Matthew se enfadaba, pero no era algo que pudiera hacerle a alguien con infección de garganta, por lo que supuse que de momento mi trasero estaba a salvo.

Extrajo el termómetro y lo miró con el ceño fruncido.

—Creo que estás oficialmente enferma —anunció—. Vamos a tener que añadir mi actual descontento a tu cuenta. Voy a darte tres días, Loveday. A partir de esos tres, por cada día más que sigas tosiendo, sorbiéndote la nariz o pasándote las horas dormida, habrá un castigo.

—Pero no es justo... —protesté, y mi voz salió en el registro equivocado.

Él chasqueó la lengua y me tomó las manos ardientes entre las suyas, acariciándolas.

—¿Cuándo he sido yo justo?

En eso llevaba razón.

—Así que harás lo posible para recuperarte cuanto antes, ¿verdad? —susurró—. Nada de levantarte de la cama sin permiso. Ni de intentar hablar estando ronca. Ni de desobedecer las órdenes del doctor Rossington.

—Nada de diversión —mascullé haciendo un mohín de fastidio.

Él respondió dándome unas palmaditas de reproche.

—No hasta que estés mejor. Ahora duerme un poco.

En mi estado de semiinconsciencia, de vez en cuando lo oía hablar por teléfono, cancelando compromisos y dando explicaciones sobre mi ausencia.

Me llevó paños fríos para la frente y pastillas antisépticas para la garganta. Era el enfermero más eficiente que cualquiera podría desear. Tal vez un poco demasiado eficiente.

Cuando me encaminé con paso tambaleante al cuarto de baño sin esperar a pedirle permiso, me dejó muy claro que había transgredido las reglas: me esperó junto a la puerta del baño y, cuando salí, me tomó por los hombros y me condujo de nuevo a la cama.

—Puesto que no puedo confiar en que hagas lo que te dicen, tal vez tenga que atarte a la cama, ¿no crees? —dijo—. ¿Debería hacerlo?

—No —contesté en voz baja—. La próxima vez te pediré permiso.

—Tienes el teléfono. Si estoy en otra habitación, mándame un mensaje y ya está.

—Lo haré.

Me desplomé de nuevo en las mantas y otra vez me dejé arrastrar por su más que cálido abrazo.

Estuve convaleciente durante dos días, pero al tercero empecé a recobrar las fuerzas. Mi voz todavía se parecía más a la de un adolescente que a la de una soprano profesional, y aún tenía la cabeza completamente embotada, pero la mejoría parecía haberme levantado el ánimo, y también la libido.

Cogí el móvil y empecé a escribir un mensaje de texto. Sabía que Matthew estaba componiendo en la otra habitación, pero ya había tenido dos días ininterrumpidos con su musa. Sin duda, ella podría prescindir de él un rato.

«Necesito un médico», escribí, y pulsé el botón de ENVIAR.

Asomó por la puerta en cuestión de segundos; estaba pálido.

—¿Te encuentras bien, Loveday? ¿Por qué necesitas un médico? ¿Es que estás peor?

Sintiéndome un poco culpable, negué con la cabeza.

—Me refería a ti —dije—. Necesito al doctor Rossington.

Recobró el color en las mejillas y levantó una ceja con gesto de desaprobación.

—¿Quieres decir que acabas de darme un susto solo por capricho?

—No era esa mi intención. Solo sentía la necesidad urgente de recibir... atención médica.

Traté de adoptar una pose sexy y sugerente, lo cual no era fácil con aquel camisón de abuela y calcetines, pero pareció surtir efecto, pues él atravesó la habitación y se colocó a los pies de la cama, con los brazos cruzados, la frente arrugada y esa expresión tan excitante que tanto me gusta.

—¿Atención médica? Bueno, creo que puedo encargarme de eso. Quítate el camisón.

Mientras él salía de la habitación, aproveché para quitarme el sayo de algodón y también los calcetines; nunca había mostrado ningún interés especial por ellos, ni siquiera como fetiche.

Regresó con una palangana con agua jabonosa y una esponja.

—Empezaremos con un baño corporal en la cama, ¿de acuerdo?

Sacó la sábana protectora impermeable de debajo de la cama, y cuando me hizo tumbarme sobre ella, su textura suave y fría me transportó inmediatamente a las otras veces que la había utilizado; mi recién despertado apetito sexual cobró aún más fuerza.

Contraje los dedos de los pies y apreté los músculos vaginales mientras disfrutaba de la imagen de él arremangándose la camisa antes de coger la esponja.

La sostuvo encima de mí y me estremecí con un grito silencioso en el momento en que el agua fría empezó a gotearme sobre los pechos desnudos.

—No te muevas —me ordenó—. O te ataré. Quédate muy quieta.

Me resultaba casi imposible no retorcerme ni protegerme la parte superior del cuerpo mientras las gotas caían delicadamente y con un impacto certero sobre los pezones erectos o la carne de gallina del vientre. Cerré los puños con fuerza y traté de contener la respiración —algo que se me da muy bien—, hasta que él cedió y vertió en la palangana un poco de agua caliente de una jarra y empapó la esponja con agua y jabón.

La esponja se deslizó por mi cuerpo dejando una estela de espuma desde el cuello y hacia abajo; Matthew desplazaba la esponja con movimiento amoroso y experto entre mis pechos y debajo de ellos, trazando un círculo tras otro alrededor del montículo elíptico de

mi abdomen y luego más abajo.

—Vamos a dejarte bien limpita —dijo en voz baja, como si hablase consigo mismo—. Y preparada. Preparada para tu tratamiento.

Mi coño no necesitó la esponja para humedecerse, sus palabras y su actitud pausada y autoritaria ya habían hecho fluir mis secreciones más íntimas. Sin embargo, él siguió lavándome entre los muslos con aire diligente, acercando cada vez más la esponja hasta separarme con ella los labios menores, frotando la espuma alrededor de mi clítoris, haciendo que me escociera solo un poco.

Aspiré entre los dientes y meneé las caderas.

—Vaya, cariño... Te has movido. Abre más las piernas, por favor. Creo que esta zona necesita un poco más de atención.

Yo no quería más jabón en el clítoris, pero hice lo que me decía y conseguí soportar aquellas crueles abluciones, aunque no creo que lograra mantenerme todo lo quieta que él pretendía.

—Espero que no haga falta que te diga que tienes prohibido forzar la voz —dijo cogiendo una maquinilla de afeitar y empezando a rasurar el vello de tres días de la zona genital—. Si gritas o emites cualquier sonido, serás castigada.

Maldije haberme puesto tan cachonda tras un par de días en cama. Tendría que haber sabido que Matthew sería un médico despiadado, pero, pese a mi aprensión, sentí una persistente convulsión en las entrañas, que se me tensaban en un nudo de excitación y pura lujuria.

—Eso es —dijo con énfasis al tiempo que dejaba a un lado la maquinilla de afeitar—. Túmbate boca abajo.

Aquella siempre era una postura peligrosa estando Matthew cerca, pero me volví y le ofrecí mi culo en pompa. El agua tibia con jabón me resbaló placenteramente desde los omóplatos hacia abajo, hacia el hueco de mi espalda, y fue a desembocar en el pliegue de mis nalgas. Matthew frotó a conciencia aquellas posaderas de las que tanto uso hacía, aclaró el jabón y acabó con un repaso en profundidad de la raja que había entre ellas.

Oí el chapoteo de la esponja al volver a caer dentro de la palangana y luego palidecí: los dedos de Matthew me separaban las nalgas.

—Y ahora, en cuanto a esa fiebre... —murmuró—, tenemos que asegurarnos de que te ha bajado la temperatura antes de seguir adelante.

Contuve un gemido. Con el dedo lubricado, trazó un círculo alrededor de mi tembloroso ano, preparándolo para deslizar lentamente en su interior el frío termómetro de vidrio.

—A la mayoría de los pacientes se les toma la temperatura con un termómetro de oído digital —explicó Matthew empujándolo más adentro, centímetro a centímetro, y rotándolo despacio dentro del culo—. Pero a ti no. Tú eres diferente, Loveday. Tú necesitas un tratamiento especial. Lo pone en tu historial.

—¿De verdad? —murmuré.

—Sí, así es. —Introdujo el termómetro por completo, apoyando el índice y el pulgar entre mis nalgas—. Dice: «La paciente requiere mano dura y un trato firme en todo momento. Es preciso agilizar su recuperación con frecuentes exámenes rectales y una disciplina estricta». El especialista parece muy seguro de lo que necesitas.

—Un especialista estúpido —susurré lo bastante alto para que me oyera.

—¿Cómo has dicho? —Matthew retiró el termómetro con un movimiento rápido y me dejó los músculos del esfínter temblando ante la inesperada deserción—. Veo por el termómetro que no está demasiado enferma para recibir unos azotes, señorita. Faltarle al respeto al especialista merece sin duda unos cuantos. De hecho, creo que él debería estar aquí para presenciarlo..., pero me parece que está ocupado con otro paciente. No importa. Imagina que está aquí; escribiré un informe sobre tu castigo para el historial, para que le quede constancia.

Retorcí los tobillos y las muñecas, ansiosa y tensa sobre la sábana impermeable. Temía y anhelaba a la vez los azotes prometidos, y me preparé a conciencia para recibir el primero, pero en vez de pegarme, cogió la esponja de nuevo y la estrujó sobre mi trasero de manera que el agua se escurrió entre mis nalgas y mis caderas hasta acabar formando un charco en la sábana.

Cuando su mano cayó, a punto estuve de levantarme de un salto. Pensé que conocía la forma exacta, el tacto y el peso de su mano abierta, pero aquello parecía muy distinto, y me dolió mucho más de lo que recordaba.

—Ajá. —Se rió entre dientes, encantado—. De manera que así es como resuena sobre un culo mojado. He oído que duele más. Y parece que es verdad.

Siguió azotándome el trasero húmedo hasta que se secó del todo, un proceso largo e intenso durante el cual era imposible no retorcerse y patear y emitir unos patéticos gemidos estridentes.

—Así —dijo frotando el punto exacto donde había dispensado su medicina particular—. Un culo rojo y dolorido ayuda a la recuperación de las insolentes y pícaras como tú. Creo que repetiremos la dosis tres veces al día.

—¿Tres veces al día? —gemí—. ¡Pero me duele!

—Las mejores medicinas siempre son las que más cuestan de tragar —me sermonéó Matthew—. Hablando de tragar... No. No puedo estar seguro de que la infección se haya curado todavía. Vamos a tener que encontrar otra manera de administrar la dosis.

—¿La dosis? —Me entraron ganas de reír. Sí, era una manera de decirlo. Si exclamaba entre jadeos «Deme una dosis, doctor», en plena agonía del orgasmo, ¿le serviría para sus propósitos?

—La medicina que necesitas —susurró inclinándose para acercarse a mi oído—. La medicina que te voy a administrar.

—¿Puedo pedir una segunda opinión? ¡Ay!

Mi trasero se estremeció después del golpe inesperado. Supuse que eso era un no.

Volvió a mirar debajo de la cama, en busca de instrumentos más diabólicos.

—Es un tratamiento poco ortodoxo —anunció incorporándose de nuevo—. Estoy escribiendo un artículo sobre mis hallazgos para las revistas médicas. Ha demostrado ser un remedio muy eficaz, pero puede ser un poco difícil de administrar si el paciente se mueve demasiado. Así que...

Me colocó una esposa de cuero en la muñeca izquierda y me encadenó al poste exterior del cabezal de la cama.

—... Creo que las ligaduras están bien puestas... pero no me preocupa demasiado...

Repitió el proceso con mi muñeca derecha.

—Es todo muy seguro. Confía en mí, soy médico. Ahora, ponte de rodillas y ábrete de piernas.

Le obedecí de inmediato, deslizándome sobre la sábana impermeable, mojada, hasta adoptar aquella postura de máxima exhibición obscena.

—Si emites cualquier sonido, el tratamiento no será efectivo y tendré que usar algo más fuerte con tu dolorido culo —advirtió—. Así que quiero silencio absoluto, ¿entendido?

Asentí con la cabeza, presa de un placentero pavor.

—Se llama terapia de orgasmo —me dijo. Sentí que un objeto suave en forma de bulbo me rozaba el coño—. Un avance de gran en...verga...dura...

—Oh, es terrible... —gemí, y luego solté un chillido: había empujado bruscamente la cabeza en forma de bulbo del vibrador, venciendo la escasa resistencia de la carne y alojándose cómodamente en mi interior.

—¡He dicho silencio! Te esperan cinco latigazos con la correa.

Contuve la respiración y me concentré en el fácil avance de aquel intruso de silicona hasta alcanzar toda la longitud de mi vagina, donde descansó un momento antes de empezar a zumbear suavemente.

Los dedos de Matthew, ahora enfundados en guantes quirúrgicos, me masajearon el clítoris hasta el punto sin retorno de su máxima hinchazón, haciendo que jadeara en silencio y me retorciera contra mis ataduras. A veces, el hecho de que conociera mis partes más íntimas de una forma tan exacta y precisa me daba miedo. Era como si tuviera en la cabeza un libro con el título Cómo hay que tocar a Loveday y hubiese memorizado su contenido. Una oleada de calor abrasador se apoderó del montículo, y las lentas vibraciones en mi interior me hicieron alcanzar un rápido primer clímax. Sentí una punzada de pánico mezclada con la intensidad del momento al preguntarme si era posible el silencio orgásmico. ¿Por qué no me había amordazado? Las cosas habrían sido mucho más fáciles. Ah. Entonces era precisamente por eso.

Me mordí el labio, tiré de mis ligaduras y dejé que la intensidad de los temblores se fuera acumulando y luego irradiara por todo mi cuerpo, concentrándome en sentirme el epicentro en lugar de expresarlos con mis habituales gritos entrecortados.

—Te estás corriendo, ¿verdad? Eso está bien. Muy bien. Déjalo salir. Eso es. Pero no hemos terminado todavía.

Aceleró el ajuste del vibrador, me colocó otro artilugio encima del clítoris, y desplazó los dedos con los guantes empapados por la raja de mi culo hasta localizar el agujero desocupado. Me moría de ganas de gritar cuando inició el ritual amoroso y pausado de la lubricación, pero me contuve, sacudiendo los muslos sin cesar, con el coño en llamas y el dolor de garganta totalmente olvidado, mientras él trazaba un círculo con el dedo y exploraba, y luego volvía a trazar un círculo y a explorar, una y otra vez.

—Creo que va a ser aquí donde te administre la dosis —dictaminó.

Habría dejado escapar un gemido grave de no ser por mi garganta irritada, que fue mi salvación. Mi cabeza era esclava de mi cuerpo, a punto de olvidar las instrucciones recibidas y mis propias determinaciones. Tuve que recordarme a mí misma que no podía gritar en ningún momento. Tenía que poner todo de mi parte para que el tratamiento fuese efectivo.

Separó con los dedos los tensos pliegues que me rodeaban el agujero, preparándolo a conciencia, examinando a fondo su profundidad y su anchura con meticulosidad científica.

—Sí —dijo.

Era evidente que le estaba costando un esfuerzo enorme mantener la calma, igual que a mí me estaba costando un esfuerzo inmenso no correrme, pues quería reservarme para el momento de la posesión.

Acompañando a los zumbidos del vibrador y al palpitir de la sangre en mis oídos, oí el ruido de un cinturón al desabrocharse, pantalones bajándose y ropa interior cayendo al suelo, y entonces él se colocó detrás de mí, sujetándose por las caderas, empujando contra el vibrador al principio y luego separándose las nalgas.

—Toma tu medicina —susurró, y acto seguido su colosal tamaño volvió a sorprenderme al superar todas mis defensas anales, llevándose el lubricante por el camino.

Resoplé y apreté los puños; trataba de no ofrecer resistencia y de dejarme envolver por el reconfortante y siniestro manto de la sumisión total, sintiéndome y sabiéndome suya de todas las formas posibles. Siendo penetrada por todos los orificios salvo por aquel sobre el que tenía que mantener tan estricto control, me deslicé replegándome dentro de mí misma, convirtiéndome en un ser hecho de sexo y entrega, una paciente desvalida sin otro remedio que aceptar que mi médico me conocía mejor que yo.

La dosis era muy fuerte y los efectos secundarios incluían molestias y alguna que otra punzada de dolor, pero hasta la mejor medicina tiene aspectos desagradables, así que la acepté de buena gana: empujé hacia atrás para recibir su verga en toda su magnitud y le demostré así mi confianza.

—Eso está bien —dijo con un lento empujón; se frotaba contra el vibrador de mi otro agujero con cada embestida hacia delante.

Me corrí de nuevo, con el cuerpo derrotado y dominado, y luego una vez más antes de que él me suministrara la inyección vital. Me dio con fuerza, dejándome las marcas de los dedos en las caderas y el culo ardiendo, pero el cansancio que sentí cuando se retiró me pareció extrañamente vigorizante: ya no era el agotamiento de la enfermedad sino el agotamiento por un esfuerzo saludable.

Mientras seguía tumbada en la mojada sábana impermeable, tratando de recordar qué era lo que se suponía que me pasaba, me sembró de besos la columna y luego se levantó y desapareció un momento.

Cuando regresó, me secó con una toalla, me quitó las ligaduras y me ayudó a ponerme de pie y a apartar el protector impermeable.

—Me parece que vas a tener que volver a la cama a guardar reposo... —dijo, abrazándome y cruzando los brazos sobre mi tórax— si vamos a continuar con este tratamiento.

Me recosté en él, con el cuerpo inerte tras la sesión terapéutica, mientras me besaba el cuello y los hombros, y luego me metió en la cama y me tomó la temperatura de verdad.

—Te ha bajado mucho —anunció—. A saber por qué. Con este tipo de tratamiento lo lógico sería que te hubiese subido, pero ¿qué sé yo? No soy médico.

—Eh... —protesté—. ¿Como que no eres médico? Entonces... ¿eso qué ha sido?

Me dedicó su sonrisa más páfida.

—Eso ha sido por tu propio bien —dijo—. Ahora voy a llamar a tu médico y a preguntarle qué recomienda para las chicas que están lo suficientemente recuperadas como para darles con fuerza por el culo pero que dicen que todavía no pueden volver al trabajo.

—¡No! ¡No lo harás, cerdo!

—Sí que lo haré. O mejor dicho, no, no lo voy a hacer. Porque ya sé qué me va a decir. Ya sé qué medicina te recetaría. Algo doloroso relacionado con tu trasero y mi mano, sospecho. Así que será mejor que descanses un poco mientras recupero fuerzas.

Hice un mohín de enfado, pero me sentía exultante de felicidad, deliciosamente soñolienta.

—Gracias —dije con un bostezo—. Puede que no seas médico, pero creo que ya estoy curada.

Se agachó para besarme en la frente; su mirada azul parecía muy seria cuando se incorporó.

—Me alegro mucho de oír eso —respondió—. Más de lo que crees.

Sé que no le gusta nada que me ponga enferma, pero no creo que tenga que ver con el control y las molestias que le acarrea. Creo que sobre todo tiene que ver con el amor.

ATENCIÓN AL CLIENTE Angela Caperton

Joanna Danvers consultó de nuevo su reloj, por tercera vez en una hora. Tal vez había cancelado en el último momento. Las malas condiciones meteorológicas en el nordeste habían hecho que más de un cliente del programa especial de puntos Suite Rewards cambiase sus planes y su reserva.

Mierda. Tenía el corazón en un puño al pensar que tal vez Thomas Wolburn no se registrase en el hotel ese día. Su última oportunidad; aquel fin de semana era el último de Joanna en el Suite Rewards Miami. El miércoles, llenaría su Ford Focus con todo lo que le cupiera dentro, dejaría sus muebles en manos de la empresa de mudanzas y pondría rumbo hacia el norte, a Atlanta y a la sede corporativa de Suite Rewards. Lo había conseguido. Después de seis años de trabajar como una mula, primero como recepcionista y luego como responsable de atención al cliente en el solicitado programa Suite Rewards del hotel Executive Miami, la habían ascendido a directora regional. Sí, volvería a Miami, pero también iría a Savannah, Jacksonville, Tampa, Mobile, Orlando, y a otras localidades del sur, pero casi siempre estaría en su despacho de Atlanta.

Thomas Wolburn dejaría de ser el objeto de deseo de sus sueños más húmedos. Sus estancias más que regulares en el Suite Rewards Miami, tres veces al año durante los últimos cuatro años, habían ayudado a dejar dos vibradores fuera de combate en la mesita de noche de Joanna. Una parte de ella lo amaba, adoraba su sonrisa, incluso después de un retraso de seis horas en su vuelo, le encantaba su sentido del humor y su inteligencia, y además tenía un culo que quitaba el hipo. Sabía que no era guapo en el sentido convencional de la palabra; una vieja cicatriz le atravesaba la cara desde la frente hasta la mandíbula, cerrándole a medias el párpado izquierdo, y tenía la nariz torcida, pero Joanna habría vendido gustosa su alma para que aquellos ojos verde menta le recorriesen el cuerpo con mirada libidinosa o para que la besase con aquellos labios, tan generosos que a veces se preguntaba si no sería cliente asiduo de las clínicas de Botox. Había fantaseado muchas veces con la imagen de esos labios carnosos cerrándose alrededor de sus pezones o frotándose contra su clitoris.

El trabajo en Atlanta también había sido una fantasía. Todavía le hervía la sangre al recordar el comentario que le había hecho en la entrevista de trabajo con Les Grinion: «Joanna, podrías haber conseguido el puesto mucho antes si hubieras tenido el valor de lanzarte a por él».

El valor de lanzarse a por él. La historia de su vida. ¿Cuándo se había arriesgado ella a lanzarse a por algo? Ella, que nunca se salía de los límites de su zona de seguridad, que nunca abandonaba la prudencia y se lanzaba a por algo porque sí, porque lo quería y punto.

A ella la vida le pasaba sin más. Se había casado con Mark porque él se lo había pedido y porque no creía que nadie más fuese a hacerlo. Cinco años más tarde, divorciada

y hasta el cuello de deudas, aceptó un trabajo de recepcionista en Suite Rewards porque había sido lo primero que le habían ofrecido. Trabajó con diligencia y, cuando el conserje dejó su empleo, la asignaron a ella en su lugar hasta encontrar algún sustituto definitivo. Joanna se enteró cinco meses después de que nunca habían llegado a anunciar la vacante. La habían ascendido y nadie se había molestado en decírselo. Hasta que lo mencionó tímidamente, no le modificaron el cargo que ostentaba ni el salario.

En cuanto supo que no era un simple cero a la izquierda, se apropió del puesto. Tenía cautivados a todos los contactos en los restaurantes y locales de espectáculos en South Beach, la Pequeña Habana y otros puntos neurálgicos de Miami; se aseguraba de que el hotel figurase en la lista de alojamientos para cualquier evento importante; mantenía un agresivo calendario de actividades en la web de Suite Rewards, y se ocupaba de que los clientes recibieran por e-mail las notificaciones importantes con la suficiente antelación. Buscaba los mejores contactos dentro de las distintas instituciones, como el que la ayudó a conseguir asientos en primera fila para un partido de los playoffs de los Miami Heat para un huésped destacado. Era buena en su trabajo, y disfrutaba con él.

Como disfrutaba cada vez que Thomas Wolburn, en sus visitas periódicas, quedaba con ella a tomar una copa en el bar del hotel a última hora. Se había convertido en un ritual, incluso después de que la ascendieran a encargada del servicio de atención al cliente. Cerraba el restaurante a la una de la mañana y se quedaba allí con él, detrás de la barra, sirviendo copas para ambos. La primera vez había sido por accidente. Joanna había estado sustituyendo a uno de los empleados de la recepción cuando Tom se presentó a la hora del cierre con aspecto cansado. Después de eso, las citas pasada la medianoche se habían convertido en un placentero ritual.

Aquellas conversaciones tranquilas acompañadas de un buen bourbon habían dado alas al enamoramiento de Joanna, así como a su apetito y su lujuria. Empezó a pensar en las visitas de Tom como en unas vacaciones pagadas a Hollywood. Desde luego, era su huésped favorito y, por extraño que pareciera, también su mejor amigo.

A Tom le gustaba la música de Josh Ritter y fumaba puros solo en ocasiones muy señaladas. No le gustaba nada que su cumpleaños fuese justo la semana antes de Navidad, y en una noche de excesos, cuando ya se habían bebido media botella de Russell's Reserve, él le habló del accidente responsable de su cicatriz y que por poco le cuesta la vida a su hermana; le contó que él iba al volante y que estaban discutiendo sobre qué emisora de radio escuchar.

Esa noche, suave como el algodón y ruborizada por el calor, le cogió la mano, emocionada de sentir el contacto de su piel en la suya. Quiso invitarlo a subir a su habitación. Tenía muchas, muchísimas ganas de follárselo, pero se le atragantaron las palabras, su mente se perdió en las distintas posibilidades, el análisis de los riesgos, la probabilidad de una humillación absoluta. Además, no tenía condones. ¿Y él? No, no. Sin condón, nada de nada. Al día siguiente. Sí, al día siguiente llevaría un paquete jumbo de Trojan y se pasarían la noche entera follando como animales. Sí, sí. Esperaría, y al día siguiente le ofrecería un surtido de servicios exclusivos.

Sí.

No. La noche siguiente, cuando Joanna se quedó merodeando por el mostrador de la

recepción con el pretexto de leer las solicitudes de los clientes, vio salir a Tom con una mujer alta y esbelta que bien podría haber sido Miss Brasil 2010: pelo largo y negro, pestañas espesas, ojos oscuros y unos labios carnosos que debían de haber adornado más de una revista de moda. Si no hubiese habido cajas debajo del mostrador, Joanna se habría escondido allí.

Los Trojan quedaron relegados al fondo del último cajón de su escritorio, ocultos por unos sobres acolchados de tamaño mediano y detrás de un manoseado ejemplar de Delta de Venus.

En la siguiente visita de Tom quedó con él para tomar una copa, pero ni siquiera se le pasó por la cabeza tratar de seducirlo. No, era mejor abordarlo únicamente en sus fantasías, desgarrarle la ropa y chuparle la polla hasta que le suplicase que se lo follara, y entonces ella se montaría sobre él y lo cabalgaría sin tregua hasta quedar satisfecha, lista para correrse. Tal vez entonces le dejaría correrse a él también. Solo tal vez. Que se jodieran las brasileñas.

Después de eso, sus visitas habían sido agradables, su deseo por él había quedado frustrado e insatisfecho, pero nunca había vuelto a plantearse cruzar la línea entre la amistad y los placeres de la carne. Y ahora se le acababa el tiempo.

El valor de lanzarse a por él. ¿Qué significaba eso? Miró la hora en la esquina del monitor. El valor de lanzarse a por él. Un valor que no le garantizaba que conseguiría lo que quería, solo que había tenido el coraje de tratar de conseguirlo.

Sí, le iba a hacer falta valor si iba a arrancarle el trabajo a Les Grinion de debajo de sus mocasines. La oficina de Atlanta era un nido de víboras. Necesitaría inteligencia, tiempo y valor para trabajar allí. Una cosa era planificar, y otra muy distinta ejecutar esos mismos planes, y el miedo al fracaso no era una excusa aceptable. Ese era el regalo que Les le había hecho sin proponérselo: ayudarla a ser consciente de ello, y no pensaba dejar que volviese a mostrarse condescendiente con ella nunca más.

Igual que el trabajo, Tom Wolburn era algo —alguien— que deseaba, y esa era la última vez que tenía la certeza de que iba a verlo. Debía hacerlo. Debía lanzarse a por él, salvar la distancia que había más allá de la unión de sus manos, transformar la confianza y la comodidad en puro sexo. Debía hacerlo aun a sabiendas de que lo más probable era que la rechazara. Ese era el mensaje de Les. Los ejecutivos asumían riesgos; sí, claro, siempre sopesaban los pros y los contras, y a veces se equivocaban, pero los que triunfaban... ¡siempre se arriesgaban!

Tenía que ir a por todas. Joanna sabía que si se iba de Miami sin ni siquiera intentar seducir a Tom, no solo lo lamentaría el resto de su vida, sino que la mesa de directora regional en Atlanta sería el punto final de su carrera.

El cálido ruido de los zapatos contra el suelo de mármol del vestíbulo la sacó de su ensimismamiento. ¡Tom! Allí estaba, tenía la espalda de la chaqueta del traje arrugada tras estar varias horas sentado y parecía como si se hubiera encogido varios centímetros. Un destello de preocupación le atravesó el alma, más ardiente que su corazón. Los clientes del hotel tenían su propia vida, una vida ajena a su estancia en aquel establecimiento, y ella había visto el deterioro de más de uno entre visita y visita, el rostro erosionado por los problemas de salud o por las desgracias. No, él no podía ser uno de esos clientes.

Aguardó pacientemente mientras él se registraba, y antes de que se alejara del mostrador de recepción ella se interpuso en su camino, con su uniforme estándar, una falda y la blusa escotada para insinuar el bustier de encaje negro.

—Caramba, a esto lo llamo yo un regalo para la vista... —Parecía que hablara completamente en serio cuando tomó a Joanna del brazo con amistoso ademán posesivo y la besó primero en la mejilla y luego en los labios, un beso cálido, pero casto.

—Pues aquí me tienes..., toda para ti. —Joanna le devolvió el beso—. A lo largo de mis años en el servicio de atención al cliente he aprendido que la mejor manera de averiguar lo que desea es preguntárselo directamente. —Apretó su cuerpo contra Thomas, sin preocuparse por el empleado de la recepción, que seguía procesando mecánicamente la reserva de Tom—. Así que, ¿qué desea, señor? —le susurró al oído.

Ella percibió la rigidez de su cuerpo. Iba a oír las palabras incómodas en cualquier momento, el rechazo, el torpe intento de quitársela de encima sin parecer demasiado descortés, el reacomodo de la distancia entre ellos. Tal vez le diría que le gustaba realmente como amiga y que el sexo podía estropearlo todo. Tal vez le confesase que estaba casado, o prometido, o saliendo con alguien, o —se apoyó contra su hombro y sonrió— le diría, muy a su pesar, que era gay. El rechazo iba a llegar, pero no pasaba nada. Porque ella se había arriesgado.

Él la atrajo más hacia sí, y ella imaginó que la mente de Thomas, hecha para los negocios, se derretía, se le hacía agua mientras ella le apretaba el coño contra el muslo, y... notó que la polla se le había puesto dura como una piedra.

—Te deseo a ti... —le contestó él al oído.

Ella pestañeó, sus huesos de repente eran de mármol; su piel, la más fina lámina transpirable que quemaba allí donde sus dedos la sujetaban. Eso era un sí..., había dicho que sí. ¡No era eso lo que se suponía que iba a pasar!

¿Conseguiría rescatar los condones en menos de tres segundos? Y ¿qué demonios significaba aquello en el gran esquema de su... esquema de vida?

—Acompáñame —susurró ella contra su barbilla. Se lo llevaría a su despacho, conseguiría de forma más o menos elegante desenterrar los condones de su escondite y luego follarían en su escritorio. Solo tenía que tirar al suelo las dos cajas de cartón llenas con sus recuerdos personales y dispondrían de un amplio espacio plano sobre el que retozar. Tal vez la haría inclinarse sobre el borde de la mesa y se la follaría sin contemplaciones por detrás. ¿Y si además le daba unos azotes en el culo?

El coño se le hizo agua.

—No —contestó él, suspirando, y su voz alcanzó el tono de un gruñido—. Quiero que me prepares la cama. Personalmente.

Ella asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. Ese era su trabajo. Atención al cliente. Dejar las camas preparadas entraba dentro de sus obligaciones contractuales.

—Por supuesto, señor —ronroneó.

—Desnuda.

La descarga de excitación que le recorrió las entrañas casi la hizo desplomarse de rodillas; no es que tener la cara a la altura de su entrepierna le hubiese resultado desagradable, pero todavía quería mantener cierta dignidad.

—Usted primero, señor —dijo; tenía la garganta seca pese a la humedad que le rezumaba del coño.

Él sonrió con una expresión siniestra que le aceleró el corazón. Le rodeó la cintura con el brazo y se dirigió al ascensor. Joanna se volvió hacia recepción. Martin, el estudiante universitario al que habían contratado esa primavera, la miraba como si fuera un extraterrestre de tres cabezas.

Lo único que acertó a hacer fue sonreír.

La habitación de Tom estaba en la planta superior. Tenían el ascensor para ellos solos y, cuando las puertas se cerraron, sus cuerpos se fundieron en uno. La devoraba con la boca, su lengua insistente, ardiente, exigente, se enredaba con la de ella, oprimiéndola, dominándola a pesar de sus vanos intentos por rebelarse, perdiéndose en el mundo de sensaciones que suscitaba su beso. Ella sintió todo el calor de su cuerpo en una sola línea larga y gloriosa de músculo firme, fuerte. Su polla se apretaba contra el muslo y ella se moría de ganas de tenerla dentro.

La empujó contra la parte posterior del ascensor, le subió la falda, sus dedos ávidos le acariciaron los muslos, llegaron a sus bragas y se deslizaron bajo el fino encaje hasta su coño empapado.

Él gruñó, su beso se hizo aún más profundo, y Joanna respondió a su erección agarrándolo del trasero y anhelando liberar aquella carne firme de los pantalones. ¿Qué llevaría, bóxer o slips?

La campanilla pasó prácticamente desapercibida entre sus jadeos y los ávidos tocamientos, pero cuando las puertas se abrieron, Joanna gimió junto a la boca de Tom y lo empujó hacia la salida, más cerca de la meta.

Los dedos de él le masajearon el clítoris.

La fusión del beso se interrumpió cuando ella lo empujó, restregando las caderas contra su mano, jadeando sin resuello. Él dio un paso atrás y ambos iniciaron una danza cuyos pasos habría prohibido el mismísimo Arthur Murray. Mientras salían tambaleándose hacia atrás, el talón de Tom quedó atrapado en el borde metálico del ascensor y perdió el equilibrio hasta que se golpeó las caderas con la parte posterior del sofá que había junto al ascensor. Un papel pintado de tonos dorados y sutiles flores de lis recubría la pared hasta el techo, donde una elegante lámpara derramaba una luz helada. Varias sillas tapizadas, unas mesitas auxiliares y dos enormes jarrones llenos de flores frescas completaban la decoración del pequeño vestíbulo.

Él se volvió bruscamente, el último intento de impedir que acabasen cayéndose en el sofá. Cuando el culo de Joanna golpeó el respaldo del sofá, acogió gustosa el peso del cuerpo de Tom, pues el impulso de la caída lo había aplastado con fuerza contra ella. Su boca volvió a encontrar la de él y la devoró mientras Tom le acariciaba los labios del coño con la punta de los dedos y los deslizaba luego en su interior. Una corriente eléctrica de placer le recorrió las terminaciones nerviosas, irradiando calor y un universo de

sensaciones por todo su cuerpo. Restregaba las caderas contra la mano de él frenéticamente, entre espasmos, sin ninguna elegancia pero de forma honesta y ansiosa.

Tom siguió presionándola contra el respaldo del sofá al tiempo que le subía la falda y le bajaba las bragas. Le apartó la mano del clítoris el tiempo suficiente para sacarle la blusa de la cinturilla de la falda y luego subió las manos despacio, bajo el sujetador de encaje hasta encontrar sus pechos, que atrapó como si se dispusiera a pesarlos, palpándole los duros pezones y acariciándole las puntas en círculos hasta que ella empezó a jadear entrecortadamente. Entonces él se separó lo suficiente para darle la vuelta, de manera que le golpeaba el trasero con la polla. La sujetó, inmovilizándola, y cuando apartó las manos de ella, Joanna se sintió como una olla hirviendo a la que le hubieran apagado el fuego de repente.

Ella percibió el ruido del plástico al desgarrarse momentos antes de que él palpara su piel, le acariciara la curva de las nalgas con una mano y la raja del coño con la otra, masajeándola insistentemente, atormentándola, haciéndola enloquecer.

La caricia del glande contra los labios de su coño casi la empuja al borde del abismo. Recubierto con las secreciones de ella, la penetró por detrás; su polla, gruesa y dura, la llenaba gloriosamente. La exhalación que emanó de la garganta de Tom fue casi un gemido, y tras golpearle el culo con los cojones, se detuvo, hundido en lo más profundo de ella.

Joanna emitió un resoplido contenido que apenas parecía real. Lo estaba haciendo. Tom Wolburn se la estaba follando. En cualquier momento podía llegar otro ascensor, o alguien podía salir del pasillo al vestíbulo, pero eso a ella había dejado de importarle.

Las primeras embestidas fueron lentas, pequeños tanteos asombrosamente suaves. Ella saboreó cada centímetro, sus terminaciones nerviosas bullían más allá de la estimulación física, la sensación era tan intensa que casi parecía artificial, como una droga maravillosa que aliviaba las preocupaciones mundanas y magnificaba la felicidad. Luego incrementó el ritmo, abriéndole las entrañas con la polla, tomando posesión de ella, marcándola, con un ritmo mecánico y preciso compuesto por estímulos sensoriales y lujuria descarnada que la dejó incapaz de hacer otra cosa que no fuera apoyar los brazos en el asiento del sofá y aguantar.

El clítoris chocaba una y otra vez contra el respaldo, lo que añadía una nueva intensidad al placer, y cuando el orgasmo empezó a apoderarse de ella, cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio inferior para contener un grito.

Las paredes de oro se fundieron en cristal. Le zumbaron los oídos con el estrépito que hizo el sofá cuando Tom lo empujó hacia la mesita de café. El temblor empezó en las rodillas y le inundó todo el cuerpo mientras el orgasmo reverberaba en cada rincón. Sus codos cedieron y se dio de bruces contra el cojín del respaldo.

Sabía que su grito ahogado se oiría en el vestíbulo principal.

Él tiró de ella y la embistió con otros tres envites más rápidos y duros, resolló, emitiendo un sonido parecido a un gorgoteo, y luego se desplomó encima de ella, jadeando contra su columna vertebral.

Joanna no podía moverse, no quería moverse. Él besó su espalda, en la orilla de la

blusa arrugada, y la rodeó por la cintura con la mano en un abrazo satisfecho y a la vez posesivo, un abrazo que acabó con los últimos resquicios, dulces, plenos, de su orgasmo.

Tom empezó a temblar, luego su risa respondió a la curiosidad confusa de ella.

—Joder.

Ella sonrió al cojín del sofá.

—La palabra exacta.

—No. Es que me he dejado la maleta en el mostrador de recepción. —Salió de ella; su polla flácida la dejó vacía de repente.

Ella se irguió y sus músculos protestaron tras tanto rato doblada por la mitad. Se volvió y se alisó la falda y la camisa mientras lo veía envolver el condón usado en un pañuelo.

Se atusó el pelo y le sonrió.

—No pasa nada. Ve a tu habitación. Yo misma te llevaré el equipaje.

Dio un paso hacia él y le dio un beso sugerente.

—Y, por supuesto, me ocuparé del arreglo de cama.

Él le apretó la cintura y sonrió.

—Date prisa.

Y eso hizo ella, bajó al vestíbulo a toda prisa; el corazón acelerado y la alegría que sentía en lo más hondo de su ser era algo más que la consecuencia de una buena sesión de sexo. Tal vez eso era lo que acompañaba al valor, la iluminación de un mundo de posibilidades, la recompensa por la que los riesgos valían la pena. Encontró la maleta en el mostrador, guiñó un ojo a Martin y subió de nuevo en el ascensor.

Directa a la planta superior.

RECUERDOS EN VENTA Andrea Dale

Bella sabía que no era buena idea.

Lo supo cuando tomó la salida de la autopista y se dirigió hacia el lago. Lo supo cuando dejó atrás el cartel de SE VENDE al final del camino de entrada en medio del bosque. Lo supo cuando se bajó del coche y descubrió que el aire olía a principios de otoño, con su melancólico recordatorio del cambio de las estaciones, del paso del tiempo. De que lo pasado, pasado estaba.

Lo supo cuando giró la llave en la cerradura y abrió la puerta.

La agente inmobiliaria no se había molestado en poner una cerradura de seguridad. Al día siguiente, la jornada de puertas abiertas atraería allí a gran cantidad de compradores potenciales y habría una guerra de ofertas por la casa de vacaciones.

Bella simplemente había querido ver la casa una vez más.

Bueno, «simplemente» no. No había nada simple en divorciarse. Ella y Ethan habían acordado poner en venta la casa antes de firmar los papeles y dividir el dinero. Ninguno de los dos quería que el otro se la quedase.

Que Bella supiese, Ethan no quería la casa. Y desde luego, ella tampoco. Demasiados recuerdos. Demasiados recordatorios de cómo la felicidad podía escaparse volando como las hojas que caen de los árboles en otoño, para ser pisoteada y acabar reducida a cenizas.

En el interior de la casa, la luz de última hora de la tarde incidía en ángulo sobre el lago y atravesaba la pared de ventanales y puertas cristaleras que daban al porche; inundaba la habitación con una luz cálida y teñía la madera de un reluciente color miel. Aquel había sido siempre su momento favorito del día en la casa. Le encantaba ver el juego de los rayos del sol sobre el agua mientras caía el crepúsculo. Podía quedarse horas sentada en una silla de madera del porche, bebiendo una copa de chardonnay muy seco, escuchando el zumbido de los motores fuera borda y el grito emocionado de algún practicante de esquí acuático. Aparte de eso, lo único que quebraba el plácido silencio era el susurro del viento entre los árboles, el parloteo de una ardilla o el canto de un pájaro.

Cuando la puerta corredera estaba abierta, también podía oírse el jaleo de ollas y platos que armaba Ethan en la cocina mientras preparaba la cena. Solían hacer comidas sencillas cuando iban allí a pasar el fin de semana: pasta aglio e olio con ensalada de tomate y queso parmesano recién rallado. Tortilla de queso feta, albahaca y ajo. Pollo a la barbacoa, algún que otro filete. Fruta y queso de postre.

Bella sacudió la cabeza, tratando de ahuyentar los recuerdos. No debería haber ido allí.

Sin embargo, entró y cerró la puerta tras ella.

La casa no era pequeña, pero su tamaño era muy cómodo para escapadas de fin de

semana. Su diseño abierto implicaba que las vistas desde la puerta daban directamente a la parte posterior del lago. En la sala de estar, unos muebles sencillos de estilo colonial se distribuían alrededor de una chimenea de piedra. Sobre la repisa había un cuadro de un orgulloso pavo (habían bromeado sobre la posibilidad de colgar una cabeza de ciervo, pero ninguno de los dos hablaba en serio), y unas llamativas mantas indias a rayas cubrían el sofá y los sillones.

A la derecha estaba la puerta del dormitorio principal y el baño, y una amplia escalera de madera que conducía al piso de arriba, al loft, con dormitorios y un baño para invitados.

La cocina también estaba en la parte posterior de la casa, abierta a la sala de estar, con ventanales que daban al lago y a la espesura del bosque al norte, un bosque formado por majestuosos pinos, álamos y abedules. Si Bella se despertaba antes que Ethan, disfrutaba de la soledad de primera hora de la mañana tomando café y viendo menguar las sombras; sin embargo, la mayoría de las veces ella era el ave nocturna: mientras se relajaba con un coñac y recogía los platos, las estrellas tachonaban el cielo y la luna dejaba una estela brillante en el agua.

Bella dejó el bolso en la pequeña consola semicircular, junto a la puerta principal, y colgó la chaqueta en una percha de madera que había justo encima.

Demasiado familiar.

Incluso con los cambios que había hecho la agencia inmobiliaria, allí se sentía como en casa. Sí, claro, parecía vacío sin revistas en la mesa de centro que se llevaban allí para leerlas y nunca llegaban a hacerlo (lo mismo que en casa), sin la pila de botellas de vino vacías para reciclar, sin las toallas sobre la barandilla del porche para que se secaran después de un chapuzón a media mañana.

O de un baño nocturno.

Se dejó caer en el sofá, sintiéndose más o menos una intrusa, sintiéndose más o menos perdida y muy, muy pequeña.

¿Y las noches en que se escabullían al lago bajo la luna llena? Se quitaban la poca ropa que llevaban —el contenido de su armario era muchísimo más simple que cuando estaban en la ciudad— y se zambullían en el agua (fría incluso en pleno verano) dando gritos ahogados y riendo sin parar.

Entonces Ethan se quejaba de que había perdido la sensibilidad entre las piernas, pero enseguida quedaba claro que era mentira y que sentía perfectamente. Su polla emergía caliente en el agua fría.

Tenían suerte si lograban llegar a la balsa antes de que empezase el magreo en serio. A veces simplemente volvían a la orilla y se tumbaban en la hierba suave junto a la playa. La luz de la luna se reflejaba en el pelo oscuro de Ethan y ella no podía ver la expresión de su rostro, pero sí oía su voz, áspera por el arroyo de la pasión. Le decía lo guapa que era, lo sexy que era, y perseguía con la lengua las gotas de agua sobre su pálida piel.

Bajaba por el cuello hasta el hueco de la clavícula. Secaba la humedad, despertaba su sensible piel. Se entretenía allí más tiempo del estrictamente necesario para atrapar todas

las gotas, consciente del modo en que eso la hacía arrimarse a él clavándole las uñas en la espalda y susurrándole con voz ronca palabras incoherentes al oído.

Solo entonces se desplazaba hacia abajo, alrededor de sus pechos, hasta que ella empezaba a gemir de pura necesidad insatisfecha.

Entonces capturaba entre los labios uno de sus pezones erectos, arrugados y oscuros por el frío chapuzón. Dios santo... Ella arqueaba la espalda, alzaba las caderas desde el momento en que él empezaba a lamerla y a rozarla con los dientes. Ella se excitaba tanto..., se ponía tan húmeda y caliente..., pero él prefería demorarse allí, fascinado por lo duros que se le ponían los pezones, lo maduros y jugosos que estaban (y entonces le hablaba en murmullos contra su piel, como si estuviera borracho, borracho de lujuria por ella).

Una lengua juguetona vaciaba de agua su ombligo y luego seguía desplazándose hacia abajo. Un rápido mordisco en el hueso de la cadera, el roce de su cara por la parte interna del muslo. Entonces ella tomaba el relevo con sus propios dedos —pues él siempre se volvía un poco loco al verla autocomplaciéndose— y era cuando él localizaba la verdadera fuente de su humedad, como Galahad en su búsqueda del Santo Grial. La saboreaba, con un gemido grave que la hacía estremecerse entera, antes de separarle los labios y apiadarse de ella.

Los envites de su lengua contra el clítoris, tan certeros y expertos... Sabía exactamente cómo tocarla, cómo llevarla hasta cotas cada vez más altas, manteniéndola siempre en vilo hasta que...

En el cielo, las estrellas formaban un torbellino y se desdibujaban cuando ella se entregaba a las sensaciones de su cuerpo. Atravesaba el espacio girando sin cesar con los espasmos de su éxtasis, unida todavía a la Tierra únicamente por las manos de Ethan y su boca sobre ella.

Tumbada en el sofá —donde también habían hecho el amor, sí; no había un solo rincón en la casa del lago donde no hubiesen sucumbido a la pasión embriagadora y liberadora—, Bella se deslizó la mano por debajo de la falda y se descubrió los labios empapados, el clítoris hinchado. Cabalgando sobre los recuerdos, alcanzó el orgasmo.

La humedad le manchó los dedos mientras las lágrimas le manchaban el rostro.

La última vez que habían hecho el amor allí no sabía que sería la última vez.

Y ahora la casa del lago estaba en venta.

Recuerdos en venta: baratos.

Bella no tenía intención de quedarse dormida en el sofá, abrazada a un cojín y humedeciendo otro con sus lágrimas.

Aunque seguramente tampoco había tenido intención de decir la mitad de las cosas que había dicho —o incluso más que eso— en la parte más acalorada de la etapa de ira y furia de sus últimos días juntos. Las discusiones, amargas y desagradables, en las que ambos habían utilizado como arma arrojadiza el profundo conocimiento que tenían el uno del otro, con el único propósito de herir y hacer daño al contrario. Las feroces discusiones que habían precedido al escalofriante período de silencio que, a su vez, había precedido a

la tensa y letal conversación que puso fin a su matrimonio.

—Supongo que será mejor que nos separemos.

—Supongo que sí.

Bella no recordaba quién había pronunciado cada frase. Aunque ahora eso ya no importaba.

Se despertó al oír un ruido. Desorientada, parpadeó en la semioscuridad del crepúsculo, no sabía dónde estaba ni qué había oído. El cojín que tenía apretado contra el pecho estaba húmedo. Buscó a tientas la lámpara y la encendió para traer a la memoria la casa, los recuerdos.

La puerta se abrió y Bella sintió un subidón de adrenalina en las venas. Se levantó de golpe para enfrentarse al peligro.

El corazón le dio un brinco, traicionándola.

Ethan...

—Oh. —Estaba plantado en el umbral, iluminado únicamente por la luz del porche. Aun así, lo reconoció por el contorno de su figura, por su apostura—. No esperaba...

—Lo siento, yo no...

Los dos se quedaron callados a la vez. Hacía tiempo que no sabían qué decirse, ¿por qué habría de ser diferente ahora?

Bella fue la primera en romper el silencio.

—Solo he venido un momento a ver la casa por última vez. Enseguida me voy, no quiero molestarte...

Él trasladó el peso de la bolsa de la compra que llevaba a la otra cadera.

—No, no hay prisa. Siento haberte interrumpido. No esperaba encontrarte aquí.

Ella se encogió de hombros con gesto impotente.

—Yo tampoco esperaba verte aquí.

Le pareció que estaba más pálido. ¿Y no había perdido peso? Llevaba el pelo rubio bien cuidado, pero se preguntó si no serían entradas eso que se le veía en las sienes. A él siempre le había horrorizado la idea. Era lo único que ella nunca había utilizado en su contra, ni siquiera en los momentos más crueles. Nunca supo por qué se había contenido. Tal vez porque, aunque sabía lo mucho que a él le angustiaba su inminente alopecia, a ella nunca le había importado. Siempre le había parecido un hombre guapo.

Incluso en ese instante.

Siguió un silencio incómodo. ¿Cómo podía una persona sentirse incómoda con alguien a quien había amado, alguien con quien había vivido momentos muy íntimos, alguien con quien lo había compartido todo durante nueve años?

—Debería irme —dijo él al fin.

—No —repuso ella cuando él se volvía—. Esta casa todavía es tan tuya como mía.

Era la clase de intercambio forzado, exageradamente cortés, que habían mantenido desde que tomaron la decisión. Todas las emociones habían desaparecido. Solo les quedaban las formalidades, los documentos oficiales, la jerga legal y las cortesías de rigor.

¿Cómo habían llegado a eso?

Él se quedó mirándola un momento, como calibrando la sinceridad de sus palabras; luego asintió.

—Está bien. Gracias.

Lo observó en silencio atravesar el salón para llevar la bolsa a la cocina y luego volver a recoger un saco de dormir que había dejado en el porche.

—Debería irme —dijo ella; hasta que las palabras salieron de su boca no se dio cuenta de que había dicho lo mismo que él.

Él frunció los labios, como solía hacer cuando reflexionaba. Lo había olvidado hasta hacía un momento.

—Quédate, no pasa nada, de verdad —dijo él al fin—. Esta también es tu casa. No empeoremos las cosas. ¿Te apetece... una copa de vino?

Le apetecía, mucho. Más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Una copita me vendría bien, sí. ¿Qué vino has traído?

Era un vino de Sudáfrica, un embriagador merlot. La boca se le hizo agua solo de recordar el sabor.

—Una copa, entonces.

—Y un filete. Confieso que había decidido darme un homenaje y traerme comida emocional para hombres —explicó él mientras servía el vino—. Las mujeres se atiborran de chocolate, y a los hombres nos da por la ternera. También tengo patatas y algo para preparar una ensalada. Hay más que suficiente para los dos.

Bella giró el vino en la copa y advirtió que el líquido no se aferraba a las paredes. Tal vez ella también debería aprender a no aferrarse.

Nunca se le había dado bien aprender lecciones ni obedecer órdenes. Supuso que ese era uno de sus defectos, su cabezonería.

—¿Y por qué has vuelto? —le preguntó.

Él siguió salpimentando el grueso filete, sin mirarla.

—Nostalgia, supongo. Una última noche en la casa del lago. ¿Y tú?

—Lo mismo, pero yo solo quería pasar un momento. —Se apoyó en la encimera y sacudió la cabeza—. Supongo que en el fondo no asimilaba la idea de que estaba en venta, de que iba a dejar de ser nuestra, hasta que vi el cartel.

—Igual que yo. —Dejó correr el chorro de agua sobre las hortalizas en el colador—. Oye, Bella, yo...

—Ya lo sé —dijo ella—. Yo también. —Bajó la mirada hacia el vino, pero no obtuvo

respuestas fáciles. Seguramente porque no las había. Levantó la vista de nuevo—. Me gustaría quedarme a cenar. ¿En qué puedo ayudarte?

Lavó dos patatas para el horno —Ethan había comprado una bolsa en la tienda— y las pinchó con un tenedor, percibiendo el aroma a tierra que emanaba de ellas. Se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Era asombroso lo fácil que resultaba volver a las viejas rutinas: los dos en la cocina; ella, el pinche, y él, el jefe de cocina. Pero al mismo tiempo también era incómodo, pues ya no se movían con naturalidad uno alrededor del otro, sin chocar (a menos que eso fuese lo que querían, compartiendo un beso entre risas antes de volver a la tarea que tenían entre manos).

En algún momento habían perdido eso por el camino.

Había sido una transición gradual. Por mucho que Bella mirase atrás no conseguía dar con el instante, el momento concreto, en que se habían estropeado las cosas entre ellos. Todo se reducía a una sucesión de pasos en falso, y antes de que se dieran cuenta ya era demasiado tarde para que se refrenaran y arreglaran su matrimonio.

La empresa de Ethan se había ido a pique, y aunque ella todavía tenía un buen trabajo, él empezó a preocuparse por el dinero. Él se fue alejando de ella y confió en otra mujer. Había sido una relación puramente emocional, no hubo nada físico entre ellos en ningún momento, pero a Bella eso le dolió más que si hubiera tenido una aventura.

El error de ella había sido irse a la cama con otro. Ethan y ella habían discutido (otra vez), ella se había quedado a trabajar hasta tarde y luego había salido a tomar una copa que al final fueron varias, seguidas de un revolcón con un conocido suyo. Para ella no era excusa el hecho de que hubiese estado un poco borracha, porque luego había vuelto a ocurrir un par de veces más, hasta que su amante había vuelto con su propia esposa.

Había sido un error, y también el último clavo en el ataúd de su matrimonio.

Después de eso, Ethan y ella intentaron reconciliarse por última vez, sin conseguirlo, quisieron llegar a alguna clase de compromiso, pero se habían alejado tanto que no podían ver el término medio. Desde luego, no conseguían verse el uno al otro.

Ella siguió troceando las verduras, desmenuzando el queso azul y preparando la ensalada; luego salieron al porche con sus copas de vino a esperar a que las patatas acabaran de hornearse. Ethan pondría los filetes en el grill en el último minuto.

Se oyó la llamada de un somormujo, grave e inquietante.

—No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que había echado de menos esto —dijo ella señalando con su copa la vista del lago—. Se respira tanta tranquilidad aquí arriba...

—Menos aquella vez que Jo y Kent se trajeron a su sobrino —dijo Ethan—. Dios, era un demonio...

—No sé cómo conseguimos llegar al domingo sin matarlo —coincidió Bella, riendo—. Atascó el inodoro, aterrorizó a las ardillas...

—... y se negaba a comer otra cosa que no fueran cereales de chocolate Cocoa Puffs

y raviolis de lata...

—... y Kent tuvo que conducir media hora hasta al pueblo para comprarlos...

—... mientras Jo lo maldecía en voz baja por abandonarla.

Ahora los dos estaban riéndose a carcajadas, con ganas. Bella no podía recordar la última vez que reírse le había resultado tan natural, como si alguien le hubiese quitado un peso que le oprimía el pecho.

—Al menos ahora nos reímos —dijo.

—Es curioso, ¿verdad? —señaló él—. Las cosas que en cierto momento te parecen horribles, al cabo del tiempo las recuerdas y parecen tonterías sin importancia.

—El feliz velo de la memoria —sentenció ella.

—Un mecanismo de defensa natural del cerebro. ¿Sabes, Bella? Yo...

Sonó el temporizador de la cocina.

—Tengo que ir a poner los filetes al fuego —anunció Ethan.

Ella puso la mesa y luego abandonó el porche para caminar descalza por la hierba fresca hasta el claro repleto de flores silvestres. Cuando él sacó los platos, señaló con la cabeza al sencillo ramo que ella había dispuesto en un viejo tarro de mermelada.

—Qué bonito.

El aire fresco del lago era lo que le había despertado el apetito de aquella manera, decidió Bella. La carne estaba perfecta; las patatas, crujientes por fuera y blandas por dentro, y la ensalada servía de ligero contrapunto al resto de la comida. Todo regado con un vino estupendo.

Fue oscureciendo y el cielo se tiñó de un maravilloso color añil. Al otro lado de la mesa, Bella observó a Ethan y se fijó en las bolsas que tenía bajo los ojos.

Se sorprendió deseando alisárselas con los dedos, ayudarle a caer en un sueño reparador.

Pero bueno... ¿a qué había venido eso? Culpa del vino, seguramente.

Pero el vino no explicaba por qué se había quedado a cenar, ni por qué había puesto flores en la mesa.

Por lo visto, ya nada tenía sentido.

Lavaron juntos los platos, sin mediar palabra, y lo que antaño habrían considerado un molesto o incómodo problema de comunicación, ahora parecía un silencio agradable y cordial. Él había activado el programador de la cafetera antes de la cena, y el olor a café recién hecho inundó la casa con su humeante aroma.

Él le dio una taza cuando se sentó en el sofá. Se había acordado de cómo le gustaba: con poca leche y dos cucharadas de azúcar. Antes de sentarse con ella, encendió la gruesa vela roja de la mesita de centro, que al parecer nadie había estrenado todavía.

—A Jane eso no le va a gustar —dijo Bella refiriéndose a la agente inmobiliaria.

Él pestañeó, como si no se le hubiera ocurrido hasta ese momento. Luego se encogió de hombros.

—Ya le compraré otra.

Aquello era muy típico de Ethan. Su capacidad para pasar por alto los detalles que en el fondo no eran importantes la sacaba de quicio al final.

Aunque no había sido siempre así, ¿verdad que no? Al principio, ¿no había sido precisamente su forma de soslayar lo que no era importante para ir directamente a la esencia de las cosas lo que la había atraído de él?

Tampoco podía echarle toda la culpa al vino por la melancolía que se había apoderado de ella.

—Ethan, yo...

—Bella, yo...

Hablaron los dos a la vez, se callaron, se echaron a reír, esta vez con cierta vacilación. La risa fresca y natural de la cena había desaparecido.

—Las damas primero —dijo él.

Ella decidió tomar fuerzas con un sorbo de café caliente, y luego alojó la taza entre sus manos y se obligó a mirar a Ethan en lugar de bajar la vista.

—Solo... solo quería decir que lo siento. —No había sabido exactamente lo que quería decir hasta ese momento, y sin embargo ahora tenía muy claro lo que debía decirle—. La aventura que tuve. Fue una estupidez. Fue la cosa más estúpida que he hecho en mi vida. No significó nada para mí. Solo reaccioné muy mal cuando supe que habías confiado tus problemas a otra persona en lugar de a mí.

No estaban sentados cerca, pero cuando él se movió para mirarla de frente, su rodilla quedó a escasos centímetros de su muslo. Ambos se quedaron mirando el pequeño espacio un momento.

—Creía que fue porque había fracasado —dijo él al fin.

—¿Qué?

—Creía que te habías liado con otro porque yo había fracasado. Ya sé que tú ganabas lo suficiente para que pudiésemos ir tirando, pero no soportaba la idea de no estar contribuyendo. —Negó con la cabeza con aire apesadumbrado—. Me pasaba las noches en vela, estresado, preocupado por el dinero, preguntándome cómo podías seguir al lado de alguien que no era lo bastante bueno para traer dinero a casa. Así que cuando tú...

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella—. Yo me distancié de ti porque tú te distanciaste de mí. No me dejabas acceder hasta ti, y me dolió mucho cuando compartiste lo que te pasaba con otra persona en vez de conmigo. Sentía que no era lo bastante importante para que confiaras en mí, que no querías mi apoyo.

—Lo siento mucho —dijo él—. No debería haberte cerrado la puerta. Ni siquiera me daba cuenta de que era eso lo que estaba haciendo.

Ella dejó la taza.

—Somos un par de idiotas.

Él soltó un resoplido.

—No, lo digo en serio —insistió ella—. ¿Por qué no hablamos de esto entonces?

—Estábamos demasiado ocupados echando las culpas al otro —dijo—. Si no recuerdo mal, también hubo unos cuantos gritos.

Lo vio vacilar y adivinó lo que quería hacer. Y deseó que lo hiciera.

Y él lo hizo; le tomó las manos entre las suyas.

—El feliz velo de la memoria —dijo—. Los dos somos demasiado tercos. Lo normal sería que el consejero matrimonial hubiese logrado arrancarnos esta conversación, pero no...

Ella liberó una de sus manos y cogió con ella el café. La cafeína no alivió el mareo enfebrecido que el vino y la conversación le estaban provocando.

—¿Te acuerdas —dijo Ethan— de la primera noche que pasamos aquí?

—¿Te refieres a cuando ni siquiera nos dio tiempo a llegar al dormitorio?

Él asintió. Sin apartar los ojos de ella, le quitó la taza de las manos y la puso sobre la mesa.

Ella no permitió que se inclinara por completo para darle un beso. Acudió a su encuentro a medio camino.

El beso era tímido, algo tan raro en él que Bella estuvo a punto de echarse atrás. Sin embargo, el sabor de él, que prácticamente había olvidado hasta ese momento y que nunca había dejado de echar de menos, le resultó irresistible y no consiguió apartarse.

Fue precisamente eso, supuso Bella, lo que lo animó a seguir. Cuando Bella respondió, él empezó a ganar confianza; la atrajo hacia sí y ella se entregó gustosa, mientras el contacto de su lengua le iba despertando el cálido estallido de la excitación, una llama que ella sabía que no tardaría en prender e inflamarse hasta consumirla por completo.

Tan familiar y tan extraño a la vez... Cada paso en aquella senda a oscuras le devolvía el rescoldo de un recuerdo, como un dulce déjà vu.

Bella le acarició los bíceps y le recorrió la espalda con los dedos, sintiendo cómo se flexionaban los músculos. Él le mordisqueó suavemente el labio inferior, y ella jadeó; la sensación se materializó abajo, entre sus piernas. Ya estaba húmeda, más húmeda incluso que cuando se había masturbado antes. Su contacto siempre tenía ese efecto sobre ella.

¿Cómo había podido soportar tanto tiempo sin aquello?

Él deslizó los dientes por la línea del cuello mientras ella le desabrochaba los botones de la camisa. No todos los botones, no podía esperar más; extendió las manos sobre su pecho liso, rozándole levemente los pezones con las uñas hasta arrancarle un gemido. Él le cogió una mano y la guió hasta su entrepierna, presionándole la palma contra el bulto allí abajo, demostrándole la excitación que le estaba provocando. Su clítoris se estremeció como respuesta.

Bella se preguntó, muy fugazmente, adónde los estaba llevando todo aquello. Sí, al sexo, obviamente, pero ¿no se suponía que el sexo con un ex era caer muy bajo? ¿Una cursilada, incluso? (Todavía no era oficialmente su ex, pero daba lo mismo.) Optó por no pensar en eso. Por no pensar en nada.

Nada de eso importaba. Lo único que importaba eran sus manos y sus labios y su lengua sobre ella, las manos y los dientes de ella sobre él, y la necesidad que compartían.

Él le quitó la blusa pasándosela por la cabeza, y para cuando la hubo tirado al suelo, ella ya había avanzado mucho con el sujetador: había desabrochado el corchete delantero y zarandeaba los hombros para deshacerse de él. Los ojos de Ethan estaban muy oscuros a la luz de la vela, pero Bella imaginó el hambre en ellos antes de que él se abalanzara sobre sus pechos.

Era una sensación maravillosa. Como respuesta, ella arqueó la espalda mientras él la provocaba: atrapaba un pezón entre los labios y lo lamía y lo mordisqueaba lo justo para que ella se retorciese y suplicase.

Suplicase que no parara. Suplicase más y más.

Ella se metió una mano entre las piernas, por debajo de las bragas, se empapó los dedos y, acto seguido, extendió la humedad sobre sus pezones para que él la saboreara.

—Mmm... qué dulce... —murmuró—. Bella... tengo que saborearte de verdad.

Ni siquiera perdieron tiempo ocupándose de la larga y suelta falda; ella se la subió, y él deslizó las ya innecesarias bragas por las caderas y los muslos. El roce del encaje contra su piel era prácticamente insoportable.

Bella apoyó las piernas sobre la mesa de centro y él se puso de rodillas entre sus piernas. Aspiró el aroma de ella hasta que Bella no pudo resistir las ganas de gritar. Le enredó los dedos en el pelo, pero no llegó a empujarlo hacia ella; era una vieja costumbre entre ellos, casi una broma. Ella le suplicaba desesperada pero seguía dejándole llevar la iniciativa, tomar la decisión de inclinarse al fin hasta el fondo y pasarle la lengua por su sexo, enterrarla entre sus pliegues, frotarse contra su clítoris.

Cuando por fin lo hizo, Bella dejó escapar un prolongado suspiro; era como si ambos hubiesen llegado a casa.

A continuación, su lengua experta volvió a deslumbrarla con su magia, libando su yema hinchada, avivando el fuego. Bella apretaba la cabeza contra el respaldo del sofá con tanta fuerza que sabía que le dolería el cuello al día siguiente, pero no le importaba. La espiral ardiente hacia el orgasmo fue envolviéndola en su torbellino con una intensidad cada vez más y más fuerte, y el fuego la devoró por completo hasta hacerla estallar en un grito final.

Ethan no le dio mucho tiempo para recuperarse, y ella no lo culpó. Se quitó los pantalones y los calzoncillos y Bella vio lo empalmado que estaba y saboreó las gotas de humedad que asomaban de su glande. Él gimió, pero al poco la apartó y le dijo que necesitaba estar dentro de ella.

Bella no puso ninguna objeción.

Ethan le pidió que se levantara y Bella se arrodilló de cara al sofá con las piernas temblorosas. Él se deslizó enseguida en su interior y, por mucho tiempo que hubiese pasado desde la última vez, ella lo acogió gustosa, consciente de lo mucho que lo había echado de menos. Mientras arremetía dentro de ella, le abarcaba los pechos con las manos.

Bella percibió cómo se intensificaba el ímpetu de sus envites y supo que estaba cerca, hecho que también acogió con alegría, porque ella volvía a estar a punto de estallar de nuevo, por las profundas acometidas de su polla en su interior y la presión de sus manos sobre los pezones. Sintió una fuerza colosal que le atenazaba las entrañas y alcanzó otro orgasmo, que palpitó a lo largo del miembro incansable de él. Como si procediera de otro universo, oyó vagamente su propio grito mientras él se corría a la vez.

Al final, despertaron de su ensueño, aunque fue sobre todo para que Ethan comprobara si la botella de coñac que siempre escondían en un armario todavía seguía allí. En efecto, allí estaba.

Estuvieron bebiendo y charlando hasta bien entrada la noche, mucho después de que el reflejo de la luna creciente hubiese desaparecido del agua. Al final, se encaminaron con paso tambaleante al dormitorio, extendieron sobre la cama el saco de dormir que había llevado él e hicieron el amor. Más despacio esta vez, y de forma más agri dulce tal vez; Bella acunando la cabeza de él entre las manos y él enterrando la cara en su hombro cuando llegaron al orgasmo.

A la mañana siguiente no los despertó el derroche de la luz a través de la ventana sino el ruido de la puerta principal al abrirse. Ethan corrió a ponerse los pantalones y la camisa, y Bella se metió en el baño.

Le sorprendió vagamente no sentir los efectos de la resaca. Ni tampoco pena o tristeza.

En el espejo del baño vio que tenía el pelo alborotado, los labios magullados por los besos y los ojos brillantes de placer a pesar de las ojeras. Trató de acicalarse y retocarse como pudo. No tenía ni idea de adónde había ido a parar su sujetador, pero en ese momento no podía hacer nada al respecto. Tendría que conformarse con la camisa y la falda.

Salió del baño y se topó con Jane, la agente inmobiliaria, con un ramo de flores recién cortadas y una mezcla para hacer pan en la mano (el olor a pan era un señuelo irresistible para los compradores). Ethan, por su parte, escondía el sujetador de Bella a su espalda.

Bendito Ethan.

—¡Bella! —El asombro de Jane era más que evidente—. Tú también estás aquí.

Bella la saludó apenas con la mano.

—Buenos días, Jane.

—Bueno. —La voz de Jane se hizo más brusca al tiempo que se ponía en su papel de profesional—. Vamos a tener que limpiar un poco todo esto antes de que empiece la jornada de puertas abiertas. Ya hay una cola de coches al final del camino. Voy a poner el pan en el horno. Hay que ahuecar los cojines del sofá, y esa vela...

—Te agradecemos mucho todo lo que has hecho por nosotros —dijo Ethan—, pero lo hemos reconsiderado y hemos decidido no vender.

—¿Hemos? —preguntó Bella. El corazón le dio un brinco al tiempo que se le encogía el estómago en una confusa maraña de emociones.

—No estoy preparado para vender la casa —dijo Ethan, cogiéndola de la mano—. Significaría vender todos los recuerdos que tenemos aquí. Creo que tenemos la oportunidad de fabricar más recuerdos juntos..., si estás dispuesta a intentarlo, claro.

—No va a ser fácil —dijo Bella con cautela—. Tenemos mucho trabajo que hacer. Resolver nuestros problemas de comunicación y todo eso.

Ethan la estrechó entre sus brazos.

—Me he dado cuenta de algo. Todas las veces que hemos venido aquí, nunca hemos tenido problemas para hablar. Hemos sido capaces de dejar atrás nuestros problemas; este siempre ha sido un lugar en el que no importaba nada más que nosotros.

Bella inspiró hondo.

—Quita el cartel de SE VENDE y cancela las visitas —le dijo a Jane. Pero era a Ethan a quien estaba mirando cuando dijo—: Esto ya no está en venta.

ÉCHALE LA CULPA A FACEBOOK Kate Dominic

Me alisé la parte delantera del vestido de seda rojo y miré por los gigantescos ventanales de cristal de mi habitación, en la duodécima planta del hotel. Abajo, los barcos pasaban deslizándose por el puerto deportivo. Había jurado que nunca más volvería a San Diego, y sin embargo allí estaba otra vez, tan sola como si me hallara en mitad de la inmensidad azul del Pacífico que me miraba desde el otro lado del rompeolas.

Maldita sea, estaba muy nerviosa. Pese a los posts diarios en facebook, los SMS, los e-mails y, últimamente, las llamadas telefónicas, habían pasado veinte años desde la última vez que había visto a Eric. Yo había cambiado. No me cabía duda de que él había cambiado. El Wonderbra que mi hija universitaria había insistido en que me comprara me resaltaba una delantera que ni siquiera sabía que tenía. Todo era diferente. Y Dios, ¿desde cuándo Melissa se había hecho tan mayor como para darme consejos sobre citas amorosas?

No es que yo hubiese sido muy aficionada a salir, aunque ella tampoco se acordaría, desde luego. Además, yo siempre había considerado que mi mejor baza eran mis piernas. Llevaba medias de seda un tono más oscuro que mi tenue bronceado veraniego y tacones de quince centímetros. Mis curvas ya no eran tan pronunciadas, pero seguía bailando horas y horas de aeróbic cada semana y me mantenía en forma.

Al padre de Melissa le encantaba verme atravesar la habitación desfilando sobre mis tacones, con unas medias baratas, un top ceñido sin sujetador y una minifalda sorprendentemente corta que estaba pidiendo a gritos ser arrancada. A Jerry le estimulaba sobre todo lo que le entraba por los ojos y disfrutaba quitándome la ropa a lo bruto. Nuestra vida juntos había sido un arrebató tras otro de tórrida lujuria y urgencia juvenil. Qué coño... a lo mejor es que simplemente éramos jóvenes. Había sido hacía tanto tiempo que a veces los detalles se volvían borrosos.

Hay cosas que nunca olvidaré. Después del funeral de Jerry corté deliberadamente toda comunicación y contacto con sus compañeros de Operaciones Especiales. Cortar mis lazos con sus esposas y novias había sido más difícil, pero lo hice. Habíamos sido como una familia unida por una historia que ni siquiera era posible empezar a contar a quienes no hubiesen pasado por lo mismo. Aunque no se nos permitía hablar de casi nada. Había días en que hasta me preguntaba si nuestras listas de la compra no acabarían formando parte también de la información clasificada.

Cuando los hombres estaban fuera, nos ayudábamos entre nosotras a hacer frente a las náuseas matinales y los cólicos infantiles, a las reparaciones de nuestros destartados coches y a las horas de guardería, que nunca permanecían abiertas hasta lo bastante tarde, y siempre, siempre, a lidiar con la soledad descarnada y el miedo. Formaba parte de una

panda de hermanas que comprendían la necesidad ocasional e inmediata de hacer de canguro una noche en que los chicos estaban en casa y uno de ellos le ponía las manos en las caderas a su mujer o a su novia, la miraba a los ojos y compartían una mirada que dejaba claro que esos dos no iban a salir a tomar aire hasta la mañana siguiente.

Dios, qué jóvenes éramos todos entonces... Tan ingenuos, tan seguros de ser inmortales.

Ocho meses después de que Sadam invadiera Kuwait, terminó la rápida y feroz primera guerra del Golfo. Jerry estaba muerto, yo tenía que dejar el complejo de la base militar, viuda y con dos niños pequeños, y los compañeros regresaban. Eric vino directamente a casa, con el pelo todavía mojado después de la ducha. Me abrazó con fuerza y su murmullo en voz baja —«Lo siento, lo siento mucho»— vibró en mis oídos una y otra vez.

Yo me aferré a él, inhalando el olor de su cuerpo fuerte y cálido, y supe al instante que, si bien sobreviviría a la pérdida de Jerry, no podría soportar otra pérdida como esa. La comunidad de Operaciones Especiales es muy reducida y vive aislada en sí misma, y las mujeres que han formado parte de ella conocen perfectamente cómo funciona. Al final, Eric u otros como él vendrían a visitarme a mi piso de civil, querrían que volviese a formar parte de su mundo. Aguardarían pacientemente hasta que estuviese lista para reunirme con ellos.

Yo sabía que nunca estaría lista. Metí las maletas en el coche y me llevé a los niños y al perro a mi ciudad natal, en Minnesota, me saqué un título en empresariales y me centré en mi carrera y en la maternidad. Y nunca volví la vista atrás. Corté todos los lazos con el pasado de forma tan radical que la única persona con la que mantuve el contacto fue con mi mejor amiga, Janelle, y ni siquiera eso fue por elección propia. Simplemente, ella se negó a aceptar mi silencio, y además tenía la dirección de mis padres. El año en que Melissa entró en el instituto, empecé a felicitarle por su cumpleaños y por Navidad. Al final, después de un conmovedor reencuentro por teléfono, Janelle y yo empezamos a llamarnos regularmente.

Para entonces, las dos usábamos ya el correo electrónico, así que también nos escribíamos. Rara vez hablábamos de su marido, Chris, y por un acuerdo tácito ella nunca nombraba a nadie del pasado. Hablábamos de nuestro trabajo, de los niños y de los libros que estábamos leyendo.

El año pasado, de golpe y porrazo, después de años de cómoda correspondencia, me envió una solicitud de amistad en facebook. En el momento en que me di cuenta de qué tipo de lista de «amigos» era, supe que mis días de tranquilo aislamiento estaban contados.

«¡Oh, cariño! ¡Te he echado tanto de menos...! Por favor, ¿puedo ser tu amiga en FB?» Esto la mujer que había cuidado a mi hijo cuando me puse de parto y di a luz a Melissa.

«¡Eh, guapísima! ¡Me alegro de verte!» Esto Chris, el marido de Janelle, el mismo que había ayudado a Jerry a reconstruir motocicletas y que más tarde se había encargado de traer los restos mortales a casa, aunque de eso no me enteré hasta que Melissa ya estaba en secundaria.

Saludos y bienvenidas. Tantos amigos, tanta aceptación serena... Y algunas ausencias notables. No pregunté por ellas. A los chicos les iban las emociones fuertes, eran adictos a la adrenalina y varios de ellos tenían planeado seguir la carrera militar. Había habido tantos conflictos bélicos en los años anteriores... No quería saberlo. A pesar de los reencuentros en línea, me dije que iba a seguir concentrándome solo en el presente. Para dejarlo bien claro, usé una imagen real para mi perfil; luego descubrí, para mi sorpresa, que muchos otros habían hecho lo mismo. Comprendí entonces, perpleja, que en ese momento su vida se lo permitía, que ellos también habían pasado página y seguido adelante.

Eric tenía un personaje de dibujos animados para la foto de su perfil.

«Te echo de menos.»

Su solicitud de amistad me pilló desprevenida; sin embargo, al pensarlo ahora, lo cierto era que medio lo esperaba. Cuando hice clic en ACEPTAR fue como si oyera el sonido de su cálida voz. Siempre habíamos mantenido una buena amistad, y si era sincera conmigo misma tenía que admitir que estaba de muy buen ver: alto y delgado, rizos rubio oscuro y ojos azules y vivarachos. Casi siempre estaba riendo, no entendía el concepto de «sutil» y tenía un culo tan perfecto que daban ganas de pellizcárselo. No es que yo se lo hubiese pellizcado alguna vez, pero seguro que Janelle y las otras chicas sí. Un par de veces, estando enfadada con Jerry, me pregunté qué pasaría si yo no estuviera casada y si Eric no tuviese esa constante colección de novias. Aunque, qué diablos... Mis fantasías nunca habían ido más allá de simples e inocentes ensoñaciones diurnas.

Me pregunté qué aspecto tendría Eric. De compartir actualizaciones de estado pasamos a los mensajes privados. Me sorprendió leer que no se hubiera casado. Él ya sabía por Janelle que yo no estaba con nadie, pero me dijo que le extrañaba que mis citas ocasionales no hubiesen dado lugar a nada serio.

«Los niños todavía estaban en casa.» Sentí que me ruborizaba a medida que tecleaba. «No quería dar mal ejemplo pasando toda la noche fuera con alguien que ellos sabían que no me entusiasmaba.»

Me pareció estar oyéndolo reírse por lo bajo, lo veía alzar las cejas mientras miraba con gesto travieso la pantalla del ordenador.

«¿Y los niños siguen contigo en casa?»

Eric sabía perfectamente que no. Mantenía conmigo la actitud desenfadada y relajada de siempre, propia de una simple pero sana amistad. Sin embargo, las esporádicas indirectas en clave de humor en sus actualizaciones de estado y los comentarios respetuosos pero contundentes en sus mensajes privados dejaron claro que era tan consciente como yo de que la atracción que hervía a fuego lento entre nosotros se estaba convirtiendo poco a poco en una potente llamarada.

«Brasas —pensé, sorprendida ante mi tonto romanticismo—. Brasas, avivadas por cada palabra que nos susurramos el uno al otro.» Él me estaba tirando los tejos por internet y a mí me sorprendió descubrir que me gustaba. Sin embargo, unos meses más tarde, cuando me enteré de que iban a enviarme inesperadamente a San Diego por negocios, supe que tenía que tomar algunas decisiones difíciles, decisiones para las que no estaba

segura de estar preparada. San Diego era la realidad, no internet.

El muy cabrón me envió rosas. ¡Rosas, maldita sea! Una docena de rosas rojas de tallo largo, tan fragantes que su perfume inundaba todo el salón. El mensaje de la tarjeta era sencillo; letra negra y pulcra sobre el blanco inmaculado del cartón: «Vístete de rojo para mí. Eric».

—No es justo —susurré mientras las lágrimas me surcaban el rostro.

No tenía ni idea de cómo sabía él lo del viaje. Sin duda, pensé con rabia, estaba relacionado con el tipo de trabajo que tenía ahora y que lo obligaba a mantener una caricatura en la foto de su perfil. Pero para entonces, en el fondo de mi corazón, yo sabía que eso ya no me importaba. Reservé el vuelo y una habitación en uno de los hoteles que se hallan junto al puerto deportivo. Luego salí a comprarme un vestido y unos zapatos, y también un conjunto de ropa interior que me hiciera sentirme sexy aunque no llegara a enseñárselo. Me dije que ese era un pedazo de realidad para el que todavía no estaba preparada. Dependía de mí. Sin embargo, fui a la peluquería, me compré un perfume nuevo y..., ay, Dios..., un paquete de condones. Y cuando llegó la hora de preparar el equipaje, metí una de sus malditas rosas en la maleta y me dirigí al aeropuerto.

«¿Ya está ahí?» Melissa me envió un SMS mientras me retocaba con el pintalabios por última vez.

«Ahora mismo voy a bajar al vestíbulo.»

Hice una pausa y añadí: «Voy a poner el móvil en silencio, señorita Metomentodo. Esta noche quiero un poco de INTIMIDAD».

«Resignada pero contenta por ti. No te lo pienses, mamá. ¡Te quiero!»

«Yo también te quiero. Buenas noches.»

Puse el móvil en silencio y me lo guardé en el bolso de mano. Luego inspiré profundamente, dejé la rosa encima de la cama y me dirigí al ascensor.

En cuanto se abrieron las puertas del vestíbulo, lo vi. Eric estaba de pie frente al ascensor, apoyado despreocupadamente contra la pared, en el lugar exacto donde esperaba que estuviera. Desde ese punto podía ver, tranquila y discretamente, a cualquiera que saliera o entrara, y todo lo que sucedía en la sala y al otro lado de las puertas cristaleras. O le costaba desprenderse de los viejos hábitos o seguía trabajando en el mismo campo.

Él también me había visto. Sonrió al incorporarse y avanzar hacia mí. Todavía era un hombre esbelto, y sus músculos aún se movían con la misma fuerza serena bajo el oscuro traje de lino. Tenía menos pelo, y aunque lo llevaba muy corto, no era el corte militar de antaño. Una camisa azul celeste le resaltaba el color de los ojos; las patas de gallo le arrugaban las comisuras de los ojos. Ah, y su sonrisa... Cuánto había echado de menos su sonrisa...

Me reuní con él a medio camino y extendí las manos para tomar las suyas, pero cuando él me abrazó, sentí que de algún modo eso era precisamente lo más natural. Me deslicé entre sus brazos como si nunca me hubiera alejado de su lado, y nos quedamos allí abrazados en mitad del vestíbulo, las lágrimas resbalándome por la cara mientras nos aferrábamos el uno al otro.

—Oh, querida, cómo te he echado de menos... Cuánto me alegro de verte de nuevo.

Le temblaba la voz, y yo sonreí al calor de su pecho.

—Yo también te he echado de menos. —Me reí con timidez—. Menos mal que no llevo rímel, porque te habría dejado la camisa hecha un asco.

Él inspiró hondo y yo abrí la boca..., casi estaba oyendo las palabras entre nosotros: «Entonces esa camisa habría tenido que ir fuera».

Sin embargo, ninguno de los dos habló. En vez de eso, me llevó a un rincón tranquilo donde pude secarme los ojos y sonarme la nariz. Intenté excusarme e ir al lavabo de señoras a echarme un poco de agua fría en la cara, pero Eric negó con la cabeza y me recorrió la mejilla con los nudillos.

—Estás muy guapa tal como estás. No quiero desperdiciar ni un minuto más sin ti. —Señaló con la cabeza hacia la puerta—. Tengo el coche fuera. Vamos a cenar.

Me tendió la mano. Me miró a los ojos y no apartó la mirada. En ese momento supe que yo ya había tomado la decisión. Enderecé la espalda, le di la mano y nos fuimos.

El restaurante estaba a escasas manzanas, en el mismo paseo marítimo. El sol se estaba poniendo. Unas luces destellaban en los barcos que se deslizaban lentamente por delante de los enormes ventanales del restaurante. «Por recomendación de una amiga», Eric eligió pez espada, un delicado plato de pasta, verduras de la casa cocinadas al vapor y un vino blanco ligero. Cada uno tomamos una copa y spumoni de postre.

Yo era consciente de que la cena estaba deliciosa, pero tenía puesta toda mi atención en la voz hipnotizante del hombre cuya ausencia —me estaba dando cuenta— había sido un vacío en mi vida durante casi veinte años. Cada risa, cada roce de su dedo sobre el dorso de mi mano o a lo largo de la palma era como un bálsamo que se filtraba dentro de mí y llenaba los vacíos de mi interior con color, con sonido e incluso con los aromas de las muestras de aperitivo que me ofrecía en su tenedor. Dios, cuánto lo había echado de menos...

Pasamos varias horas y dos jarras de café rellenando los detalles tridimensionales que la comunicación en línea nunca podría completar del todo. No importaba el tema del que estuviésemos hablando, mis pensamientos siempre regresaban a los fascinantes ojos azules del hombre que estaba a mi lado. Caí en la cuenta de que cada post, cada actualización de estado y cada mensaje privado habían sido una especie de preliminares para nosotros.

En ese momento, cada caricia, cada sonrisa y cada susurro nos situaban un paso más cerca de la intimidad compartida. Sentí un hormigueo en el coño, y tenía los pezones tan duros que esperaba que Eric se diera cuenta. Más de una vez su mano se deslizó debajo de la mesa. Imaginé que la gruesa e imponente erección que alguna vez había visto llenarle los vaqueros en ese momento estaba tensándole la tela de lino oscuro de su elegante traje azul. Pensar que se estaba empalmando por mí aún me puso más caliente y nerviosa.

—¡Caramba! ¡Si hasta las pastillas de menta están buenas! —Reí para pensar en otra cosa mientras él me introducía uno de aquellos cuadraditos rosa en la boca.

Me miró arqueando las cejas.

—Janelle estará encantada de saber que te ha gustado su «restaurante de lujo» favorito.

Ladeé la cabeza y pasé el dedo por el costado de la mano que me acunaba la cara.

—Ella sabía que me ibas a traer aquí —dije en voz baja.

No apartó sus ojos de los míos.

—Sí. Le dije que quería llevarte a un sitio especial, a un lugar en el que no hubiésemos estado nunca.

Eric siempre había sido muy directo. Nada de medias tintas. Nada de andarse con rodeos. Asentí con la cabeza y lo besé en el lugar que acababa de tocar con el dedo.

—Gracias.

El camarero se acercó con más café, pero Eric se limitó a seguir mirándome.

—¿Te gustaría quemar parte de toda esa cafeína bailando?

Había todo un mundo de significado en sus ojos, para nada sutil, pero tampoco en exceso insistente. Una pregunta, excitación y paciencia. Una paciencia infinita que tal vez estaba a punto de transformarse en otra cosa.

Respiré hondo, negué con la cabeza y luego le solté la mano.

—No. Quiero volver al hotel. Contigo.

No dejó de mirarme a los ojos ni un solo segundo mientras sacaba la cartera y le daba al camarero un fajo de billetes. Eric me guió afuera; apoyó la mano en el hueco de mi espalda mientras esperábamos a que el asistente nos trajera el coche. La música procedente de la pista de baile estaba lo bastante alta para servir de excusa para no hablar. Me pregunté si eso no sería lo mejor. Me estaba poniendo muy, muy nerviosa. Las palmas de las manos no eran la única parte del cuerpo que tenía completamente húmeda.

Sin embargo, apenas habíamos salido del aparcamiento cuando Eric paró en el arcén. Se volvió hacia mí y pasó el brazo por el respaldo del asiento al tiempo que me miraba directamente a los ojos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó en voz baja—. Llevo años esperándote. Puedo esperar más tiempo si es eso lo que necesitas.

Por un momento me pregunté si había cambiado de opinión. Pasar horas chateando por internet no era lo mismo que estar juntos en persona. Sin embargo, le temblaba la mano, solo un poco, y su voz no era del todo firme. Por lo visto, yo no era la única que estaba hecha un manojo de nervios.

Me humedecí los labios y me recosté contra la puerta, dejando que mi Wonderbra ejerciera su magia en mi escote mientras estiraba la pierna lo suficiente para abrir los muslos bajo la ceñida seda de mi falda. Estaba tan mojada que casi esperé que pudiera olerme.

—¿No me deseas?

Se le dilataron las pupilas y se le ensancharon las aletas de la nariz mientras su

mirada se posaba rápidamente en mis pechos, se demoraba allí, y luego se deslizaba hacia abajo por mi cuerpo y de nuevo hacia arriba. Echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—¡Madre mía! Te deseo tanto que estoy a punto de correrme en los pantalones. —Su voz sonó ronca en la quietud del coche—. ¿Me deseas tú?

Sí. La respuesta era sí. Le sostuve la mirada y en ese preciso instante supe que iba a enseñarle mi ropa interior.

—Llevo un tanga. Por si acaso. —No pude evitar ruborizarme—. Aunque no esperaba que fueses a enterarte de eso.

Él cerró los ojos y lanzó un gemido, con los nudillos blancos mientras inspiraba hondo. Cuando me miró al fin, los ojos le ardían. Me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Después de todo este tiempo, sería muy embarazoso que nos corriéramos antes de quitarnos la ropa.

—¡Venga, conduce! —Me reí.

Él condujo.

Me vibró el móvil. Melissa. Lo apagué. A Eric le vibró el móvil. Lo sacó e hizo una mueca mientras lo deslizaba de sus dedos a mi asiento.

—¿Quieres apagar ese puto cacharro, por favor?

Miré el identificador de llamadas mientras presionaba el botón.

—¿J. C. Casa?

—Janelle y Chris. Y seguro que es Janelle. ¡A Chris no se le ocurriría llamarme ahora!

Me puse a reír como una colegiala.

—¿Es que se ha enterado todo el mundo de que teníamos una cita esta noche?

—¡Sí, maldita sea! —Me miró y los dos nos pusimos serios al mismo tiempo—. Lo siento si eso te molesta. ¡Dios, espero que no te moleste! Hace tanto que estoy enamorado de ti... Me siento como un adolescente torpe que no hace más que tartamudear.

Volvió a respirar hondo y dejó escapar el aire lentamente cuando se dio cuenta de lo que había dicho.

—Mierda. No pretendía decirte eso todavía. Me refiero a lo de que te quiero..., pero es la pura verdad, maldita sea, y no pienso retirarlo. Te quiero. Quiero casarme contigo. ¡Y estoy convirtiendo esta conversación en un puto desastre! —Golpeó el volante con la mano—. ¡Joder!

Estábamos llegando al hotel. Eric dobló hacia el aparcamiento. Le apoyé la mano en el brazo y le dije:

—Déjaselo al aparcacoches. Ya.

Dio un volantazo a la izquierda y se dirigió a la entrada circular frente a la puerta principal. Me quité el cinturón de seguridad, apoyé la mano en su muslo y me incliné

sobre él hasta colocar los labios justo encima de los suyos.

—Yo también te quiero. Sí, me casaré contigo. Estoy como una puta cabra, pero es la pura verdad, y tengo un miedo que me muero. Llévame arriba y hazme el amor hasta que se me quite el miedo.

Me dejé caer de nuevo en el asiento, temblando como una hoja. Si tenía un aspecto parecido al de él, el aparcacoches estaba presenciando un ejemplo muy gráfico y realista de lo que significaba la expresión «un par de conejillos asustados».

—Está bien —dijo Eric con voz entrecortada, y trató de salir del coche sin desabrocharse el cinturón de seguridad.

No recuerdo cómo llegamos al ascensor. Ya estaba en sus brazos cuando se cerraron las puertas, con las lenguas enredadas en besos con sabor a café y menta mientras él hincaba su erección en mi vientre.

—Hay cámaras de seguridad... —jadeó cuando se detuvo a tomar aire.

Lo envolví con mi pierna, la seda húmeda del vestido me rozaba el coño.

—No me importa. —Y continuamos besándonos.

Sonó la campanilla del ascensor y él me soltó, jadeando mientras se abrían las puertas. Me llevó por el pasillo vacío y me aplastó contra la pared y deslizó la tarjeta a través de la ranura. De repente, metió la mano por la parte de atrás de su chaqueta y la culata de una pistola asomó en su cintura.

—Espera aquí. —Entró rápidamente, inspeccionó la habitación, comprobó el cuarto de baño y miró debajo de la cama; luego tiró de mí para que entrara con él. Cerró de un portazo y echó todos los cerrojos.

—¿Se puede saber en qué diablos trabajas? —le pregunté. Me sorprendió darme cuenta de que en realidad no me importaba. Solo sentía curiosidad.

—FBI, quince años —gruñó. Se arrancó la chaqueta y la arrojó sobre la mesita de noche. Se desprendió de la pistolera, comprobó el seguro de la pistola y la arrojó sobre su chaqueta—. ¿Podrás vivir con eso?

—Es mejor que hacer saltar cosas por los aires en el desierto —contesté con un suspiro—. Pero será algo que me tendrá preocupada. ¿Podrás vivir con eso?

—Sí. Últimamente no hago mucho trabajo de campo. Te contaré lo que pueda cuando pueda. Es mucho más de lo que podíamos hacer en aquel entonces.

Eric estaba mirando por la ventana, todavía respiraba pesadamente, con mirada calculadora. Apartó una silla de respaldo recto de la mesa y la colocó delante de la ventana. No tengo ni idea de dónde había salido el condón, pero había uno en el asiento de la silla. Encendió una luz tenue delante de la ventana y extendió la mano hacia mí.

—Esta primera vez quiero verte. Verte de verdad. ¿Te parece bien?

Asentí con la cabeza y traté de alcanzar la cremallera lateral de mi vestido.

—Déjalo.

Arqueé una ceja, pero dejé la cremallera cerrada y me acerqué para cogerlo de las manos. El resplandor de la luz convertía las puertas de cristal de la terraza prácticamente en espejos, reflejando la habitación y al mismo tiempo dejando entrar las luces parpadeantes del paseo marítimo, abajo. Eric deslizó sus dedos por mis brazos y un momento después estaba sosteniéndome la cabeza y besándome con besos cada vez más hambrientos, tímidos todavía pero con una desesperación inminente que me hizo precipitarme a recorrerle con la lengua la parte interna de los labios. Cuando succioné su lengua, lanzó un gemido y apretó su polla enhiesta con tanta fuerza contra mí que sentí que el flujo me chorreaba por el muslo.

—Bájame los pantalones —gruñó; deslizó una mano para acariciarme un pecho.

Mientras le bajaba la cremallera, se abrió el lateral de mi vestido. Apretaba la mano contra mi piel desnuda, acariciando una estela de fuego. Su cinturón cayó al suelo con un ruido metálico y acogí en mis manos la desnudez de su cadera. No llevaba ropa interior. No esperaba que llevara.

—No puedo esperar más —gruñó pegado a mis labios.

—Ahora —jadeé—. ¡Date prisa! —Cogí el condón y corrí a ponérselo en la mano.

—Ya lo hago yo. Si me tocas, me corro.

Acabó de quitarse los pantalones y se enfundó el preservativo, interrumpiendo el beso de nuevo para situarse detrás de mí. Se sentó y tiró de mí para que me sentara a horcajadas sobre él, con la espalda contra su pecho, los muslos completamente separados sobre los suyos, la raja abierta de mis bragas a la vista. Mi falda se interpuso entre los dos cuando me bajó hasta su regazo.

—Tenemos un problema. —Me reí entrecortadamente, sin aliento.

—No es ningún problema —repuso, jadeante.

La seda de la falda me rozó los labios del coño mientras él me ensartaba con el asta en llamas de su erección. Lanzó un fuerte y prolongado gemido. Cerré los ojos y disfruté de la sensación: me bajaba la parte de arriba del vestido, me liberaba los pechos de su aprisionamiento para que descansaran sobre el puñetero Wonderbra, mientras el aire fresco se aliaba con sus dedos expertos para transformar mis pezones en sendos picos duros como piedras.

—Mira a la ventana.

Oh, Dios santo... Nuestros reflejos alargados nos contemplaban desde el cristal. Con la cabeza apoyada en el hombro de Eric, su cara visible junto a la mía, tenía el torso arqueado hacia delante para dejar a la vista mis pechos desnudos y cómo jugaba con mis pezones. Me sostuve sobre los tacones mientras él, con la otra mano, me subía la falda muy despacio, por encima de los muslos, por encima de las medias. Más arriba aún.

—Dios... —Su mano tembló cuando me subió la seda rojo brillante más allá del triángulo perfecto de vello, recubierto por el entramado de encaje, que custodiaba mis labios. Sus dedos extendieron el encaje empapado, se deslizaron entre los pliegues viscosos e hinchados y se introdujeron en la hendidura brillante de color rosa oscuro para llegar a lo más hondo de mi coño—. Tengo que follarte. ¡Ahora! ¡Te necesito ahora

mismo! Levántate.

Lo hice, y me quité el vestido por abajo. Eric se apoyó sobre una mano, me cogió de la cintura con la otra, y me guió con delicadeza hacia abajo, sobre su mástil.

—¡Joder! —gruñó.

Ardiente. Duro. Me llenó entera. Su grueso miembro me distendía llenándome como nadie me había llenado durante mucho tiempo, como hacía tanto que necesitaba ser llenada. Maullando de placer, extendí las manos sobre su cabeza y le agarré del pelo mientras él bamboleaba las caderas debajo de mí.

—Me corro... —jadeó, arqueando el cuerpo, hundiendo la polla aún más adentro mientras me envolvía con los brazos—. ¡Mierda! ¡Me estoy corriendo! —Me separó los labios con una mano mientras con un dedo de la otra me frotaba el clítoris trazando los círculos más gozosos e intensos de toda mi vida. Grité cuando alcancé el orgasmo, tensando los músculos vaginales y constriñéndolo a él con gloriosos espasmos rítmicos de puro éxtasis mientras él rugía y me embestía a su vez. Mis secreciones le chorrearon en la mano y volví a gritar, atenazándolo con ferocidad mientras él arremetía con su polla más adentro, más duro, en lo más profundo de mí.

Y seguía empalmado. Me tembló todo el cuerpo cuando él me acarició con los dedos y me alzó de nuevo.

—Otra vez —gruñó—. Menea las caderas contra mí.

Y así lo hice, estremeciéndome mientras su polla empujaba hacia atrás y hacia delante dentro de mí, con fuerza, en lo más hondo, en lugares que eran orgasmos a la espera de hacerse realidad.

—Quiero correrme otra vez —jadeé, restregándome con ímpetu contra él.

—Y te correrás, cielo —se rió—, tantas veces como quieras. —Desplazó las manos hasta mis pezones, envolviéndolos y apretando las puntas erectas entre el pulgar y el índice—. Usa esas piernas, tan fuertes y bonitas, para alzarte sobre esos preciosos tacones, solo un poco. —Se estremeció cuando me levanté—. No mucho. Así. Lo suficiente para que los dos sintamos cómo ese delicioso coñito caliente tuyo me cabalga la polla.

Qué gusto... Oh, Dios, ¡qué gusto!

—Po-ponme los de-dedos en el cli-clíto... —jadeé, apretando los músculos vaginales alrededor de él, apretando al bajar y apretando otra vez al subir de nuevo.

—Enseguida, cielo. —Su voz era un gruñido grave y sexy que hacía que el coño se me derritiera más aún—. Te tocaré otra vez cuando tu coño esté listo. Cuando tengas el clítoris tan sensible que grites con solo rozártelo.

Y cumplió su palabra. Me subió y me bajó sobre su polla, follándome desde abajo mientras jugueteaba con mis pezones, haciendo que todos esos rincones especiales en mi interior se me sensibilizasen de tal manera que casi habría podido correrme solo con eso.

—Por favor —le imploré—. Por favor... ¡ahora!

Tiró de mí hacia abajo, sobre su polla, bamboleando las caderas y separándome los labios del coño con una mano.

—Mira a la ventana —dijo con un gruñido—. Míranos.

Y entonces me tocó el clítoris. Grité mientras el orgasmo reverberaba por todo mi cuerpo y volví a aullar una y otra vez mientras él seguía trazando círculos con el dedo, con los ojos clavados en los suyos, gritando y embistiéndome con tanta fuerza que la silla se sacudía contra el suelo.

—Te quiero —jadeó mientras yo temblaba en sus brazos—. Para siempre, cariño. Soy tuyo.

—Yo ta-también te-te quiero. —Me costaba hablar. No conseguía dejar de temblar. La polla de Eric se contrajo en mi interior. Me estremecí y me corrí otra vez. Y otra vez.

Cuando al fin dejé de temblar, cuando mi coño finalmente dejó de contraerse en un espasmo tras otro, Eric quiso que nos pusiéramos de pie y me tomó en brazos. Me desnudó por completo y me llevó a la cama. Luego me pasó la rosa por los pezones y me lamió el coño hasta que ya no pude soportarlo más. Me quedé dormida en sus brazos, y cuando nos despertamos, lo tomé en mi boca y lo amé con los labios, con la lengua y la garganta hasta que se quedó tan exhausto y consumido como yo.

Hicimos el amor toda la noche. Y a la mañana siguiente, llamamos a Melissa y a Janelle y les dijimos que estábamos prometidos. Todo el mundo se enteró a través de sus actualizaciones de estado de facebook, ya que Eric y yo nos tomamos el resto de la semana libre, apagamos nuestros ordenadores y nuestros móviles, pasamos la mayor parte de ese tiempo en la cama y llegamos a conocernos de nuevo, desde luego que sí.

Nos casaremos el año que viene, después de que lo trasladen a la oficina de Minneapolis. Utilizaremos las invitaciones de boda tradicional y, por iniciativa de Melissa, los que son incapaces de separarse del ordenador podrán responder a la invitación a través de facebook, porque —y que Dios me ayude—, vamos a invitar a todo el mundo.

Incluso tendremos una noche de bodas más o menos tradicional, aunque eso solo lo sabemos Eric y yo. Cuando nos fuimos del hotel al término de nuestras minivacaciones improvisadas, Eric se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Has probado alguna vez el sexo anal?

Supo la respuesta por el rubor de mi rostro antes de que acertara a balbucear:

—Mmm... no.

—Yo tampoco. —Sonrió—. ¿Y si nos reservamos eso para nuestra noche de bodas? Sé de algunas cosas muy interesantes que podemos hacer hasta entonces, mientras nos prepararnos para eso.

Le miré el culo con gesto elocuente.

—De acuerdo.

Él puso los ojos en blanco y se sonrojó un poco, pero luego se echó a reír y se encogió de hombros.

—Está bien. Para los dos. Podemos comprar algunos juguetes... Qué narices, te enviaré un mensaje de facebook.

No tenía ninguna duda de que lo haría. Me moría de ganas de ver la indirecta que solo yo podría captar en sus actualizaciones de estado.

AMOR LIBRE Craig J. Sorensen

Sarah podría haber ido a lo seguro y comprarse un Volkswagen escarabajo. Barato, fácil de reparar y los había por todas partes.

Sin embargo, había algo especial en el morro alargado de aquel deportivo MG-TC de 1948 de color rojo brillante. Aun así, el ruido que salía del motor del coche de veinte años mientras bajaba por las Sierras le anunció que no parecía muy dispuesto a hacer el viaje de vuelta. El motor lanzó un gruñido cuando rodó por el asfalto de un área de descanso para camiones en las proximidades de Reno. Sarah lo apagó a regañadientes y luego intentó encenderlo de nuevo, pero el ruido que emitió ponía los pelos de punta. Sí, definitivamente, estaba en las últimas.

Sarah se recogió el vestido de lunares de color añil a la altura de las rodillas y se deslizó a través de la diminuta portezuela de la derecha. Abrió el capó y la columna de humo negro salió serpenteando como una cobra y se elevó hacia el cielo como si bailara. Sarah puso la mano izquierda en forma de pistola, apuntó con ella al motor y se tapó los ojos como si llevara una venda.

—Adiós, viejo amigo. —Acto seguido, imitó el sonido de un disparo.

Los compases del toque de silencio. Un hombre de pectorales amplios y tripa incipiente se acercó, hizo el saludo militar y entonó un convincente sonido de corneta. Sarah se llevó la mano al pecho y terminó su conmovedora interpretación con un vibrato suave.

—Dígame que sabe algo de coches...

—De coches sí. De estos cacharros, no.

—¿No le gusta esta preciosidad?

—Oh, sí, es muy bonito. —El hombre miró en el interior del compartimento del motor y luego olisqueó el aire—. Has hecho bien en hacer que deje de sufrir.

—Así soy yo, solidaria de verdad.

—No todas las mujeres son tan prácticas. —Tenía rostro aguileño y nariz ganchuda. Unos ojos brillantes y traviosos brillaban bajo las lámparas de vapor de mercurio que iluminaban el aparcamiento—. ¿Puedo invitarte a desayunar?

—Puedo pagarme el desayuno.

—Muy bien. —Dio media vuelta y echó a andar.

—¿La comida aquí está bien? —Ella se apresuró a seguirlo con pasos rápidos para cubrir la distancia que sus largas y vigorosas zancadas habían interpuesto entre ambos.

—¿Nunca has oído eso de que donde mejor se come es donde comen los camioneros?

—Señaló la larga hilera de camiones.

—Creo que sí. —Sarah lo alcanzó—. Puedo pagarme mi desayuno, pero eso no quiere decir que quiera comer sola. —Lo curioso era que nunca le había molestado comer sola.

Él le aguantó la puerta abierta. Ella le indicó con un gesto que entrara y él se encogió de hombros y entró primero.

—Me llamo Sarah. —Le tendió la mano derecha mientras se sentaban el uno frente al otro en los asientos de brillante cuero rojo del reservado.

—Dave. —Él le estrechó la mano con delicadeza. Los bordes de sus callos parecían tiras de papel de lija alrededor de una palma suave. La mano de él engulló la suya y Sarah se sintió obligada a apretársela con fuerza—. A eso lo llamo un buen apretón de manos, pequeña —señaló, sacudiéndose la gruesa manaza—. Bueno, ¿y siempre te pones en marcha tan temprano?

Su reacción la hizo sonreír.

—Me apetecía salir a primera hora de la mañana.

Un bigote rubio y amplio, un poco descuidado, le cubría el labio superior; tenía unas mejillas carnosas, llevaba el pelo corto y lucía un profundo hoyuelo en su ancha barbilla.

Una camarera de unos treinta y tantos años se acercó a la mesa. Era razonablemente guapa; llevaba gafas negras de ojos de gata. Tenía el tipo de la Olivia de Popeye y lo lucía con extraño gracejo.

—Vaya, vaya, vaya... Mira a quién tenemos aquí. ¿Cómo te va la vida, Dave, cariño?

Su acento suave entrañaba un cálido arrastrar de las palabras.

—No me puedo quejar, Mary Jo. ¿Y tú qué tal?

—De fábula. No te veía hace siglos.

—He estado yendo arriba y abajo por toda California. Me alegro de volver a la ruta este-oeste. La gente es mucho más maja... —Le guiñó un ojo.

Mary Jo se metió el lápiz en la melena rubio brillante, recogida en un moño lo bastante alto para que su metro sesenta y cinco de estatura pasase del metro ochenta.

—¿Quieres lo de siempre, cariño?

—Ya sabes lo que me gusta...

Mary Jo se volvió hacia Sarah.

—¿Y para tu amiga?

—Acabamos de conocernos. Una taza de café, dos huevos escalfados y tostadas. La cuenta por separado, por favor.

Mary Jo hizo estallar su globo de chicle.

—Por supuesto, guapa. —Dio media vuelta y se fue.

—Sí que desayunas ligero, pequeña. —Dave levantó la ceja.

—Es lo que me gusta desayunar. —Sarah estaba un poco a la defensiva. Miró a Mary Jo—. ¿Una vieja amiga?

—En la carretera conoces a muchas personas. Algunas son muy buena gente. —Dave clavó la mirada brevemente en la camarera.

—Vuestra amistad va más allá del jamón y los huevos.

—Si así fuese, no sería asunto tuyo, pequeña.

—Me llamo Sarah, no «pequeña».

—Bueno, no eres lo que se dice grande.

Sarah se tapó con la mano una inminente sonrisa.

—Estoy un poco rellenita.

—Tienes cuerpo de mujer.

Sarah frunció los labios.

—¿No te gusta ser mujer?

—No me importa nada ser mujer.

—¿Adónde te diriges, peq... Sarah?

—A Idaho.

—Un lugar estupendo. ¿A algún sitio en particular?

—A Nampa.

—Una ciudad preciosa. Puedo llevarte hasta Winnemucca. —Dave señaló un flamante semirremolque Peterbilt de color rojo con litera que había fuera de la cafetería.

Sarah había planeado buscar un hotel de carretera y un taller por la mañana, pero estaba sin blanca, así que iba a volver. No sería la primera vez que recurría al autoestop.

—¿Crees que mi coche tiene arreglo?

—No lo parece.

Sarah pensaba lo mismo.

—Si no te importa, voy a aceptar tu oferta.

Miró de reojo la gigantesca tortilla acompañada de patatas fritas y una tostada con mermelada de cerezas que Mary Jo depositó delante de Dave.

—Puedo pagarte. —Pinchó con el tenedor su desayuno.

Entre bocado y bocado, que engullía civilizada pero vorazmente, Dave le preguntó:

—¿Pagarme qué?

—El viaje.

—No hace falta. Voy hacia allí.

Cuando se marcharon, Dave le sujetó la puerta del pasajero de su camión para que subiera. Sarah esperó a que se apartara y entonces subió y cerró la puerta.

Dave entonó «Hey Good Lookin'» junto a Hank Williams con una voz prácticamente idéntica. Cuando terminó la canción, Sarah dio un golpecito en el salpicadero.

—Yo no tengo radio. ¿Te importa si sintonizo las emisoras locales? Para ponerme un poco al día con las noticias...

—Adelante, toda tuya. Con una dosis de Hank tengo para varios kilómetros.

Ella giró el dial todo a la derecha y todo a la izquierda un par de veces y al final se decidió por una emisora cualquiera. Empezó a sonar una canción.

—¿Qué es eso?

—«Voodoo Child», de Jimi Hendrix.

—¿Y ese sonido?

—¿Eh?

Dave interpretó los acordes iniciales de la guitarra con destreza.

Sarah sonrió.

—Es un wah.

—¿Un qué?

—Un wah. Lo empujas arriba y abajo y emite un ruido. Ya sabes, como «wah, wah»...

—Wah, wah...

—Sí. ¿Te gusta?

—No especialmente.

Sarah movió el dial, pero Dave le cogió la mano y volvió atrás. Sus gruesos dedos eran como astillas de leña, extrañamente delicados.

—Déjala.

—Pero a ti no te gusta.

—Nunca se sabe hasta que llegas al final. —Le apartó la mano de la radio como si levantara una rosa.

Después de un par de pésimos anuncios de publicidad local, en el silencio de la cabina empezó a sonar «Bluebird».

Dave asintió con la cabeza.

—Esta sí que me gusta.

—Vi a los Buffalo Springfield en San Francisco. ¡Un concierto fabuloso!

—¿Es de ahí de donde vienes?

—Sí. De las manifestaciones de protesta.

—¿Contra algo en particular?

—¿Cómo?

—La protesta. ¿Contra algo en particular? —Esbozó una sonrisa irónica. Tamborileó con los carnosos pulgares sobre el volante al ritmo de la canción.

Sarah se tapó la sonrisa.

—¿Tú qué dirías?

—Bueno, hay tantas cosas... Podría ser lo de quemar sujetadores. He oído que algunas chicas hacen eso, ¿verdad? —Las mejillas de Dave se tiñeron de un rosa tenue. A Sarah le gustó el color.

Se apretó el vestido de lunares entre sus generosos pechos.

—Con unas tetas como las mías, un sujetador no es una declaración de protesta, es una necesidad.

Dave se ruborizó más aún y luego se echó a reír.

—Está bien, ¿por qué protestabas?

—Por la guerra de Vietnam. —Silencio absoluto salvo por la canción—. Supongo que no estarás de acuerdo conmigo.

—Procuro no darle muchas vueltas.

—Pues deberías.

La señal de la radio empezó a fallar. Sarah giró el dial.

—No hay mucha cosa por aquí. —Dave hizo un movimiento con la mano para abarcar el desierto de Nevada, sumido aún en la oscuridad.

—Sí, lo odio. Es siempre lo mismo. Tan aburrido...

—No, no. Solo tienes que saber qué es lo que debes buscar. No puedes empeñarte en que a cada curva de la carretera te asalten grandes praderas verdes y montañas majestuosas. Este desierto es hermoso. Y estas carreteras rectas tan largas... Bueno, son muy estables, predecibles, siempre llevan a alguna parte, siempre vienen de algún lugar. Es un consuelo largo y hermoso. Dale un buen trago al desierto de vez en cuando, y no habrá nada que se le parezca.

—Vaya, no consigo arrancarte una palabra sobre la guerra pero podrías estar hablando sobre el desierto durante semanas...

—Es algo que me gusta, peq... —Arqueó una ceja—. Sarah.

—¿Y no te preocupa que nuestros hombres estén muriendo por nada? —dijo ella alzando la voz.

Él levantó la mano.

—Bueno, tampoco hace falta que te pongas histérica...

—¿Qué demonios has querido decir con eso?

—No he querido decir nada malo. Mira, a mí me preocupa llevar mi carga al siguiente destino. Conducir mi camión con los neumáticos en buen estado y el depósito lleno. Conseguir que no me pare la poli. Hay gente más inteligente que yo que se preocupa por esas cosas más importantes.

—Cuando hay gente muriendo sin razón, el problema es de todos, Dave.

—Bueno, entonces, de ahora en adelante pensaré en ello.

Su expresión irónica la puso de mal humor. Miró fuera, por la derecha de la cabina, hasta recomponer su propia sonrisa.

Sarah levantó un puño triunfante al encontrar una emisora de radio.

—¡Tengo una! —Johnny Cash estaba cantando «Folsom Prison Blues». Le dio una palmadita a Dave en la rodilla—. Seguro que esta sí te gusta.

Dave miró al frente y se mordió el labio.

—¿Quieres que la cambie?

—No, déjala. Sí que me gusta.

Ella se inclinó hacia él, tenía los dedos en la barbilla y una delgada sonrisa dibujada en los labios.

—¿Quieres decirme algo, Sarah?

—Te apasionan los desiertos y la música country.

—¿Apasionarme? Me gustan, simplemente.

—Y sin embargo ¿no te importa nada la guerra?

—Perdona, querida, pero lo que dije fue: «Procuro no darle muchas vueltas».

—Mi hermano está en Canadá.

Siguió una larga pausa.

—Me han dicho que es muy bonito en esta época del año.

—Es un insumiso, Dave, un desertor. Por eso está ahí.

—Ya lo había adivinado, Sarah.

—La verdad, no sé cuándo hablas en serio o en broma. —Le quitó un pelo suelto del hombro.

Él volvió la mirada un instante, el tiempo suficiente para ver el contacto de su mano.

—¿Ah, no?

La señal de radio se desvaneció. La cabina volvió a quedar en silencio, salvo por el zumbido ronco del motor diésel. El horizonte hacia el este empezaba a resplandecer.

—Si fuera un hombre y me llamaran a filas, me largaría a Canadá. ¿Qué me dices a eso? —Sarah se volvió hacia él en actitud hostil, de confrontación.

—Bueno, pues te diría: «Saluda a tu hermano de mi parte».

Sarah se tapó la boca para reírse con ganas.

—¿Por qué siempre haces eso?

—¿El qué?

—Taparte la sonrisa.

—Por nada. —Una larga pausa—. Por mis dientes.

—Tienes unos buenos dientes.

—Los de abajo están torcidos.

—Sí. Y son preciosos, ¿no te parece?

—Ahora me tomas el pelo.

—No. Para nada.

Sarah se alisó los bordes del vestido, desde la regordeta cintura hasta las rotundas caderas.

Otro largo silencio. Dave continuó hablando.

—Cuando era niño siempre estaba peleándome. Ponía a mis padres de los nervios. Un día mi madre me dijo: «¿Y ahora, Dave, por qué te estás peleando?», y yo contesté: «Bueno, mamá, es que Johnny ha dicho cosas feas de ti». Mi madre repuso: «¿Como qué?», y yo: «Como que estás gorda». «Es que estoy gorda. Serás tonto... Pelearte con alguien por decir la verdad...». Pero mi padre no me largó ningún sermón, simplemente me dio una buena zurra. Johnny me pegó, mi padre me pegó y mi madre se enfadó conmigo. —Dave asintió con la cabeza para indicar que ese era el final de su historia.

—Así que la moraleja es que hay que escoger las batallas con cuidado.

—Escucha. Al cabo de unos días, Johnny volvió a llamar gorda a mi madre. Para entonces ya lo tenía calado y fui yo el que le di una paliza, pero de las buenas. A partir de ese día, el bueno de Johnny, que hacía dos como yo, cambiaba de acera cada vez que me veía.

—No sé adónde quieres ir a parar, Dave.

—No quiero ir a parar a ninguna parte. Mis días de pelea terminaron.

Sarah analizó su lenguaje corporal, la forma en que la miraba de soslayo en el reducido espacio de la cabina.

—Me juego lo que quieras a que tú has estado en Vietnam. Seguro que ni siquiera hizo falta que te llamaran a filas.

Dave torció hacia arriba la comisura de los labios. Suavizó el tono de nuevo.

—Dime, ¿crees que fue un error ir contra Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial?

—La guerra es un error.

—Entonces, ¿deberíamos haberles dejado vía libre a Hitler y a Tojo? ¿Habernos mantenido neutrales y al margen de la guerra?

—Bueno...

—¿Y qué me dices de Corea? ¿Habría estado bien dejar que el Sur cayera?

—No sabes si habría pasado eso.

—No, y tú no sabes si no habría pasado. Supongamos que sí.

—No era nuestra lucha.

—Imagínate que tu hermano se mete en una pelea. Alguien empieza a pelearse con él. Tú ves que la persona que está luchando contra él lleva un arma en la parte de atrás del pantalón, donde tu hermano no puede verla. No te costaría nada cogerla. ¿Le quitas la pistola? ¿Avisas a tu hermano? ¿O te quedas sin decir nada y dejas que pase lo que tenga que pasar?

—Mi hermano no se pelea nunca.

—Pero esta vez no tiene elección.

Inspira hondo.

—No... no es lo mismo.

—¿Tú crees?

—Creía que procurabas no darle muchas vueltas a este tema.

—Simples conjeturas. Responde a la pregunta.

—Un intercambio de opiniones... —Sarah resopló y apartó la mirada.

—Responde a la pregunta.

—Cogería la pistola, pero eso es diferente.

Mantuvo apartada la mirada.

—Lo sabía. —Dave le dio un suave codazo.

—No seas tan engreído. Ahora contéstame tú a algo. —Se volvió hacia él.

—Dispara. —Dave apuntó con un dedo hacia el desierto e hizo un sonido muy realista del disparo de una pistola, con eco y todo.

Sarah se tapó la boca, luego apartó la mano y dejó que su sonrisa también resonara.

—Está bien. Supongamos que hay un incendio en tu casa. Estás en tu habitación del primer piso, tus dos hijos están durmiendo en sus habitaciones en el tercer piso, mientras que tienes unos invitados, todos adultos, durmiendo en el sótano.

—No tengo mujer ni hijos, Sarah.

—Tú sígueme la corriente, Dave, que al final habrá premio.

Él resopló.

—Me gustan los premios.

—¿Salvas a los invitados o a tus hijos?

—A lo mejor salvo a los adultos y ellos me ayudan a salvar a mis hijos.

—Pero ¿y si mientras bajas al sótano el fuego se propaga fuera de control? Consigues rescatar a los adultos, pero ¿a qué precio?

—Bueno, pues los invitados y yo nos colocamos debajo de las ventanas de los niños y ellos se arrojan a nuestros brazos.

—Tus hijos tienen veintidós y diecinueve años, y debido a la constitución ósea de tu mujer, pesan ciento veinte kilos cada uno.

Dave soltó una sonora carcajada que por poco le destroza los tímpanos. Contestó entre risas.

—Pero es que yo soy muy fuerte.

—No taaanto. —Sarah imitó su acento de forma hartamente convincente.

—Por supuesto, salvaría a mis hijos.

—¡Lo sabía!

—No seas tan engreída. —Dave miró por el retrovisor lateral—. Maldita sea... Mierda. Odio que hagan eso. Perdona mi lenguaje.

—He oído cosas peores. ¿Qué pasa?

—Ese tipo de ahí atrás va a rebufo del camión.

—¿A rebufo?

—Sí, se acercan mucho al tráiler para vencer la fuerza de resistencia del aire. Me saca de quicio.

Sarah miró hacia otro lado.

—No me digas que tú también lo haces.

Ella se encogió de hombros.

—Pues ¿sabes qué pasaría si tuviera que frenar de golpe? Vi lo que le pasó a otro camionero en la carretera de Stockton. Con un coche más grande que el tuyo, y no iba solo la conductora. Llevaba... —Dave se mordió el labio con fuerza—. Había un niño. —Apartó la mirada y se limpió las mejillas con el pulgar.

—Lo... lo siento. —Sarah le dio una palmada en el hombro.

—Nunca te pongas a rebufo, Sarah.

Ella enroscó las piernas hacia Dave mientras él miraba el retrovisor.

—Está bien.

Dave puso la mano en la palanca de cambios y rozó con los dedos la rodilla desnuda de Sarah. Retiró la mano bruscamente.

—Perdón.

—¿Por qué?

—La pierna. Quiero decir, es bonita..., es..., eh..., suave y eso. Pero no pretendía..., oh, mierda. —El mismo color maravilloso de antes le iluminó las mejillas. Volvió a concentrarse en el retrovisor y redujo la marcha hasta que el coche emergió del vacío que había detrás del camión y lo adelantó.

—No pasa nada. —Sarah se acercó un poco y le presionó la cadera con la rodilla.

Dave apretó con fuerza la palanca de cambios.

Tras un prolongado silencio, Sarah reanudó la conversación.

—Creo que dedicamos demasiado tiempo a preocuparnos por los jardines de los demás y no atendemos nuestro propio jardín.

Dave lanzó un suspiro.

—Sí, te imagino yendo a rebufo por la carretera...

—Seguro que crees que las mujeres estamos para que nos miren, no para que nos escuchen.

—No es eso, es solo que no veo las cosas de la misma manera.

—¿En serio? —dijo ella con un deje de sarcasmo.

Dave fijó la mirada en la carretera.

—Pregúntale a un hombre que haya estado en el infierno si se alegra de estar en un jardín con unas cuantas malas hierbas, te dirá un «sí» como una catedral.

—¿En qué infierno has estado tú, Dave?

—Solo es un comentario. Más conjeturas.

—Es más que eso.

Sarah apoyó la mano en la parte superior del asiento, justo detrás del hombro de Dave.

—Tienes un rostro atractivo.

Dave se puso rojo como la grana y apartó la mirada.

Sarah sonrió.

—Y tú me dabas la bronca por taparme la sonrisa... Eres muy clásico.

—¿Tú crees?

—¿Nunca contestas con una respuesta?

—No me has hecho ninguna pregunta.

—No, supongo que no.

—Defender aquello en lo que crees está muy bien. Yo solo he tenido unas cuantas experiencias más en la vida que tú, simplemente. Tal vez haya visto un par de cosas, hecho un par de cosas, que me hacen verlo todo bajo otra luz. Hablando de luz, se está preparando un amanecer espectacular. Casi siempre paro a ver amanecer. Conduzco por la noche para poder ver cómo se hace de día.

Dave siguió conduciendo hasta la siguiente área de descanso. Se colocó en el extremo del parking, con la cabina encarada al este, hacia la tenue estela de bermellón que pintaba el desierto desnudo.

—¿Dónde has estado para que los amaneceres se hayan convertido en algo tan importante, Dave?

—¿Qué quieres decir con lo de que se hayan convertido?

—Hablo en serio.

Dave negó con la cabeza.

—Eres difícil.

—Vale. Responde a la pregunta.

Se produjo una larga pausa.

—En un lugar donde un hombre puede pensar en todos los errores que ha cometido. Un lugar donde un hombre puede aprender a utilizar su voz como una grabadora. Un lugar donde un hombre puede saborear un filete con la mente mientras raspa sobras de arroz podrido con los dedos. Descubrir todas las cosas que dejó pasar porque estaba demasiado ocupado siendo un maldito idiota.

Sarah apretó las rodillas con más fuerza contra la cadera de Dave y le recorrió con los dedos el trazo de su robusto hombro.

—¿Dónde?

—En un campo de prisioneros del Vietcong —respondió él en voz baja.

—Lo siento mucho. Eso debió de ser...

—Vamos a tener un amanecer precioso. —Dave alargó la mano hacia la cara de ella y esperó. Sarah asintió con la cabeza y él le acarició las mejillas carnosas, y luego trazó el contorno de sus finos labios con su áspero pulgar y susurró—: Aunque puede que no esté mirando el sol cuando amanezca. Eres demasiado hermosa.

Sarah iba a taparse la sonrisa, pero no lo hizo; apoyó la cabeza en el hombro de Dave y le ofreció su boca. Después de una pausa, él le hundió la lengua, entre salada y dulce. Le recorrió los dientes con ella, luego la parte inferior de la lengua, luego la parte superior.

—Qué bien sabes, Sarah...

Ella nunca había sentido un beso tan profundamente en su cuerpo.

—¿Puedo? —Sarah señaló con la cabeza la litera que tenían detrás.

—Como si estuvieras en tu casa.

Sarah se quitó los zapatos de un puntapié y subió a la litera. Buscó el cinturón del vestido.

—¿Te acuerdas? Te dije que habría un premio...

Él le cogió la mano rápidamente.

—Esto es más que un premio.

La forma en que la miraba, la forma en que había dicho aquello, hizo que le resultara difícil contener un gemido. Eran los tiempos del amor libre, de la liberación sexual, y bajo esa luz aquello era un simple premio, nada más. Estaba segura de eso, completamente segura. Soltó el lazo del cinturón y relajó la mano en la de él.

—¿Así que nunca has practicado el sexo por diversión, Dave?

Él miró por el parabrisas de la cabina hacia la franja creciente de luz.

—Eso no es asunto tuyo.

—Sí que lo has hecho.

—Un hombre siente mucho apetito cuando lleva tiempo sin alimentarse. A veces es difícil no darse un atracón. Aunque si te pasas, el dolor de estómago de después te lo recuerda, y de qué manera...

Sarah alargó la mano e intentó que volviese el rostro hacia ella.

—Pues yo quiero darme un buen atracón, me importa un bledo el dolor de estómago. —Trató de desatarse el lazo. Él no se lo impidió. Sarah se desabrochó el vestido y este se abrió.

Dave se aclaró la garganta. Sarah alargó otra vez el brazo y de nuevo quiso que volviese la cara hacia ella.

Él se mantuvo firme.

—Estamos en Winnemucca, ¿sabes? Aquí es donde... nuestros caminos se separan.

—Lo sé. —Sarah sacudió los hombros y el vestido resbaló hasta dejar al descubierto su sujetador y sus bragas de color blanco brillante—. ¿Has hecho el amor alguna vez frente al amanecer?

Dave negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

—Entonces no has vivido, Dave.

Sarah volvió a tirarle de la barbilla. En ese momento sí la miró. Recorrió su cuerpo de arriba abajo con mirada hambrienta.

—Oh, Dios...

—Ven conmigo. —Se desabrochó el sujetador, meneó los hombros y sus generosos pechos quedaron libres. Luego se pasó el índice y el pulgar por la tira superior de sus bragas.

—Oh, Dios, Sarah...

Ella vio el bulto en sus vaqueros a pesar de que tenía la ingle orientada hacia el otro lado. Se bajó las bragas.

El sol emergió en todo su esplendor. Dave no lo estaba mirando. Tenía los ojos clavados en Sarah, y entonces se encaramó de un salto a la cama. Empezó a desnudarse con manos torpes, como un adolescente en su primera vez; sus extremidades proyectaban

sombras sobre la pared posterior de la litera.

—Estoy hambriento. —Dave se agachó en una esquina de la litera, con la cara hacia arriba, los ojos fijos en los de ella. Acto seguido, aplastó la cara contra su clítoris.

—¡Oh! —Sarah había experimentado aquello con unos pocos hombres y se había sentido incómoda. La sensación era tan intensa..., y en una parte tan íntima de su cuerpo... Se le escapó un jadeo mientras Dave le lamía el clítoris. Se agarró a las sábanas blancas apretando los puños. Su voz ahogaba el ronroneo de los motores diésel de alrededor.

La barbilla reluciente de Dave asomó entre sus piernas; una sonrisa enorme la atravesaba.

—Estás deliciosa, Sarah.

—Yo también estoy hambrienta. —Le hizo señas para que se acostara a su lado, frente a ella pero en sentido contrario, y luego se metió su polla en la boca. La punta era hermosa y suave como la seda. Las venas gruesas se enroscaban como enredaderas por la rígida verga, y Sarah no se cansaba de examinarla, de acogerla hasta el fondo para luego lamer cada centímetro. Y cada vez que se concentraba en la base y jugueteaba con sus testículos llenos, sentía cómo él se estremecía.

Dave tiró de ella hacia arriba, hasta colocarla sobre su pecho, y le separó las rodillas al máximo. La lengua de él era poderosa e insistente, implacable y voraz, y ella sintió que un orgasmo incontenible y colosal se apoderaba de todo su cuerpo, dejándole la boca flácida sobre el asta de su polla. Sus piernas se estremecieron y la cintura le dio una sacudida. Introdujo de nuevo la polla en su boca pero volvió a perder el control cuando un segundo orgasmo se apoderó de ella.

Hizo lo posible por complacerle con la boca. Cuando consiguió tenerlo bien dentro, él permaneció inmóvil un instante, pero los dedos y la boca de Dave eran tan hábiles y tenaces que lo único que Sarah podía hacer era atender a lo que estaba sucediendo dentro de su propio cuerpo. Las palabras se repetían en su cabeza: «Un lugar donde un hombre puede saborear un filete en su mente...». ¡Oh! La de cosas que debía de haber pensado Dave cuando estaba preso...

Sarah aumentó el ritmo de sus lametones; la polla tenía ya un color borgoña oscuro, pero no se rindió a ella todavía. Sarah tuvo otro orgasmo. Necesitaba desesperadamente recuperar el control. Pensó en pedírselo a él, pero no tenía mucho sentido teniendo en cuenta las circunstancias. Pensó en los tragasables de los circos e hizo lo posible por superar las arcadas. Le costó varios intentos, pero consiguió bajar hasta el fondo y su nariz le rozó las pelotas.

Dave lanzó un gemido y relajó todo el cuerpo mientras ella seguía trabajándose su polla. La lamía desesperadamente, como si la pequeña ventana que había abierto fuese a cerrarse de un momento a otro. La lengua, los dedos, las palmas de las manos, los labios, una caricia con los dientes y luego de vuelta a su garganta un par de veces, y al final, él arqueó la espalda, levantándola también a ella como si fuera una pluma. Enmudecido, Dave permaneció en silencio mientras proyectaba el primer chorro, que le roció el fondo de la garganta, y Sarah estuvo a punto de perder de nuevo el control sobre las arcadas.

Logró dominarlo. Él lanzó un grito y luego su polla le salpicó toda la boca. Ella se lo tragó entero otra vez, y él estuvo a punto de obligarla a descabalarlo.

Ella se aferraba a él como un campeón de rodeo a lomos de un potro salvaje, todavía en la silla de montar.

Yacieron desmadejados, prácticamente inmóviles, en silencio total. Solo se oía el suave ruido de la respiración de ambos.

Una luz intensa iluminaba la cabina del camión.

—¿Se puede saber qué demonios me has hecho, Sarah?

—Sin dolor de estómago —fue lo único que acertó ella a decir.

Él se echó a reír y acarició cada centímetro de su cuerpo. Ella nunca se había sentido así con ningún hombre. Nunca se había sentido así, sencillamente. No quería que terminara.

En el restaurante, Sarah devoró una tortilla enorme para el desayuno. Ya había digerido la comida de Reno a medio camino del desierto de Nevada. Esta vez, quería que le durara más tiempo.

Dave tomó un sorbo de café, mordisqueó una tostada y no trató de impedirle que pagara la cuenta de ambos, aunque era evidente que tuvo que luchar contra el reflejo natural de invitarla.

—Estoy seguro de que no te será difícil encontrar a alguien que te lleve hasta Nampa. Me encantaría llevarte yo, pero tengo que cumplir mi horario. —Echó a andar hacia la cabina de su semirremolque. Solo miró atrás una vez.

—Gracias, Dave. —Sí, estaba lo bastante cerca de casa como para conseguir que alguien fuese a buscarla o como para hacer autoestop hacia el norte.

Apenas si oyó las palabras que se alejaban.

—Está claro que voy a echarte de menos, pequeña.

—¡No me has dicho adónde vas! —gritó ella.

—Próxima parada, Lincoln, Nebraska. Después de eso..., bueno, hay muchas carreteras por ahí. Todavía hay muchos lugares por descubrir.

Ella echó a andar tras él a paso ligero.

—Siempre he querido visitar Lincoln. —En realidad, nunca se le había pasado por la cabeza. Lo agarró del brazo—. ¿Sabes? Resulta que acabo de darme cuenta de que no hemos llegado a aclarar nuestras diferencias sobre Vietnam, Dave.

—Pues te sorprendería lo que... —Sarah le tapó los labios con un dedo. Él sonrió—. Tienes razón. Vas a tener que trabajártelo. —Le cogió la maleta, se dirigió a la puerta del pasajero y la abrió.

Ella se detuvo un momento, luego sonrió y subió al camión.

—Tú también, grandullón. —Cruzó las manos sobre el regazo y él cerró la puerta tras ella.

TRÉBOLES A TUS PIES Shanna Germain

Arrodillado en el campo de tréboles, Dustan enrolló el cable eléctrico alrededor del material aislante y lo tensó. En los campos contiguos, el viento peinaba los tallos de maíz, haciéndolos crujir. El frufrú de las hojas evocaba la imagen de una mujer desnudándose, y cuando Dustan pensaba en una mujer desnuda, siempre pensaba en Maddy.

Ladeó la cabeza y aguzó el oído. No había viento. Era un día luminoso y calmo como solo podía serlo en verano; parecía que el día estuviera conteniendo la respiración, a la espera. Si no era el maíz ni el viento los que emitían aquel sonido, entonces era Maddy.

Al cabo de un momento la oyó con toda claridad, el roce de su vestido le acariciaba las piernas cual maíz de seda. Permaneció junto a la valla y el sonido de ella fue llegándole en pequeñas oleadas de tela y piel, y luego su olor; junto a su propio sudor fresco y el aroma dulzón de los tréboles, percibió el olor de ella por las mañanas. Tomates recién cogidos. Flores de calabacín. El olor penetrante de las caléndulas que utilizaba para combatir las plagas de insectos.

Ella se le acercó por detrás, le tapó los ojos con las manos y él fingió sorprenderse, como si, gracias a los sonidos, no hubiese estado esperando su aparición desde que había entrado en el campo. Tenía las manos ásperas y con pequeños cortes —nunca usaba guantes— y él disfrutó de la presión de sus palmas contra sus párpados, de la pérdida momentánea de visión, de la forma en que los ruidos y los olores que emanaban de ella lo envolvían y lo embriagaban hasta hacer desaparecer el mundo a su alrededor. Su risa le hizo cosquillas en los lóbulos de las orejas.

A veces era peligroso lo que hacía. Como vendarle los ojos mientras trabajaba con la podadora y con alambres eléctricos. Pero él era incapaz de reprimir su entusiasmo, su alegría infantil. Al menos, no por su propia seguridad.

Ella seguía riéndose cuando él se volvió y la levantó varios centímetros del suelo. Era una mujer menuda pero fuerte, un palmo más bajita que él. Le colocó una mano en el culo, sosteniéndola en el aire, hechizado por la manera en que su cuerpo se rellenaba justo ahí; gloriosas curvas. Ni el sol, ni la luna, ni una sandía. Solo Maddy y los dulces globos de su culo.

Ella lo besó y se restregó contra la parte delantera de su cuerpo todo lo que pudo mientras él la sostenía. Su boca sabía a nata y frambuesas. Se retorció entre sus brazos y tuvo que dejarla en el suelo, sin aliento e inclinando la espalda hacia atrás. Sus pies descalzos, con las uñas pintadas como minisoles, desaparecieron entre los tréboles.

—Maddy, no deberías andar descalza por aquí. —Percibió el tono de reprimenda en su propia voz, no podía evitarlo—. Podrías pisar un punzón. O una abeja. O algo peor.

—No pasa nada —dijo ella—. El único punzón que me interesa que me pinche es este.

Como tantas otras veces, él se preguntó si su padre estaría al tanto de la criatura salvaje que era. Lo dudaba.

Ella le puso la mano en el paquete, ya medio duro, y sus dedos le hicieron cosquillas en la bragueta. Su anillo destelló bajo la luz del sol mientras lo acariciaba, levantando la cabeza, riendo.

—Maddy... —dijo él.

—¿Qué pasa? —Toda inocencia, esa mirada, clavada en la suya... Tenía los ojos marrones, grandes y oscuros, ligeramente salpicados de oro en el centro, y unas pestañas oscuras y espesas, en marcado contraste con el pelo, más claro.

En una de sus primeras citas, él le había dicho: «Tienes los ojos de una ternera de Jersey». No había querido decir eso, las palabras eran, básicamente, sus enemigas, cosas que le mordían la lengua y le encendían las mejillas. Pero Maddy no se había reído de él, no se había enfadado porque la comparara con una vaca. Le había contestado: «No tendré que mugir cuando nos acostemos por primera vez, ¿verdad?». Él nunca había imaginado que una mujer pudiese decir cosas así. Ella decía ese tipo de cosas cada dos por tres. Las palabras la amaban. Y él supo entonces que también quería amarla de esa manera.

Lo más increíble fue que ella le dejó hacer precisamente eso. Madeline O'Hara, la hija del jefe del cuerpo de bomberos O'Hara, la Reina de la Feria del Campo, la de los educados «Por favor» y «Gracias», la del pelo dorado como el maíz y ojos marrones de ternera.

Dustan la conocía de toda la vida, por supuesto, igual que conocía a todas las chicas del pueblo con las que había crecido. Desde la distancia. Genqua ni siquiera era una gran ciudad, pero era lo suficientemente grande para dividir a los agricultores y ganaderos de los que tenían un trabajo de ciudad, un puesto de ciudad. No era solo que Maddy O'Hara estuviese fuera de su alcance. Maddy O'Hara estaba fuera de su universo.

Solo que el universo donde se habían conocido, oficialmente, por primera vez, fue en un estadio de béisbol. Dustan jugaba con el equipo de los granjeros, mientras que los hermanos de Maddy jugaban con los de la ciudad. El equipo de los granjeros había ganado e iban a salir a tomar unas copas para celebrarlo cuando aquella chica del vestido amarillo margarita y sandalias blancas cruzó el campo y lo llamó por su nombre.

—Dustan —dijo, aunque todo el mundo lo llamaba Dusty, así que él no supo que lo estaba llamando hasta que ella se acercó y le tocó el hombro—. ¿Puedo salir con el equipo ganador? —le preguntó.

Era la primera vez que él veía esos ojos, esa sonrisa que le horadaba un hoyuelo en el lado de la cara, la escultura de un pétalo. Sus compañeros de equipo estaban ahí, a su lado, pero él ni los veía ni los oía. Lo único que veía eran las pecas de su pecho y cómo el vestido de tirantes se hundía en la piel pálida de sus hombros lo justo para dejarle una marca roja.

—Pues..., eh... —Había empezado a tartamudear; las palabras habían sido más que simples enemigas, palabras como la coz en la tripa de una vaca de cuyo camino no podía apartarse.

—Oye, que no pasa nada. Ya soy mayorcita —había dicho ella, como si realmente él hubiese llegado a decir todo lo que se le había pasado por la cabeza en ese momento. Los «¿qué?» y los «¿por qué?» y cómo aquellos chicos, aquellos muchachos de granja, se emborrachaban y se volvían más salvajes de lo que ella podía imaginar, y cómo la otra mitad de él estaba diciendo: «Por favor, sí, ven, por favor».

»Además —había dicho ella alzando la voz y dirigiéndose al otro equipo—, esos chicos de ciudad son unos muermos.

Más tarde ella diría que aquella fue su primera cita, aunque para él casi no contaba. Se tomaron unas cervezas con los chicos y jugaron a los dardos. Ella había revoloteado entre ellos como un insecto exótico, pero un insecto al que estaba claro que aquellos chicos le gustaban. Y aún estaba más claro que le gustaba Dustan.

Él seguía sin tener ni idea de qué era lo que había visto realmente en él, ese día o esa noche, o los días que siguieron, a pesar de que ella se lo había dicho un millón de veces. «Fue todo ese músculo de granjero dentro de los pantalones de béisbol.» Eso era lo que decía siempre, poniendo un énfasis especial en «músculo». Así, en singular.

Luego ella había dejado que la amara, y todavía seguía dejando que la amara, atravesaba descalza un campo de tréboles y abejas para llevarle todo su amor de punzón con miel, trepar a sus botas de granjero y frotarse contra él.

—Bueno, ¿y tiene tiempo para un polvo rapidito, señor Arreglavallas? —Sus dedos le tiraban de la parte de abajo de la camiseta—. ¿O tendré que volver a casa sudorosa e insatisfecha?

—¿Cómo? ¿Aquí? —Las palabras fluían mejor, sin tartamudeos, pero lentas de todos modos. Una o dos sílabas compitiendo con las elaboradas frases de ella.

Ella estaba mordisqueándole el cuello, riendo.

—Mmm..., sabes a sudor. Y a sol. Más, por favor.

Su intención era resistirse. Tenía trabajo que hacer. El campo era llano y estaba despejado, los tréboles ni siquiera les llegaban a la rodilla. No era como aquella vez que le había hecho agacharse entre los altos tallos del maíz, cuando se hincó de rodillas en el barro para chupársela. Ni como la vez que lo habían hecho en el campo de manzanos, el olor a flores y a hierba primaveral impregnándoles el pelo y la piel.

Su intención era resistirse, pero ella ya le había subido la camiseta y estaba recorriéndole el vientre con sus manos frías, bajo el cinturón.

—Baja conmigo —dijo ella.

Lo arrastró y los dos cayeron al suelo, con los tréboles como un colchón de flores dulces y el zumbido sereno de las abejas bañadas por el sol.

En el último segundo él se acordó de las tenazas para cortar alambre y las tiró a un lado. Maddy le puso las manos en la nuca y lo atrajo hacia sí para fundirse con él en un beso risueño con labios y lengua untados en miel.

Sin dejar de reír, rodaron por el suelo aplastando los tréboles y él se colocó de nuevo encima, parte del rostro de ella quedaba cubierto por brotes color verde y rosa. Al mirarla

sentía placer y una punzada de dolor que le oprimía al mismo tiempo el pecho y la verga. Tan hermosa y tan suya, pero también, por eso mismo, el miedo a perderla.

—Fóllame, Dustan. —Los ojos de Maddy mirándolo, traspasándolo con la mirada—. Por favor.

Y luego lo que pasaba siempre cuando cesaban las risas y sus bocas se abrían y se encontraban, cuando con sus cuerpos, todavía con la ropa puesta, yacían uno contra el otro. Como si alguien hubiera accionado un interruptor, una corriente eléctrica los recorría a ambos a través del hilo conductor del deseo y el placer. Dustan la sentía en todas partes, en la punta de la polla, en las comisuras de sus labios cuando rozaban los de ella, en las yemas de los dedos. A veces creía que hasta el pelo se le erizaba de deseo.

—Con mucho gusto —dijo él—. Llevo toda la mañana pensando en follarte. —Y en ese momento podía hablar libremente. Podía decir todas las cosas que se le pasaban por la cabeza sin que se le trabase la lengua, sin que las palabras lo hicieran vacilar. Le ardía el rostro cuando decía esas cosas, pero le ardía por una buena razón, una razón segura y, sin embargo, peligrosa—. Pero creo que voy a hacerte esperar...

El gemido de ella lo era todo para él, ese ruidito entrecortado por detrás de sus labios. Le subió el vestido por las caderas y miró la piel pálida que aparecía encima de la alfombra de verde. No llevaba nada debajo, el vello dorado castaño recortadito y rizado. Le metió un dedo, oyó el gemido suave mientras arqueaba las caderas hacia él y sintió que la polla se le ponía completamente dura solo de encontrarla tan húmeda y dispuesta.

Le metió otro dedo y se maravilló como siempre de la fuerte y cálida succión con que lo recibió. Localizó con el pulgar el pequeño montículo de su clítoris y lo acarició con suavidad hasta que ella lanzó otro gemido. Podía olerla..., oler la dulzona excitación entre sus piernas; los tréboles aplastados cada vez que subía y bajaba las caderas en la mano de él.

—Por favor... —imploró. Hablaba con voz arenosa, sin aliento. La única ocasión en que se quedaba sin palabras, un momento que él anhelaba, por el que él vivía—. Me estás haciendo... mmm... esperar... a propósito.

—Por supuesto —dijo él, inclinándose hacia abajo, acariciándola por dentro con los dedos, tirando del vestido con la otra mano para dejarle los pechos al aire, capturando un pequeño pezón con la boca, lamiéndolo en círculos que imitaban el movimiento de su pulgar.

—Dustan...

Sus manos buscaron a tientas su cinturón. Él se apartó al principio, concentrado en ella, pero ella insistió y él se lo permitió. Le costó dos intentos, pero al final le desabrochó el cinturón y los vaqueros y él se deslizó lo justo para quitárselos.

Maddy intentó incorporarse —él supo que quería chupársela por cómo se movió, por cómo le buscaba la polla—, pero él la retuvo allí, retorciéndose sobre los tréboles.

—Luego —dijo—. Ahora quiero estar dentro de ti.

Maddy hizo un mohín tan irresistible que a punto estuvo de sucumbir, pero quería sentir cómo lo envolvía con su calor. No la llama activa de su boca y su lengua, sino la

forma en que su cuerpo buscaba el de él y lo rodeaba.

Él se recostó sobre ella y se acarició la polla, una, dos veces. ¿Qué importaba si alguien lo veía? Eso era algo que Maddy le enseñaba todos los días. Lo único que le importaba era cómo su mirada seguía sus movimientos, la mirada hambrienta en sus ojos marrones, la forma en que le decía «Por favor, por favor, por favor...», el sonido de un vendaval de deseo susurrado.

Ella alzó las caderas para encontrarse con él y él se deslizó en su interior, despacio, provocándola, deleitándose con cómo se arqueaba su cuerpo, cómo plantaba los pies en el suelo para levantar las caderas y curvar la columna hacia arriba. Lentamente, sin prisa, mirándola, colando una mano entre ellos para acariciarle el clítoris con cada embestida.

Para entonces ella ya se había quedado sin palabras, solo se oían sus jadeos, sus gemidos mientras le agarraba el culo desnudo con las dos manos y lo empujaba más adentro. El deseo de ella enardecía el suyo, lo hacía más primitivo y más rotundo, y le entraban ganas de plantarla en el suelo, de trazar un surco debajo de su cuerpo, de acompañarla a ese lugar donde ambos florecían y estallaban a la vez.

Apaciguó el ritmo para inclinarse y besarla, recorriendo con la lengua la orilla de sus labios y la curva de su mentón. Él capturaba un pezón ahora y luego el otro, chupándolos con fuerza con cada lenta embestida.

Ella le cogió del pelo y tiró de él hacia arriba.

—Para, para... para de torturarme. Por favor. —Aquellos ojos grandes, más oscuros aún por el calor, las arruguillas de su frente cuando le suplicaba... Eso bastaba para ponerlo al borde del precipicio, por no hablar del envite de sus caderas contra él, de la sensación de su polla hundiéndose una y otra vez en sus profundidades.

La excitaba con los dedos mientras follaban, alternando la presión, ahora más suave, ahora más fuerte, hasta que ella empezó a gruñir y a jadear a la vez, entonces él dejó que su pulgar se deslizara sobre el pico húmedo, a la espera de ese momento en que ella se abandonara por completo, cuando su cuerpo se tensara y se relajara y le humedeciera la polla con su orgasmo.

No tuvo que esperar mucho. De todos modos, creía que no habría podido esperar. Ella balbuceó su nombre, una vez, y luego él obtuvo la recompensa del grito ahogado de su aliento, el único sonido que solía emitir cuando se corría. Todo quedaba expresado en su cuerpo: la tirantez de los músculos, los ojos entornados que luego se abrían a los suyos, las uñas que se hincaban en su piel...

Y él la siguió, le susurró su nombre, «Madeline, Madeline», al oído. Al cuello. Al campo de tréboles y a la tierra y al maíz cercano y al viento que no soplabla. Y, sobre todo, a todas las partes de Maddy que corrían a su encuentro y lo abrazaban, que lo acogían entero.

Permanecieron unidos por el deseo consumido y el sonido jadeante de su respiración. Él intentó descansar la frente encima de la de ella pero la dejó caer de golpe, lo bastante fuerte para que ambos exclamaran «¡Ay!» y se echaran a reír.

Cuando al fin se separaron, era como si el sol no se hubiese movido en absoluto,

como si hubiesen detenido el tiempo en mitad del campo, en mitad del día.

Sintió un pinchazo en el costado de la cadera y soltó un taco antes de saber qué era. Una abeja o un punzón. Por el aguijonazo, tal vez ambas cosas.

—Ay, cariño... —dijo Maddy. Trató de no reírse mientras él rodaba para colocarse de lado y los dos examinaban el verdugón cada vez más rojo en su cadera desnuda.

—Valía la pena —comentó él, acercándose de nuevo a ella, dejando que apoyara la cabeza en el hueco de su brazo. Las vallas podían esperar. Los tréboles crecerían a manos llenas. Las abejas cumplirían su cometido. Y los punzones también.

Pasara lo que pasase, valía la pena estar allí, en ese momento, expuesto a los aguijonazos y rodeado de aromas dulzones por todas partes.

DULCE MIEL Emerald

Kim entró con dificultad por la puerta de atrás, cargada con las bolsas de la compra, y luego cerró la puerta tras ella de una patada. Dejó las bolsas en la encimera de la cocina, miró la luz parpadeante del contestador automático y apretó el PLAY.

«Kim, soy Maria. Hace días que quería llamarte. Drake me ha dicho lo de Terry, y lo siento mucho..., los dos lo sentimos mucho. Mantente en contacto, y si hay algo que pueda hacer, dímelo, por favor. —Hizo una pausa. Kim estaba viendo los ojos azules de Maria resplandecer de sinceridad, las delicadas facciones de su rostro rezumando preocupación—. Como sabrás, Drake tampoco tiene muy seguro lo de su trabajo en estos momentos. Bueno, el caso es que no dudes en llamarme, Kim. Cuídate.»

Kim lanzó un suspiro. Recordó el día en que conoció a Maria, la mujer de Drake, el compañero de trabajo de su marido —ex compañero de trabajo ahora—, hacía varios años, en la gala anual de la empresa.

—Oh, Dios mío... ¡tu marido es igualito que Denzel Washington! —había sido una de las primeras cosas que, nada más conocerse, le había dicho Maria, momentos después de que les arrebataran a sus maridos para llevarlos a una reunión informal. Había soltado una risita y luego había sufrido un ataque de hipo mientras miraba a Kim con ojos como platos—. Espero que no te importe que haya dicho eso...

Kim se había echado a reír. Maria le cayó bien de inmediato, le encantó su chispeante naturalidad, alentada por las copas de vino blanco que fueron desfilando por la mano de aquella mujer menuda durante la mayor parte de la noche. Sabía a qué se refería Maria, naturalmente: esperaba que a Kim no le importase que hubiese dedicado los últimos segundos a comerse a su marido con los ojos. A Kim no le importaba; le había guiñado un ojo a Maria y le había dicho:

—Ya lo sé.

Kim escribió una nota para acordarse de llamar a Maria, pegó el Post-it junto al teléfono y se volvió a vaciar las bolsas sobre la encimera. Era martes. Les habían dado la noticia la semana anterior, el viernes, cuando Terry había ido a trabajar como de costumbre, sin la menor sospecha de que unas horas más tarde regresaría a casa sin trabajo. El despido fue una sorpresa para los empleados, pero no era algo sorprendente vista la situación económica del país.

Kim no se había dejado dominar por el pánico, no era su estilo, pero el efecto que tuvo sobre Terry fue dramático. Ella sospechaba que había algo más que preocupación por su bienestar económico. Perder el trabajo por el que había luchado tanto, hasta alcanzar su inclusión en el equipo de gestión, había herido algo en su interior. Algo que había dado por sentado, que las circunstancias externas habían permitido que estuviera latente. Aunque si Kim estaba en lo cierto, no tenía nada que ver con algo externo.

Sintió que se le encogía el estómago mientras guardaba las provisiones. Las consecuencias económicas, por supuesto, no tardarían en manifestarse. No tendrían problemas para llegar a fin de mes, ni tampoco durante el mes siguiente. Después de eso, todo era incierto. Su propio negocio de catering, que dirigía desde casa, también se había visto afectado por la crisis. Había tenido bastante éxito en los tres años que llevaba funcionando, pero no generaba dinero suficiente para mantenerlos a ambos.

Kim abrió la puerta de la nevera y sus rizos de ébano se mecieron como las silenciosas barras de un carillón de viento en el reflejo de su superficie brillante. Cuando la cerró, detectó una mancha y echó mano del limpiacristales al tiempo que oía a Terry bajando las escaleras.

Se volvió y lo vio entrar en la sala de estar. Sabía que había estado arriba, con el ordenador, probablemente buscando posibles ofertas de trabajo o perfeccionando su currículum. Entró en la cocina arrastrando los pies sobre el suelo de linóleo.

—¿Te apetece algo de almuerzo? —preguntó ella.

Terry negó con la cabeza sin mirarla mientras hojeaba una pila de papeles que había junto al teléfono. Kim lo observó, no sabía qué decir. No podía decirle que todo saldría bien, porque no sabía si era verdad. No podía decirle que no tuviese miedo, porque ella también lo tenía.

Bajó la cabeza y frunció el ceño, intuía una vez más que los demonios a los que Terry se estaba enfrentando iban mucho más allá de todo eso. Una parte de él se cuestionaba algo más que las preocupaciones coyunturales, algo más que lo que sucedería en el futuro. No se estaba cuestionando las circunstancias, las emociones, los resultados.

Se estaba cuestionando a sí mismo.

Kim dejó a un lado la lechuga que había sacado de la nevera y se acercó a su marido. Él levantó la vista cuando ella fijó sus ojos oscuros en los suyos. Kim sintió que el corazón le daba un vuelco al ver su mirada vacía, pero se irguió cuan alta era y se preparó para mandar a la mierda a la parte de él que ella sabía que le estaba diciendo esas cosas. Respiró hondo y abrió la boca.

—Te quiero.

No era en absoluto lo que tenía pensado decirle, pero ni su propia postura ni su mirada se alteraron.

No había brillo en los ojos de Terry, pero seguían fijos en los de ella.

—Yo también te quiero. —En ese momento apartó la mirada, regresó a los papeles que tenía delante.

Kim dejó escapar un suspiro en silencio mientras Terry se volvía y se dirigía de nuevo a la sala de estar. Ordenó la pila de papeles que él había estado examinando, regresó a la encimera y se dispuso a trocear la lechuga. Le pareció que pesaba mucho.

Gracias a su reloj interno, el sábado por la mañana Kim se despertó exactamente a la hora deseada. Miró a Terry para asegurarse de que seguía durmiendo, se levantó y se anudó el batín de raso rojo mientras bajaba la escalera.

Terry llevaba tres semanas sin trabajo, y su estado general era aún más mediocre que las perspectivas laborales que había encontrado. Kim era consciente de que el currículum de su marido era inmejorable: estudios superiores, experiencia y numerosas recomendaciones; había demostrado ser más que competente e incluso superior en su especialidad. El mercado laboral era el responsable de la escasez de oportunidades, la razón por la que estaba sin empleo, para empezar.

Kim abrió la nevera, cogió dos huevos y los dejó en la inmaculada encimera. Terry parecía haber olvidado todo eso. Por mucho que ella le recordara tanto lo competente que era como la influencia de la situación económica global, era como si las palabras se disolviesen en el aire antes de que le alcanzaran la conciencia.

Sofocando un bostezo, empezó a sacar cuencos y jarras medidoras de los armarios y los cajones tratando de no hacer ruido. La encimera se fue llenando mientras ella seguía sacando botes de las estanterías; la superficie se le ofrecía como un lienzo, un espacio sólido y estable sobre el que empezar a crear. Sintió que el calor familiar del aprecio por el arte de la preparación culinaria se extendía por todo su cuerpo.

Cogió la plancha y la roció con aceite ecológico de cártamo antes de colocarla sobre los quemadores y poner el fuego muy bajo. El desaliento de Terry —que para entonces ya preocupaba más a Kim que sus problemas económicos— se había manifestado a veces en forma de ira y amargura contenidas y otras veces en forma de desesperación asfixiante. La noche anterior, cuando había salido de la cocina después de cenar susurrando «Siento haberte fallado, siento habernos fallado a los dos», ella había estado a punto de estrellar un plato contra la pared de frustración pura y dura.

Kim buscó el bote de harina ecológica de trigo integral y limpió una mancha en el lateral antes de destaparlo. Metió la mano, cerró los ojos e inspiró profundamente mientras deslizaba los dedos por la suave textura del interior. Le encantaba el tacto de la harina. Era uno de los ingredientes que más le gustaba tocar.

Que ella recordara, siempre se había marcado como objetivo consciente apreciar la preparación de cualquier plato con todos los sentidos. Para ella la cocina no era en absoluto un simple medio para alcanzar un fin: era una transformación, un proceso milagroso en que se unían distintos elementos, muchas veces de formas sutilmente distintas, y daba lugar a una culminación que podía ser significativamente diferente de como era cada uno de los componentes por separado. Kim respetaba todos los ingredientes que empleaba, desde el aceite de oliva hasta la melaza pasando por una pizca de sal, por ser indispensables, en su esencia única, para el todo que estaba creando. No menospreciaba ninguno.

Kim extrajo los dedos de la harina y cogió una jarra medidora. Sus movimientos eran solemnes mientras medía el ingrediente con precisión y lo transfería al recipiente de mayor tamaño para realizar la mezcla. Luego cogió el azúcar de caña ecológico y añadió la cantidad precisa a la harina mientras se lamía unos granos de azúcar del pulgar. Bicarbonato. Dos cucharaditas aterrizaron como dos nubecillas blancas en la parte superior de la mezcla de ingredientes secos. Por último, cogió la canela —casi todo lo que hacía en el horno llevaba canela—, y espolvoreó tres puñados marrones sobre la pila de ingredientes en polvo.

Mientras cogía los huevos sus pensamientos regresaron a su marido. El desánimo mostrado por Terry desde que perdió su trabajo incluía una absoluta falta de interés por muchas cosas que antes solían gustarle..., entre ellas el sexo. Aunque ella no se lo tomaba como algo personal, sospechaba que el grado en que el subconsciente de Terry vinculaba la percepción de su éxito profesional con su valor como persona era lo que había hecho que la pérdida de su trabajo le pareciese un golpe tan devastador... y parecía estar amenazando a la imagen que tenía de sí mismo. No le extrañaría que una parte de él estuviese cuestionándose si todavía era digno de su afecto.

Kim abrió la botella de extracto de vainilla e inhaló con fuerza antes de verterla en el cuenco. Observó cómo el líquido espeso formaba un remolino marrón en la mezcla pálida y volvió a enroscar el tapón en el pequeño frasco. Francamente, no veía ningún interés en que Terry volviese a reconstruir esa imagen de sí mismo. Él era mucho más que su éxito profesional, y aunque no veía nada malo en enorgullecerse de dicho éxito, para ella la reacción de Terry frente a la pérdida del origen de esa percepción indicaba que lo había basado todo, muy peligrosamente, en esa imagen que tenía de sí mismo.

La plancha empezó a silbar, y Kim levantó el pesado cuenco con la masa para las tortitas y lo inclinó hasta formar un círculo en la superficie chisporroteante. Volvió a nivelar el cuenco y lo desplazó unos centímetros para verter el siguiente círculo. Después de repetir el proceso un par de veces más, dejó el cuenco en la encimera.

Los pálidos círculos relucían como cuatro lunas llenas sobre el fondo negro de hierro mientras Kim guardaba los ingredientes sin quitarle el ojo a la plancha. A su pasión por cocinar le seguía su pasión por tener una cocina limpia. Solo se permitía tenerla poco menos que inmaculada mientras cocinaba. Su ideal era que cuando acabara, la cocina estuviera de nuevo limpia.

Burbujas dispersas empezaron a bostezar en la superficie de la masa circular, como si acabaran de despertarse. Kim deslizó la espátula por debajo de la masa y les fue dando la vuelta una por una, devolviendo las burbujas a la oscuridad del sueño. Abrió un armario y examinó el fondo a tientas. Como no encontraba lo que quería, abrió más la puerta y miró dentro. Aún tardó unos segundos en recordar que se habían quedado sin sirope.

—Mierda... —murmuró cerrando el armario; tamborileó con los dedos sobre la encimera.

No podía salir corriendo a comprarlo, tenía las tortitas en el fuego, y despertar a Terry estropearía su propósito de sorprenderlo con el desayuno en la cama. Frunció el ceño.

Se volvió y abrió el armario de nuevo. Posó la mirada sobre el cristal grueso y sólido del tarro de la miel; el trozo de panal aún intacto en el centro del líquido dorado y fresco del apicultor local. Kim lo consideró. Luego lo sacó del estante y cerró el armario.

Desenroscó la tapa, cogió el palo de madera para servir la miel y lo sumergió en el frasco. Mientras lo sacaba, fue haciéndolo girar y observó cómo el líquido semitransparente, de la consistencia de la lava, resbalaba de nuevo en el recipiente. Cuando el flujo se interrumpió, Kim se llevó el palo de madera a los labios y abrió la boca justo cuando la miel comenzaba a resbalar de nuevo. Aterrizó en su lengua y ella lanzó un leve gemido. Debido sobre todo a su extraordinario y singular proceso de elaboración, extraído directamente de la naturaleza, la miel era uno de sus alimentos favoritos.

Volvió junto a los fogones y retiró las tortitas de la plancha. Nacieron otras cuatro lunas llenas, y Kim dejó el cuenco y sacó un plato de la alacena. Sirvió una de las tortitas en él y volvió a sumergir el palo de madera en el frasco de miel. La sustancia ámbar se derramó en su propio remolino de líquido mientras la hacía girar. Aprovechó una pausa para desplazar el palo por encima de la tortita, lo puso hacia abajo y aguardó a que la gravedad atrajera despacio el líquido viscoso sobre el disco de trigo integral.

Kim volvió a meter el palo en el tarro de miel, cogió un tenedor y pinchó un trozo para llevárselo a la boca, percibiendo el calor de la tortita conforme se acercaba. Se detuvo en seco cuando Terry asomó de golpe en la cocina; iba vestido con unos pantalones de chándal de color gris.

—¿Qué haces? —dijo ella, consternada porque acababa de estropearle la sorpresa.

Terry se restregó los ojos soñolientos.

—Me he despertado y no estabas. He venido a buscarte. —Miró la encimera—. ¿Qué estás haciendo?

Kim echó un vistazo detrás de ella con gesto de decepción.

—Quería llevarte el desayuno a la cama.

La expresión de Terry era de sorpresa.

—Ah. —Una sonrisa le iluminó el rostro como un rayo de sol—. Gracias.

Entonces Kim también sonrió, percibió su agradecimiento en aquel gesto truncado. Cuando lo despertara tenía pensado decirle que quería demostrarle que ellos seguían siendo los mismos, que para ella él seguía siendo el mismo de antes, y que sentir que había fracasado no significaba que no fuese digno de ella, que no pudiese sentirse feliz, que no se mereciese ser querido... incluso por él mismo. Sobre todo quería demostrarle que lo amaba a pesar de todo, pasara lo que pasase.

Mientras lo observaba, Kim vio que aunque su plan cuidadosamente elaborado había fracasado, había conseguido lo que pretendía. A pesar de no haber ido a despertarlo, a pesar de que no estaba diciéndole todas aquellas cosas, veía que llegaban a él a través de la imagen de las tortitas burbujeando y cobrando vida en el fuego, a través del calor que emanaba de la plancha, a través del aroma de la canela y la vainilla y el trigo integral. No hacían falta palabras.

—Había olvidado que no queda sirope. —Kim regresó junto a la encimera, dio la vuelta a las tortitas y levantó el tarro de miel—. Estaba probando a ver qué tal estaban con miel. —Una gota cayó en la encimera, un pequeño desorden entre tanta meticulosidad.

La boca de Terry esbozó una sonrisa mientras la seguía con la mirada.

—¡Una mancha en la encimera! —bromeó, señalándola.

Kim sonrió y agarró un trapo de cocina para limpiarla. Terry se rió y Kim se volvió y lo miró a los ojos. Era un sonido mágico..., un sonido que no había oído desde hacía semanas.

Su marido le quitó el tarro de miel de las manos. Kim lo vio levantar lentamente el palo de servirla, con la mirada fija en el líquido dorado mientras este volvía a caer en

espiral sobre el mullido interior del frasco. Le hizo una seña con la cabeza para que se acercara. Extrañada, Kim se disponía a preguntar qué pretendía cuando él cubrió la distancia entre ambos y le deshizo el nudo de la bata con tanta rapidez que esta resbaló hasta el suelo antes de que Kim pudiera impedirlo. Él apagó el fuego detrás de ella mientras la empujaba de espaldas contra la encimera y acercaba el palo con miel a su cuello.

Kim quiso protestar porque el líquido ámbar empezó a gotear, pero se quedó paralizada en cuanto entró en contacto con su piel. Se retorció cuando una gota cayó al suelo, pero Terry la sujetó del hombro y la retuvo contra la encimera. Ella quiso hablar de nuevo, pero las palabras se desvanecieron cuando él pegó la boca a la miel que fluía sobre su clavícula. Su cálida lengua serpenteó sobre su piel reclamando el dulce líquido que resbalaba por ella.

—Terry... —consiguió decir Kim en tono de reproche al apartarse él.

Acto seguido dio un respingo: la miel aterrizó sobre uno de sus pechos, no se había percatado de que él había vuelto a sumergir la mano en el tarro. Mientras lo miraba, boquiabierta, Terry desplazó el palo de madera varios centímetros y la miel dibujó una línea horizontal sobre sus pechos.

El líquido pegajoso empezó a deslizarse hacia abajo, resbalando hacia sus pezones. Cuando Kim abrió la boca para protestar, Terry agachó la cabeza y atrapó un pezón entre los dientes en el preciso instante en que la miel lo cubría. Con el aliento atrapado en la garganta, Kim permaneció en silencio mientras él le agarraba un pecho por debajo y trazaba remolinos con la lengua sobre el dulce jarabe de oro.

Terry le acarició el otro pecho con la otra mano, embadurnándole la piel de miel mientras ella dejaba escapar un gemido ahogado. Él siguió el rastro con la boca, lamiendo con fervor el pegajoso desbarajuste y agarrándole el pecho que su boca acababa de soltar. Su lengua y sus manos se movían con frenesí, acentuado por el lento avance de la miel, centímetro a centímetro, sobre su piel. Kim ya no sabía dónde estaban las manos de Terry y dónde iba a aterrizar la miel en su cuerpo cuando él la levantó en el aire y la sentó en la encimera; su lengua vagaba por sus pechos, sus pezones, su cuello, su garganta, su vientre...

Kim jadeó cuando sintió claramente que el líquido le caía sobre el bajo vientre y empezaba a deslizarse hacia abajo. Terry le agarró los muslos, se los separó y se apartó un poco, a la espera de que la miel siguiera su rumbo descendente por su piel. Kim contuvo la respiración; apenas se movía mientras sentía las palpitaciones de su coño, solo pensaba en el momento en que la boca de Terry se posara allí. Bajó la mirada a donde el líquido brillaba como el cristal sobre su piel oscura y avanzaba como un glaciar que se fundía a medida que se aproximaba a la calurosa llama de su sexo.

En el momento en que la cascada llegó al clítoris, Terry se zambulló en ella. Kim respiró hondo, echó la cabeza atrás y hundió los dedos en el pelo de su marido mientras él lamía, chupaba, recogía con esmero la miel de su clítoris. Para sorpresa de Kim, sintió la voracidad del clímax mientras la lengua se agitaba sobre ella. Casi nunca alcanzaba el orgasmo tan pronto, pero en ese momento era inminente.

Con la respiración jadeante, Kim se dejó caer sobre los codos. Justo cuando la ola

estaba a punto de apoderarse de todo su cuerpo, Terry se irguió y, con un movimiento rápido, la levantó de la encimera y la sentó en el suelo salpicado de miel. Kim superó su rechazo a la suciedad del linóleo, por lo general impecable, en cuanto la boca de Terry regresó a su coño. Le agarró los tobillos y se los echó sobre los hombros mientras le masajeaba las tetas sin dejar de trabajársela con la lengua.

La temperatura de Kim aumentó como la del agua en una tetera. Cuando alcanzó el punto de ebullición, chilló y se retorció violentamente mientras el orgasmo sacudía su cuerpo untado de miel. Se entregó al pringue, a la rendición absoluta e inexplicable que la hacía no solo ignorar sino gozar de aquella suciedad, de aquel caos, del hecho de soltar algo a lo que ni siquiera sabía que se aferraba. Su cuerpo pareció hundirse más en los charcos de miel que tenía debajo mientras las manos de Terry le agarraban los muslos con fuerza; cualquier rastro del líquido ámbar había desaparecido de la superficie de su clítoris, cubierto todavía por la boca de él.

Respiró profundamente, abrió los ojos y miró a su marido. La aceptación del caos y el desorden se reflejaba también en los ojos de él cuando le devolvió la mirada.

Incertidumbre. Desorden. Entrega. Eran parte de la receta. Algo había cambiado, e iba más allá de lo que ella se había propuesto que Terry entendiera apenas unas horas antes, cuando había bajado decidida la escalera con su corta bata carmesí. Porque también para ella había cambiado algo. Al igual que en la alquimia en la cocina, en la conexión entre ambos habían creado algo nuevo, algo mejor y distinto de cada uno de los componentes por separado.

La cocina no estaba limpia. Pero estaba como tenía que estar para haber creado lo que había allí. Kim notó el sabor a miel cuando Terry la besó y se enroscó a él; sus cuerpos en perfecta armonía mientras yacían en aquel pegajoso desbarajuste.

UNA CANA AL AIRE Kate Pearce

Cuando Jodi abrió la tapa de su móvil y comprobó la dirección, el taxi ya había desaparecido calle abajo; o entraba en el bar o llamaba a otro taxi. Miró el letrero cutre de neón parpadeante. La luz de la mitad de las letras se había fundido y solo se leía MINGO. Por el rosa fluorescente y el esqueleto oscuro de un pájaro con una sola pata encaramado en lo alto del letrero, dedujo que aquel nombre aludía a un paraíso tropical y no a una ciudad minera de mala muerte en California.

Sintió un escalofrío al ver la pateada puerta. Desde luego, no era ningún paraíso, pero ella ya había decidido que iba a seguir adelante con aquello. Él había sido muy específico en cuanto al lugar donde lo encontraría, y ella no quería cagarla. El tiempo era demasiado valioso. La sola idea de verlo le aceleraba el corazón, y sentía estremecerse las partes más íntimas de su cuerpo.

La puerta se abrió de un empujón y una ráfaga de aire cargado de cerveza y el estruendo de una máquina de discos le golpearon la cara. Nada más entrar, dos hombres pasaron a su lado y la repasaron de arriba abajo. Uno de ellos le guiñó un ojo, pero ella estaba demasiado nerviosa para ponerse a coquetear. Aferró su bolso negro. ¿Le importaría eso a él? ¿Qué era exactamente lo que esperaba que hiciese ella esa noche? Tendría que haber aprendido a no hacer promesas cuando estaba borracha.

Las dudas empañaron su determinación y a punto estuvo de dar media vuelta. Alguien se le acercó por detrás y se sorprendió andando hacia delante, hacia la multitud ruidosa que disfrutaba de su noche de sábado. Inmediatamente se puso a buscarlo a su alrededor, pero había varios hombres con sombrero de cowboy, y algunos hasta parecían vaqueros auténticos, con sus botas gastadas, los Wrangler y el rostro curtido de tanto mirar el sol. El suelo era de tablones anchos de madera, y a pesar del letrero de neón, la decoración recordaba más al Oeste que al Caribe.

La máquina de discos se puso en marcha y Jodi tuvo que apartarse a un lado para evitar a la gente que quería sumarse al baile en línea. Bajó la vista hasta sus sandalias y su flamante pedicura con laca roja y se estremeció ante la idea de que una de aquellas pesadas botas pudiese darle un pisotón en sus delicados dedos. Sin embargo, él le había dicho lo que quería que se pusiera, y ella había seguido sus instrucciones al pie de la letra. Top de seda roja sin mangas, minifalda vaquera y tanga, también rojo y de encaje, y en ese momento estaba húmedo ante la expectativa de lo que iba a ocurrir.

Rodeó a los bailarines y se dirigió hacia la barra, situada en la pared del fondo. Los seis taburetes llenos de grietas y de imitación a cuero negro estaban ocupados, excepto el que tenía más cerca. Jodi vaciló un segundo y el vaquero que estaba sentado a su lado se volvió para mirarla. Estuvo a punto de tragarse la lengua al reconocer a su cita de esa noche. Sus ojos azul cielo la miraban fijamente, entornados; su sonrisa tardó en llegar pero lo hizo cargada de una oscura promesa.

—Aquí hay un asiento libre.

—Gracias.

Jodi se encaramó al taburete de un salto, subiéndose la minifalda para acomodar la rigidez de la tela vaquera. La mirada de él se posó sobre sus muslos expuestos y de pronto a ella empezó a costarle trabajo respirar. Entonces, ¿se suponía que eran dos extraños? ¿Ese era el juego al que quería jugar esa noche? Se armó de valor.

—¿Te apetece una copa?

Él la miró durante largo rato.

—¿Es que pagas tú?

Ella se encogió de hombros y el fino tirante del top resbaló por el brazo.

—Estamos en el siglo XXI. Se supone que ahora hay igualdad.

—Entonces tomaré una cerveza. —Él llamó de inmediato a la ajetreada camarera y la mujer se acercó enseguida. Jodi levantó dos dedos—. Dos cervezas, por favor.

—Bien.

Ella fue a abrir el bolso y él puso una mano sobre las suyas. La fuerza y la calidez del contacto la pillaron desprevenida.

—No te preocupes por eso todavía. Les diremos que lo anoten y ya haremos cuentas luego.

—El caso es que iba a sacar el móvil...

Él la presionó con más fuerza.

—¿Es que no te acuerdas del trato? Nada de móviles ni de mensajes de texto. Este momento es solo para nosotros.

—Está bien —susurró Jodi; esperó a que la soltase, pero lo que hizo fue cogerle una mano y darle la vuelta.

—Qué bonitas uñas...

—Casi siempre las llevo cortas —reconoció Jodi—. Pero me pareció que esta era una ocasión especial.

Él se llevó su mano a la boca y le besó los nudillos.

—Me gusta que una mujer me arañe la espalda y me clave las garras en el culo.

—¿Ah, sí? —dijo ella con voz débil.

Él sacó la lengua, le lamió el dedo índice y luego se lo metió en la boca y lo chupó suavemente. A Jodi le dieron ganas de gemir mientras los pezones se le ponían tan duros que sabía que él se los vería a través de la seda del top.

La llegada de las botellas heladas de cerveza la sobresaltó y él le soltó las manos. Ella tomó un trago apresurado y luego observó cómo él se bebía la botella entera; el movimiento rítmico de su garganta bronceada solo conseguía añadir excitación al ansia de ella. Dejó la botella vacía sobre la barra y se pasó la mano por la boca muy despacio.

Él señaló la cerveza sin terminar.

—¿Quieres un vaso?

—No, en botella está bien.

Una sonrisa asomó a las comisuras de su bonita boca.

—Para un hombre siempre es un espectáculo agradable ver los labios de una mujer chupando el cuello de una botella.

Jodi lo miró a los ojos.

—Y además sirve para practicar.

—Sí. —Echó un vistazo hacia la pista de baile; la música había cambiado y ahora se oían unos compases más lentos y más sensuales—. ¿Quieres bailar?

—¿Contigo? —Jodi no pudo disimular su sorpresa.

—Sí, sé bailar.

Jodi notó que se ruborizaba cuando él le tendió la mano y la ayudó a bajarse del taburete. Se quedó pegado a ella para que todo su cuerpo entrase en contacto con el suyo y la sujetó con las manos en las caderas.

Habían atenuado la iluminación y él la guió hacia las sombras agarrándola por la cintura. Jodi levantó los brazos, cerró las manos alrededor de su nuca y aspiró el olor a cuero y a loción para después del afeitado de Calvin Klein. Se movieron al son de la música, ella aplastando los pechos contra la camisa de cuadros, presionando con su estómago la dura protuberancia de su erección encerrada en los vaqueros.

Él deslizó las manos por debajo de la falda y le acarició la parte inferior del culo.

—¿Te has puesto las bragas rojas, como te he dicho?

—Sí.

—Muy bien. —Le mordisqueó la oreja y ella lanzó un gemido—. Así no se interpondrán en mi camino.

Desplazó el pulgar encallecido más arriba, siguiendo la tira de encaje entre sus nalgas, y Jodi cerró los ojos mientras las rodillas amenazaban con flaquearle y ceder. Él todavía podía provocar aquel efecto en ella. Solo tenía que tocarla y se transformaba en un chorro caliente de miel que fluía en sus manos. La música cambió, sonó otra lenta, y él inclinó la cabeza y tomó posesión de su boca, embistiéndola con la lengua mientras le penetraba el sexo con un largo dedo.

Ella dio un grito ahogado en su boca pero no pudo escapar de él: su cuerpo estaba demasiado dispuesto a acoger su penetración bajo cualquiera de sus formas. Cuando él levantó por fin la cabeza, ella lo miró con una súplica muda en los ojos. Él la tomó de la mano y empezó a encaminarse hacia los lavabos.

—Vamos.

No se detuvo hasta que salieron por la puerta de atrás del bar y torcieron a la

izquierda. Jodi se encontró en un pequeño patio lleno de barriles y cajas de botellas vacías. Él la apoyó contra la pared más cercana, con mirada hambrienta y decidida, y le manoseó todo el cuerpo.

—No puedo esperar. Quiero follarte ahora mismo.

Jodi gimió cuando le subió la falda hasta la cintura, la agarró del culo y la levantó contra la gruesa punta de su polla. Los vaqueros se le clavaron con aspereza entre los labios hinchados y húmedos, pero dejó de importarle cuando él arremetió contra ella.

—¿Quieres esto? ¿Quieres mi polla?

Jodi asintió.

—Entonces sácala para que pueda follarte aquí mismo, contra la pared.

Jodi forcejeó con la hebilla metálica de su cinturón y luego con la resistente cremallera hasta que logró sacar su grueso mástil. Antes de que pudiera hacer algo más que mostrar su admiración con un gemido, él la levantó en el aire y la empaló con toda la longitud caliente de su verga. Ella le gritó en la boca ante la súbita penetración, agarrándose con fuerza a sus hombros mientras él la embestía con acometidas cortas, bruscas e implacables.

—Toma, cariño. Toma mi polla en tu coño, haz que me corra.

Jodi se concentró en la entrada y la salida de su asta y en el abanico de sensaciones que despertaba en ella. Se ancló a sus caderas mientras él la bombeaba y simplemente se dedicó a disfrutar de la animalidad del momento. ¿Lo había hecho así alguna vez? Probablemente no desde que se casó, y desde luego no desde que había tenido hijos. Sintió cómo tensaba las nalgas bajo sus talones y sus embestidas se volvieron más cortas y más rápidas, como si tratara de abrirse paso a martillazos dentro de ella.

Él se las arregló para introducir la mano entre los dos y se concentró en su clítoris, masajeándolo con el pulgar en círculos despiadados hasta que ella empezó a correrse alrededor de su enorme polla en un frenesí de deseo cada vez más intenso. Él gimió en su boca y llegó al orgasmo, su esperma caliente contra su coño apretado, ávido y exigente.

Cuando Jodi abrió los ojos, él todavía la sostenía en brazos y ella seguía teniendo las piernas alrededor de sus caderas y su polla dentro.

—No hemos acabado.

Jodi dio un respingo cuando él echó a andar hacia el aparcamiento.

—¡Bájame al suelo!

—¿Por qué? —Siguió caminando y ella sintió que su polla empezaba a crecer de nuevo—. Me gusta tenerte exactamente donde estás.

—Pero ¿y si nos ve alguien?

—Que nos vean. —La sujetó envolviéndole la cintura con un brazo fuerte y abrió la camioneta—. Me gustaría que me vieran follándote.

Con un movimiento ágil, abrió la puerta del pasajero y la sentó en la orilla del asiento, aún de cara a él, mientras su polla iba aumentando de tamaño y latiendo en su

interior. Él era lo bastante alto para no tener que meterse con ella dentro de la camioneta, solo tuvo que separar las piernas, agarrarla del culo y comenzar a bombearla otra vez.

—Bonita y húmeda, justo como me gustas.

Cuando Jodi se dio cuenta de que podía ver claramente la puerta trasera del bar, cerró los ojos y se limitó a dejarse llevar, con la esperanza de que nadie interrumpiera su intimidad a solas. Él le dio una dentellada en el cuello y ella lo miró.

—Deja de preocuparte y concéntrate en follarme. No tenemos toda la noche.

Eso era cierto. Ya nunca tenían esa libertad. Jodi lo besó y le engulló la lengua. Él incrementó el ritmo, lo único que ella podía oír eran los latidos de su corazón y el sonido resbaladizo y húmedo de las distintas partes del cuerpo ensamblándose, hasta que su mundo se redujo a las sensaciones en el clítoris y la desesperada necesidad de correrse. Él alcanzó el clímax y ella se sumó a él, aferrándose con fuerza a su camisa arrugada y empapada mientras él gemía su nombre.

Cuando él se apartó, ella protestó por la pérdida repentina de su calor. Él la besó en la nariz y le recolocó las piernas en el asiento de manera que la dejó mirando hacia delante. Le puso incluso el cinturón de seguridad y su boca se entretuvo en la curva de su pecho.

El rugido del motor de la camioneta la sobresaltó; Jodi miró hacia la oscuridad con un nudo en la garganta.

—¿Ya hemos terminado?

No quería volver a casa, a la rutina de siempre. Quería que aquello durara más.

—Joder, no, no hemos terminado. —La miró mientras salía marcha atrás de la plaza de aparcamiento. Sabe Dios cómo se las había apañado para no perder el sombrero de cowboy, pero el caso es que lo llevaba firmemente plantado en la cabeza—. Quiero que hagas algo por mí antes de que empiece a conducir. Ábrete de piernas y frótate el clítoris. Quiero que te corras inmediatamente la próxima vez que me meta dentro de ti.

Ella abrió las piernas despacio, consciente de que la estaba observando, su mirada entornada fija en su sexo húmedo. Se acarició el clítoris trazando suaves círculos con la punta del dedo.

—Así, muy bien. —Su voz era áspera—. Ahora desliza el dedo meñique hasta el culo, ya sabes que voy a follarte ahí antes de que acabe la noche.

Jodi empezó a trazar remolinos con su dedo más pequeño en la parte húmeda y luego inclinó las caderas hacia delante para poder introducir la punta del dedo a través del pliegue apretado de su ano. Se imaginó su polla ahí, mucho más grande y exigente, obligándola a suplicarle que se detuviera, que no se detuviera, que se la follara hasta quedarse ronca de tanto gritar.

El trayecto pareció durar apenas un minuto antes de que detuviera la camioneta.

—Quédate aquí.

Jodi lo obedeció gustosa. No estaba segura de querer volver a moverse nunca más. Siguió tocándose hasta que él abrió la puerta y bajó la mirada hacia ella.

—Dios —masculló él, e inclinó la cabeza para lamerle los dedos y el clítoris. Ella llegó al orgasmo de inmediato, empujando su sexo contra su lengua exploradora. Antes de que acabara de correrse, él la levantó en brazos y se dirigió hacia un edificio pobremente iluminado; solo se detuvo para deslizar la tarjeta en la cerradura y abrir la puerta de un puntapié. Encendió la luz. La habitación olía a polvo, a lejía, a moqueta vieja, pero a ella no le importaba. Había una cama y un baño, y eso era lo único que iban a necesitar.

La depositó con cuidado sobre la cama.

—Quiero verte desnuda. Ya nunca puedo verte desnuda.

Jodi lo ayudó a que la desvistiera y luego él se abalanzó sobre ella, enterró la boca en su pecho y colocó un muslo duro entre sus piernas con el que atormentaba a su ya sensibilizado clítoris. Le deslizó los dedos por detrás y sondeó su resbaladiza entrada.

—Maldita sea, ojalá tuviera dos pollas. Quiero llenarte toda. —La besó en la boca—. La próxima vez, tráete el vibrador, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —«Eso será si hay próxima vez...» Jodi atacó los botones de su camisa para dejar a la vista cada centímetro de su musculoso pecho. Él no necesitaba ir al gimnasio para hacer ejercicio. La vida en el rancho ya era bastante dura. Quiso desabrocharle el cinturón y él le cogió la mano.

—Dame el cinturón cuando me lo hayas quitado. Quiero probar algo nuevo.

Jodi lo miró, de repente tenía la boca seca. Ella le dio el cinturón y, antes de que pudiera quitarle los vaqueros, él se separó de ella.

—Ponte de rodillas con las manos detrás de la espalda.

Hizo lo que le decía; su cuerpo temblaba con una combinación de temor y excitación. Siempre había sido un hombre inquieto en la cama, y a ella le había encantado cada perversión que le había enseñado.

Le rodeó las muñecas con el cinturón, pasó el cuero por la hebilla y tiró con fuerza.

—Ahora, encoge las rodillas.

Jodi consiguió arreglárselas para obedecerle y él le pasó el resto del cinturón entre la raja de las nalgas hasta que quedó pegado y plano contra el coño mojado.

A continuación se situó de pie frente a ella; con una mano se bajó la cremallera de los vaqueros y con la otra sujetaba el extremo del cinturón.

—Chúpame la polla.

Le guió la cabeza hacia su verga y ella lo engulló hasta lo más hondo y chupó con fuerza. Él le cerró el puño en el pelo y después balanceó las caderas al ritmo de sus mamadas.

—Así me gusta, cariño —murmuró, excitándola aún más con su voz.

Con el rabillo del ojo, Jodi vio que se enrollaba el extremo de la correa alrededor de la mano. Él tiró del cuero y le envió una sacudida de sensaciones que culebrearon desde su coño hasta sus muñecas atadas. Acto seguido, volvió a tirar del cinturón, haciéndola gemir y retorcerse contra la fricción. No estaba segura de si la sensación era dolorosa o

placentera, pero ya no le importaba. No había nada de que avergonzarse. Se trataba de darse el uno al otro lo que tan desesperadamente necesitaban.

Su puño le tiró del pelo.

—Se nos acaba el tiempo. Suéltame la polla y ponte a cuatro patas.

Jodi lo soltó a regañadientes y él la ayudó a ponerse a gatas: las muñecas atadas y el culo en pompa hacia él. Se estremeció cuando la correa se apartó de su sexo y él deslizó como mínimo cuatro dedos dentro de su coño.

—Por favor... —murmuró ella—. Dame por el culo, por favor...

Él soltó una risa ronca y desesperada.

—¿Llevas lubricante en ese bolso? De lo contrario, solo será mi polla y va a ser duro.

—Te dejaría igualmente —dijo Jodi—. Ya lo sabes, pero he traído lubricante.

Él cogió su bolso, lo abrió y volcó el contenido sobre la cama.

—Ya lo tengo.

Jodi aguardó temblando de expectación mientras él se preparaba; le deslizó un dedo bien lubricado por el culo y empezó a moverlo hacia delante y hacia atrás. Se inclinó sobre ella y le acercó la boca al oído.

—Soy un cabrón. Me gusta follarte cuando no estás completamente cachonda. Me gusta tener que ganarme cada centímetro y ver que aun así no puedes evitar mojarte toda alrededor de mí.

Añadió un dedo, y luego otro, abría espacio para su polla, y ella se limitó a cerrar los ojos y a disfrutar de cada momento. Sí, claro, al día siguiente estaría escocida, pero por lo menos habría vivido un poco y escapado de su aburrida vida normal. Él sacó los dedos y ella sintió que la ancha cabeza de su polla le sondeaba el prieto orificio. Entró con cuidado en su interior, susurrándole palabras de aliento, compartiendo con ella cada sucio y amoroso pensamiento sobre qué sentía dentro de ella y de lo duro que iba a follársela cuando al fin estuviese dentro del todo.

Y desde luego que se la folló, hasta que ella se puso a gritar su nombre y él le pellizcó el clítoris con tanta fuerza que no podía respirar ni ver nada de puro placer.

Pasado un rato, y tras una visita al baño, se las arregló para desnudarlo por completo y montar su polla hasta que fue él quien le rogó y suplicó que no parase nunca.

Permaneció tumbada sobre él, con los ojos entornados y escuchando el latido regular de su corazón. Los tonos estridentes de su móvil hicieron que buscara instintivamente su bolso. Mientras buscaba a tientas el móvil en el caótico revoltijo de sábanas, la pantalla se iluminó y el estómago de Jodi dio un vuelco peculiar.

Antes de que pudiera contestar al teléfono, él se lo arrancó de las manos.

—¿Se puede saber para qué narices llama? ¿Es que no hay forma de disfrutar de un poco de paz?

Jodi intentó recuperar el móvil, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué pasa, Mikey?

Jodi trató de descifrar el parloteo excitado al otro extremo de la línea, pero era demasiado rápido. El rostro de él se suavizó y la miró arqueando las cejas.

—¿Quieres hablar con mamá?

Le pasó el teléfono y se recostó en las almohadas con gesto de resignación.

—¿Qué pasa, tesoro? —preguntó Jodi.

—La canguro quiere saber si puedo jugar a Guerreros Oscuros en Peligro. ¿Puedes decirle que sí que puedo?

—¿Para eso llamas, Mikey? Tienes trece años, deberías ser capaz de resolver eso tú solito.

—¡Mamá! Dice que solo pueden jugar adolescentes, y Darla y Tom no tienen la edad suficiente.

—Entonces juega cuando ellos se hayan ido a la cama. Por cierto, ¿por qué no están en la cama todavía?

Esperó mientras Mikey hablaba con alguien en voz baja.

—Ahora mismo se acuestan. ¿Cuándo volveréis papá y tú?

Jodi miró a su marido.

—Cuando hayamos acabado.

—¿Todavía no habéis terminado de celebrar vuestro aniversario? Pero ¿cuánto tiempo se tarda?

—Todo el tiempo que queramos. Quince años es algo muy importante, ¿de acuerdo?

El chico suspiró.

—Vale, nos vemos más tarde entonces.

La comunicación se cortó y Jodi se quedó mirando la pantalla en blanco. Se volvió hacia el hombre grande y desnudo tendido en la cama junto a ella y le tomó la mano.

—Te dije que apagaras ese cacharro.

Ella le apretó los dedos.

—Es que no podía.

Él lanzó un suspiro.

—Sé cómo te sientes, pero ¿acaso una noche al año lejos de los niños es mucho pedir?

—No, no es mucho pedir.

Jodi levantó el móvil en el aire para que lo viera y lo apagó. Se merecía esa noche. Los dos se la merecían. Definitivamente, tener tres hijos había inhibido su vida sexual. Tal vez aquello les ayudaría a recuperar su apetito sexual en el rancho... ahora que habían colocado esa nueva cerradura en la puerta de su dormitorio.

Él sonrió y se pasó la mano por la polla, cada vez más hinchada.

—Entonces, ven aquí y fóllame.

Ella se arrastró hacia él y se agachó para lamerle el glande, ya humedecido.

—Será todo un placer.

UN RESERVADO PROPIO Rachel Kramer Bussel

Me parece increíble que lleve dos años casada con Derek y hasta ahora no me haya enterado de su carrerón en los clubes de striptease. Tal vez suene a exageración, teniendo en cuenta que solo fueron unas cuantas visitas, pero es como si tuviera un pasado secreto del que yo no sabía nada, y sí, lo admito, estoy un poco celosa. Puede que más que un poco. A pesar de que le creo cuando dice que no ha estado en ninguno desde antes de que empezásemos a salir, es el secretismo lo que me saca de quicio, más que la idea de verlo rodeado de mujeres hermosas y semidesnudas. Siento celos y también excitación, y la mezcla de ambas cosas me confunde. Además, es el presente lo que me preocupa, más que el pasado, y el hecho de que yo no voy a estar allí. Va a ir a la despedida de soltero de su mejor amigo, Greg, y de pronto me he convertido en el estereotipo de la esposa tradicional, recelosa de las diabluras que estos hombres —y, más concretamente, mi hombre— pueden llegar a hacer.

Sin embargo, más aún que los celos, lo que me reconcome por dentro es la curiosidad malsana. Así que cuando Derek me cuenta que en su época de soltero, cuando se ponía cachondo pero estaba sin novia, se gastaba parte de sus primas de Wall Street en los reservados de los clubes de striptease, en las habitaciones donde corría el champán, me pongo a imaginar qué era lo que pasaba exactamente en esos misteriosos paraísos de la sexualidad. Inmediatamente se forma una imagen en mi cabeza: mi hombretón, grande y fornido, sentado en un lujoso asiento de cuero mientras una chica desnuda, preciosa y menuda (salvo por las tetas), con el cuerpo reluciente de sudor y de deseo, y tal vez también con un poco de purpurina, se restriega contra él. A veces, en mis fantasías, es una rubia de bote, otras veces es morena, como yo pero con una melena preciosa, brillante y magnífica, a veces es una pelirroja salvaje. Prácticamente la veo presionando con ardor el coño desnudo contra el muslo de él, los pezones tiesos y perfectos rebotando en el aire mientras él lucha por contenerse y no lamérselos. Cuanto más pienso en ello, más caliente me pongo, y las momentáneas punzadas de celos se transforman en una palpitación en la parte más honda del vientre. Me pregunto si ella lo provocaba, si le pasaba el dedo por la mejilla, o tal vez por el brazo, o incluso, si era de las traviesas, por toda la polla, a sabiendas de que él no podía tocarla. Eso es lo que yo haría si estuviera en su lugar, seguramente aupada sobre unos tacones altísimos, puede que incluso transparentes. Cuanto más lo pienso, más consciente soy de que no solo quiero ver a esa chica contoneándose a cambio de dinero delante de mi hombre: quiero ser esa chica en toda su gloria hedonista.

Sin embargo, me guardo esas fantasías para mí, naturalmente, porque todavía no estoy muy segura de qué hacer con ellas. Hablo con él como si tal cosa, indiferente, y le dedico la mejor de mis sonrisas, pero en cuanto Derek se va por fin con los chicos, no sé muy bien qué hacer. ¿Contárselo a una amiga? ¿Emborracharme? ¿Ir a un club de striptease lleno de hombres? Más que nada pienso que me gustaría estar allí con él,

mirándolo, disfrutando al ver cómo disfruta.

Como no puedo acompañarle, me contento con esa última opción en mi mente, y luego me voy al cuarto de baño, me desnudo y me miro en el espejo de cuerpo entero. Empiezo a contonearme y luego me doy cuenta de que me falta algo, y corro al vestidor a rebuscar en el zapatero, que está organizado por la altura de los tacones, del más alto al más bajo, de los zapatos de stripper a las bailarinas completamente planas. Está claro que hoy toca zapatos de stripper, y escojo los más altos, unos taconazos de veinte centímetros que nunca me he puesto para salir a la calle. Comprarlos fue una especie de broma, pero cuando deslizo mis pies desnudos de treinta y cinco años en ellos, no me estoy riendo. Estoy tramando algo.

Porque más que nada quiero saber lo que sentía Derek en los reservados donde corría el champán. Quiero sentir que formo parte de eso, a pesar de que es su pasado. Pero la gracia del matrimonio ¿no está precisamente en fusionar el pasado con el presente y con el futuro de ambas personas, en llegar a ser, en la medida de lo posible, una sola? No, yo no le he preguntado por todas y cada una de sus relaciones anteriores, y él no me lo ha preguntado a mí tampoco, pero me encanta cuando estoy contando una anécdota de algo que me pasó en el instituto, una década antes de conocerlo, y él la termina por mí, como si hubiese estado allí. Él me recuerda cosas que no solo había olvidado habérselas contado, sino que había olvidado y punto.

Así que lo que me molesta no es tanto el striptease como el quedarme al margen. Claro, nosotros también podríamos ir a un club de striptease, pero por más que me concentre en la imagen de una mujer guapa y desnuda restregándose contra su metro ochenta de estatura y sus cien kilos de peso, sé que el hecho de que ella seguramente será más joven, más delgada y menos fofa en el culo y los muslos que yo me perseguiría durante mucho tiempo, y no en el buen sentido. Sin embargo, eso no significa que no pueda hacer algo al respecto. Alcanzo la radio de la ducha, sintonizo la emisora de los Top 40 y no tardo en ponerme a bailar conmigo misma frente al espejo de cuerpo entero mientras Britney Spears me anima a mover el esqueleto.

Me doy un repaso de arriba abajo con ojo crítico pero benévolo. Me gusta el pelo largo, sedoso, castaño, salpicado de mechones rubios en la parte superior, y doy gracias por haber encontrado al mejor peluquero del mundo, capaz de mantenérmelo suave y brillante aun cuando no lo cuide tanto como debería. Mis pechos han sido siempre la parte de mi cuerpo de la que más me enorgullezco, lo suficientemente grandes para necesitar un sostén deportivo cuando salgo a correr, pero no lo bastante grandes para que parezcan una obscenidad con mis suéteres más ceñidos. Tengo caderas, sí, y también barriga, muslos y culo, todo lo cual trato constantemente de adelgazar a pesar de que a Derek le encanta besarme, lamerme y agarrarme justo ahí. A veces se aferra a mis caderas con tanta fuerza que me deja moretones, pero no me importa. Tengo mis días buenos y mis días malos cuando se trata de admirar mi cuerpo, pero hoy va a ser uno de los buenos, y cuando Derek vuelva a casa, va a ser uno de los mejores de la historia.

Me agarro al lavabo un momento para no perder el equilibrio, balanceo la melena con el pelo echado hacia abajo y hacia delante, y luego la subo de golpe bajo cuanto puedo contoneándome, y cuando al fin alcanzo mis piernas, mirándome fijamente a los ojos todo el tiempo, estoy completamente húmeda. Cuando termina la canción me quito los zapatos

emocionada, excitada. Me meto en la ducha y abro el chorro del agua caliente, todo lo caliente que soy capaz de soportar, tanto que mi piel pálida empieza a enrojecer. Cuando me ducho con Derek modero la temperatura, pero como él no está, me pongo un poco salvaje, y mientras el agua me chorrea en la cara, me toco y visualizo lo que haré, cómo me contonearé delante de él, imagino el ruido que hará cuando coja la botella de champán y nos rocíe con él a los dos. Es esa imagen la que hace que me corra con ganas, temblando en la ducha, y derrocho algo más que un poco de agua simplemente haciendo acopio de esa sensación en lo más profundo de mi corazón. Necesito tenerla ahí reservada por si me pongo nerviosa cuando llegue la hora de la verdad.

Salir a comprar alcohol nunca ha sido una aventura arriesgada, pero esta vez, mientras busco la botella perfecta de champán, parece algo ilícito, como si estuviera engañando o algo así. Tal vez sea porque no le he dicho ni media a Derek cuando ha llamado para ver cómo estaba, no le he dado ni una sola pista de lo que estaba planeando. Demasiada expectación podría estropearlo todo. Últimamente ya casi nunca nos sorprendemos el uno al otro, ni siquiera con flores o notas picantes. No es que no disfrutemos de una estupenda vida sexual, sino que los dos sabemos exactamente qué esperar del otro. Incluso al pedir el champán de mayor calidad me siento como si estuviera ligando. Me pregunto si el empleado se da cuenta de cómo se me han endurecido los pezones, pues he optado por un sujetador de raso en lugar de uno acolchado.

Compro dos botellas grandes y unas flautas de cristal, y me las llevo a casa y las sumerjo en hielo. Me quito toda la ropa y camino desnuda por la casa para entrar en situación. No tengo ni idea de si a las strippers de verdad les gusta pasearse en cueros o no, pero sé que a mí me cuesta un poco acostumbrarme. Incluso cuando estamos de vacaciones, en hoteles donde todo el mundo va con todo al aire, yo no solo sigo aferrándome a mi bañador sino también al albornoz. Hasta una transparencia es mejor que nada. Sin embargo, esta vez tengo a Britney Spears de mi parte, también a Christina Aguilera, y un chute de adrenalina y coraje corriéndome por las venas. No pienso beber champán antes para envalentonarme, eso daría al traste con todos mis planes.

El champán es para que Derek disfrute... cuando me lo vierta todo por encima. Pongo unas cuantas canciones de Britney, otras pocas de Christina, algunas de Rihanna, meneando el culo, el pelo, las tetas..., todo mi cuerpo. Lo hago descalza y con tacones, y me acostumbro a agacharme, a exhibirme, a acariciarme todo el cuerpo. Para cuando termino, estoy sonrojada y llena de una nueva clase de energía sexual. Me pongo el camisón de seda de color melocotón oscuro y empiezo a rizarme el pelo. A pesar de que tengo la intención de sacudir la melena sin cesar, todavía me queda una hora muerta y quiero asegurarme de estar espectacular para él. Quiero asegurarme de que Derek sepa lo mucho que lo deseo, no solo esta noche, sino siempre, lo mucho que me gustaría hacer por él, con él y para él.

La tenaza se calienta rápidamente y en tan solo unos minutos mi melena luce un aspecto muy elegante. Me recojo unos cuantos mechones y dejo que algunos tirabuzones calientes caigan en cascada alrededor de mi cuello. Normalmente soy de las que solo usan brillo de labios y un poco de colorete tal vez, mis manicuras y pedicuras semanales son mi gran concesión al glamour, pero eso no quiere decir que no haya saqueado Sephora un par de veces, y descubro un tesoro oculto de maquillaje sin estrenar. Aunque no lo uso a

menudo, no crecí con dos hermanas mayores y me fui de casa sin saber cómo difuminar perfectamente una sombra de ojos. Extiendo el delineador líquido y añado una sombra brillante de color púrpura para, acto seguido, colocarme unas pestañas postizas que he estado reservando para una ocasión especial. Y esta reúne todos los requisitos, desde luego que sí.

Me unto loción hidratante en todo el cuerpo y me pongo a dar vueltas por la casa con mis tacones favoritos, tratando de no volver a tocarme. Si lo hago, eso privaría a Derek de la ninfómana sedienta de sexo que llevo en mí. Cuando oigo el tintineo de sus llaves en la puerta, trato de recobrar la compostura. Soy la esposa abnegada reconvertida en femme fatale, y una rápida ojeada en el espejo del pasillo confirma que soy perfecta para el papel. Él empieza a decir «Ya estoy en casa», pero se detiene en el «Ya» cuando me acerco y le doy un cariñoso abrazo. ¿Soy yo o aún está más cañón que cuando se fue por esa puerta?

—Cariño, yo... —Se queda ahí parado con la boca abierta, incapaz de decir nada más.

—¿Cómo ha ido la despedida de soltero? —le pregunto.

—Ha sido divertido —dice con una nota de cautela en la voz, mirando alrededor—. ¿Interrumpo algo?

Me doy cuenta de que cree que me ha sorprendido en mitad de alguna aventura clandestina. Y tiene razón, en cierto modo, pero no del tipo que él cree.

—No, llegas justo a tiempo. El espectáculo está a punto de comenzar —digo ronroneando y acariciándole el pecho.

—¿El espectáculo? —pregunta con tono de desconcierto, pero yo tiro de él hacia la escalera, frente a él y caminando de espaldas, asegurándome de que querrá seguirme.

Derek sigue mirándome como si no estuviera muy seguro de dónde se ha metido su esposa, pero cuando me chupo uno de los dedos de mi manicura perfecta y luego trazo un círculo con ese mismo dedo sobre mi pezón, dejando que se levante como un resorte contra mi camión, y mientras me agarro a la barandilla con la otra mano y camino lenta y deliberadamente hacia arriba con mis tacones, sé que tengo toda su atención. También sé que está empalmado, pero más que la erección, que ya vislumbro, me gusta la emoción de la aventura que se respira en el aire, algo que le ha faltado a nuestra vida en común durante demasiado tiempo.

He llevado al dormitorio nuestro gigantesco sillón de felpa, el que en multitud de ocasiones nos ha aguantado a los dos cuando me he sentado sobre el regazo de Derek, y empujo a Derek para que se desplome sobre él.

—Siéntate, relájate y disfruta del espectáculo. Aunque nada de tocarme, o te echarán del establecimiento. No obstante, yo, si quiero, sí puedo tocarte —digo con voz de gatita sexy que no estoy segura de haber empleado nunca con él ni con nadie. Parece salirme de dentro o, mejor dicho, de dentro de Ginger, la chica a la que estoy encarnando, la que imagino bailando para mi marido montones de veces.

Pongo la lista de canciones que he seleccionado y reservo el champán para más tarde. Las notas de «Closer», de Nine Inch Nails, empiezan a retumbar por nuestro elegante

dormitorio y solo espero que el rock a todo volumen lo transporte a una dimensión un poco más excitante. Levanto la pierna y coloco la suela de mi zapato de veinte centímetros de tacón en el borde del sillón.

Derek traga saliva.

—Sar... —empieza a decir, pero lo hago callar poniéndome un dedo sobre los labios.

Dejo que atisbe apenas mi coño desnudo y luego vuelvo a bajar el camisón, aparto la pierna y me doy media vuelta. Bailo para él, para mí, para los dos. Bailo por todas las veces que no lo hice antes de conocerlo, cuando desearía haber estado con él en lugar de con cualquiera de los que vinieron antes que él. Bailo al ritmo de Trent Reznor poniendo hasta la última gota de mí misma en la canción. Siguiendo con el tema de la noche, a continuación suena «I'm a Slave 4 U», de Britney Spears, y cojo el látigo de gamuza de color púrpura que compré el día anterior y lo sacudo por todas partes. Me golpeo en los pechos y me azoto el brazo con él. Le extiendo la palma de la mano, le doy un latigazo y sonrío cuando lanza un gemido. Me doy en el culo, pero cuando Derek alarga la mano para tocarme, se la aparto de un manotazo. Puede que Britney sea la esclava de alguien, pero ahora mismo la que manda soy yo.

Cuando termina la canción, arrojo el látigo al suelo y me subo al sillón, presionando mi sexo desnudo directamente contra él, al cuerno los pantalones de marca. Le soplo en el cuello, le ronroneo al oído y le lamo la barba incipiente de las mejillas. Sacrifico el camisón y desgarró el delicado encaje de la parte superior para que mis pechos queden libres mientras Madonna entona el «Justify My Love». No es eso exactamente lo que estoy haciendo ahora, no lo justifico, no lo creo, lo estoy explorando. Le digo que no tiene por qué ocultarme nada. Le pongo la mano en la frente y la desplazo hacia abajo, y cuando la retiro, tiene los ojos cerrados. Es en ese momento cuando deslizo la mano debajo de la cama y rescato la botella gigante de Veuve Clicquot Brut «etiqueta amarilla» que he enfriado en el congelador. La acercó a él y sostengo el cristal helado junto a su muñeca.

Derek abre esos irresistibles ojos color avellana, tan irresistibles que quiero fundirme en ellos, me mira fijamente como queriendo decir: «Estás loca de remate, mujer, pero me muero de ganas de follarte». Quito el precinto y, cuando descorcho la botella, veo subir el gas, que emite un silbido durante todo el trayecto y luego la explosión de las burbujas alcanza la boca de la botella. A ninguno de los dos se le escapa el símil sexual del proceso. A continuación, levanto la vista antes de agacharme y, con un nuevo guiño a Madonna, envuelvo con los labios el cuello de la botella. Empleo ambas manos para levantarla y luego trago un poco, dejando que la mayor parte se me derrame por el pecho, moje lo que queda del camisón y resbale más allá de mi coño, sobre él. Echo la cabeza hacia atrás, el pelo me cae en cascada por la espalda, y luego me vierto el líquido helado directamente sobre la frente.

Dejo la botella y vuelvo a encaramarme junto a mi marido, me siento a horcajadas sobre él y le ofrezco un pezón empapado en champán. Él lo captura en la boca con avidez. Le busco las manos y se las coloco en mi culo. Me agarra como si no lo hubiera hecho en años. Presiona los labios, las manos y la polla contra mí, todo recordatorios de lo que quiero que seamos de nuevo. No es que el fuego se hubiera apagado exactamente, pero lo cierto es que la llama había perdido su fuerza, y solo cuando oigo el rugido que escapa de

sus labios y siento cómo luego Derek me desgarró el camisón justo por la mitad, me doy cuenta de hasta qué punto lo he echado de menos.

Él no dice nada, no intenta tranquilizarme con palabras, sino que me levanta en el aire, con las piernas aún alrededor de su cuerpo, el tejido transparente y mojado adherido a mi piel. No me lleva a la cama sino que me aplasta contra la pared. Me mantiene clavada allí mientras se desabrocha los pantalones.

—¿Es esto lo que quieres, Sarah? ¿Quieres que te tome aquí, ahora mismo?

—Sí, sí, sí... —imploro cuando me desplaza unos centímetros y me mete dentro la punta de la polla.

Está encendiendo la chispa que hace explotar nuestra relación, haciéndola crepitar y chisporrotear y arder como debería haber sido desde el principio. Cuando arremete contra mí, sujetándome con fuerza, con la cara enterrada en el cuello, sé que no importa lo que pasara en aquellos reservados donde corría el champán, seguro que nunca fue así. Derek me embiste una y otra vez, apoderándose de todo mi ser, y yo me aferro a él, tensando los muslos y clavándole las uñas en la espalda.

Me está follando, es la única manera de describir esto, pero a su manera también me está haciendo el amor. Es la clase de polvo que puede echar una pareja que sabe que ninguno de los dos preferiría estar con nadie más, así que pueden embestir y zarandear y empujar y arañar y gritar y golpear y chillar y morder y estar seguros de que la otra persona desea cada gota de esa energía feroz, casi violenta, que tienen para compartirla con el otro. Él no dice nada, ni siquiera mi nombre, solo gruñe en mi oído, un sonido tan hermoso que lloro un poco cuando me corro. Antes él me decía que no llorase, pero ahora sabe que cuando eso pasa, significa que me siento tan abrumada, no solo por el amor y la lujuria, sino también por el destino, la justicia, la perfección, que no puedo hacer nada por evitarlo. Lo estrujo con fuerza y luego me corro de nuevo cuando empieza a llenarme con su pasión. Deja de embestirme y simplemente se abandona dentro de mí, haciéndome suya y diciéndome que es mío.

No es hasta más tarde, recién salidos de una ducha doble y después de acordarme de las copas de champán y de haber llenado una para él, cuando Derek se atreve a preguntarme de qué iba todo lo de antes.

—Bueno, es por lo del reservado, con todo eso del champán... sentía curiosidad. Y también un poco de celos. Te imaginaba con todas esas chicas alrededor haciéndote toda clase de cosas y quería..., no sé, recrearlo o algo así.

Digo esa última parte murmurándola en la almohada.

—Nena, sabes que eres la mujer más despampanante que he visto en mi vida. Y créeme... nada ni remotamente parecido a lo que acabas de hacer ocurrió jamás en ningún reservado en el que yo haya estado. Pero no tienes que impresionarme... a menos que tú quieras. —Me mira directamente a los ojos y le sonrío.

—¿Y qué pasa si quiero? Bueno, he comprado dos botellas de champán y...

—Pasa que me digas dónde hay que instalar la barra de striptease. —Se ríe, pero me ve arquear la ceja—. He creado un monstruo, ¿verdad? —pregunta.

Me monto a horcajadas sobre él y luego le chupo el labio inferior como respuesta. Yo le enseñaré lo que es un monstruo... ¡un monstruo del sexo! Y eso es exactamente lo que hago durante el resto de la noche.

HASTA QUE PASE LA TORMENTA Erobintica

Copas para cóctel de gambas llenas de Veuve Clicquot. Macarrones con queso precocinados servidos en cuencos de plástico. Tarros de cristal con velas especiales para tormenta como iluminación. Almohadas y mantas tiradas por el suelo frente a la estufa de leña. La nieve acumulándose en las ventanas. No era exactamente así como habíamos planeado celebrar la llegada del Año Nuevo.

Mi amiga Teresa estaba buscando unos vasos en el aparador.

—¡Caramba! ¡Escuchad cómo silba el viento! Me sorprende que todavía no se haya ido la luz. ¡Eh, estas nos vendrán bien! —Había encontrado unas copas que, en algún momento del pasado, habían contenido gambas diminutas en una insulsa salsa rosa—. ¡La cristalería fina! —Estaba de muy buen humor a pesar de la situación en la que nos encontrábamos. Claro que su visión siempre optimista era una de las razones por las que la había invitado. Era divertido estar con ella, y en ese preciso instante lo que más necesitaba era un poco de diversión.

De vez en cuando me levantaba a echar un vistazo al fuego, para vigilar que los macarrones no se pasaran. No era eso lo que yo debería estar haciendo esa noche. Tendría que llevar mi nuevo vestido rojo y andar de fiesta hasta el amanecer en la sofisticada casa que mi cuñado asquerosamente rico, Greg, tiene en la playa, cenando langosta y bizcochitos rellenos. Al menos teníamos champán del bueno, Teresa había insistido en traerlo.

Todo había sido idea mía, me refiero al viaje. Un gran paso fuera de mi terreno. Fuera de nuestro terreno. Todos los años Greg nos invitaba a Tim y a mí a su casa para Nochevieja, y todos los años encontrábamos alguna excusa para no ir. Mejor dicho, Tim encontraba alguna excusa. Nunca entraba en detalles de por qué rechazaba sistemáticamente la invitación. Yo sospechaba que era por una especie de rivalidad entre hermanos: Greg tenía una casa de diseño, construida en lo alto de un acantilado, que le había costado dos millones de dólares, y nosotros, un piso normalito en las afueras de la ciudad.

Ah, y también aquella cabaña junto al lago donde nos encontrábamos en ese momento, que había pertenecido a la familia de Tim durante décadas. No era nada especial; ni siquiera tenía personalidad. Se trataba de un espacio muy práctico. La planta baja consistía en una gran sala con una pequeña cocina en un rincón y una estufa de leña en el otro. Un sofá cama, una mesita de centro pegada a una pared y una pequeña mesa redonda para comer junto a la primera. Debajo de la escalera que llevaba al espacio diáfano de la segunda planta había un baño con un plato de ducha. El espacio de arriba se veía desde abajo y era básicamente un suelo. Usábamos un colchón hinchable cuando dormíamos allí.

Así que en Nochevieja o nos quedábamos en casa o salíamos con algunos

compañeros del trabajo de Tim y con sus mujeres, la pandilla más aburrida de la historia. Ya estaba harta de eso. Ya había cumplido los cuarenta, nuestra hija iba a la universidad, mi trabajo era un tostón y tenía ganas de algo diferente.

Pero ¿de qué clase? Ese año acepté la invitación de Greg antes de que Tim pudiera encontrar una excusa. Se molestó un poco, y luego, cuando le conté que iba a invitar a Teresa, se molestó un poco más.

—No me digas que quieres liarla con Greg... ¿Me equivoco?

En realidad no se me había ocurrido. Sí, Greg estaba soltero, por opción personal, según decía, y por lo visto contaba con una serie interminable de mujeres atractivas con las que pasar el rato. No parecía que necesitara ninguna ayuda. Por otro lado, Teresa se había divorciado hacía poco y «no estaba en el mercado», como decía ella muy acertadamente. La conocí durante un retiro de fin de semana para escritores, y descubrimos que éramos prácticamente vecinas, que vivíamos pueblo con pueblo. Ella acababa de mudarse allí después del divorcio, por eso jamás nos habíamos cruzado. Resultó que era bastante mayor que yo, pero parecía mucho más vivaracha, y su actitud vital era como un masaje relajante para mí cuando pasábamos tiempo juntas. Supongo que a Tim le gusta. Él tiene las cosas bastante claras y siempre le parece curiosa mi tendencia a querer probar cosas nuevas. Me gusta todo de él, aunque creo que empiezo a sentir que a nuestra relación le falta algo de chispa.

Tim puso leña en la estufa y murmuró algo así como que ojalá nos hubiéramos puesto antes en marcha. Hacía un par de días, cuando habíamos llegado al lago, que era un alto en el camino a la casa de Greg, la previsión del tiempo anunció posibles nevadas en Nochevieja. En el suelo solo había un par de centímetros de nieve, y el lago apenas había empezado a congelarse. La posibilidad se convirtió en alerta, luego en amenaza, y por último en inminente tormenta de nieve.

Tim llamó a su hermano para decirle que no podríamos llegar, y pasamos gran parte del día preparándonos para la nevada. Recogimos leña, llenamos jarras de agua, nos aseguramos de que el quitanieves tuviera gasoil, fuimos al súper del pueblo y compramos algo de comida. Un paquete de macarrones con queso precocinados, patatas fritas y salsa para mojar, un cartón pequeño de leche, un paquete de donuts y unos cuantos bizcochitos rellenos que tenían sobre el mostrador, junto a la caja registradora. Estábamos servidos.

Probé la pasta. Todavía no estaba lista. Me quedé mirando cómo las burbujas emergían a la superficie y estallaban. Joder con los planes... Mis planes de joder. Había imaginado cómo sería estar en la habitación de invitados donde sabía que Greg nos alojaría a Tim y a mí, la del jacuzzi y las cristaleras con vistas al mar. Me había imaginado a Tim bajándome la cremallera del vestido rojo mientras yo contemplaba nuestro reflejo en los ventanales. Me encantaba hacer el amor cuando salíamos de casa. En las habitaciones de hotel con una cama de matrimonio enorme. En pintorescas casas rurales con edredones nórdicos sobre un lecho de hierro forjado. En el suelo de la casa de sus padres, ya que nunca cambiaron las literas que tenían los chicos. Cuando salíamos de camping. Y aquí, en nuestra cabaña. Pero esta vez no.

Nosotros dormíamos en la planta diáfana y Teresa en el sofá cama. Podía haberle metido la mano por debajo del pijama para intentar que se interesara en algo que no fuera

dormir, pero sabía que estando Teresa tan cerca, en el piso de abajo, Tim no querría hacer nada. Era bastante clasicón y no se mostraba muy receptivo cuando le sugería que compartiéramos nuestras fantasías o nuestros deseos más alocados. Pero yo le quería, y a él le hacía gracia mi empeño en ponerle salsa al asunto. Estando ahí de pie me di cuenta de que había empezado a excitarme. Eso me pasa por pensar en sexo, lo que hago bastante a menudo.

—¿Cómo va? ¿Está lista la pasta? —Teresa echó un vistazo por encima de mi hombro.

Pinché un macarrón con el tenedor, lo levanté, soplé y se lo metí en la boca.

—¿Lista?

Ella sonrió y asintió, y yo me fijé en su melena pelirroja oscilando con el movimiento. Me recorrió un extraño escalofrío cuando me di cuenta de que tenía sus pechos pegados a la parte de atrás de mi brazo. No quería moverme, pero tenía que colar la pasta; apagué el fuego y vacié el cazo en el colador, en el fregadero. Se levantó una nube de vapor y empañó el cristal. Justo en ese momento las luces parpadearon.

—Oh, oh... —dijo Teresa—, quizá deberíamos encender una de esas velas, por si acaso...

Nos quedamos a oscuras. Tim tenía la linterna preparada, yo encontré las cerillas y empecé a encender las velas que había distribuido por la cabaña unas horas antes. El espacio quedó iluminado por un tenue resplandor. Me alegré de haber podido cocinar la pasta antes de que se fuera la luz; le añadí la mantequilla y la leche y abrí el sobre del queso rallado de color fluorescente. Uau. Cocina de autor. Cogí los cuencos de plástico, los tenedores y los coloqué en la mesa junto con el cazo de macarrones con queso.

—Al ataque.

Algo en el tono de mi voz debió de dejar claro que no estaba muy feliz con el desarrollo de los acontecimientos, porque Teresa anunció:

—¡Es hora de abrir la primera botella de champán! Me parece que nuestra chef necesita una copa. —Envolvió la botella con un trapo de cocina, la descorchó sin hacer ruido y vertió el elixir en los curvilíneos vasos—. ¡Un brindis! ¡Por la tormenta invernal, por los amigos, por los macarrones con queso y por el champán!

Nos reímos y empezamos a dar cuenta del festín mientras Teresa no paraba de llenarnos las copas. No tardó en importarme bien poco la furiosa tormenta de nieve. Sin saber cómo, empezamos a hablar de sexo, y me sentí como en la universidad, cuando mi compañera de cuarto y yo hablábamos entre susurros sobre mamadas y cosas por el estilo. Excitada y en absoluto cortada. Cuando descorchamos la segunda botella de espumoso, nos acercamos más a la estufa de leña. Extendí en el suelo una de las mantas que sobraban; no estoy segura de por qué, pero la alfombra me parecía fría y tenía ganas de estar cómoda. Cuando tiré unos cuantos cojines del sofá alrededor de la manta, Teresa acercó la botella y sacó los bizcochitos rellenos.

Nos quedamos un rato bebiendo en silencio, conscientes del cambio de atmósfera y de localización. Teresa fue la que rompió el silencio, por supuesto, y lo rompió con una

maza.

—Chicos, ¿alguna vez lo habéis hecho con otra persona?

Me quedé patidifusa, y por algún motivo me fijé por primera vez en que Teresa siempre decía «chicos», aunque estuviera dirigiéndose a un grupo de mujeres. No tenía muy claro el porqué de su pregunta, ya habíamos hablado sobre nuestras respectivas vidas sexuales antes del matrimonio.

Tim respondió titubeante:

—Bueno, claro que estuvimos con otras personas antes de estar juntos.

—No, me refiero a si lo habéis hecho alguna vez los dos juntos con otra persona. Ya sabéis. Un trío.

Ya era oficial: estábamos todos borrachos. Tim se quedó literalmente boquiabierto, como un personaje de cómic, con la copa paralizada en el aire. «Genial», pensé, hasta el momento se había comportado, pero sabía que le incomodaba hablar de sexo y que más tarde me lo echaría en cara.

Pero cuando por fin dio una respuesta, percibí algo nuevo en su voz, y lo miré anonadada cuando dijo:

—No, no lo hemos hecho, todavía no. ¿Estás ofreciéndote?

¿Había oído bien? ¿Había bebido demasiado champán? ¿Y él? Fue en ese momento cuando vi que Teresa me miraba con intensidad y recordé lo que había sentido cuando la tenía pegada a mi espalda, junto a los fogones. Oh, mierda. ¡Iba en serio!

Teresa rió, nos sirvió más champán y desenvolvió los bizcochitos rellenos. Me alegré de poder saborear el dulce pastel de chocolate y el empalagoso relleno que nos distraería durante un rato, aunque no podía evitar sentir una creciente excitación. No paraba de mirarla de soslayo; por primera vez me fijé en su cuerpo. Sí que había pensado alguna vez en estar con otra mujer, pero siempre había sido una idea bastante abstracta. Nunca me había imaginado tocando de una forma sexual el cuerpo de una mujer, pero en ese momento no podía dejar de pensar en ello.

Miré a Tim, justo en el momento en que Teresa le ofrecía un trozo de bizcochito, y vi que mi marido lo aceptaba con la boca. Fue como verlo todo a cámara lenta: sus labios cerrándose sobre los dedos de ella, sus ojos clavados en la cara de Teresa, su sonrisa cuando ella retiró la mano, poco a poco, de su boca. Pensé que en cualquier momento me enfadaría, que me pondría celosa, que querría echarlos fuera, a la tormenta. Pero lo que sentí fue un calentón entre las piernas, los latidos acelerados de mi corazón y que empezaba a respirar de forma entrecortada. Estaba tan excitada que ni siquiera era divertido. Entonces supe lo que quería hacer. Nunca lo había hecho antes, no sabía muy bien cómo hacerlo, pero deseaba que nos pusiéramos a follar los tres. A follar toda la noche. A follar hasta que estallase la tormenta.

Teresa me miró con una pregunta muy clara en los ojos: «¿Puedo?».

Asentí con la cabeza y le señalé a Tim con el mismo gesto.

—Adelante, quiero mirar un rato.

Me sorprendieron mis propias palabras. Porque yo miraba con disimulo hasta las pelis porno. Pues no, eso no era una peli. «¡Que desconecten todos los teléfonos!» Y allí estaba yo, viéndolo en vivo y en directo. Y aunque al principio solo se besaban, ya tenía las bragas empapadas.

Tim alargó una mano, se la puso bajo un pecho y empezó a frotarle el pezón con la palma. Ella se arqueó, gimió y le acarició los muslos, que Tim tenía cruzados. Yo sabía que tendría la polla dura, a punto de estallar dentro de los vaqueros. Deseé tocarla. Deseé que Teresa la tocara. Ella le besó el cuello, le besó la barba incipiente que no se había afeitado esa mañana. Mis labios sabían lo que estaba sintiendo ella mientras lo besaba. Deseé sentir los labios de Teresa.

De forma un tanto torpe, me acerqué hasta ellos a gatas. Definitivamente, el champán había tenido el efecto deseado, y solté una risilla nerviosa cuando llegué junto a ellos. Teresa sonrió y me acarició el pelo: liso, castaño y bastante normalito, pero en cuanto ella enterró los dedos en él, me sentí tremendamente sexy. Tiró de mí hacia ella y nuestros labios se encontraron. Deseé que el tiempo se detuviera para poder saborear aquella textura nueva, concentrarme en la diferencia de sabor. Pero tenía su lengua en mi boca y su mano en mi pecho, y ya no pude pensar más. Noté otra mano, la de Tim, sobre mi otro pecho, y los toqué a ambos. Estaba literalmente temblando de deseo, abrí los ojos y miré a Tim. Vi la lujuria en su mirada. Y no era lujuria solo por Teresa, sino por mí, algo que hacía mucho tiempo que no veía.

La pausa ya había durado bastante, tiramos unas almohadas al suelo y nos fundimos los tres, abandonándonos a las caricias y a los besos. Había manos por todos lados y, cuando llegamos al punto de desnudarnos, Tim echó unos cuantos leños más al fuego para que no pasáramos frío. Me quité el jersey por la cabeza y sentí unos labios; era Tim, que me besaba un pezón mientras Teresa me daba un suave pellizco en el otro. Gemí, tiré la prenda al sofá y me estiré para quitarle la camisa a Tim. Entonces le tomé una mano a Teresa y se la puse sobre la entrepierna de mi marido. Deseaba que ella le bajase la cremallera, que le liberase la polla, y deseaba besarla mientras ella envolvía su erección con la mano. Los miré mientras Tim la desnudaba y vi cómo se le levantaba la polla al ver su coño rasurado. Yo no me lo depilo, y mi marido no tardó en empezar a comparar metiéndonos los dedos a las dos.

La pregunta «¿Preferirá el suyo depilado o el mío peludo?» atravesó mi mente, pero cuando noté que enredaba los dedos en mi vello púbico y me daba un tironcito mientras descendía con la boca hasta la raja, todas mis preocupaciones se disiparon. Teresa lo miró y se pasó los dedos entre los pliegues del coño, terso, resbaladizo y brillante incluso con esa luz tenue y trémula. Me estiré, le puse una mano en el muslo y la acerqué a mi cuerpo para poder apoyar la cabeza en su regazo. La exploré suavemente con los dedos: era una mujer, pero distinta a mí. Su olor era diferente, aunque no podría haberlo descrito con palabras. Poco a poco fui penetrando esa increíble tersura con la lengua. ¿Sería lo mismo comérmelo a mí?

Tim paró para mirarme lamer la deliciosa vulva de Teresa. Jugueteeé con sus labios vaginales, los doblé con la lengua y los junté suavemente con los dientes. Ella gemía y empezó a frotarse contra mi mano. Le metí un dedo; creí que sería como cuando yo me lo metía, pero no fue así. Me sorprendió, me encantó y me puse aún más cachonda. Usé más

dedos y empecé a acariciarla ejerciendo presión sobre ese punto carnoso que a mí me hace gemir de placer. Tim se acercó y una de sus manos se unió a la mía. La estábamos follando juntos con los dedos, y ella se revolvía contra nuestros envites. Hacía mucho tiempo que no me había sentido tan unido a él.

—Fóllatela —le dije casi sin respiración—. Quiero ver cómo se la metes. Quiero mirar y quiero meterle los dedos cuando se corra.

¿De dónde salía todo aquello? Tuve tiempo de pensar solo un segundo antes de que Tim hundiera la polla en el jugoso sexo de Teresa y ella empezara a gemir de una forma tan gutural que resultaba demasiado real para ser fingida. Yo necesitaba tener algo dentro del coño: me metí los dedos y me froté con la mano mientras miraba cómo mi marido se la metía hasta el fondo a mi amiga. Empecé a pensar a toda velocidad en todo lo que deseaba hacer y no tardé en correrme; solté un grito y me desplomé.

Teresa me susurró de forma febril:

—La mano... pon la mano ahí abajo.

Yo sabía lo que quería. Me puse detrás de Tim, pegada a su cuerpo en movimiento, y metí la mano debajo, pasándosela por los huevos, hasta colocarla justo en el punto en que la polla penetraba en el coño de Teresa. Apreté ahí y los sentí a ambos en el momento en que se corrían, sentí las pulsaciones en oleadas y la húmeda inundación.

Nos quedamos inmóviles durante un rato, para recuperar el aliento. El fuego se había apagado y nuestros cuerpos cubiertos de sudor empezaron a temblar enseguida. Teresa tiró de la manta y nos tapó a mí y a ella. Tim cogió unos leños más y alimentó el fuego de la estufa; luego se unió a nosotras.

—Uau. —Fue todo cuanto dije. Qué jodidamente elocuente. Luego solté una risita.

Tim sonrió y se inclinó para besarme.

—Te quiero mucho. Nunca te lo había dicho, pero esta era una de mis fantasías, estar con dos mujeres. Me daba miedo confesártelo. Pero ha sido increíble. Gracias.

Teresa estaba sonriendo.

—Chicos, tenéis mucha suerte de estar juntos. ¡Y yo tengo mucha suerte de estar aquí con los dos! —Fuera arreciaba la tormenta—. ¡Ni siquiera son las doce de la noche! ¿Quién quiere más champán?

LA CURVA DE SU VIENTRE Kristina Wright

Brynn estaba llorando. Otra vez.

Cuando Paul cerró la puerta principal a su espalda y oyó los sollozos procedentes del cuarto de baño, sintió que una punzada de frustración serpenteaba alrededor del nudo de empatía que se había instalado en su pecho. Cuando habían decidido ir a por el embarazo, Brynn estaba entusiasmada; era redactora publicitaria free lance, trabajaba desde casa y se moría de ganas de ser madre. O al menos, había estado entusiasmada hasta aproximadamente la octava semana de embarazo, cuando empezó a vomitar mañana, tarde y noche.

Ahora, embarazada de siete meses y sintiendo que no llegaba el final, se echaba a llorar cada dos por tres. Soltaba la lagrimilla con cualquier cosa —un anuncio de vitaminas, que en el supermercado se hubiese agotado su zumo favorito, ver un cachorrillo trotando alegremente por el paseo— y Paul había aprendido a andarse con pies de plomo para que no lo acusara de ser un insensible. No era eso, en absoluto, le repetía una y otra vez a Brynn. Era solo que no sabía qué hacer para mejorar las cosas. Y eso, más que nada, era la raíz de su frustración.

Armándose de hasta la última gota de paciencia que era capaz de reunir a las seis de la tarde de un lunes, echó a andar por el pasillo y llamó con delicadeza a la puerta cerrada del baño.

—¿Estás bien, cariño?

—¡No! ¡Estoy horrorosa!

Paul suspiró y se golpeó la cabeza contra la puerta.

—¿Puedo entrar?

Se oyó un chapoteo y a continuación:

—Supongo.

Abrió la puerta y se quedó sin aliento. Brynn estaba en la bañera, con el pelo largo y rubio recogido en un moño en lo alto de la cabeza y un manto de burbujas alrededor de su cuerpo pálido y desnudo. La única iluminación venía de los débiles rayos de sol que entraban a través de la ventana del baño, por encima de la bañera; era como si Brynn refulgiese bajo la luz dorada. Si no fuera por los ojos enrojecidos y la nariz encendida y brillante, parecería una sirena retozando en la bañera. Una sirena muy sexy. Paul sintió que algo se estremecía en su interior y esbozó una leve sonrisa. Amaba a esa mujer, no importaba lo mucho que lo sacara de quicio a veces. La amaba y la deseaba.

—El agua no está muy caliente —dijo ella de inmediato.

Habían estado leyendo libros sobre bebés antes de irse a dormir, prácticamente

aquello era ya lo único que hacían juntos en la cama.

—Estoy seguro de que está bien.

Brynn se hundió en la bañera y el pico de su barriga de embarazada asomó por encima de la superficie del agua.

—No me mires, estoy horrible.

Paul se sentó en el borde de la bañera y la recorrió con la mirada.

—No, no es verdad. Estás impresionante.

Negando enérgicamente con la cabeza, Brynn se señaló la barriga.

—He encontrado una estría. Todos estos meses embadurnándome con manteca de cacao y la piel se me ha agrietado de todos modos.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

Brynn señaló una tenue marca púrpura que le nacía unos dos centímetros por debajo del ombligo y desaparecía en el agua.

—Ahí. Es horrorosa. Estas cosas son como las canas, donde hay una, siempre salen más. Dentro de nada estaré toda llena.

Acto seguido se echó a llorar como una magdalena, y Paul no pudo evitar reírse.

—¿Por qué te ríes de mí? —Brynn se incorporó, más indignada que pudorosa—. No tiene gracia. Parezco una ballena.

—Pareces una sirena.

—No intentes hacerme la rosca —lo acusó ella—. Sé perfectamente lo que parezco.

Paul se hincó de rodillas en el suelo, junto a la bañera, y el agua que se había derramado le empapó los pantalones.

—No, no lo sabes. Estás muy sensible y tienes miedo, y te miras en el espejo y ves cómo ha cambiado tu cuerpo y crees que eso es malo..., pero no lo es.

Cogió la cara de Brynn entre sus manos.

—Escúchame. Estás preciosa. Me encanta cómo está cambiando tu cuerpo.

Y para demostrárselo, desplazó la mano de la mejilla hasta sus senos turgentes de areolas oscuras. Eran exóticos, primitivos, nunca se los había visto así de grandes. Paul sintió algo que no se había permitido sentir desde hacía meses por respeto a los complejos de Brynn y a su malestar: deseo. Un deseo concupiscente y voraz. Sin pensarlo, le tomó los pechos en sus manos. Le masajeó con los pulgares los pezones hinchados y los vio tensarse bajo sus firmes caricias.

—¿Qué haces? —preguntó Brynn con voz temblorosa.

Paul buceó en sus ojos azul oscuro, propios de una sirena tan sexy como ella.

—Te estoy mostrando lo hermosa que eres.

Brynn se estremeció bajo sus caricias; tenía los ojos muy abiertos.

—Qué sensación más ... agradable...

Él le agarró los pezones entre el pulgar y el índice y les dio un suave tirón.

—¿Sí? ¿Te gusta esto, cariño?

Brynn asintió; tenía las fosas nasales dilatadas. Unos mechones de pelo rubio escaparon del moño y cayeron en espiral alrededor de la cara. Parecía inocente y desvergonzada al mismo tiempo.

Paul desplazó las manos hacia abajo, siguiendo el contorno del vientre cada vez más abultado. Era una barriga redonda y tensa, y sintió la patadita del bebé en sus manos. Los dos se echaron a reír en ese momento, pero no era por el bebé. Deslizó la mano entre las piernas de Brynn, acariciándole suavemente los rizos rubios del pubis.

—Para. Odio todo ese pelo horrible —dijo ella.

Paul no le hizo caso y siguió acariciándola. Antes del embarazo, Brynn se depilaba el vello púbico con cera para tener la piel lisa y suave, pero ahora la tenía demasiado sensible para eso. A Paul le gustaba la sensación sedosa y mullida del pelo entre sus dedos y tiró de él suavemente, observando el rostro de Brynn, atento a su reacción. Ella abrió los ojos y contuvo el aliento.

—Es una sensación extraña —dijo.

—¿Buena?

Brynn asintió.

—Sí, creo que sí. Me hace cosquillas.

Paul sonrió. Le deslizó un dedo entre los labios del coño y localizó su clítoris. Se vio recompensado con el sonoro respingo de Brynn. No se aventuró más allá, se limitó a dejar el dedo inerte sobre el sensible botón de carne mientras le cubría el montículo con el resto de la mano.

Al mirarla a los ojos, vio la batalla que estaba librando consigo misma. Sintiéndose incómoda con su propio cuerpo, no había dejado que la tocara así desde hacía meses. Él se moría de ganas de hacerle el amor, pero no quería presionarla. Dejaría que ella decidiera.

Brynn no dijo una sola palabra. No le hacía falta. Se sumergió en el agua tibia y cubrió la mano de Paul con la suya. Le presionó el dedo con firmeza contra su coño y dejó escapar un suave gemido cuando él tomó la iniciativa y le acarició el clítoris.

Fue un gesto absolutamente simple —para nada la promesa de una experiencia sexual trascendental—, pero la aquiescencia de Brynn hizo que una oleada de calor recorriera todo el cuerpo de Paul. La deseaba. Ya. No podía esperar más. Quería follarla como antes de que se quedara embarazada. Quería sentir el cuerpo de Brynn aplastándose contra el suyo, los dos chorreando de sudor y tan excitados que nunca lograban saciar el hambre que sentían el uno por el otro.

Presionó con el dedo en el punto justo dentro del coño y sintió su calor y su humedad, tan distintos del agua tibia del baño. Brynn jadeó, agarró con fuerza la muñeca de Paul y se retorció bajo sus manos hasta que el agua se derramó por el borde de la bañera.

—Tranquila, nena —la calmó él—. Voy a darte lo que quieres.

Ella lo miró con los ojos azules entornados de lujuria y una expresión de confianza plena.

—Sé que lo harás.

Paul le deslizó el dedo más adentro y los músculos de Brynn se cerraron instintivamente a su alrededor.

—Veo que has estado practicando tus ejercicios de Kegel —dijo.

Brynn se rió y asintió con la cabeza.

—Sí.

—Así me gusta. —Paul le deslizó otro dedo dentro de la cueva húmeda y los curvó hacia arriba y hacia delante para frotarle en el punto áspero que tan bien conocía—. ¿Qué tal esto?

—¡Oh! —exclamó Brynn, derramando más agua mientras aferraba los dedos de Paul en su interior—. ¡Síii!

Para entonces él ya tenía toda la ropa completamente empapada, pero le daba lo mismo. Lo único que importaba era conseguir que Brynn se sintiera bien. Movié los dedos dentro de la vagina y notó la prueba húmeda y pegajosa de su excitación. Eso alimentó su propio deseo y enardeció su pasión más allá de los límites de la delicadeza. Le pellizcó un pezón y se regodeó en la textura húmeda y elástica de la piel bajo el tacto de sus dedos.

—Eres increíblemente sexy, joder... —dijo, casi sin reconocer su propia voz.

Brynn se agarró sus grandes pechos y echó la cabeza hacia atrás, contra el borde de la bañera.

—Fóllame con los dedos —susurró—. Necesito correrme.

Sus palabras lo llevaron al límite. Añadió un tercer dedo dentro del coño hinchado, llenándola. Entrelazó los dedos e hizo un movimiento de torsión mientras ella contraía los músculos a su alrededor. Ya se había cansado de ser delicado, ni siquiera estaba seguro de poder seguir siéndolo. Solo quería follarla... y fuerte. Miró los ojos entornados de Brynn en busca de aprobación.

—¿Estás segura de que puedes con esto?

Ella asintió con la cabeza.

—Oh, sí... Quiero. Hazlo.

Ese era el único estímulo que Paul necesitaba. Ajeno a todo lo que no fuera la sensación del coño de Brynn ciñéndole los dedos, empezó a follarla con fuerza. El agua salpicaba en todas direcciones y provocó un maremoto que dejó el suelo encharcado y a Brynn solo cubierta a medias. Paul apoyó levemente la mano derecha sobre el vientre mojado e hinchado de Brynn mientras la follaba con los dedos de su mano izquierda. Era como follarse a una hermosa desconocida que le resultaba muy familiar... y eso lo excitó como nunca habría podido llegar a imaginar.

—Qué húmeda estás, nena... —gruñó, empujando los dedos hasta lo más hondo.

Despacio, muy despacio, Brynn cerró los ojos y gimió de pura expectación; Paul retiró los dedos y sintió cómo el coño se contraía en ondas sobre ellos, tratando de mantenerlos en el interior, tratando de retenerlos. Volvió a empujar y le acarició el clítoris hinchado con el pulgar. En ese momento ella estuvo a punto de salirse de la bañera, chillaba y se agarraba al borde con todas sus fuerzas.

—Me parece que esto te ha gustado —murmuró él, haciéndolo de nuevo.

—Me estás volviendo loca.

Con los dedos sumergidos en el húmedo interior de Brynn, Paul siguió frotándole el clítoris con el pulgar.

—Sé lo que es eso. ¿Sabes qué quiero, cielo?

Brynn entreabrió los ojos y trató de concentrarse en el rostro de Paul.

—¿Mmm...?

Paul detuvo el movimiento del pulgar sobre su clítoris.

—Quiero que me digas que eres preciosa.

Brynn meneó las caderas debajo del agua.

—¿Qué?

—Dime que eres preciosa —repitió él, subrayando sus palabras con una sacudida de los dedos—. Quiero oír lo preciosa que eres.

Brynn lo miró fijamente, como si le hubiera pedido alguna perversión.

—No me dejes así... —susurró.

Paul volvió a acariciarle el coño, provocando un suave vaivén en el interior de Brynn que hizo que una ola se estrellara contra la turgencia de su vientre redondeado.

—Dios, qué buena está el agua... —gimió ella, meciéndose contra la mano de Paul para que el agua oscilara de nuevo sobre ella.

—Dímelo —insistió Paul—. Eres preciosa. Dímelo y haré que te corras enseguida, nena.

Brynn volvió a gemir; tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Estaba a punto de alcanzar el orgasmo, Paul lo sabía por cómo le apretaba con el coño. Siguió follándola con los dedos, metiéndoselos hasta el fondo, deleitándose con cómo el cuerpo de Brynn lo retenía en su interior.

—Eres una preciosidad, nena —dijo—. Preciosa e increíblemente sexy, y me muerdo de ganas de sacarte de la bañera, echarte en la cama y hacer que te corras una y otra vez.

Su letanía de palabras lo excitaron tanto como se suponía que debían excitarla a ella. Se moría por que le tocara la polla, se la lamiese, se la chupase, se la envolviese en su dulce coño, pero en ese momento lo único que importaba era ella, conseguir que se sintiera bien. Conseguir que se sintiera tan preciosa como era.

Paul dejó de mover los dedos, otra vez.

—Dime, nena. Sabes que eres preciosa, tan suave, tan redonda y follable. Dímelo.

—Por favor —gimió Brynn—. Haz que me corra.

Paul le frotó suavemente el punto G y sintió la superficie hinchada y esponjosa en las yemas de sus dedos.

—Sí, cariño. Solo dímelo.

Con el pulgar sobre el clítoris y sus dedos dentro, Paul siguió follándola despacio. Demasiado despacio para que Brynn se corriese pero lo bastante rápido para situarla en el vertiginoso filo del orgasmo. Ella se sujetó con fuerza a los lados de la bañera, los nudillos se le pusieron blancos, trataba de correrse con el suave bamboleo de sus dedos. Pero él la conocía lo suficiente como para saber lo que hacía falta para empujarla al otro lado del precipicio. Se detuvo y aguardó impaciente, consumido por su propia necesidad.

—Tengo todo el día, nena —dijo, aunque tenía todos los músculos del cuerpo crispados con la tensión acumulada. No podía seguir conteniendo a Brynn, o a sí mismo, mucho más tiempo—. Dime lo preciosa que eres, lo sexy que eres.

Brynn gimió cuando el pulgar de Paul se movió sobre su clítoris con firmeza.

—Sí, Dios, sí... Soy preciosa —gimió—. Soy increíblemente preciosa, joder. Fóllame, por favor, fóllame.

—Así me gusta —aprobó Paul, acariciándola cada vez con más fuerza—. Mi chica. La chica más sexy.

—Sexy —repitió Brynn—. Fóllame, fóllate a tu chica preciosa. Estoy tan cachonda... Fóllame.

—Sí, nena, sí... Se folló a Brynn con fuerza, más fuerte de lo que pretendía, pero a Brynn no parecía importarle en absoluto. De hecho, le agarró de la muñeca y lo guió, atenazándole la mano con los muslos. Paul apenas podía mover los dedos dentro de ella, así que se concentró en acariciarle el clítoris hinchado. Tras unas cuantas arremetidas, sintió que Brynn contraía los muslos alrededor de su mano, entre espasmos, y empezaba a correrse.

Brynn tensó el cuerpo y permaneció así, inmóvil, con el pelo suelto sobre los hombros mientras arqueaba la espalda y apretaba la mano de Paul. Luego abrió la boca y dejó escapar un gemido que trepó por las paredes y retumbó por todo el baño. Meses de emoción contenida y deseo reprimido salieron de su interior con ese grito. Era como ver el éxtasis de una criatura mítica, y Paul no pudo más que mirarla y admirar su belleza.

Meneando los dedos dentro de ella, mantuvo la presión sobre su clítoris y siguió cabalgando su orgasmo. Miraba a Brynn, la más sexy de entre todas las mujeres, corriéndose gracias a él. Corriéndose para él.

El orgasmo pareció prolongarse durante minutos, gemía y jadeaba como si se hubiera puesto de parto. A Paul le dio un vuelco el corazón al pensar en eso, pero ella no mostraba ningún signo de dolor, solo un placer tan intenso que Paul se sintió como si nunca hasta entonces hubiesen compartido nada parecido.

Al final, muy despacio, los gemidos remitieron, se transformaron en un suave ronroneo, y Brynn abrió los ojos. Su sonrisa radiante era algo digno de ver, y Paul se olvidó por completo de su propio deseo irrefrenable. Él había conseguido aquello: había conseguido que sonriera de esa manera.

Ella abrió la boca y empezó a decir algo, pero luego negó con la cabeza.

—Uau.

Ambos se echaron a reír, con los dedos de él aún dentro de Brynn y la mayor parte del agua de la bañera en las baldosas del suelo. Brynn se estremeció e hizo una mueca al tratar de incorporarse. Paul liberó con delicadeza sus agarrotados dedos.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —le preguntó, sintiendo una punzada de remordimiento. Tal vez no debería haberla presionado tanto.

Brynn se rió.

—¿Lo has dicho en serio?

—¿El qué?

—Que soy preciosa, tal como estoy.

Paul recorrió con el dedo el trazo de la leve marca púrpura que le atravesaba el vientre redondeado.

—Cada centímetro de ti, cada curva, cada marca... Eres la mujer más preciosa que he visto en mi vida.

—Te creo. —Brynn cubrió la mano que Paul había apoyado en su barriga—. Ahora sácame de esta bañera, llévame a la cama y fóllame como es debido.

Paul sonrió de oreja a oreja.

—Lo que tú quieras, preciosa.

LOS COROS DEL AMANECER Nikki Magennis

Está claro que es imposible meterse una almohada de plumas de pato en el agujerito acaracolado de la oreja, pero aun así John lo estaba intentando. Y no es que el algodón y las plumas de pato fuesen a bastar como aislante. Dudaba de que taparse los oídos con cemento, envolverse la cabeza con una alfombra de pelo largo y recubrir las paredes con plomo pudiera ser suficiente.

Lo peor de todo era el ruido del bajo —lo sentía vibrar hasta en los tuétanos—. Ese golpeteo regular, predecible y contundente. Aporreando el suelo, haciendo vibrar el cristal en los marcos de las ventanas, haciéndole palpar todo el cuerpo con una jaqueca de sonido envolvente. Y luego ese ruido discordante, el tintineo. Justo después del aullido desafinado del tercer estribillo. No sabía el título, pero se sabía la canción de memoria, cada riff, cada acorde y cada redoble de tambor.

Esa mujer la ponía una y otra vez. Normalmente por la noche. Siempre muy alta. John apretó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño en la mandíbula. Miró furioso los números fosforescentes del reloj despertador junto a su cama. Las tres y diez de la mañana. Lo bastante tarde para echarse a llorar. Apretó la cara contra el colchón y gimió.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Jane mientras cantaba la canción del viejo LP. Dios, aquella canción le llegaba al alma y le erizaba el pelo... La puso a todo volumen con la ventana abierta, y el aire de la noche se coló en el estudio; la oscura brisa sobrevoló los papeles, desparramó las cartas sin abrir sobre la mesa, alborotó los bordes de las telas, levantó el dobladillo de los vestidos colgados de las barras, hizo que las velas titilaran y chisporrotearan con llamaradas negras de hollín.

Subió un poco más el volumen y se acercó a la ventana abierta.

—Dios, ¿lo oyes? —dijo en plena noche—. ¿A que es precioso? ¿A que dan ganas de llorar, joder?

El traje de John estaba colgado en la puerta de su dormitorio. No estaba planchado, pero como era de buena calidad daría el pego si lo dejaba allí hasta la mañana siguiente para que la fuerza de la gravedad le estirase las arrugas.

No valía la pena ponérselo y estropearlo para ir a visitar a aquella vecina infernal. Aunque tampoco eran horas de visitar a nadie... Como tampoco eran horas, pensó con tristeza, de que ella se dedicase a desempolvar sus viejos álbumes de rock mexicano. Y eso era precisamente lo que parecía que estaba haciendo, a juzgar por el sonido de la música. Oyó el estrépito y los ruidos metálicos que seguían retumbando en el piso de abajo. Suspiró.

Había poco más en su habitación aparte de la cama, el traje y el reloj despertador. John prefería vivir con el menor número de posesiones posible, con el menor número de distracciones posible. Había pasado mucho tiempo desprendiéndose de cosas, eliminando

y simplificando. Su vida debería llegar a ser —sería— ajena al desorden y abrirse al fabuloso abanico de pequeños ruidos cotidianos, los ruidos que tanto le gustaban, si no fuera por el estruendo que debía soportar noche tras noche.

Noches abarrotadas, desgarradas, llenas de aquel ruido insoportable. No era solo la música. El histrionismo que había en aquello también le molestaba enormemente. Ella le removía cosas en su fuero interno, cosas que lo distraían, como la ira, el resentimiento y el deseo absurdo de cortarse las orejas con una sierra. Esas desagradables emociones le retumbaban sin cesar en la cabeza como el odioso compás del bajo.

«Cuatro horas», pensó. Si lograba sobrevivir otras cuatro horas, podría levantarse, tomarse un café y escapar al remanso de paz de su oficina.

Solo que ahora estaba enfadado.

La bestia histérica del piso de abajo, desquiciada por las hormonas, estaba aullando con aquella voz ronca y gutural, y John sentía que tenía la cabeza a punto de estallar. Se imaginó taladrando unos agujeros en el suelo, disparando con un extintor por la abertura del buzón, atándola y obligándola a escuchar a Brahms a cien decibelios.

Podía llamar a la policía. Rara vez aparecían por aquel barrio dejado de la mano de Dios, y lo más probable es que no mostrasen el más mínimo interés por una disputa entre vecinos, no a menos que hubiese un arma de fuego de por medio, y John no tenía ninguna a mano. Bien pensado, seguramente eso era bueno.

Abajo, la música cesó. John respiró hondo. El silencio llegó a sus oídos como un viejo amigo.

Y entonces sonaron Los jóvenes lloricas, como John los llamaba para sus adentros. La canción se titulaba «Love Last Night». O, desde otra perspectiva, «La gota que colma el puto vaso», la que bastó para que un hombre normalmente pacífico y tranquilo cayese rodando de la cama y aterrizase en el suelo con un rotundo estruendo que habría alarmado a cualquier ser humano pero que dejó indiferente a la loca del piso de abajo.

Unos despreocupados y juveniles acordes de guitarra acompañaron a John mientras se ponía los holgados pantalones del pijama y se dirigía a la puerta. En el exterior, el sonido metálico retumbaba en la escalera, y John, estremeciéndose bajo los fluorescentes, maldijo el hecho de no haber salido todavía del gueto y haberse ido de retiro monástico a la ladera de alguna montaña rodeada de nubes majestuosas, como tantas veces había soñado. O incluso a las afueras.

Los peldaños de cemento estaban fríos bajo sus pies, pero apenas se dio cuenta. Estaba intentando no hacer caso de la voz en su cabeza que había empezado su vieja cantinela: la letanía de injusticias y atrocidades cotidianas que le habían aterrado desde sus primeros años de vida, durante su accidentada adolescencia y la primera parte de su silenciosa y desesperada edad adulta.

El volumen de la música fue aumentando mientras la voz de la conciencia de John seguía despotricando y delirando, atormentándolo con imágenes del sufrimiento que experimentaría al día siguiente por culpa de la falta de sueño, de manera que cuando al fin llegó al piso de abajo estaba listo para cerrar el puño y liarse a porrazos contra la puerta para defender la tranquilidad de su futuro.

¿Qué iba a hacer? ¿Se rebelaría contra su amabilidad habitual y su tendencia a los modales corteses y le soltaría alguna fresca, indignado? Puede que hasta soltase algún taco. Sí, eso haría. John golpeó la puerta con fuerza.

Cuatro minutos más tarde, volvió a llamar.

Después de un cuarto de hora congelándose los pies frente a una puerta muda e insensible, John subió las escaleras perseguido por Los jóvenes lloricas, que se burlaban de él por encima de su espalda encorvada. Ahora había un brillo oscuro en sus ojos, la marca de la ira creciente de un hombre que, desde que había salido del vientre de su madre, se había pasado la vida tratando de recrear esa sensación de estasis y equilibrio perfecto.

De vuelta en su apartamento, le dieron ganas de ponerlo patas arriba, pero carecía de los muebles necesarios. Miró por la ventana y pensó en hacerla añicos, en arrojar a través de ella el televisor que no veía nunca y contemplar cómo se estrellaba contra la escalera de incendios, vieja y oxidada.

Una idea fue tomando forma en su mente, simple y terriblemente tentadora.

Le provocó un escalofrío en la espalda y una contracción en la boca. Antes de que pudiera recapacitar, ya había corrido a la ventana y la había abierto lo bastante para trepar a la plataforma de rejilla de acero.

El aire lo golpeó con un vigor maravilloso y lo envolvió en un abrazo oscuro y untuoso que, en lugar de hacerle entrar en razón, lo impulsó a seguir adelante.

Bajó con cuidado por la escalera, estremeciéndose cuando los fríos dientes de metal se le clavaron en las plantas de los pies descalzos, y se detuvo frente a su ventana.

Allí estaba. Sentada a la mesa, con la barbilla apoyada en la mano, la cara vuelta hacia él y los ojos cerrados mientras movía la cabeza al son de la música. John levantó la mano para llamar. Durante una fracción de segundo se detuvo y observó los pocos detalles que podía atisbar en la penumbra del interior. Media docena de velas ardían en un plato junto a su codo; sus doradas llamas proyectaban pequeñas sombras sobre su rostro. Llevaba una especie de quimono holgado, algo que brillaba un poco y le resbalaba por los hombros. Parecía un cuadro, pensó.

Negó con la cabeza. Esperó a la pausa que sabía que había a mitad de la canción, pero en lugar de tamborilear con los dedos en el cristal, se sorprendió golpeándolo con la mano abierta, con fuerza.

Jane se sobresaltó y despertó de su ensueño. La sombra oscura de la ventana se abalanzó sobre su conciencia como una bofetada en la cara. Instintivamente, alcanzó el plato vacío que tenía al lado, escarbó entre las migas secas y cerró los dedos sobre el mango del tenedor.

Lo enarboló como si sostuviera un tridente en miniatura. ¿Dónde estaba su teléfono? Debía levantarse y encontrarlo, pero tenía los ojos fijos en la amenazadora figura que había fuera, una sombra negra recortada contra el cielo casi negro. La sombra llamó a la ventana.

Jane frunció el ceño. Si quería irrumpir en la casa y violarla, robarle y matarla, ¿por

qué se molestaba en llamar? Observó con atención. ¿Iba en pijama? La figura cambió de posición mientras ella lo miraba y lo vio agitar la mano en una especie de saludo.

¿Su vecino? Sí, al acercarse a la ventana, soltando el tenedor que llevaba en la mano, le pareció ver algo familiar en la silueta del hombre que estaba allí fuera. Llevaba el pelo, normalmente pulcro y bien peinado, completamente alborotado, le salía disparado en todas direcciones. Sin embargo, la espalda, ancha y ligeramente encorvada, era sin duda la suya. Y sí, cuando la luz de una vela le iluminó el rostro ceñudo, reconoció su expresión resentida.

Avanzó los últimos pasos con confianza y abrió como si estuviera acostumbrada a recibir a las visitas a través de la ventana.

—O estás recreando Desayuno con diamantes o te has dejado las llaves dentro de casa —dijo con voz cálida, aliviada.

Podía ser un psicópata, desde luego, pero siempre le había parecido un hombre casi excesivamente educado, uno de esos seres grises que pasan por la vida de puntillas. Cuando se lo cruzaba en la escalera, él se aplastaba contra la pared y murmuraba un saludo casi inaudible.

—¿Diamantes? —exclamó él entornando los ojos hacia arriba. Negó con la cabeza—. Es por la música.

Jane miró al aparato de estéreo, todavía gorjeando a lo lejos.

—Oh, la música... —dijo, volviéndose para deslumbrar a don Pijamas con la mejor de sus sonrisas—. Cantos de sirena, ¿eh? Vamos, entra.

—Yo... — John vaciló y luego asintió y siguió la dirección de su brazo. De algún modo se sentía obligado. Agachó su largo cuerpo, se deslizó a través del hueco para entrar en el dormitorio de Jane y se quedó quieto en la alfombra afgana con las manos extendidas, como palpando obstáculos invisibles.

Jane se fijó en que era muy alto. Tal vez por eso caminaba encorvado. Y además estaba como un tomate. Dios, ¡cuánto tiempo hacía que no veía ruborizarse a un hombre! El rubor le iluminaba la cara bajo la barba plateada.

—Siéntate —lo invitó, dando unas palmaditas en el futón en el centro de la habitación—. ¿Te apetece una copa?

Antes de que John pudiera responder, ella ya se estaba dirigiendo al mueble bar para coger la botella de ginebra. Llenó una copa.

—La verdad es que no estoy aquí para beber —dijo.

—Ah, necesitas un cerrajero, ¿verdad? Voy a por las páginas amarillas —dijo ella, y se dirigió hacia la cocina a toda prisa.

Aprovechó para coger otro vaso, por lo menos ya no se sentía como una alcohólica. Beber a solas no era bueno para su alma. Cuando regresó, John estaba sentado en el futón con aire pensativo. Dejó caer el directorio en su regazo y levantó su copa.

—Salud, de todos modos —dijo.

Él se incorporó y fijó la mirada —sus oscuros, rasgados e insomnes ojos— en un punto justo a la izquierda de la cabeza de ella.

—Bueno, ¿y cómo dices que te llamas? —preguntó ella, agachando la cabeza hacia el espacio vacío donde estaba atrapada su mirada.

Él miró al suelo y se aclaró la garganta.

—John —dijo—. Me llamo John.

Jane asintió con la cabeza.

—Yo soy Jane —dijo ella tendiéndole la mano—. Encantada de conocerte.

Se estrecharon la mano y Jane retuvo unos segundos en la suya aquella palma fresca y seca. Por lo visto, había algo profundamente interesante justo detrás de su hombro, porque la mirada de él seguía allí. Curioso. Pero ella aprovechó la oportunidad para darle un buen repaso.

Tenía unos delicados ojos azul claro y unas pestañas más largas que las de una jirafa. Una barba incipiente daba aspereza a su cara y le oscurecía la fina estructura ósea de la mandíbula. Bajo el pijama de rayas tenía un cuerpo largo y un poco torpe, como si no supiera dónde meter las extremidades. Debía de ser vendedor de libros, pensó Jane. Algo serio y elegante. Le examinó las manos. Pálidas y finas, sin anillos. Sí, pensó mientras observaba cómo su rostro se teñía con una mancha de rubor incómodo. Era un encanto.

«Oh, Dios —pensó John—. Oh, Dios santo...» Detrás de la cabeza de ella había una foto enmarcada de una playa tropical (la portada de un viejo disco), y John la estudió detenidamente. De lo contrario, podría volver a mirarla. Ella estaba sirviéndole más ginebra, y lucía una pequeña mancha púrpura en el labio superior, pero John no podía evitarlo, su mirada volvía una y otra vez a la palpitación en su cuello, a la piel pálida...

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

John dejó escapar un profundo suspiro.

—Tu... blusa —dijo—. La llevas... La llevas desabrochada.

—¿Eh? —Jane miró hacia abajo, donde la fina tela se aferraba a duras penas a sus pechos, que ya asomaban.

«Y la brisa de la ventana abierta... —se dijo John—. Por favor, Dios, ayúdame.»

—¡Estoy intentando no mirar! —soltó él por fin, llevándose una mano al pelo y sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera sé qué hago aquí. ¿Qué hago aquí? —murmuró para sí mismo. Se sentía como si estuviese sonámbulo, como si toda la ira anterior se hubiese desvanecido y lo hubiese dejado allí sentado, flojo y sin fuerzas, en el sofá de aquella mujer.

Solo que, tal como descubrió con una creciente sensación de vértigo en el estómago, como cuando la montaña rusa se aproxima a la empinada pendiente, no todo su cuerpo estaba tan flácido. Su polla empezaba a elevarse, a alzarse inexorablemente hacia la luz y a llamar groseramente la atención. «No, no, no», se dijo, pero el centro de control de su rabo decidió continuar.

El endeble pijama de algodón se elevó como una carpa recién instalada.

John cogió las Páginas Amarillas y las abrió sobre su regazo. La súbita sacudida hizo saltar de alegría a su polla y que rebotara contra el lomo del tomo. Apretó el pesado libro hacia abajo y lanzó una mirada furtiva a la chica. Jane.

—Oye —dijo ella balanceando suavemente las caderas a un lado y a otro.

—¿Sí? —Su voz sonaba como si estuviera sufriendo mucho.

—Baila conmigo —dijo Jane, y le tendió la mano—. Me encanta esta canción.

John frunció el ceño.

—Vamos, cariño. —Jane chasqueó los dedos delante de él.

John levantó la cabeza; su rostro estaba lleno de señales contradictorias. Tenía las cejas arrugadas y las mejillas encendidas. Negó enérgicamente con la cabeza.

—Esta canción —dijo al fin— es una mierda. Esta canción y la siguiente canción, y la que pones cuando le das la vuelta al disco y subes el volumen de esos espantosos altavoces que tienes.

Jane dio un paso atrás, aturdida. Se llevó la mano a la garganta.

—¿No te gusta?

—No me gusta —contestó John lanzando las Páginas Amarillas al sofá y levantándose. Los cordones del cinturón del pijama se balanceaban a cada lado de su imponente y rabiosa erección, pero eso ya no le importaba—. No. No me gusta el estribillo, ni la melodía ni los coros. No me gusta pasar la noche en vela escuchándote cantar y cacarear y llorar en tu almohada...

A Jane le escocían los ojos azules. Se los frotó bruscamente con el dorso de la mano.

—... No me gusta estar tumbado en la cama cavilando las mil y una formas en que podría cortarte el suministro eléctrico o deslizarte unos somníferos por las cañerías del agua o pegar fuego a mi propio piso y reclamar el seguro y así tener suficiente para irme a vivir a alguna parte donde nunca...

John dio un paso hacia delante. Era casi dos palmos más alto que Jane, pero ella nunca se había dado cuenta hasta entonces. Se acercó tanto a ella que Jane veía las llamas de las velas reflejadas en sus ojos.

—... nunca jamás, en lo que me queda de vida, tenga que volver a oír tu insoportable y asquerosa música infantil de mierda.

Jane, la chica que había pasado toda su vida peleándose a gritos con el universo, de repente se quedó en silencio. Levantó la vista hacia las pupilas dilatadas de John. Cerraba y abría los puños a los lados. Entre ellos, su erección, moderada pero evidente, se mecía suavemente hacia delante y hacia atrás, como la batuta de un director de orquesta.

Jane se mordió el labio. Se tapó los ojos con la mano. Cuando empezó a temblar, John extendió la mano y estuvo a punto de tocarla, pero no podía hacerlo, no lo haría. ¿La había asustado? Si la abrazaba, sería peor. Invadiría su espacio. No podía.

—Oh, Dios —dijo—. Lo siento.

Jane emitió un ruido ahogado, impreciso.

John dejó escapar el aire entre los dientes apretados y la agarró por los hombros. Inmediatamente, a ella le fallaron las rodillas y se desplomó en sus brazos. John trató de apartar su polla de en medio, pero seguía insinuándose entre ellos.

—Dios, no pretendía asustarte —dijo él, apoyando una mano en la nuca de Jane. Percibió el olor de su pelo, a goma de mascar y humo de cigarrillo. Ella se estremeció en sus brazos y el movimiento hizo que John se sintiera doblemente incómodo.

Jane apartó la cara de donde la tenía alojada, en la axila de John. El rímel se le había corrido y sus ojos parecían los de un oso panda, pero los tenía secos. Sonrió.

—¿Asustarme? De eso nada... John.

Su boca —aterciopelada, jugosa, suave, tierna— estaba tan cerca que John sentía su aliento en la cara. Su imagen se emborronó ante sus ojos y él creyó que era un espejismo, que era imposible que estuviese acercándose tanto a él, tan cerca como para...

De pronto su mundo se puso dulcemente del revés. Los labios de ella en los suyos. La punta de la lengua de ella desapareciendo dentro de su boca. «¡Oh!», pensó John.

Ella se estaba restregando contra él. Y su desvergonzada polla serpenteaba encantada hacia arriba, contra la barriga de Jane, trepando con una alegría audaz y una lujuria descarnada e insoportable que hacían que le doliera el corazón.

Ambos se desplomaron a la vez y cayeron sobre el sofá, desesperados por no interrumpir el abrazo. El pijama de John era una barrera muy endeble, y a Jane no le costó ningún esfuerzo liberarle la polla, que se alzó orgullosa en cuestión de segundos. John, por su parte, tiró del quimono de ella y lo apartó de cualquier manera para dejarle los pechos al aire. Se los estrujó con ternura, inclinándose para chuparlos y morderlos, pero no lo bastante fuerte para hacerle daño.

—Sí —dijo Jane—. Más, por favor, más...

John miró hacia arriba y vio el reloj detrás de la cabeza de ella, justo a la izquierda de la portada del disco enmarcado.

Eran las cinco de la mañana y el alba empezaba a iluminar el cielo. Tenía las tetas de su vecina en la cara, sus pezones todavía húmedos por su boca, y la música... La música seguía sonando.

—Perdona un momento —dijo, y tendió a Jane con suavidad en el sofá. Fue hasta el equipo de música, tapándose torpemente la erección, mientras Jane suspiraba a su espalda.

—¿Qué haces? —le preguntó cuando él levantó la aguja del disco y cortó al cantante en los coros.

El silencio floreció entre ellos. John la miró a los ojos y vio una chispa de inquietud y cansancio. Se acercó a ella y se hincó de rodillas delante del sofá.

—A ti te encanta la música —murmuró él con un leve susurro ahora que el silencio le retumbaba en los oídos.

Jane asintió con la cabeza mientras él le abría los vaqueros y dejaba al descubierto su vello púbico por encima del clítoris.

—Pues échate hacia atrás —dijo John bajando la cabeza—. Y escucha.

Se acercó a su pubis, inclinándose como un monje en oración. Todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Jane confluyeron entre sus piernas, cada fibra y cada poro de su piel se erizaron preparados para el contacto. Y él fue rápido. Su lengua se deslizó entre sus labios con delicada precisión.

¿No debería haberlo adivinado? Alguien que pasaba por la vida de puntillas, que se aplastaba contra la pared para no rozarse con ella...

«Sí», pensó Jane cerrando los ojos y dejando escapar un profundo suspiro. Esa boca flexible y hábil que tanto se recreaba con ella ahora, chasqueando la lengua, lamiendo y chupando... Solo un hombre callado y reservado podía ser tan bueno. Alguien capaz de escuchar, atento a los pequeños detalles y a la minuciosidad de las cosas.

Sin el baño de música al que estaba acostumbrada, sus oídos captaron hasta los ruidos más insignificantes. En la tregua de silencio, oyó una nueva melodía, íntima y casi imperceptible, tan desconocida que casi resultaba embarazoso. Solo los sonidos húmedos de él comiéndosela. Los crujidos del muelle del futón bajo el vaivén de sus cuerpos en movimiento. Y su propia respiración entrecortada, acelerándose, creciendo al encuentro de su mudo empeño.

Hundió los dedos en su pelo.

—Ven aquí —dijo en voz baja.

Él asintió, le dio un último lametón a su coño, besándolo sonoramente, y se deslizó hacia arriba por todos los rincones de su cuerpo, como si estuviera puliendo las curvas de un violonchelo con su propia piel.

—Hazme el amor —susurró ella.

Toda la alegría y la angustia de la noche se estaban derritiendo bajo el calor seco del cuerpo de él, las plácidas hondonadas de sus huesos y el cosquilleo de su vello sobre la piel más lisa y suave de ella. Jane dejó escapar un gemido y el aliento hizo que su cuerpo cediera un poco de espacio para que él se deslizara dentro de ella.

John le ofreció su polla, guiándola con suavidad por la abertura de su coño y hacia el interior húmedo y caliente. Mientras lo hacía, se miraron a los ojos.

—Jane —dijo él.

—Sí.

Se zambulló en ella, la penetró con una contundencia que la dejó sin aliento. La folló con entusiasmo pero sin malicia, moviendo las caderas al ritmo del silencioso tictac del reloj despertador del piso de arriba, que no podía ver, embistiéndola una y otra vez como si no pudiera evitarlo.

—Oh, oh, oh... —exclamaba ella cada vez.

John levantó la cabeza. Respiró hondo y sonrió. Se le ocurrió una idea.

Interrumpió el ritmo. Hizo una pausa, para que pudieran palpar suavemente el uno encima del otro, oír el pulso y el temblor del otro. El cuerpo de ella se hizo eco del de él. Fuera se oyó el chillido de un mirlo.

—No pares —pidió ella—. Podría estar haciendo esto siempre.

—Sí —dijo él, empujando—. Pero al menos con pausas en medio para hacer otras cosas.

—No —repuso ella—, solo follar.

Él se paró.

—¿No quieres que te bese, tal vez? —Sus labios danzaron sobre los de ella—. ¿Así?

—Vale —dijo ella, acariciándolo, mordisqueándole el labio—. Eso también. Pero también follar, más.

—¿Un contrapunto? —dijo él comiéndole la boca y comenzando, lentamente, a follársela de nuevo.

Ella se rió en su boca abierta y la risa pronto se transformó en gemido.

—Y más —susurró él, deslizando un dedo entre ellos y tocando la clave de su clítoris con la destreza de un virtuoso de la música—. Así. Glissando.

Ella respondió atrapándolo con las piernas, con los talones, acogiéndolo en su vientre, gritando, gimiendo, exclamando «Sí» y «Oh» y todas las palabras crudas y repetitivas de las que están hechas las canciones de amor. Repitiéndolas una y otra vez, haciendo que sonaran como delicadas con su lengua cargada de lujuria.

—Dios. Joder, me corro... —dijo ella, y él pensó que parecía el estribillo de uno de sus discos interminables.

Su polla se contrajo como respuesta y una expresión de inquietud le ensombreció el rostro. Las caderas de Jane subían y bajaban, se sacudían con los espasmos del orgasmo. Incapaz de contenerse por más tiempo, John se derramó sobre ella, sin control, con brutalidad, emitiendo seguramente sus propios ruidos inhumanos.

Después, mientras se mecían al unísono, apaciguando los temblores, ella siguió murmurando entre dientes sus invocaciones, sus letanías vulgares.

—Joder. Oh, Dios. Ay...

Él arqueó las cejas. Incluyó la cabeza para oír cómo las decía de nuevo. Por fin, asintió y dijo:

—Está bien. Sí. Y creo que quiero un bis.

Fuera, los pájaros empezaron a cantar; un petirrojo y un reyezuelo se sumaron al parloteo del mirlo, luego el pinzón se incorporó con su trino exuberante, y los otros pájaros sin nombre se llamaron unos a otros y convirtieron el patio trasero en un coro de distintas voces.

Cuando Jane se corrió por segunda vez, la mañana era una algarabía de ruidos hermosos y caóticos.

* * * * *

Kristina Wright es escritora a la vez que combina esta profesión con tareas académicas, ya que trabaja como profesora adjunta en una Universidad en Virginia. Sus campos de interés son las humanidades y los estudios de género y de la mujer. Kristina vive con su marido Jay, su hijo Patrick y sus muchos animales de compañía (gatos, periquitos...). Además de la lectura, Kristina Wright es una apasionada de la fotografía, el cine, el teatro y la cultura en general. También se considera una “blogger”, colaborando con varios blogs, a la vez que escribe el suyo propio: <http://kristinawright.com/blog/>

* * * * *

Título original: Best Erotic Romance

Edición en formato digital: abril de 2013

© 2011, Kristina Wright

Publicado por acuerdo con Cleis Press

© 2013, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Ana Alcaina Pérez, por la traducción

Diseño de la cubierta: Manuel Esclapez / Random House Mondadori S. A. Fotografía de la cubierta: Shutterstock

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5109-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una joint venture entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal: Travessera de Gràcia, 47-49 08021 BARCELONA España Tel.: +34 93 366 03 00 Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid: Agustín de Betancourt, 19 28003 MADRID España Tel.: +34 91 535 81 90 Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América

Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.